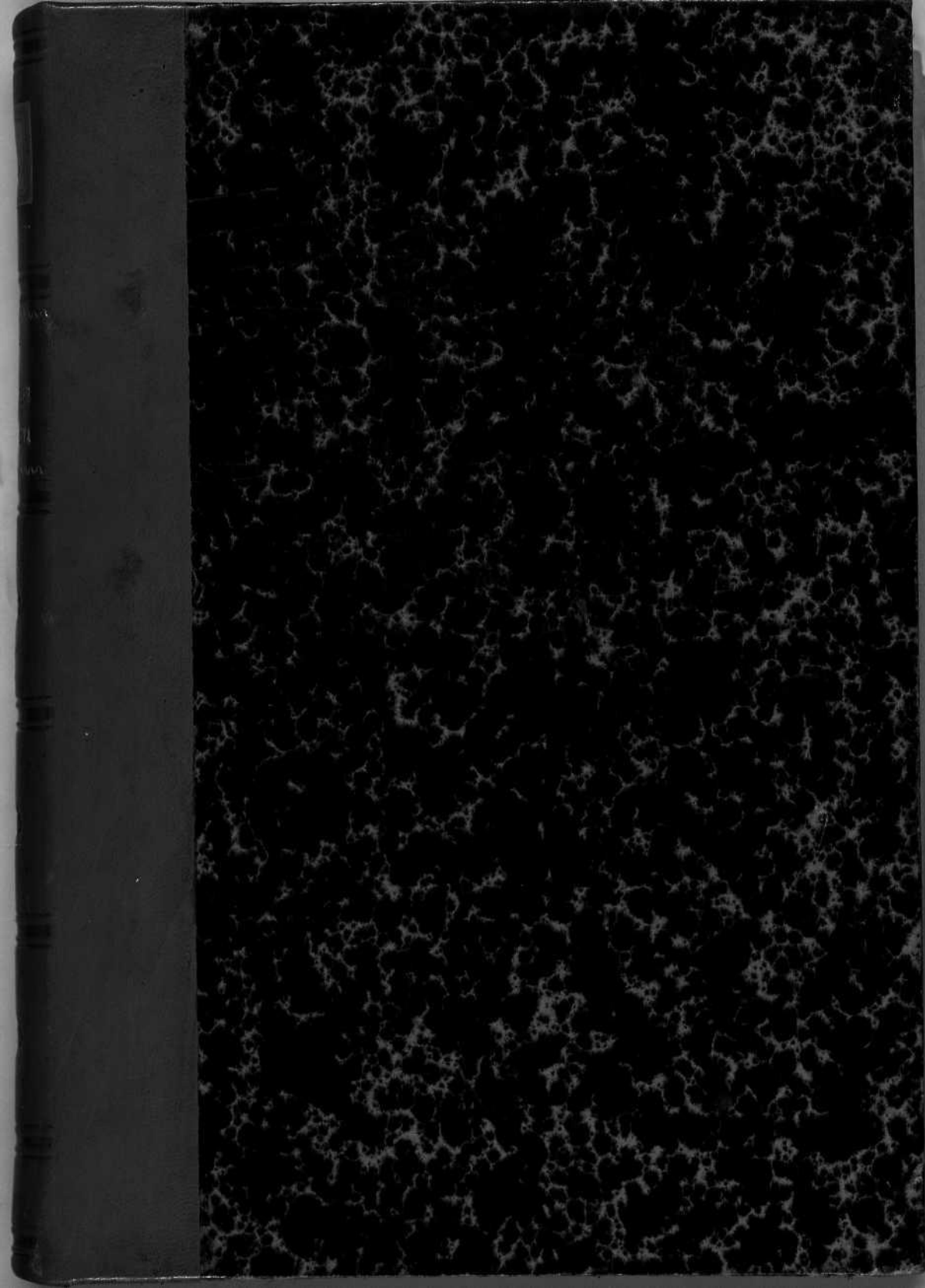








APUNTES

POR

• SELIPE •



CON UN PRÓLOGO

POR

D. CILVA



SEVILLA

Tipografía de EL ORDEN, San Vicente 3.

1894.

EL ORDEN

Y

EL ORDEN

Q

ESPARTERO Y GUERRITA

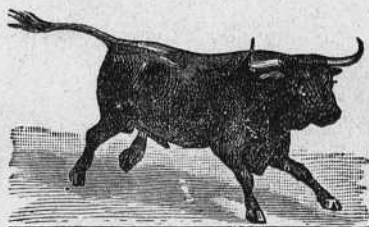


APUNTES POR SELIPE

CON UN PRÓLOGO

— POR —

D. CILVA



SEVILLA

Tipografía de EL ORDEN, San Vicente 3.

1894.



AL SR. D. MARIANO FRANCO

Vaya por usted



Señor—



ADVERTENCIAS POR EL AUTOR

EL título de la obra, lector querido, te dará á conocer nuestros propósitos, y si él no fuere suficiente, vendrás á completar el conocimiento con la lectura de estas advertencias.

Manuel García (El Espartero) y Rafael Guerra (Guerrita), son, sin duda alguna, las figuras más salientes de la tauromaquia moderna, y aunque en diferentes ocasiones, los escritores trazaron sus biografías, y los críticos juzgaron sus trabajos, nunca lo hicieron con la extensión que en la presente obra, dedicada única y exclusivamente á los dos diestros.

Comprendiendo el interés que para los aficionados tendría un libro que recopilase cuanto sobre estos lidiadores se ha escrito y pensado, empezamos nuestra tarea; pero al llevarla á cumplida realización, conceptuamos indispensable formar biografías completas de los mismos, para que en

vista de los datos de éstas, se elevase el lector á los juicios contenidos en aquella otra parte.

Á título de curiosidad, y como complemento en cierto modo de toda la obra, incluimos al final un cuadro estadístico de las cogidas sufridas por ESPARTERO y GUERRITA, reputando como tales, de acuerdo con el tecnicismo del arte, todos los alcances en que el diestro fué lesionado, suspendido ó volteado. Hemos procurado reunir en los cuadros, cuantas cogidas nos fué posible conocer, y aunque no se nos oculta que habrá omisiones, descansamos en la creencia de que con las anotadas, hay suficiente para comprender en qué momento de la lidia está el flaco de cada lidiador.

De los datos que el libro contiene, debemos unos á los propios interesados, que deferentes, accedieron gustosos á complacernos; la prensa periódica de toda España, y las obras taurinas antiguas y modernas, suministraron al autor abundante arsenal de noticias; y por último, la observación de éste, vino á añadir algunos capítulos y á completar otros.

Inútil parece advertir que las apreciaciones que formulamos no tienen más valor que el de una opinión individual, desprovista de toda autoridad, aunque fundada en la mayor imparcialidad é independencia. Cuantos juicios se emiten, están basados en el aspecto general de la cuestión, descartando siempre las alternativas favorables ó adversas que en la vida de los lidiadores de reses bravas se observan, y procurando rechazar, las influencias de bandería, que, necesarias para vigorizar nuestra fiesta nacional, son origen de los mayores conflictos y censuras para el escritor que trata de armonizarlas.

CARTA-PRÓLOGO



.....
Ahi te mando las cuartillas, examínalas, si puedes, y luego escribe, si quieres complacerme, un prólogo para mi libro, pues es costumbre, que todos los que ven hoy la luz pública, lo lleven y no quiero ser el primero que rompa la tradición.

Tuyo siempre incondicional amigo,

SELIPE.

8 Mayo 1894.

MI querido amigo Selipe: He leído, según me indicas, el libro que piensas dar á la estampa, y cumpliendo tu encargo, te contesto por escrito, para que, si lo crees oportuno y conveniente, uses de esta mi carta y la coloques como prólogo de tu obra, pues dado mi modo de ser y la confianza que contigo tengo, me es más fácil decirte algo sobre ella, aunque en voz alta, para que todos se enteren, que dirigirme á un público que no conozco y al que no sé cómo tratar.

Con ingenuidad te confieso que me has sorprendido y admirado con tu propósito, pues publicar un libro en los tiempos que corremos, es empresa reservada á héroes y gi-

VIII

gantes. Hoy solo tiene objeto el periódico que, más en consonancia con la actual época, se escribe al trote, se imprime al galope y se lee á escape. Un libro requiere, para ser examinado, tiempo bastante y.... ahora caigo en la cuenta de que estoy plagiando el prólogo que Selgas hizo para una colección de versos de Grilo.

Dícesme que necesitas cuatro palabras que sirvan de prefacio á tu obra, puesto que, así lo preceptúa una costumbre continuada y nunca interrumpida que no quieres contrariar, y con ello, implícitamente reconoces, que es censurable y digna de no ser imitada. Por mi parte me ocurre con los proemios, lo que con la práctica seguida en todas ó casi todas las plazas de España, de que salgan antes de comenzar la corrida dos individuos vistiendo el traje de alguacillos antiguos, y vistiéndolo mal, ginetes (y por regla general pésimos ginetes) en flacos jamelgos, á hacer la ceremonia ridícula é innecesaria de despejar lo que está despejado, y de pedir la llave de una puerta que no tiene cerradura; así como nadie mira los apuros que estos malaventurados pasan, nadie se fija en el trabajo del desgraciado prologuista.

Y para que más exacto sea el símil sacado de la taurina fiesta, has encargado tales funciones, á quien como aquéllos, ni es apropiado para vestir el traje, ni sabe manejar la pluma, ni posee más que una imaginación pobre, ni puede despejar, lo que tan despejado es, ni abrir lo que está abierto á todas las inteligencias.

Pero ¿qué le hemos de hacer? A tí, como á las empresas, ha faltado la decisión necesaria para romper con la rutina, y yo, carezco de energía para oponerme al deseo de un amigo que vale lo que tú, y á quien estimo lo que á tí.

Por la obra lo siento; porque siendo mi inexperiencia, más aún mi ignorancia, en materia de toros suma y supina,

tal vez no pueda desempeñar bien mis funciones de portero y *cicerone*, encargado de dar entrada á los visitantes, y llamar la atención de los curiosos sobre lo más saliente y digno de ser bien mirado; sin embargo, como más quiere el que quiere, que el que puede, comienzo, y á quien San Juan se la dé, San Pedro se la bendiga.

Leí lo escrito, y lo he leído de un tirón, sin aburrirme ni cansarme, antes al contrario, entretenido y atento al seguir paso á paso la vida de los dos diestros, columnas y sostenes de la tauromaquia actual, instruyéndome y convencíéndome al juzgar sus trabajos, formando verdadera opinión al compararlos, y condoliéndome al recordar sus cogidas.

Agradables, fáciles y entretenidos resultanme los que intitulas apuntes, con la modestia del verdadero mérito; su estilo, incorrecto á veces, pero siempre suelto y ligero, exento de limaduras y retoques, y en el que, un intransigente Aristarco, censuraría la repetición de algunos términos (técnicos é insustituibles), los hace digeribles (valga la palabra) y amenos; la competencia y erudición, la afición y el trabajo que revelan, son dignos de plácemes y aplausos; pero la nota saliente, difícilísima de adquirir y poseer, la que los constituye en obra verdaderamente admirable, es la absoluta y completa imparcialidad que guardas, y que pocos han conseguido, sobre todo, tratando de toreros, y casi imposible de mantener, cuando se vive en esta hermosa y bendita tierra, y se respira la atmósfera cargada de electricidad y calor que aquí respiramos.

Nunca olvidaré á aquel nuestro bueno y leal amigo, tranquilo adorador de Mercurio, de barba rubia y ojos centelleantes, como secuaz de Belona, que en cierta ocasión hizo su triunfal entrada en un paseo, llevando á guisa de bandera, un pañuelo atado al bastón, y repartiendo dinero á cuan-

tos pobres, mujeres y chiquillos se prestaban á lanzar un grito de ¡viva el *Espartero!* ni aquel otro galeno reposado, pero arrebatado y entusiasta, que señalaba y encontraba inimitable hasta el modo de saltar la barrera de *Guerrita*.

No es posible dejar de contaminarse cuando se oye afirmar, con verdadera seriedad, que «Manuel cuando pasa bien un toro, parece, como que tiene escamas en los piés y con ellas se agarra al suelo, y, á la manera que el buque que larga sus anclas, permanece inmóvil y derecho desafiando la fiera tempestad; ni permanecer impávido cuando se escucha sostener con tranquilidad y convicción, como si se tratara de cosa corriente, que Rafael «toreó muy movido á un toro, sin rematar ni un solo pase, porque la res, era muy tierna de huesos, y no se le debía castigar.»

D. Jacinto Valdivia, inteligente aficionado, decía en cierta ocasión: «pónganse á los dos diestros puya y peso iguales, según la frase empleada en los círculos gallísticos, y échense á pelear.» Claro está, que es imposible darle al uno las facultades que para equipararse al otro necesita, pero no lo es el restarle, al que más tiene, y para ello «átenles las piernas de modo que puedan andar y no correr», y entonces, se pondría de manifiesto, cual es, no solo el más valiente, sino el más torero; y, «si además se cubriese el piso de la plaza con una capa de huevos ó merengues», como proponía otro, se vería claro, cuál es el que juega mejor los brazos y quién, el que más mueve los piés.

Dejando á un lado estos juicios, apasionados los más, pero justos algunos, encuentro que en la obra, tu afán de permanecer neutral, tal vez, te ha llevado á un extremo exagerado.

No te atreves á afirmar, dudas en sostener, que Manuel pertenece á la escuela rondeña, y en cambio, rotundamente y sin vacilaciones, escribes, que Rafael se coloca muy en

corto para entrar á matar, y lo hace por derecho, cuando hay quien opina, que lo primero es indiscutible, y lo segundo sumamente cuestionable, puesto que, perfilándose más allá del pitón izquierdo, esto es, contrario, como casi siempre lo hace *Guerrita*, es imposible entrar por derecho.

Yo, en esto, ni *entro* ni *salgo*; en un solo punto voy á permitirme una ligera observación, sometiéndola, como dicen los abogados, á *mejor parecer*.

Al sintetizar el juicio paralelo de los dos matadores empleas las frases: «*Espartero* torea más que mata», «*Guerra* mata más que torea». Tan exactas las creo, como duras de pelar, para los que hasta ahora han pensado lo contrario; temo, que lo doloroso y rápido de la operación, y el desengaño que ha de producir, como siempre que se convence uno de haber estado equivocado, te ocasionen enemigos y contradictores. Entiendo que lo mismo, aunque más diluído, pudistes expresar escribiendo «*Manuel García es una esperanza, pero tan grande, tan cercana á la realidad, que lucha y compite ventajosamente con realidades; y no es más que una esperanza, porque á su torreo rondcño puro, solo le falta para ser perfecto, intentar y consumir la suerte de recibir, la que de seguro hará cuando se convenza de que, á los toros que él mata bien, á los que se vienen, les dará pasaporte con más facilidad, recibiendo que al encuentro, y de que por sus condiciones, mano izquierda, y sobre todo, por el pase de pecho, es el que hoy reúne mejores aptitudes para ello, cuando de esto se convenza, repito, empleará aquel modo con preferencia al otro, ganando así honra y provecho, y evitando peligros y desazones, á la vez que conseguirá hacer olvidar en absoluto, las faenas que en los otros toros, en los quedados, tiene que emplear*. Rafael Guerra, en cambio, es una hermosa realidad dentro del toreo de adorno, de ventajas y de facultades, de la escuela sevillana, una realidad perfecta,

acabada, y en la mayor altura y apogeo, y que por esto mismo, no puede dar más de sí, aunque ocupa un elevado puesto, que conservará durante mucho tiempo, para su provecho y recreo de los públicos». De este modo, la cuestión quedaría reducida á gustos, y las discusiones sólo versarían, sobre cual escuela (la de *Costillares*, ó la de *Romero*), es mejor; sin embargo, de que, como antes dije, sean muy exactas, muy claras, y más breves, sobre todo, las frases que tú empleas.

Como todos, sigo este año, paso á paso, las faenas que ejecutan los dos niños mimados de los públicos que acuden á las plazas de toros, y he observado en ambos tal exuberancia, salvo dos corridas en que Manuel ha estado desgraciado, y otras dos, en que Rafael no ha tenido fortuna, que fundadamente confío y espero, hemos de ver algo bueno, algo notable y algo que haga necesaria, tal vez, en época no lejana, una pequeña adición y enmienda á tu obra.

Si se tiene en cuenta que todas, sin excepción, todas las temporadas, las ha comenzado Guerra mejor que Manuel, y las ha terminado Manuel mejor que Guerra, no es muy expuesto afirmar, dado el modo con que ambos han principiado esta.... Me ha ocurrido, exactamente, lo que dice Pereda en «*Pedro Sánchez*», ocurre á los niños convidados á una boda, que al principio, no se atreven á tomar ni una galleta, y cuando adquieren confianza, meten las manos en los platos de natiilas.

Figúrate, que, en el momento en que hacía el despejo, ha dado un tropezón el rocín que montaba, y he tenido que retirarme sin cumplir mi cometido.

Adiós. Haz de esta carta el uso que quieras; vende muchos ejemplares de tu libro, y cuenta siempre con el cariño y amistad de

D. CILVA.

Sevilla 20 Mayo, 94.



PARTE PRIMERA.



BIOGRAFÍA DE MANUEL GARCÍA (EL ESPARTERO)

I.

Manuel García.—Sus héroes.—Capeas.—Ventajas sobre sus compañeros.—Un aparecido.—Se deja la coleta.—¡Al agua!—En el agua.—Palos.



L folio cuatrocientos diez y ocho vuelto, del libro décimo de Bautismos, de la Iglesia parroquial de San Marcos de Sevilla, se halla la siguiente:

PARTIDA } «En la ciudad de Sevilla, en veinte y dos días del mes de Enero, de mil ochocientos sesenta y cinco: Yo D. José Enriquez, Cura Beneficiado de esta Iglesia Parroquial de S. Marcos, di permiso al Pbro. D. José Ramon Tejero, y bautizó á un niño que nació el dia diez y ocho

»de Enero corriente, á las dos de la madrugada, al que puso por nombres *Manuel Prisca de la Santísima Trinidad*, »hijo legítimo de Francisco Joaquin Garcia, natural de »Fuentes de Andalucía, de ejercicio espartero, y de su mujer Josefa Cuesta, natural de Sevilla, casados en Sta. Catalina, año de mil ochocientos cincuenta y siete. Abuelos »paternos D. Juan Garcia y D.^a Maria Antonia Lavado, naturales de Osuna, abuelos maternos D. Gavino Cuesta »natural de Hespes, provincia de Madrid, y D.^a Maria Salud Martinez, natural de Sevilla. Padrinos D. Juan Garcia »y D.^a Catalina Naranjo, él de la collacion de S. Roque, y ella de esta de S. Marcos, á quienes advirtió el parentesco »espiritual y demas obligaciones, siendo testigos D. Rafael »Martin y Antonio Mendoza, ministros de esta Iglesia, en »fé de lo cual lo firmé.—*José Enriquez.*»

Quisieron los padres de Manuel, darle la modesta educación compatible con su estado de fortuna, y á este fin, hicieronle estudiar la primera enseñanza en un colegio, donde permaneció hasta los 11 años, mostrando gran aprovechamiento, santo amor al trabajo y una plausible emulación, cualidades en él tan relevantes, que le hacen distinguirse más tarde en el oficio de aquéllos, al que se dedicó hasta 1884, y al fin brillar, y ocupar puesto preferente, en el arte taurino.

Como buen español, era amante entusiasta de la viril fiesta nacional, y á presenciar cuantas funciones podía, dedicaba sus ahorros, siendo sincero admirador del toreo serio y elegante de *Lagartijo*, de la *muleta auténtica* de *Currero*, y del modo de entrar á matar del insustituible *Frasuelo*.

Puede decirse, que la idea de ser torero, no arraiga en él, hasta que cuenta 16 años, y desde esta época, procura asistír á cuantas capeas y tentaderos se celebraban, dando prin-

cipio á esa vida nómada y desconocida, abundante en episodios curiosos y acontecimientos raros, que demuestran los azares y peligros á que se exponen los aficionados, durante esta época, que solo produce gloria, de duración tan efímera, como los productos de sus contratas.

En 1881, que es el año á que nos venimos refiriendo, toreó, por primera vez, en una capea celebrada en la plaza de Guillena (Sevilla), y animado por el éxito acompañó, como banderillero á *Cirineo* á Bollullos del Condado, toreado después repetidas veces, en Alcalá y Castilblanco.

Conociábasele entre los aficionados desde grandes distancias á nuestro héroe, pues, más favorecido por la suerte que sus compañeros, contaba con un medio de transporte de que éstos no disponían, el cual era una borriquita (1) que tenía su padre para el tráfico de espartero, y que al principio, por la oposición de sus progenitores, tenía que sustraer, y luego, cuando la oposición cesó, aquél mismo se la prestaba, y hasta en ocasiones, le ayudaba con los recursos metálicos que le permitían sus fuerzas, lo cual demuestra, que la ruda oposición, que según algunos escritores, encontró al principio de su carrera, desapareció luego, siendo sustituida por algo más que benevolencia.

Con tales medios, el *Espartero*, conseguía acudir á mayor número de fiestas que sus demás compañeros, los cuales, careciendo de otros, se veían en la precisión de *tomar billete de carretera y trocha*, tren, que si ofrece la ventaja de no descarrilar, tiene en cambio el *pequeño* inconveniente de

(1). El que hoy penetre en la espaciosa cuadra que posee Manuel García, contemplará asombrado, que entre soberbios caballos de remos finos y nerviosos, y de hermosa presencia, ocupa puesto preferente un modesto representante de la raza asnal, ciego, viejo y decrepito; y si interroga al dueño acerca de tal anomalía, éste, con risueña expresión, no exenta de gratitud y cariño, os contestará: «Es la borriquita que me acompañó á mis primeras excursiones, y que después de haber compartido conmigo aquellas fatigas sin glorias, está hoy jubilada y descansando, que aún á los brutos, se debe agradecimiento.»

que, al llegar al fin de la jornada, se hallan sus pasajeros extenuados, unas veces por el hambre, y siempre por el cansancio; pero *Maoliyo*, buen amigo y excelente compañero, se privaba de parte de aquellas ventajas en provecho de éstos, prestándoles la caballería, y hasta auxiliándoles con sus recursos pecuniarios.

Noticiosa la pequeña cuadrilla, que Manuel y cuatro ó cinco aficionados formaban, de que iban á celebrarse fiestas de toros en Castilblanco (esto ocurría en dicho año 81), acuerda ponerse en marcha para este pueblo, señalando como hora de partida la una de la madrugada. Todos concurren á la cita, y una vez reunidos, emprenden la marcha, como bandada alegre de gorriones en pleno día, entre risas y algazara, que animan la soledad y silencio de la tranquila noche.

Esta, presentábase espléndida y solemne, y la solemnidad, aumentaba á medida que la caravana, á cuya cabeza marchaba el banderillero Manuel *Garroche*, jinete entonces de la borriquita, se acercaba al cementerio de Sevilla; al pasar por junto á las paredes de éste, oyen voces confusas que no pueden distinguir, y que alejan de su mente los alegres pensamientos que antes la ocupaban; la obscuridad de la noche, les impide ver á la persona que tales voces profería, y el temor, comienza á posesionarse de sus almas; miranse unos á otros, como preguntándose la causa de tales ruidos; lo fúnebre del sitio, aumenta su medrosa expectación, y á poco, junto á una de las tapias, se desliza presurosa una figura humana, que con los brazos abiertos grita: «¡Socorro! ¡Auxilio! ¿No hay quien me favorezca?» No se esparcen con más rapidez los pajarillos á la vista del gavilán, ni huyen con más precipitación, ni desaparecen con más prontitud, que nuestros jóvenes huyeron del que juzgaron tenebroso espectro, apesar de las advertencias de

«no huidme» que éste les hacía, desapareciendo como por encanto, y corriendo por diversos sitios hasta reunirse en la barca de Alcalá del Río, á unas dos leguas del lugar del suceso. Sabrosos fueron los comentarios que los jóvenes hicieron del susto recibido, é inútiles sus esfuerzos por buscar explicación al caso, que adquirió en sus imaginaciones excitadas grandes proporciones, mucho más cuando al amanecer vieron llegar al dicho punto, con paso tranquilo y reposado, á la borriquita abandonada, que sin miedo, y conocedora del camino, lo continuó sin separarse de él en una línea.

Prolóngase algo la estancia de los jóvenes en Castilblanco, no se celebraron las corridas, y el hambre enseñó su horrible rostro, y se contentó con enseñarlo, porque el *Espartero*, que llevaba tres camisones de pechera rizada, los vendió á un traficante de carbón, en 18 reales, y porque un día que se toreaban unos á otros, en la plaza llamada el Coso, el futuro *Maoliyo*, brindó á un carnicero, que con otros curiosos presenciaba la fiesta desde lo alto de una pared, una faena de muleta, y éste entusiasmado con la parodia, le arrojó diez reales en monedas de uno y dos céntimos, las cuales cantidades aumentaron considerablemente el acerbo común.

Estos incidentes y apuros, no borraron de la imaginación de nuestros toreros, el recuerdo de lo ocurrido á la ida; y cuando convencidos de que las fiestas no se verificaban, emprendieron el retorno, poblóseles aquélla de mil fantasmas terroríficos, que aumentaron en número y tamaño, á medida que se acercaban al cementerio de Sevilla. Para cobrar ánimos, detuviéronse á beber en una caseta contigua á un paso á nivel que existe junto á la ciudad de los muertos. Refieren lo ocurrido al guarda, y las carcajadas de éste y la explicación que las siguió, disipan sus dudas y les dan la

seguridad de que esta ya no es época de aparecidos y fantasmas. Era el caso, que el pobre guarda vió á su mujer acometida de terrible enfermedad, que amenazaba privarla de la vida, y deseoso de proporcionarle la asistencia eficaz que su estado requería, salió gritando y pidiendo auxilio, espantando con sus gritos, como queda dicho, á los únicos que transitaban por aquellos lugares, en vista de lo cual, desistió de sus propósitos, y sin dar más voces, se encaminó al Hospital de San Lázaro, de donde recibió los socorros pedidos. Apesar de lo que tranquilizó á los aficionados esta explicación, apresuraron el paso al llegar al sitio del *pantasma*, entraron en Sevilla, á donde pocos días después llegó el vecino de Castilblanco, comprador de los camisones del *Espartero*, y refiriendo al padre de éste la venta, recibió el importe, y devolvió las prendas.

Ya desde esta época, comenzó nuestro héroe á sobresalir entre sus camaradas, por el arrojo y serenidad que demostraba en los momentos de la lidia, y más que todo, por su insensibilidad á los golpes, que al parecer no le causaban dolor alguno; á semejantes cualidades, unía afición extraordinaria y un vehemente deseo de complacer á los públicos, que desde luego vieron que aquel niño, con valor asombroso, rayano en la temeridad, con su indiscutible soltura para torear, y su difícil facilidad para los quiebras de cintura, era un notable aficionado, y una fundada esperanza para el arte. Animado, aunque nó envanecido, por sus primeros triunfos, y decidido á meterse á torero, según el lenguaje de los profanos, ó á dejarse el pelo, según el tecnicismo de la gente de coleta, tomó parte en infinidad de capeas y tentaderos, en los que puso de relieve sus excepcionales aptitudes para el ejercicio de lidiador, tanto en el año referido como en el siguiente de 1882, en los puntos ya citados y en algunos otros de las provincias de Cádiz y Huel.

va, menudeando tanto las salidas de la casa paterna, que le ocasionaron sendos disgustos y reprensiones.

Los sucesos que tuvieron lugar durante esta temporada, expresan bien claramente la febril afición y temerario arrojo de nuestro biografiado. Noticioso de que iba á celebrarse el tentadero de becerros de la ganadería de los señores Arribas hermanos, púsose, acompañado de otros aficionados, en marcha precipitada, hacia la finca en que había de tener lugar, y al llegar á ella y saber que no se verificaría, emprendieron todos el regreso: en las inmediaciones de La Algaba, tropezaron con un panadero, que en un caballo conducía su mercadería, y que, conociendo por el aspecto exterior de los jóvenes sus aficiones, les manifestó que si querían ejercitarlas le acompañasen, pues todas las mañanas le salía al paso un toro de cierta ganadería brava, que le ocasionaba grandes sobresaltos. Excusado es decir, que la idea fué agradablemente acogida por los nuevos desfacedores de entuertos, y en efecto, á poco de acompañar al panadero, éste les señaló entre unos árboles el citado bruto, que representaba tener unos cinco años, y era de gran alzada, aunque sacudido de carnes. Divisarlo Manuel, y disponerse á torearlo, fué obra de un segundo. De nada sirvieron las prudentes observaciones de *Garroche* que, más mesurado, le advirtió el peligro que corría yendo solo á lidiar tan bravo animal, pues el *Espartero* no lo oyó, y cual nuevo San Martín (aunque impulsado por bien distinta causa), partió en dos pedazos la capa de paño azul, que para burlar las reses llevaba, y que era el abrigo de su padre en los inviernos, y entregando la mitad á *Garroche*, marchó, seguido de éste, hacia el toro, y lo lanceó y cansó á fuerza de capotazos; fatigado el animal emprendió la huida, y como le acosasen quiso saltar la gavia, que, á causa de las recientes lluvias, estaba llena de agua, y cayó dentro; en balde

tratan de sacarlo de ella, ejerciendo de salvadores de náufragos, los causantes de tal avería, porque en su tarea, fueron sorprendidos por cuatro ó cinco mastines que casualmente, ó tal vez á intento, había colocados en aquel sitio. Ellos salieron en precipitada fuga, y desde entonces, el panadero halló libre su camino de fascinerosos y malandrines astados.

En otra ocasión, regresaban de sus excursiones, y al pasar por junto al vado que hay en el Guadalquivir, cerca de Alcalá, divisaron un magnífico toro, y comenzaron á torearlo, hasta que rendido el animal, se internó en el río: para que este accidente no diera fin á la diversión, trataron de hacerle abandonar el agua, arrojándole piedras, y como el procedimiento no diera resultado, constándoles que el río tenía poca profundidad en aquel sitio, se desnudaron y metieron dentro, llevando en una mano la ropa y en otra la capa. Corto trecho hubieron de internarse, para comprender que les era imposible moverse con agilidad, aún cuando el agua no les cubría, y una rápida acometida del bicho, les hizo desistir de su proyecto. Desde la orilla opuesta presenciaban el espectáculo algunos trabajadores, de una era, y en alta voz significaron á *Garroche*, *Peñita* y el *Espartero*, que eran los lidiadores acuáticos, la idea de que llevasen el toro á la orilla opuesta, pues allí, podría cerrarse en un corralón y torearlo con más facilidad. Los incautos jóvenes cayeron en las redes, y apenas consiguieron que el toro atravesase el río, cuando una lluvia de paños dados con los bieltos, cayó sobre sus costillas, viéndose precisados á lanzar el grito de «sálvese quien pueda». *Peñita*, que como más alto, mereció la consideración de cabecilla, fué objeto de persecución más tenaz, y llegó en su precipitada fuga á Guillena; *Espartero* y *Garroche*, completamente desnudos, tomaron asilo en Alcalá, donde una anciana los amparó.

En el mismo año 1882 (8 de Octubre), se presentó por primera vez, en la plaza de Sevilla, Manuel García, figurando como banderillero en la cuadrilla de *Cirineo*, y lidiándose toros de D. Pedro Manjón, por *Currito Avilés* y José Román, además del antes nombrado *Cirineo*.



II.

Cincuenta grados de calentura taurómaca.—Trabajos de albañilería y taurinos.—Casillazos — Sustos.—Fantasmagoría.

DURANTE el invierno del 82 al 83, fué quizás cuando el acceso febril, alcanzó más grados en el *Espartero*. Todas las noches que había ganado en la dehesa de Tablada, se quedaba en el toril, en unión de sus compañeros *Garroche*, Brazales, el *Mellado* de la Puerta de la Carne, *Peñita*, Castillo Guerra y algunos otros, con el fin de torear al amanecer, las reses que allí pastaban, á menos que la luna, les permitiera hacerlo también de noche. Y para conseguir esto, ¡cuántos trabajos, y cuánta actividad y constancia necesitaban! Los encargados de la custodia del ganado, con el objeto de impedir que éste fuese encerrado en el toril, habíanlo roto por diversos lados, y los muchachos, tenían que entretenerse por la noche, en formar pilas ó barreras, que tapan los huecos, y evitaran la salida de las reses, utilizando al efecto los ladrillos que, arrancados de su sitio, había por allí dispersos, con lo cual, además de conseguir su objeto, lograban aminorar la sensación de frío, que en aquel lugar y hora, se dejaba sentir con crudeza. Pero no habían con ello salvado todos los inconvenientes,

pues, les quedada una dificultad mayor que vencer; más su inteligencia torturada, y la armonía que establecieron, entre los medios y la escasez de recursos, les facilitaron la manera de salir airosos del empeño. Era el caso que el toril, tenía por puerta, un hueco mucho mayor que los hechos de propósito en la edificación, para evitar que se convirtiera en plaza de toros, y como este hueco, no podía taparse con iguales medios que los otros, discurrieron comprar un telón viejo, que clavado en un quicio de la puerta, era sujeto al de enfrente, por su otro extremo; una vez encerrado el ganado, como no dejaba paso á la luz, para los toros producía el mismo efecto, que si fuera de piedra berroqueña. Los aficionados turnaban en la obligación de llevar el lienzo, deber que cumplían con verdadero gusto y plausible exactitud; y una vez terminados todos los preparativos, y edificado el *circo*, se entregaban á su diversión favorita, caso de haber luna, ó esperaban la llegada de la aurora, si aquélla no brillaba.

La asamblea, con sus fallos inapelables, señalaba los que habían de conducir el ganado, cuáles habían de esperar en la puerta, para correr el lienzo, y quiénes eran los centinelas, para avisar la llegada de personas extrañas; y á cada uno, según sus aptitudes, le designaba el puesto.

Las fiestas se repetían, cuantas veces entraba ganado en Tablada, sin temor á la crudeza del frío, ni á los peligros, de los cuales no era el menor, ni menos frecuente, la llegada de los guardas rurales, que conducían á los artistas nocturnos, al depósito municipal, vulgo *casilla*; apenas aquella circunstancia llegaba á su conocimiento, cuando provistos del indispensable lienzo y de pequeños trapos, que hacían las veces de capotes, se encaminaban á la dehesa, y ya en ella, ó se dividían en grupos, cada uno de los cuales, buscaba un enemigo que combatir y vencer, ó recompo-

nían, como antes dijimos, el toril, encerraban el ganado y lo toreaban, en la mayor confusión, lo mismo al revoltoso morucho de naciente asta, que al cachazudo buey de largos pitones y perversa intención, sin jefe que mandase y dirigiese la numerosa cuadrilla, por no avenirse la disciplina, con la fogosidad de los lidiadores, terminando el espectáculo, amenizado con porrazos y revolcones, por la llegada de los guardas, que cuando no perdían su presa, por ser vistos á distancia, los conducían formando interminable cuerda, á la prevención municipal: esto era lo más frecuente y repetido, pues el ardimiento de los noveles émulos de Montes, alejaba todo recelo, y la mayor parte de las veces, olvidándose cada cual de su papel, les pasaba desapercibida la proximidad de los empleados.

Una de las visitas de éstos, tuvo resonancia en Sevilla, y dió margen, á cien curiosas anécdotas. Cierta noche, como terminaran en pocas horas la recomposición del toril, y la luna no quisiese lucir, se abandonaron todos, en brazos de Morfeo, hasta el amanecer, menos el travieso Antonio Castillo Guerra, que aprovechando el sueño de sus compañeros, les tiznó la cara grotescamente, y al despertar comenzaron, como es lógico, á burlarse unos de otros; entretenidos en tales bromas, fueron avisados por aquél, de la proximidad de varios ginetes, que á su juicio, acudirían á una fiesta de acoso y derribo, como las que frecuentemente se celebran en la dehesa: la algazara subió de punto, al considerar la diversión que les esperaba, y el partido que cada cual, pensaba conseguir; cuando de repente, se vieron cercados por los ginetes, que no eran otros, que los encargados de la guarda de la dehesa, los cuales, sin darles tiempo para nada, amarraron á los jóvenes, formando larga cuerda, terminada por Castillo, que no se equivocó, al afirmar que venían para el acoso y derribo, pues, ellos fue-

ron los acosados, y sus planes, los derribados por tierra.

Una vez tomadas estas precauciones, emprendió la marcha la comitiva, cuyo aspecto resultaba, por demás, gracioso: con los rostros tiznados, con el capotillo al hombro, y amarrados de dos en dos, recorrieron, escoltados por los guardas de á caballo, todo el trayecto que media, desde la dehesa, á la *casilla* de la Alhóndiga, siendo por todo el camino, objeto de burlones chistes, que con sin igual donosura, improvisan las mujeres del pueblo sevillano, y acribillados, con punzantes sátiras, los apresadores de toreros del porvenir, que doquiera encuentran protectores. Corrió rápidamente la noticia del *casillazo*, y acudieron con precipitación, los parientes de los presos; entre los primeros, llegó la madre del *Espartero*, quien, viendo asomada al ventanillo de la prisión, una cara imposible de reconocer, por la tizne y pintura que la adornaban, preguntóle: «¿Está entre ustedes, Manuel García?» — Sí, madre, aquí estoy, — fué la contestación que recibió, conociendo entonces, que *aquella* era la cara de su hijo, que con sus compañeros, fué puesto en libertad, al mediodía, gracias á las bondadosas gestiones, del Excmo. Sr. D. Antonio Mjura.

Hechos de esta naturaleza, se repitieron varias veces, en el citado invierno, y otro día, que estaba el toril completamente lleno de aficionados, dispuestos á lidiar las reses, que á poco entrarían en él, fueron copados por los guardas, salvándose milagrosamente, los conductores del ganado, entre los que se hallaban, *Espartero* y *Garroche*.

Otras veces, escogían para sus proezas, las avenidas del matadero público; y el anuncio de la entrada de ganado bravo, en aquel establecimiento, retenía en vela, á los aficionados. Cierta noche, tuvieron noticia, de que iban á llegar reses bravas, de los Sres. Ibarra; apostados convenientemente, en el prado de San Sebastián, por donde había el

encierro de pasar, y con movimientos, hábilmente combinados, y algún que otro silbido, lograron introducir la confusión, y una vez espantadas las reses, y desordenadas, sin que bastasen á impedirlo, los cuidados de los conductores, cada mozalvete, emprendió la persecución de una de aquellas, sin fijarse si era vaca ó toro, buey ó becerro. El *Espartero* distinguió, en la obscuridad de la noche, la silueta de un toro, junto á las paredes de las caballerizas de San Telmo, y allí acudió á torearlo; apenas la res sospechó la presencia del diestro, hizo por el bulto, y burlada en su intento, acometió nuevamente, dióle el jóven dos ó tres lances más, hasta que, aleccionada aquélla, le encunó y volteó, arrojándole contra un árbol. La fuerza del golpe, casi privó del sentido á Manuel, que ya en el suelo, sintió junto á sí el cálido aliento del bruto, y se escondió como pudo, en la cuneta del árbol, donde aún hizo centinela largo rato el animalito, sumamente pegajoso, hasta que, desorientado por la obscuridad de la noche, y aburrido por su infructuosa espera, emprendió veloz huida, librando al pobre jove, de las torturas que sufría, y dejándole por fin respirar, con libertad.

Todo el invierno, fué abundante en lances de esta naturaleza, y en todos ellos, el *Espartero*, tomó parte activa y principalísima, distinguiéndose siempre, y llamando la atención de sus compañeros, por el extraordinario valor y serenidad que le adornaban, por su afanosa ansia de torear, que le hacía el primero en acercarse, y el último en retirarse de los toros, por su estóica indiferencia, para recibir en estas intentonas, los terribles porrazos que sufría, y que no hicieron mella en su ánimo varonil y esforzado, por el desdén que oponía, á los continuos sobresaltos que llevaban consigo, y por la sobriedad y resignación, dignas de mejor causa, con que hacía frente á las crueles privaciones, que su

escasez de recursos le proporcionaba, y todo este conjunto de condiciones, y esta férrea voluntad para vencer las dificultades, le señalaban como el torero de gran corazón, que había de experimentar más fracasos y cogidas que ninguno de los toreros pasados y presentes, sin un decaimiento siquiera, sin una ligera muestra de temor, y sin que por un momento, desapareciese de su rostro, la sonrisa y la tranquilidad.

Digno de especial mención y recuerdo, es cierto suceso, que casi toca, en los límites de lo inverosímil y fantástico.

La luna brilla en el zénit, iluminando el azul purísimo del cielo, tachonado de estrellas, y la región andaluza donde se refleja. En una casa de cierta calle, y á la luz indecisa de un candil, vese en altas horas de la noche, á un joven que con extraordinarias precauciones, y cuidando de no ser oído, coloca los arreos á una borriquilla, que parece comprender el motivo de tan misteriosa reserva. A poco, todo queda á oscuras, y por una de las puertas de dicha casa, salen ginete y cabalgadura, y emprenden silenciosa y recatadamente la marcha, hacia las afueras de la ciudad. Los argentados rayos de la luna, descubren el rostro del joven, en un momento en que éste, con impensado movimiento, echa atrás el sombrero y levanta la vista, para observar el horizonte: es un niño endeble, barbilampiño, sereno y sonriente, con dedos de ansiedad y de recuerdos. ¿A dónde va? ¿Qué extraña resolución refléjase en su semblante? ¿Qué empresa vá á ejecutar á tales horas, y con tan pobres medios? Sigámosle. Recorre un gran trecho de campiña, desapareciendo á veces de nuestra vista, entre los recodos del camino y la sombra de los arbustos, hasta tocar con ciertos palos formando valla, la cual salta, después de atar el asno á uno de ellos; penetra espesura adentro, y á poco divisa un soberbio toro, jestá en un cerrado de reses bravas! Flia-

mea un rojo capotillo, arremete tras él la fiera, y corriendo ambos, llegan á una especie de alamedilla, en la que nuestro héroe se para, á pié firme espera al cornúpeto, lo desafia y burla mil veces y de mil maneras, hasta que, hombre y bruto quedan rendidos. Entonces, aquél emprende el retorno, dejando impresas en la tierra, las huellas de la descomunal é ignorada lucha, que al ser observadas al siguiente día, intrigan grandemente á los guardas del ganado, y al ganadero.

Esta escena, que más parece sueño y fantasía de exaltada inteligencia, que realidad incomprensible, dadas las condiciones de los combatientes, y en la que solo intervinieron como actores, un pequeñuelo, casi un niño, y una res brava, cuya fiereza se excita con esmero; esta escena, que se prepara en el misterio, se desarrolla en el silencio y la soledad, y se oculta con empeño; esta escena, que solo tiene por testigos, los seres invisibles que pueblan los espacios, y la absorta visión de Dios, repítese con frecuencia en todos los cerrados de los alrededores de Sevilla, hoy en éste, mañana en el de más allá, es descubierta por los dueños de vacada, y algunos de ellos oye afirmar que su protagonista era un sevillano, oficial de espartería. Todos ponen guardas y centinelas, y por fin, en una finca sorprenden al autor de tales lances, y de esta sorpresa, se origina estrecha amistad entre ganadero y diestro, que aún dura y crece, si es posible. No necesitamos decir, que el héroe es el *Espartero*, y como consecuencia de ello, vemos su nombre aparecer, en las columnas de *El Enano*, entre los de los diestros, que, al tentadero de cierta ganadería brava, asistieron, dos años antes de que su nombre y apodo, fueran de nadie conocidos.

III.

Tentaderos.—La borriquita ante todo.—Apuntes para un estudio.—Reflexiones.—Capeas.—Garroche le escritura como matador ¡olé!



PENAS tenía noticias de la celebración de un tentadero, aparejaba la borriquita, y marchaba en unión de sus adláteres á tomar parte en la alegre fiesta. Ya en el lugar á que se dirigían, su primer cuidado era buscar algún sitio donde depositar al sufrido jumento, que comía, ó nó, según las circunstancias, y ocasión hubo, en que no fué fácil alojar á su compañera de penas y fatigas, y para proporcionarle el descanso, tuvo que discurrir mil medios y recursos, llegando hasta cargar con ella y echarla en un cerrado por encima de la cerca (1).

Asegurada convenientemente la caballería, tendíanse en el suelo, aprovechando las ondulaciones del terreno, transcurriendo en ocasiones las horas, sin que pudieran dar un capotazo, ni refrescar sus secas fáuces con un trago de agua, hasta la terminación del tentadero. Si durante éste, se les permitió torear, había compasión por parte de los dueños y gozaban del festín; si nó, rendidos y fatigados emprendían el camino de sus moradas, fortaleciendo el estómago con las legumbres que *encontraban* al paso.

(1) Así sucedió en un tentadero que en este año se celebró en la Isla Mayor.

Fijese el lector, en que, al narrar esta parte de la biografía del *Espartero*, referimos, sin darnos cuenta, episodios comunes á todos los principiantes, y lances que ocurren á cuantos, sin otros protectores que la propia iniciativa, se dedican á las lides taurómicas.

Todos acuden á tentaderos y capeas, salen al encuentro de las reses extraviadas, y no desperdician ninguna ocasión que se les presente de ejercitar sus aptitudes toreras, dando un capotazo, ó simulando la suerte de banderillas ó de la muerte, y en esta época, los sufrimientos y privaciones de uno, son los sufrimientos y privaciones de todos.

Por poco que se salga al campo durante la Canícula, en las inmediaciones de las capitales que fueron y siguen siendo la cuna del toreo, nos encontraremos grupos de jóvenes, que con los capotillos al hombro, dos palos para señalar las banderillas y un estoque, por todo equipaje, caminan de noche y día, y van de pueblo en pueblo para tomar parte en las capeas. Conocedores del terreno, como topógrafos experimentados, buscan los caminos más cortos, se alimentan del merodeo y de los recursos que les proporcionan los campesinos.

El día de la fiesta, levántanse temprano, alegres, satisfechos y decidores, visitan la plaza, combinan mil planes y se trazan reglas de conducta que luego ninguno observa: durante aquélla, los brindis y capotes que echan (1) les proporcionan algunos recursos que se invierten en pagar el hospedaje y en la celebración de una *juerga* por la noche, en que cantan, bailan y comentan de mil maneras los lances de la corrida. A la mañana siguiente, todo cambia; emprenden el camino apenas la *rosada aurora asoma sus*

(1) Echar un capote, llaman los aficionados, al acto de recorrer la plaza con una capa cogida por las cuatro puntas, recogiendo en ella las monedas que desde las gradas, quieren arrojarle los espectadores.

narices, y se dirigen al punto donde más pronto se han de celebrar capeas, sea cual fuere la distancia. En el camino se repiten los episodios de ayer: los lastimados tienen por asistencia facultativa, algún palo que les administra un mal humorado guarda, y por medicina, la infernal temperatura de la estación, y el dilatado trayecto que á paso doble recorren.

Durante éste ¡qué inmensa confusión no reina en aquellas cabezas! Los momentos de silencio de la alegre caravana, se aprovechan por sus individuos para evocar recuerdos del pasado día: la primer moneda de plata que obtuvo éste como premio al brindis de una suerte arriesgada; el primer cigarro puro que recogió aquél de la arena, las primeras muestras de aprobación que recibieron, les proporcionan recursos que halagan su vanidad y aumentan insensiblemente aquella *calentura* que les consume y trastorna. Si, por lo contrario, el dios éxito no les sonrió en sus tentativas, las expresiones duras que algunos espectadores les dirigieron, el peligro pasado, y las amenazas terribles que repetidamente oyeron, de ser conducidos á la cárcel, llenan sus almas de tristeza, pavor y melancolía, les deciden á acercarse en lo futuro, más y más á la cara de las reses, para borrar los recuerdos de tardes desgraciadas, y conseguir que se repitan, las manifestaciones alegres de las de fortuna, y siempre de premisas tan opuestas, van á parar á la misma conclusión, que puede expresarse en estas palabras: ¡ánimo y adelante.... duro y á la cabeza!

En el caso en que el accidente sufrido sea de tal índole, que no permita al lesionado, proseguir su camino, permanece en un rincón de una posada, mal asistido y peor tratado, hasta que puede abandonar el lecho, y entonces toma lenguas, y averigua el paradero de la cuadrilla, y á ella se reúne presuroso. Algunas, aunque pocas veces, esta prime-

ra contrariedad, es suficiente, para hacer abandonar la carrera á ciertos individuos, cuya vocación no está muy arraigada, y grande es su suerte, si se desengañan á tiempo y se retiran, porque así evitan inmensas fatigas, y malos ratos.

En los comienzos de la temporada de 1883, Manuel toma parte en cuantas capeas se celebran en los alrededores de Sevilla, y con sus ahorros adquiere un traje morado y plata, que compró á un traficante de aquella ciudad, pero lleno de modestia, no aspira á figurar como matador, ni á probar sus aptitudes para ello, é indudablemente nunca lo hubiera hecho, á no ser, porque *Garroche*, su íntimo amigo y compañero de glorias y fatigas, consiguió convencerle, y le escrituró para Cazalla de la Sierra, en 500 reales para los dos, con la expresa condición, de que habían de costearse viaje y fonda, verificándose en Sevilla el ajuste, para lo cual, vino un representante de la empresa, que se despidió de los jóvenes diestros en miniatura, encargándoles puntual asistencia para la corrida, que había de celebrarse el 17 de Junio de 1883.

Manuel, joven de pundonor, no quería contraer compromisos que no pudiera cumplir, y desde el momento en que la contrata quedó firme, no dejó un segundo de reconvenir á *Garroche*, por haberlo comprometido como matador, y estas reconvenciones se repitieron en casa de D. Salvador Acuña, al facilitarle la plantilla para la impresión del cartel, y más tarde en Cazalla de la Sierra, precisamente en los momentos que siguieron al encierro del toro de muerte, y su temor de que la res quedara viva, aumentó de día en día, hasta llegar al señalado para la fiesta, apesar de los consejos y ánimos que el dicho señor Acuña le ofreció, al prestarle un estoque de matador de toros, para que lo llevase en su *debut*.

Llegó al fin la vispera de la corrida: los dos muchachos

tomaron el tren, y marcharon en dirección á Cazalla, y una vez en esta población, su primera diligencia fué avistarse con el empresario, y tratar de la corrida. El émullo de Casiano juzgó, dado el aspecto aninado y la complexión enfermiza de los dos lidiadores, que no cumplirían el compromiso que contrajeron, y para cerciorarse de si efectivamente podían superar las dificultades, y lograr complacer al público, les propuso ir por la mañana temprano á la plaza, y capear varias de las reses encerradas, para lidiarse por la tarde. No faltaron los diestros á la cita; el empresario dispuso se soltaran las vacas más grandes, y así se verificó, toreando *Espartero* y *Garroche*, con tanto entusiasmo y habilidad, que las dejaron mansas.

Satisfecho nuestro hombre con la prueba, lo manifestó así á los jóvenes, y como uno de ellos, *Garroche*, le preguntara por el toro de muerte, corrió presuroso á enseñárselo. Aquél, al observar la facha del *Espartero*, había dispuesto la noche antes, para evitar un conflicto, que se encerrase un becerro chico, y cumpliendo sus órdenes, habían enchiqueado un añojo, sacudido de carnes, y como es natural, desprovisto de defensas, que al ser examinado por *Garroche*, dióle lugar á aconsejar al *Espartero*, que no matase aquella mona, porque no podía darle honra ni provecho; agregando que dar muerte á una *babosa* de tal tamaño, era vergonzoso para un matador *escriturado*. Manuel, dócil de suyo, convenciose fácilmente, y haciendo ligeras insinuaciones al empresario, le obligó á sustituir la *rata*, por un magnífico animal, que conocido en todos los contornos por su bravura, pastaba en tierras del Pedroso; organizada una pequeña expedición, fué por él, y quedó encerrado al medio día.

Entonces, volvieron á repetirse las inculpaciones y quejas del *Espartero* á *Garroche*, volvieron á surgir en la ima-

ginación de aquél, escenas desastrosas; ya se veía silbado y escarnecido, ya camino de la cárcel, mientras que el bruto vivo, aunque agujereado, se encaminaba al corral, dejando, por consiguiente, roto su porvenir y perdidas las halagüeñas esperanzas, que recientes triunfos le habían hecho alimentar. ¡Cuán grande fué su equivocación!

Trasladémonos al lugar del relato. El sol alegre con sus dorados rayos el purísimo cielo de Andalucía; una multitud compacta, ocupa bajo aquel dosel de fuego, las localidades y tendidos de la plaza, y los gritos y la algarazara, que resueñan en el espacio, son cortados por las marciales notas, que la banda de música lanza á una señal del presidente, y á su compás la reducida cuadrilla cruza el redondel. Manuel lleva en su rostro impresa las huellas de sus temores, aunque desvirtuadas por su eterna sonrisa, que si aquellos nacen de su modestia, ésta proviene de su valor; ¡que cúmulo de ideas torturan su mente! Él solo, animado por su bravura, guiado por sus conocimientos escasos, y auxiliado únicamente por *Garroche*, iba á ejecutar, por primera vez, ante un público numeroso, la más difícil de las suertes del toreo, iba á dar el primer paso en su carrera, y en tales momentos todo le preocupa más, que la posibilidad de recibir una cornada.

Comienza la capea, y una tras otras se juegan las reses encerradas, bueyes, vacas y novillos. Los aplausos animan á Manuel, que, codicioso de ellos, intenta suertes más arriesgadas, mientras llega el momento supremo. Se abre la puerta del toril, y con la celeridad del rayo, y atacado de momentánea ceguera, salta á la plaza un magnífico toro, negro como la mora, astinegro, bien puesto, de muchas libras, y de cinco años de edad, y en su veloz carrera vá á estrellarse contra la valla, donde Manuel absorto, contempla tan brillante salida, que al público entusiasma. No bien

se repone el animal del golpe recibido, y recobra la vista, perdida por el tránsito brusco de la obscuridad á la luz, cuando arremete furiosamente contra el *Espartero*, que con un pequeño capote le desafía, y le burla una, dos, tres, varias veces, arrancando palmas del concurso, las cuales ahuyentan sus últimas vacilaciones; cambian el tercio y Manuel coloca un par de banderillas, al cuarteo, y mientras *Garroche*, cuelga dos pares más en la misma suerte, requiere espada y muleta, y ansiosamente espera la señal oportuna. Hácese ésta, brinda el muchacho rápidamente, y paso á paso, dirígese al toro; en la misma cara despliega el rojo trapo, le dá varios pases naturales y de pecho, desde cerca y clavado en el suelo: cuadra el bicho, entra á matar, y pincha en hueso: pasa nuevamente y de idéntica manera, y al igualar la res, le propina media estocada superior, en las mismas agujas: rueda el animalucho como una pelota, é iníciase una ovación sin límites, al joven discípulo de *Pepe-Hillo*: su nombre resuena en todos los ámbitos del pueblo, y el entusiasmo contenido y reconcentrado, estalla vigorosamente, para repercutir dos años después en toda la Península: «El *Espartero* es un valiente»: «este chiquillo promete»: «dió muerte al toro con gran habilidad, y extraordinario corazón»: «se estrechó bien en la reunión»: tales eran algunas de las mil frases que brotaban de todos los labios, aquella tarde, pregonando su fama naciente, y aprobando su primera tentativa. Manuel vino á dar la razón á *Garroche*, que, más conocedor que el propio interesado, le instaba á que probase fortuna como matador. La modestia exagerada de aquél, era un obstáculo, que los formales compromisos contraídos, destruyeron, y el éxito más brillante, coronó sus propósitos. La ovación espontánea y ruidosa que el público le tributó, consigue entusiasmarle, y le hace cambiar de rumbo. Ya no piensa más que

en estoquear, y si toma parte, y actúa, como banderillero, en algunas corridas, lo hace guiado por el propósito de darse á conocer, y poder figurar como matador.



IV.

Resignación.—Un novillo que vá por la luz.—Indispensable en Cazalla.—Banderillea en Sevilla.—Regalo y consejo de Manuel Domínguez.—Acto de valor y decisión.

DE Cazalla marchó Manuel á Gerena, donde demostró brillantemente, el vigor y nervio, con que sufría todas las contrariedades. Lanceaba á un precioso utero negro, bien puesto: en un descuido fué volteado, viniendo á caer de espaldas sobre el burladero, formado con palos y cuerdas, y recibió un terrible golpe, que ocultó á sus compañeros, con el fin de seguir toreando. Por la noche, acometiéronle terribles dolores, que soportó con calma estóica, y como la inflamación aumentase considerablemente, determinaron aquéllos ponerles dos docenas de sanguijuelas, y aplicados los animalitos, hicieron tan terrible efecto, que al separarlas fué imposible contener la abundante hemorragia; empleáronse, sin resultados, cuantos medicamentos usa el vulgo en tales casos, y como la situación fuese cada vez más comprometida, decidieron llamar á un farmacéutico, que con leves esfuerzos puso fin á tan penosa escena.

Restablecido, continúa su campaña, rodeándose de ciertas comodidades, pues los recursos que el arte le propor-

ciona, adquieren considerable incremento, con las cantidades que de su padre recibe.

Vuelve después á lidiar en Cazalla de la Sierra, donde se había hecho indispensable, y de allí marcha á Trigueros y á Beas, ocurriéndole en este último punto, un gracioso incidente. Habían recogido un capote, que les proporcionó varias pesetas en calderilla, y su producto, envuelto en un pañuelo, fué colocado por *Garroche*, encima de una mesa del casino, que estaba situado en la plaza, donde se improvisa la de toros. Poco tiempo transcurrió, cuando uno de los novillos de la capea, rompió la valla por delante de la puerta del dicho casino, y penetra hasta la habitación, donde estaba el caudal de los toreros. *Garroche* puso en conocimiento del *Espartero*, el peligro que corrían los fondos, y ambos se dirigieron hacia aquel lugar, y al tratar el último de agarrarse á la cola del cornúpeto, recibió en el pecho dos terribles patadas, que le arrojaron al suelo, quedando momentáneamente privado del sentido, saltando el morucho por encima de él, y volviendo á la plaza, mientras *Garroche* recuperaba *los perros*.

Las últimas corridas de 1883, y las primeras del 84, las toreó en Cazalla de la Sierra, alcanzando siempre del público, las mismas muestras de cariño, y recogiendo algunos pequeños regalos. El 12 de Junio del año último, fué objeto Manuel García en dicha villa, de una imponente manifestación de cariño, por parte del vecindario, al estoquear un novillo de 4 años cumplidos, de pelo cárdeno, corniabierto y de gran presencia, perteneciente á la ganadería de D. Manuel Cubero: al trasteo admirable, compuesto de tres naturales, uno de pecho, y otro redondo, siguió una monumental estocada, que le partió la herradura. La cabeza de este hermoso toro, llamado *Cardenito*, es conservada por el *Espartero*, como recuerdo de sus primeros triunfos.

Estas y otras faenas análogas, proporcionaron á *Mao-liyo* cariñosas ovaciones, y llevaron el entusiasmo por el diestro á tal extremo, que su nombre en los carteles, aseguraba un lleno en la plaza, hasta el punto de que cierto empresario, nuevo en el negocio, sufrió considerables pérdidas, porque con el fin de dar variedad al espectáculo, contrató de matador á un antiguo aficionado, aunque con la condición, de que llevara de banderilleros á Manuel y *Garroche*. Además de las pérdidas pecuniarias, que le ocasionó la entrada escasa, el espectáculo fué borrascoso, y el escándalo, adquirió proporciones enormes, al convencerse el público de que el jefe de cuadrilla, no podía llenar su cometido. Para que terminase la borrasca, Manuel empuñó estoque y muleta; pero la actitud de los espectadores, le hizo desistir de su idea. Todos á una, pedían para el empresario la imposición de severas penas, como correctivo eficaz, para que en las posteriores fiestas, adjudicase á su ídolo el puesto preferente.

El 27 de Julio, banderilleó en Sevilla novillos del señor Marqués de Villavelviestre, que estoquearon *Marinero* y *Lavi*, siendo la primera vez que toreó este año, en la lcal y noble ciudad, pues aunque estuvo anunciado el 14 de Junio para parear novillos de Núñez de Prado, no tomó parte en la corrida: el 31 de Agosto desempeñó igual cometido en Trigueros, formando parte de la cuadrilla de Centeno, que con *Mellado* y el dicho *Lavi*, toreó también en la anterior, día 30. *El Toreo Sevillano*, correspondiente al 7 de Septiembre, hablando de la última corrida de Trigueros, dice, que el *Espartero* vestía de azul y plata, y estuvo superior en la muerte del último novillo, perteneciente á la ganadería de D. Manuel Garrido.

El público hispalense, entendido como el que más, no se fijó en el *Espartero*, porque sus faenas con las banderi-

llas, no han sido nunca notables, y las proezas de Manuel como matador, solo eran conocidas en Cazalla, y en algún que otro pueblo, donde por sorpresa estoqueó un novillo; esta exhibición convenciole, de que solo conseguiría brillar en el arte taurino, actuando de matador, y á obtenerlo dirigió todos sus esfuerzos.

El número 502 de *El Toreo*, de Madrid, correspondiente al 1.º de Diciembre de 1884, publicó esta noticia.—«Monstevideo.—La cuadrilla contratada para aquella república, y que debe embarcarse el 10 de Diciembre, es la siguiente:

»ESPADAS: Enrique Santos (*Tortero*) y José Centeno.
»—PICADORES: Juan Rivero (*Cuchillero*), Enrique Prieto y José Fernández (*Cachero*).

»BANDERILLEROS: Manuel León (*Lolo*), Antonio García (*Fatigas*), José Jiménez y Manuel García (*Espartero*).»

Dispuestos á cumplir su compromiso, aguardaban órdenes para embarcarse, cuando con sorpresa averiguaron, que marchaba á aquel punto otra cuadrilla, ajustada por la misma empresa, y compuesta de diestros madrileños. Por esta circunstancia, no cruzó Manuel los mares, y quedó en Sevilla, esperando fortuna.

Como ya empezase á sonar el nombre del *Espartero*, llegaron noticias de su valor y proezas á oídos del célebre torero de corazón de bronce, *Señor* Manuel Domínguez, protector decidido de los jóvenes, que en las lides taurinas demostraban extraordinaria afición y arrojo, y llamando á su presencia al novillero, le regaló un magnífico estoque, con puño de plata, dirigiéndole las siguientes palabras, con la autoridad que dan las canas y las glorias: «Me han dicho, que eres un valiente: ahí tienes ese estoque, en prueba de cariño: rómpelo mejor con los huesos de las reses, antes que una se te quede viva. Mucho cuidado con lo que haces, y si las contrariedades del oficio que emprendes, han de pesar sobre

«tu ánimo, convirtiéndote en un *marijuye*, retírate mejor del toreo.» El *Espartero* agradeció infinito el regalo, por provenir de un matador, cuyos arranques proverbiales de valor, admiró siempre, y prometió seguir el consejo, estoqueando con dicha arma, varias veces durante el año 85 en Herrería, Sanlúcar de Barrameda, Antequera, Valverde del Camino, Fuentes de León y Azuaga, tomando parte como único matador en la plaza de Cáceres, el día de San Juan, dando muerte con gran aceptación, á cuatro novillos del Marqués de la Conquista. El número de *El Enano*, correspondiente al 26 de Junio, hablando de la corrida que en el día primero de dicho mes, se celebró en Antequera, decía «el novel espada el *Espartero*, según carta que tenemos á la vista, de un amigo que presenció la fiesta, promete, pues hay estilo y valentía.»

El 5 de Julió toreó de nuevo en Sanlúcar de Barrameda, evitando con su bravura y energía, un conflicto de orden público. Los toreros en su mayor número, cayeron heridos, y los que escaparon menos mal, poseídos de un miedo cervical, se encerraron entre barreras, teniendo Manuel que banderillear y matar toda la corrida, en medio de las más agradables muestras de simpatía y entusiasmo, y tan grandes, que si no hubiera dado con anterioridad mil pruebas de su arrojo temerario, la reseña de esta corrida sería bastante para cimentar su fama. La nota cómica, precedió en aquella tarde á la heroica. Un *flamenco* iluso, quiso lidiar á caballo, y los preparativos del diestro en *agraz*, ocasionaron un rato de inocente diversión al *Espartero* y su cuadrilla, pues, careciendo de todos los medios de defensa, de que la observación ha rodeado á los ginetes, para llenar su arriesgado cometido, quiso suplir la mona, con un canuto de hoja de lata, extendido á todo lo largo de la pierna derecha, y soldado con delicadeza por un maestro plomero. Inútil es

decir, que al quedar entundada de tal suerte la pierna, su propietario fué acometido de violentos dolores, que cesaron gracias á unos cuantos cortes dados con inteligencia, en la improvisada mona: las sábanas de la cama hicieron las veces de almohadillas y rellenos, y tan grotesca figura emprendió á caballo el camino de la plaza, no sin haber repetido mil veces al *Espartero*, que no le *esamparase* en aquélla, donde únicamente cuidó de exhibir su triste figura, sin que fueran bastantes para obligarle á entrar en suerte, las órdenes de la presidencia y las *enérgicas* reprensiones del jefe de la cuadrilla.



V.

Piazza de Toros de Sevilla.—Consideraciones generales.

—Aparición en aquélla de Manuel García.—Juicios.—
Entusiasmo.—¡A ver! novilladas.

SE acercaba el momento en que Manuel daría á conocer ante un público inteligente, sus aptitudes para el arte de Montes y *Pepe-Hillo*, pues, poniendo en juego cuantas influencias pudo mover, logró que su nombre figurase en el programa de una corrida en la plaza de Sevilla; ¡más con qué condiciones! Había de matar dos novillos, desechos de tienta y cerrado, sin percibir un solo céntimo, y costeando de su bolsillo, los gastos del carruaje que lo condujera á la plaza. Se necesitaba toda la afición de Manuel García, para aceptarlas como las acogió, con gran entusiasmo, y se preparó para la liza, ansiando llegase el momento de hacer sus verdaderas primeras armas.

Antes que relatemos lo que en dicha corrida sucedió, permítasenos una ligera ojeada, sobre ciertos antecedentes.

La plaza de Sevilla ha sido siempre, un palenque, donde todos los aficionados tratan de probar fortuna: la inteligencia del público que asiste á sus fiestas, es una garantía para los jóvenes principiantes, y el cariño con que los estimula, si reúnen condiciones para lidiar reses bravas, les

brinda un medio de ser conocidos en toda España. Quizá en la afición sevillana haya algo de exagerado, pero esto es consecuencia legítima de su carácter meridional, de su cielo y de su suelo, y nunca del espíritu de localidad, que jamás informa sus acciones.

En uno y otro año, se presentan en aquella plaza, un sinnúmero de torerillos, que con sus pretensiones asedian á la empresa ó un amigo de ésta, para que los *saquen* á torear sin remuneración, costeándose la cuadrilla, y hasta comprometiéndose á vender cierto número de localidades, de las de más difícil colocación. La mayoría de ellos fracasan en el primer ensayo, otros pasan al montón, y algunos, muy pocos, logran sobresalir, pero otros se elevan con extraordinaria rapidez: *Espartero*, *Reverte* y *Bombita*, son ejemplos elocuentes de estos últimos.

Bajo los auspicios de siempre, comenzó la temporada de novillos del 85, y continuó sin que nada le diera aliciente, desfilando por el coso sevillano, buen ganado por regla general, algún que otro matador de reconocido mérito, pero de escasos progresos, y muchos diestros que se confundieron al fin, con la *turba multa* de *maletas*. La afición languidecía y moría de anemia, hacía falta algo que ejerciera de tónico, se necesitaba hierro, mucho hierro, para salvar al enfermo, y la fortuna le deparó al *Espartero*, que se lo suministró en grandes dosis y de pronto, comunicándole un exceso de vida asombroso, que se desbordó en raudales de loco entusiasmo, y llevó el nombre de aquél á todos los rincones de la Península.

La empresa organizadora de la corrida de pre entación de *Maoliyo*, contrató á dos de los matadores de más cartel, para que en unión de aquél estoquearan; y á los caballeros en plaza Morillo é Iglesias, que rejonearían á la usanza portuguesa, porque aún teniendo poco presupuesto la corrida,

era difícil lograr un superávit; adquirió ganado de gran nombradía y empleó, en fin, cuantos medios pudo, para llamar la atención, demostrando con su conducta, que el circo sevillano atravesaba una época de crisis, y que era necesario dar atractivos á la fiesta, con novedades relegadas á países extranjeros, sin considerar que vestir el espectáculo genuinamente español, con trajes extraños, es una de las causas que le hacen perder sus encantos.

Llegó el día de la corrida, y Manuel se presenta en la plaza de su ciudad natal, tan desconocido, como el que más, y figurando al lado de dos novilleros, bastante apreciados por aquel público, al que encuentra apático y frío, á consecuencia del mal resultado de corridas anteriores, todo lo cual parece conspirar contra el joven principiante.

Los espectadores ocupan gran parte de las localidades del anchuroso y severo circo, donde se juegan las corridas en Sevilla; un calor de 54 grados centígrados, pone á prueba la afición de los del sol, y convierte el redondel en llanura abrasadora. Los novillos encerrados son, como casi siempre, en aquella plaza ocurre, de gran tamaño. La impaciencia del público crece por momentos, y por fin comienza á la hora señalada, la fiesta, jugándose unos tras otros, los novillos, que según el programa, debían matar los caballeros Iglesias y Morillo, los cuales no consiguen acabar con los becerros, por lo que el banderillero *Fatigas*, lo hizo con general aceptación, dándose después principio á la lidia ordinaria de los seis toros de D. Anastasio Martín. Manuel alterna en los quites con sus compañeros, y la parte inteligente del público vé, que aquel muchacho endeble, pálido y risueño, que vestía de azul celeste y oro, para en los quites, mueve el capote con soltura, y remata siempre los lances á un palmo de la cabeza, y al fijarse en él, por el papel principal

que desempeña, concibe grandes esperanzas, que á poco se convierten en la más brillante realidad.

En efecto: el clarín anuncia la salida del tercer novillo, sale del chiquero, un toro de pelo cárdeno, corniabierto, de muchos kilos, de largas y dilatadas defensas, marcado con el núm. 3, y respondiendo al nombre de *Pañero*. *Espartero* lo lanceó con seis verónicas y un farol, que fueron muy aplaudidos: toma parte en los quites, distinguiéndose mucho, y mientras *Blanquito* y *Veneno* banderillean á la res, prepara las armas toricidas, y espera el momento decisivo de su porvenir. Suenan nuevamente los clarines, pregonando que éste es llagado, y marcha á la cara del bicho, y en los mismos hocicos despliega la roja y pequeña flámula, lo pasa dos veces al natural, una de pecho y otra con la derecha, con tal precisión, arte y valentía, que bastan para cuadrar al bruto, y perfilándose muy cerca de los pitones, se deja caer con una estocada superior, arrancando, que partió el corazón al de Martín. Manuel movió la muleta con inteligencia, dió los pases indispensables, y entró sobre corto y por derecho, y si el estoque no penetró hasta la empuñadura fué porque el novillo, codicioso en extremo, obedeció al menor movimiento del matador y al sentir el hierro, hizo un extraño, por efecto de su blandura, evitando que la estocada entrase hasta la bola. ¿Pero qué importaba este detalle? el público le tributó una extraordinaria y entusiasta ovación, que solo tuvo término con la salida del cuarto toro.

Las muestras de entusiasmo y los aplausos, repitiéronse nuevamente en la muerte del último animal, llamado *Bailador*, negro listón, bien puesto y marcado con el núm. 32. La faena que empleó fué corta y de lucimiento, rematando con una estocada caída, siendo llevado en hombros de algunos espectadores, hasta el coche.

El festivo escritor *Páco-Pica-Poco*, hizo el resumen de estas dos faenas, en la forma siguiente:

Es simpático el joven *Espartero*
Y merece dejarse la coleta;
Ha pasado esta tarde de muleta
Como hubiera pasado un buen torero.
Llegando de verdad á su primero,
Una buena estocada le receta,
Obteniendo ovación justa y completa,
Obsequio que le ha hecho el pueblo entero.
Al último animal de la corrida,
De bastante poder y bien armado
Le propina una corta algo caída.
Espartero esta tarde ha demostrado
Que siguiendo cual vá, tendrá el consuelo
De llegar á igualarse con *Frascuero*.

Incluimos este soneto, no como modelo de composición poética, sino por la profecía que encierra, y que ha tenido como todos saben, cumplida realización. En igual sentido se expresaba *El Burladero*, periódico que por aquella época veía la luz pública en Sevilla, diciendo del *Espartero*, en la tarde de su presentación, «que demostró mucha valentía y que no pierde la cara de los toros: creemos es un chico que promete y podrá llegar á ocupar un buen nombre en la historia del toreo.»

Hé aquí jugada la suerte de aquel desconocido aficionado, que se presentó como aprendiz, é hizo faenas de maestro, que estaba llamado á ser el matador más discutido de la última veintena del siglo, y á ganar cantidades fabulosas, acompañadas de singulares muestras de admiración y entusiasmo.

A lo sorprendente é inesperado de su aparición, debióse, sin duda, el entusiasmo que despertó Manuel, y que fué en *crescendo* hasta el 13 de Septiembre, que recibió la alternativa, y así se explica que el cartel del siguiente domingo, que anunciaba á *Punteret* como matador de seis novillos de Núñez de Prado, se modificase aquella misma noche, para dar entrada al *Espartero*, que incondicionalmente se puso á las órdenes de la empresa.

El nombre del joven, circula por todas partes, la musa popular canta sus proezas, los *mocitos* de barrio, se sirven de su apodo para enamorar á las niñas, y los aficionados que le vieron en la primera corrida, comentan de mil modos y maneras las hazañas del hasta entonces ignorado diestro, mientras que los que, por el hastío que les produjo la mala organización de corridas anteriores, no asistieron á dicha fiesta, lamentan su mala suerte.

Lo más notable del caso fué, que el torero de la Alfalfa, no mostró al público en la primera corrida, la cualidad más saliente y más excepcional que le adornaba, su incomensurable valentía, pues los accidentes de la lidia no se prestaron á ello. La ocasión oportuna de derrocharlo se presenta en el cuarto novillo de los lidiados el día 19. Al llegar la hora de la muerte, Manuel prescinde de la muleta, lo torea con el cuerpo, pára su acometidas apoyando la mano en el testuz, y pone de relieve la flexibilidad de su cintura, para burlar los embroques de las fieras, á un palmo de la cabeza. En esta tarde, tuvo las precipitaciones y dudas propias del que comienza el ejercicio de una profesión; pero dió á conocer un valor indomable y asombroso, una vista torera clarísima y rápida, y una frescura sin igual ante la cara de los toros. En la primera corrida, Manuel pareció maestro consumado, en la segunda un principiante distinguido, poseedor de colosal bravura, y si animado y satisfecho salió el

público de aquélla, más alegre y regocijado lo hizo de ésta, porque sus descubrimientos le evidenciaron, que de aquel niño todo podía esperarse. Fiel reflejo de la opinión es el resumen que de dicha corrida hizo *Paco-Pica-Poco*, al decir: «Trabaja con la misma serenidad, que los chicos que juegan al toro, como si éste fuera un niño, á quien pudiera decirle: «Estate quieto.»

La Alfalfa se convirtió por la noche, en alegre velada; mil curiosos acudieron á ella, y se asomaron á la modesta espartería para ver al diestro y contemplar la cabeza de *Cardenito*, colocada frente á la puerta. A su vista, brotan en la imaginación de todos los detalles de la fiesta, mientras vuelan por los aires los vibrantes ecos de populares murgas.

Ya Manuel García, tiene amigos entre la más elevada clase social; ya su casa se vé concurrida á todas horas por numerosos admiradores, que le saludan cariñosamente, y contraen estrechos lazos, que días antes, tal vez, hubieran rechazado: es un diestro de renombre, al que los periódicos dedican sonoras frases, fiel compendio del entusiasmo y alborozo de la afición; ya se come á lo *Espartero*, se fuma á lo *Espartero*, se anda á lo *Espartero*, se peina á lo *Espartero*, y en una palabra el *Espartero* llega á ser para la tercera parte de los moradores de Sevilla, no el hombre del día, sino el de siempre, el de todas horas.

Los vendedores de las plazas de abastos, ponen á sus mercancías etiquetas, que dicen: «Del *Espartero*»; van á presenciar las corridas aficionados retraídos, y personas que nunca asistieron á tales fiestas, y ¿por qué no decir, como un amigo nuestro, exagerado y bullicioso?... hasta el Cabildo Catedral vá á los toros. Tal es la fuerza atractiva del *Espartero*.

Las empresas apresúranse á contratarlo, porque hacía muchos años, no se mostró la afición tan vigorosa, sobre

todo en la hermosa Sevilla, donde decía un periódico. «Las
»empresas de las corridas de novillos, están de enhorabuena.
»La aparición en nuestra plaza, del joven diestro Ma-
»nuel García (el *Espartero*), ha despertado la afición de
»tal modo, que es suficiente el anunciar su nombre en los
»carteles, para que el circo se vea lleno de espectadores,
»que le aplauden con entusiasmo en todas las corridas. Y
»la verdad es que el diestro se lo merece, porque es tal su
»serenidad y arrojo, sobre todo al arrancarse á matar, que
»bien puede decirse, sin temor de ser desmentido, que es
»una especialidad en el arte de Montes, máxime si se tiene
»en cuenta, el poco tiempo que lleva ejerciendo tan difícil
»profesión.

»Cada tarde se le vé con más valor, y con una serenidad
»que admiran todos los aficionados.»

Desde su aparición en el circo sevillano, hasta que toma la alternativa, fué ajustado el *Espartero* y toreó en él, los días 19 y 25 de Julio, 2, 9 y 15 de Agosto, sin que decayera el entusiasmo: el 16 del último mes en Cádiz, estando anunciado para dicha novillada *Guerrita*, pero fué sustituido por *Torteró* y Centeno. El trabajo del *Espartero* agradó tanto á los gaditanos, que lo hicieron socio numerario del Centro taurino, distinción que hasta él no obtuvo ningún novillero, y adquirió esta sociedad, como recuerdo de la corrida, el trozo de un estoque que partió aquél.

El 19 mató un novillo en Olivares, sin retribución alguna, por tratarse del beneficio de su íntimo amigo *Garroche*, herido en la corrida anterior, sufriendo la cogida que en lugar oportuno mencionamos; vuelve á Sevilla, donde toreó el 23 reses de Saltillo, saliendo lastimado en la muñeca derecha, cuya lesión no sanó por completo, hasta principios de Septiembre, y le impidió en absoluto actuar el 27 en otra, que por ello se suspendió; el día 30 mató solo en Alca-

lá de Guadaíra, cuatro novillos de Benjumea (1), y el lunes último de Agosto, día laborable, lo hace en Sevilla, alternando con *Punteret*, y lidiando seis del mismo ganadero; para presenciar esta fiesta, se llenó el circo de una manera, inconcebible, cotizándose las entradas á precios subidísimos, la animación fué extraordinaria, se cerraron los talleres antes de la hora acostumbrada, y todas las oficinas y establecimientos mercantiles é industriales, dieron por terminadas sus tareas, para la hora de la corrida. El deseo de presenciar las faenas del *Espartero*, justificaba toda falta, y aunque la tarde no fué de las más felices y gloriosas para éste, que á causa de la lesión solo pudo manejar la muleta, el público le tributó entusiastas ovaciones, y le hizo objeto de continuadas y singulares muestras de cariño, las cuales no pudieron repetirse en la del 6 de Septiembre, pues, por haber retrocedido el joven en su curación, no tomó parte en ella, de suerte, que ya en Sevilla no volvió á vérselo como novillero, porque estas funciones las desempeñó por última vez, el 8 en la plaza de Fuente Heridos.

Dos meses toreó de novillero, mató 31 novillos en 12 corridas, alternando con Avilés, Campó, Centeno, *Ecijano*, Almendro, *Tortero*, *Espartero* de Triana, y principal y más frecuentemente con *Punteret*, por ser la combinación que apetecía el público. Este corto tiempo, fué suficiente para colocar á Manuel García, en condiciones de recibir la alternativa, y tan pronto como las circunstancias le fueron propicias, procuró la empresa organizar un espectáculo á este fin.

(1) En esta tarde se jugó en Sevilla una corrida de ocho novillos, en la que tomaron parte cuatro matadores aceptables: apesar de la baratura de precios, la plaza estuvo desierta, pues, casi todos los aficionados marcharon á Alcalá.

VI.

Antonio Carmona (el «Gordito») «se ha prestado gustoso en alternar con el simpático y aplaudido joven Manuel García (el «Espartero»), cediéndole la muerte del primer toro».—Juicio de la prensa.—Aplaudamos.—Envidiosos.—¿Tomó ó nó tomó la alternativa?

EL primer epígrafe, era la nota que contenía el cartel anunciando la corrida en que había de tomar la alternativa nuestro biografiado, de manos del maestro de los maestros, el día 13 de Septiembre de 1885.

El público llenó literalmente, la grandiosa plaza de la Ciudad del Bétis, y esperó con ansiedad el acto solemne de conferir á su ídolo la borla de doctor, presagiando una función alegre, dado el soberbio trapío de las reses enchiquetadas, pertenecientes á la vacada de la Sra. Marquesa viuda del Saltillo, y la intervención de diestros tan apreciados.

Verifícase el paseo, y colocados todos en sus puestos, se dió suelta al primero de los bichos, conocido por *Carbónero*, entrepelado en cárdeno, bien puesto, bragado, de gran presencia, y ostentando el núm. 49. Terminada la suerte de varas, y hecha la señal, para cambiar de tercio, Zayas y Villarillo, banderilleros del *Gordito*, entregan los palos á Malaver y Lolo, que lo eran del *Espartero*, y cumplida la

misión de los niños, suenan los clarines, y el maestro cede las armas torcidas al iniciando, entre generales muestras de aprobación y contento. *Manoliyo* marcha fresco á la cabeza de la fiera, despliega la muleta en los mismos hocicos, y toreándole con gran habilidad, le hiere con dos estocadas y un pinchazo. Los otros dos toros que estoqueó, en esta memorable tarde, llamábanse *Señorito* y *Javaito*, y eran negro lombardo, y negro, bien puesto, respectivamente.

¿Defraudó el *Espartero* las esperanzas que hiciera concebir? Para contestar tal pregunta, cedamos la palabra á las crónicas particulares, no sin que digamos, que para que todo fuese notable en aquella tarde, el *Gordo* ejecutó con su acostumbrada elegancia, el quiebro, y mató admirablemente el quinto toro.

Veamos lo que dijo la prensa hispalense, sobre la corrida, y después juzgaremos:

El Toreo Sevillano. — «Manuel García (el *Espartero*), á quien en esta corrida le cedió el maestro Carmona, en señal de alternativa, la muerte del primer toro, estuvo toda la tarde, con la misma confianza y guapeza, á que nos tiene acostumbrados, y que le han hecho acreedor á la popularidad de que goza en nuestro público, pues, bien pudiera decirse, sin pecar de apasionados, que tiene *esparterizados* á los sevillanos.

»En la brega es incansable, y en este día, por cesión del *Gordo*, hizo casi todos los quites, ejecutando algunos con largas, y con el capote al brazo, notándosele el adelanto por corridas. En los pases es inimitable, salvo pequeños defectos. Se posee con tal confianza, delante de la cara de las reses, que persiste siempre en llegar hasta la misma cara, sin que para él sean obstáculo las buenas ó malas condiciones de las mismas; y las toma tan en corto, que á los tres ó cuatro pases que ejecuta con esa maestría, im-

»propia de un joven que empieza su carrera, consigue apoderarse de ellas, dando ocasión á que el público, no puede resistir sin aplaudirle con delirio.»

No era menos entusiasta, la apreciación del entendido aficionado, que se oculta bajo el pseudónimo de *Car-ca-mo*: «El *Espartero*, escribía, como siempre, hecho un fenómeno; hizo quites asombrosos á punta de capote, á medio capote, y con el capote al brazo, girando sobre los piés, sin perder la cara de los toros.—¡Olé por los émulos de Frasquito Montes!—Con la muleta estuvo admirable. ¡Qué modo de ceñirse! ¡Qué manera de parar los piés! ¡Qué toreó de cintura para arriba! ¡Qué pases de pecho y redondos, y cuánta frescura y serenidad en la suerte! Al herir lo hizo muy en corto y por derecho, y el volapié de su segundo toro, fué de los que forman época. Este joven tiene, indudablemente, condiciones de primera fuerza, para el difícil arte que ha emprendido. Gran corazón, vista envidiable, y como consecuencia de una y otra cosa, un arrojo y frescura ante la fiera, que espanta. Con la muleta, su trabajo suele ser digno de aplauso, porque sabed, sin que nadie se lo haya enseñado, pases de verdadero castigo. Puede asegurarse que ha nacido para torero, y que, corrigiendo los defectos que hoy tiene, perfectamente disculpables en un principiante, llegará á la mayor altura, entre la gente de coleta.»

Otro inteligente revistero que colaboró en varios periódicos de la Corte, añade, refiriéndose á la muerte del cuarto toro: «No se puede pedir más. El valor ha guardado perfecta relación con la inteligencia, la habilidad con la destreza, el éxito con la voluntad y solo las palmas, la ruidosa ovación y las alabanzas de la crítica, deben servir de remate á una faena consumada entre aplausos y terminada en el colmo de la más grande admiración. Así

»se rinde culto al verdadero arte. En la brega rayó á gran altura, haciendo quites de verdadero mérito, algunos de ellos con el capote al brazo por el estilo de los que hacía el célebre Manuel Domínguez».

Todo cuanto se diga para narrar lo que hiciera en la corrida de su alternativa, resultaría pálido y deficiente ante aquella asombrosa realidad.

Nosotros vimos la lidia del cuarto toro, las palmas comenzaron á sonar en la suerte de varas y fueron creciendo ruidosamente, hasta confundirse con las tributadas al *Gordo*, al colocar un soberbio par de banderillas al quiebro en las agujas del quinto, y su recuerdo, permanecerá siempre fijo en nuestra imaginación.

Manuel hizo quites con largas rafaelinas, dió excelentes medias verónicas, recortó á punta de capote por ambos lados, con el capote al brazo y recogido en la mano derecha: la voluntaria reserva del *Gordito*, agradó mucho al público, porque le multiplicó las ocasiones de aplaudir á su ídolo, que complaciente hasta la exageración, procuró corresponder á tantas pruebas de cariño y *echó á la máquina todo el carbón* (1).

El momento más solemne fué, sin duda, la muerte de *Señorito*. Una faena de muleta primorosa, acabada, perfecta, bellísima en su unidad y variedad, precedió á la monumental estocada que echó á rodar al cornúpeto. El pueblo aplaudió como movido por vigoroso resorte, con las manos y con las palabras, palmoteando y agitando pañuelos y profiriendo mil y mil vivas y exclamaciones de encomio y admiración. ¡Nunca, en los años que llevamos asistiendo á las fiestas de toros, presenciarnos cosa igual! El *Espartero*, conmovido ante manifestación tan imponen-

(1) Frase de Manuel.

te, demostraba, con sus movimientos atolondrados, la alegría de que rebosaba su alma: ya devolvía sombreros, ya recogía cigarros de la arena, ya contestaba á los saludos de sus admiradores. Jamás público alguno se mostró tan entusiasta, jamás un torero agradeció tanto semejantes deferencias.

Con el beneplácito de la afición sevillana, había llegado al más alto puesto de la tauromaquia, y claro está que estos favores de la diosa fortuna habían de disgustar á muchos envidiosos que, no contentos con negar al *Espartero* los aplausos á que era acreedor por su trabajo en las corridas, se propusieron maltratarle personalmente.

Un periódico de la localidad, correspondiente al día 14 de Septiembre, publicó el siguiente suelto, que aunque podemos, no queremos comentar ni ampliar: «A las nueve de la noche del lunes se paró una berlina inmediata á la casa que habita en la Alfalfa el diestro conocido por el *Espartero*. Cuatro hombres que ocupaban el carruaje empezaron por cantar coplas del peor género y concluyeron por dirigir insultos al diestro á voz en grito. Algunos amigos de aquél, indignados ante semejante agresión, la emprendieron á pedrada limpia con los cantantes, interviniendo los dependientes de la autoridad, que los llevaron presos. Este acto salvaje, parece ser hijo de la más repugnante de las pasiones, la envidia, y es menos esplicable tratándose del *Espartero*, joven de buenas costumbres y bueno y cariñoso amigo».

De Sevilla marchó Manuel á torear en Zalamea la Real, donde recibió el día 19 del mismo mes una terrible cogida que le impidió torear hasta el día 11 del siguiente, en que con Antonio Carmona lidió en Sevilla reses del Excmo. Sr. D. Antonio Miura, que le propinaron algunos magullamientos y revolcones, y no restablecido del todo

de aquélla y estando aún resentido de éstos, marchó á Madrid para debutar el día 14.

Antes de ocuparnos de la aparición de Manuel en el circo de la Villa y Corte, permítenos, lector amigo, una pequeña digresión acerca de las cuestiones que se suscitaron sobre si tomó ó nó la alternativa. Recordarás los términos en que se redactó el cartel de la corrida para aquella solemnidad; pues bien, lo que á nadie pareció obscuro en un principio, dió origen más tarde á generales dudas.

¿El *Espartero* ha tomado la alternativa? ¿la cesión del primer toro hecha por el *Gordito*, fué pura galantería, ó en señal de paso á gerarquía superior? La primer pregunta no obtenía contestación categórica ni fundada, si se tenían en cuenta las palabras del cartel: á la segunda se contestaba de diversa manera, según el criterio de cada cual, y aunque la cesión del primer toro ha sido siempre signo de alternativa, ó galantería en confirmación de la misma, el carácter anormal que revestía todo lo relativo al *Espartero*, desvanecía la creencia más generalizada. La empresa de Sevilla, conocedora de estas diversas opiniones, al imprimir los programas para la corrida del 11 de Octubre, consignó la siguiente advertencia: «Habiéndose ofrecido dudas á varios aficionados, sobre si el simpático y arrojado diestro, Manuel García (el *Espartero*), había ó nó tomado la alternativa en la tarde del domingo 13 del anterior, cumple á la Empresa de esta plaza, manifestar que efectivamente al aplaudido joven, le fué dada aquélla, por el renombrado y célebre matador de toros, Antonio Carmona (el *Gordito*), el que con mucho gusto se prestó á ello, llenándose al efecto todas las formalidades de costumbre, para casos análogos: más para que queden desvanecidas aquéllas, en un todo, volverá á darle la alternativa el mismo Antonio Carmona.»

A esta contradictoria aclaración, no se le dió valor alguno, y más lógicos los diestros que la empresa, atuviéronse á la primera parte, é hicieron caso omiso de la segunda, que no tenía otro carácter que el de simple reclamo. Si había recibido la alternativa, ¿á qué repetir la fórmula? El *Gordito* mató los toros primero, tercero, cedió la muerte del quinto á *Villarillo*, y Manuel los segundo, cuarto y sexto, desapareciendo con tal proceder, cuantas dudas se habían suscitado, y que tomaron cuerpo por la singularísima aclaración de la empresa.



VII.

Manuel en Madrid.—La opinión en la Corte.—Artículos de «La Lidia».—Corrida.—En la Central de Sevilla.— ¡Escupió!—Juicios de la prensa matritense.

MIENTRAS Manuel llega á Madrid, procuraremos aprovechar el tiempo que emplee en el trayecto, para explicar, mediante algunas consideraciones, las causas que motivaron los severos juicios de la prensa de la Corte, acerca del joven diestro.

Este se presentaba en la Villa del Oso y del Madroño, precedido de gran fama, y orlado con una brillante aureola de gloria ganada en el circo sevillano, y para los madrileños, si habían de conceder crédito á la prensa hispalense, el *Espartero* era el torero más notable de la época, y de él todo podía esperarse. Aquel diestro, que dos meses antes era desconocido para los aficionados de la ciudad del Betis, y cuyas faenas por lo inesperadas, sorprendieron, marchaba ante los de la Villa del Manzanares, en circunstancias bien opuestas; todo lo que hiciera en aquélla, en Julio, era una gracia, y todo lo que en ésta, no ejecutara con perfección en Octubre, sería un grave defecto; y si á esto se añada el respeto que el público de la última inspiraba á nuestro héroe, el torear al lado de un consumado maestro, y el

no hallarse aún completamente restablecido, de graves heridas y machucones, se comprenderá fácilmente, que todo contribuía á aumentar su encogimiento.

Además, si la prensa sensata es el reflejo exacto y fiel de la opinión, ésta, ya que no adversa, tampoco le era favorable en la Capital de las Españas, y la *guasa* que destilaban los artículos de ciertos periódicos, sirve de comprobación á nuestro aserto. Véase lo que en el número 26, correspondiente al 28 de Septiembre, decía el mesurado periódico *La Lidia*, en un artículo titulado *Fenómeno en puerta*, después de comentar un juicio, que cierto apreciable semanario de Sevilla publicó, acerca del *Espartero*:

«Yalosaben los aficionados. El *Espartero* se coloca en los
»terrenos *que nadie pisa, pasa más corto y derecho que na-*
»*die*, y se tira *más corto que ninguno*. El día menos pensa-
»do, nos dicen, que al presentarse Manuel delante de los to-
»ros, los animalitos se caen patas arriba haciendo innece-
»sario el oficio del puntillero.

»Que se retiren *Lagartijo* y *Frascuelo*: que el *Currito*
»y *Cara-ancha* se dediquen á vender esparto: que Maz-
»zantini solicite el cargo de Director artístico del Teatro
»Real; que el *Gallo* se corte los espulones. En cuanto ven-
»ga el *Espartero*, van á quedar hechos polvos.

»¿Cuándo se presenta el fenómeno en Madrid? Esto se
»preguntan, todos los aficionados: y al pensar que ha de
»presentarse en la Corte, tiemblan de espanto Rafael y Sal-
»vador con sus respectivas y excelentes cuadrillas.

»Y temblamos también nosotros de emoción y pedi-
»mos al cielo, que el *Espartero* sea la columna que sosten-
»ga el edificio de la afición próximo á desplomarse; y pre-
»paran Perea el lápiz y Bordanova los colores, para que
»el retrato de Manuel surja ante los atónitos ojos de los
»lectores de *La Lidia* como fantástica aparición de un

»Montes, de 19 años, destinado á señalar, nueva era de
»grandeza y prosperidad en los anales de la tauromaquia
»y en las arcas insaciabiles de Menéndez de la Vega.»

Tan irónicas frases fueron contestadas, quizá con excesiva dureza, por varios escritores sevillanos, y *La Lidia* creyó oportuno volver sobre el asunto, en otro artículo que titula *Más sobre el Espartero.-Aclaraciones*, afirmando que no se propuso rebajar á este diestro, poco ni mucho, «sino protestar contra los elogios desmedidos de ciertos entusiastas que perjudican notablemente al novel diestro sevillano.»

Estas explicaciones no fueron bastantes á desvirtuar la mala impresión que causó el artículo *Fenómeno en puerta*, y las agudas sátiras, é intencionadas diatribas, que entre los sevillanos y matritenses comenzaron á cruzarse, desde que *La Lidia* se ocupó del *Espartero*, enconaron los ánimos y sobreexcitaron grandemente la opinión.

Aún hubo otras causas que no contribuyeron en poco á aumentar los respectivos estados de ánimo de diestro y aficionados: el programa de la corrida sufrió mil modificaciones. Primero se anuncian para el miércoles 14 de Octubre, toros de Núñez de Prado, lidiados por *Gallo* y *Espartero*, luego, en virtud de reclamaciones de *Lagartijo*, que la empresa creyó atendibles, se le dá entrada en la combinación, y se aplaza la fiesta para el día 15; y por último, la actitud del *Gallo* obliga á aquélla á desandar lo andado, y la corrida se verifica el miércoles con los matadores anunciados desde el principio.

Pichón, cárdeno, bragaño y corniveleto, fué el primer toro, que estoqueó García; por cierto que antes de hacerse la señal, contemplaba absorto las naranjas que, lanzadas por los vendedores de uno á otro sitio de la plaza, eran recogidas por los consumidores. Imagínate lector, las consi-

deraciones que Manuel haría, ignorante de tal costumbre, y juzgando que el fruto que demandaban los espectadores, era única y exclusivamente, para usarlo como proyectil contra él, y si á esto unes el deplorable estreno que tuvo, dejando el capote en los cuernos de la res y saliendo achuchado, comprenderás fácilmente, que no eran estos pequeños detalles, los más apropiados para animar al inexperto joven.

A excepción de la primera faena, que terminó con lucimiento y en dos minutos, las otras fueron laboriosas y desgraciadas. Las condiciones de los toros que le tocaron, nada apropiadas á sus recursos, hiciéronle aparecer muy distinto diestro, de como los madrileños le habían concebido por los relatos verídicos y entusiastas de la prensa hispalense y gaditana, y para que todo fuera desfavorable al torero de la Alfalfa, tuvo la desgracia de ser cogido y volteado por el segundo toro á poco de salir del chiquero.

Mientras la corrida se verifica en Madrid, trasladémonos á la Ciudad del Betis y presenciaremos chistosas escenas. Desde media tarde, en el local que ocupan las oficinas de telégrafos, nótase animación extraordinaria que sube de punto, en las primeras horas de la noche. Un público numeroso, invade los departamentos del edificio, y en nutridos corrillos, se anticipan telegramas de la corrida, se hacen augurios sobre sus incidentes, agóbiase con preguntas á los amigos del diestro, que nada pueden contestar; y aunque la carencia de noticias hace pensar á muchos en la posibilidad de que la función se hubiera suspendido, nadie abandona su puesto, y la afluencia de curiosos, es cada vez mayor, hasta el punto, de que se hace casi imposible el tránsito por las inmediaciones de la casa-correos.

No creas, lector, que exageramos: testigos presenciales fuimos de la manifestación, y sus detalles permanecen

aún fijos en nuestra mente. Un acontecimiento trascendental, capaz de mover al mundo entero, no hubiese llevado á aquel lugar tan numerosa concurrencia; pero se trataba de saber, qué había sucedido en Madrid al torero predilecto de todos los sevillanos amantes de la fiesta nacional, y allí permanecían firmes, deseosos de ser los primeros en adquirir noticias.

Ya muy avanzada la noche, circula de boca en boca, este antigramatical telegrama, cuyo laconismo dió mucho que pensar: «Toros buenos: *Gallo y Espartero armirable*»; más como nadie muestra la hoja en que estuviese escrito, atribúyese á invención de algún desocupado y crece la ansiedad. Cuando menos se espera, óyense murmullos, que, provenientes del piso principal, hacen sospechar á todos que han llegado nuevas de la corrida, y en alborotado y confuso tropel, dirígense hacia la escalera; á viva fuerza es conducido al patio un joven, que lleva en la mano, cierto arrugado papel, que á juzgar por las apariencias, es un despacho telegráfico: que quieras, que nó, lo suben en la pila, que en dicho local hay, le incitan á que dé lectura del tan esperado telegrama, hácese el silencio, y con voz apagada, comienza su tarea el jadeante lector: «Toros buenos, caballos».... un *gallo* que se le escapa en tal palabra, *delito imperdonable*, le arroja del alto sitio, que ocupa, y arrebatándole el parte de las manos, sube al solio acuático, un aficionado, que con estentórea y aguardentosa voz, termina la lectura entre los aplausos del auditorio, contento y regocijado por las felices, aunque apasionadas noticias que acababa de saber. ¡Que dirían de esto, los detractores de nuestra clásica y viril fiesta nacional!

A juzgar por varios telegramas, el *Espartero* quedó bien, y este juicio fué confirmado por las reseñas, que, escritas por los corresponsales, publicaron varios periódicos

de Sevilla, y por las relaciones de aficionados, que le acompañaron expresamente para verlo en la Corte, los cuales afirmaron que estuvo valiente y afortunado en todo, menos en la muerte del cuarto toro. Por cierto que uno, de esos que pudiéramos llamar fanáticos, comentaba de mil modos y maneras los incidentes de aquella corrida, y sacaba con secuencias graciosísimas. Contaba nuestro hombre, detalle por detalle, las faenas del *Espartero*, y refiriendo la muerte del primer toro, decía: «Lo toreó Manué mu en corto, y lo »toreó superiormente: así que lo vió igualao, lió la muleta, »gorvió la cara á la derecha, y escupió».—«¿Y á qué viene »aquí eso de si escupió ó nó?»—interrumpió uno de los circunstantes, á lo que aquél con la mayor naturalidad repuso: «—Ay que gracia. No encuentra Vd. mérito en lo mejón: »sepa Vd. que cuando se lía la muleta pá entrá á matá, no »hay en er mundo, quien tenga saliva en la boca, porque se »pone más seca, que la piera marmo.»

Impacientes estaban los aficionados sevillanos por leer los juicios que acerca de su ídolo había formado la prensa de Madrid, y grande fué su desencanto al ver, que tanto los periódicos políticos, en su sección taurina, como los profesionales, le trataban con suma dureza, salvo contadísimas excepciones. Cronistas imparciales, nos limitaremos á copiar lo que dijeron los de más autoridad, sin añadir el más pequeño comentario, dejándote, lector, que juzgues en su vista y en relación á los hechos.

El Toreo, en su número 556, correspondiente al 15 de Octubre dice en la apreciación: «El *Espartero*, que ayer se »presentó en Madrid precedido de grandísima fama, y que »fué la novedad de la fiesta, merece que nos detengamos »un poco en nuestro juicio. Para ser torero se necesita va- »lor, ante todo, serenidad y frescura; pero también se nece- »sita saber torear, porque si nó, es imposible ejercer esa

»profesión. Esto parece una verdad de Pero-Grullo, pero
»hay que recordarla en vista de lo que aquí va ocurriendo
»con los principiantes.

»Todo el que se arrime puede ser torero, pero no solo
»porque se arrime, sino porque además sepa una porción
»de cosas indispensables para torear.

»Hoy quieren los diestros empezar por el fin de la ca-
»rrera, es decir, matando toros, y eso es imposible. Hay
»que estar algunos años corriendo toros para ir conociendo
»las diversas condiciones de las reses bravas, y hay que po-
»ner muchas banderillas para este mismo efecto. Cuando se
»conoce el arte y se conoce el ganado, el que tenga valor
»para ello podrá coger el estoque, pero si todo se ignora, es
»muy posible que un diestro se quede en la mitad de la ca-
»rrera.

»El *Espartero* tiene lo principal para matar toros, se
»acerca como nadie, lleva una muleta pequeña, es muy se-
»reno, no conoce ni teme el peligro, pero no sabe una pala-
»bra de lo que es matar toros. La muleta tiene un uso que
»este diestro desconoce; para matar hay que ponerse de
»una manera que ignora, y las reses ofrecen dificultades que
»se vencen con los recursos del arte, recursos que el *Espar-
»tero* desconoce. Acercarse y no tener miedo, no es saber
»torear. La alternativa de matador debe tomarse cuando se
»sepa el oficio y no antes. Los que digan al *Espartero* que
»es un matador de toros le harán más daño que provecho,
»los que le digan que tiene condiciones para ser el primero
»algún día, si el carro no se tuerce, le dicen la verdad» (1).

La Lidia, en 19 de Octubre publicó un artículo titulado
El Espartero en Madrid, que por contener un detallado y
curioso juicio del diestro, copiamos á continuación: «Ya se

(1) Prescindimos en la copia de todo aquello que no envuelve apreciaciones gene-
rales.

» ha estrenado el fenómeno en la villa y corte de todas las
» Españas. Los aficionados han podido juzgar *de visu*, en la
» tarde del miércoles último, 14 del actual, al asombroso
» diestro que los periódicos sevillanos presentaban como el
» Montes en miniatura del toreo moderno.

» Ya podemos hablar con algún conocimiento de causa
» de Manuel García, el *Espartero*; podemos juzgarle; pode-
» mos examinarle; podemos comprobar la exactitud ó falsía
» de las ponderaciones monstruosas de que el novel matador
» venía precedido.

» Y vamos á hacerlo con la misma calma, con la misma
» serenidad que empleamos cuando Sevilla nos mandó á
» Mazzantini, envuelto en una aureola de gloria muy seme-
» jante á la que en la ciudad del Betis se ha confeccionado
» para el *Espartero*.

» Entendemos, desde luego, que no hay nada tan fácil
» como juzgar á Manuel García, por las condiciones que re-
» veló en la corrida del miércoles. El muchacho es de los
» que se clarean al instante, y no hace falta fijarse mucho en
» él, para ver en seguida, cuál es el lado bueno, y cuál el la-
» do de que flaquea.

» Por de pronto, la curiosidad era tan grande por cono-
» cerle, que cuando entró en el corral para dirigirse al cuarto
» de los toreros, hubo un verdadero tumulto en el público
» por verle de cerca y enterarse en detalle de todos los ras-
» gos de su fisonomía.

» Cuando se presentó en la plaza el primer toro, todas
» las miradas estaban fijas en el *Espartero*; y en cuanto
» transcurrieron dos minutos sin que el chico tuviera oca-
» sión de verificar ninguna suerte portentosa, ya se oía exclam-
» ar á algunos:

» ¡Hombre! ¡Pues todavía no ha hecho nada!

» Espectador hubo que creyó sin duda que al salir el b.

»cho se arrodillaría ante el *Espartero*, y le lamería las manos como un perro de aguas.

»Tal era el efecto que produjeron en los aficionados los desmesurados elogios de la prensa sevillana. ¡Cuánto, pero cuánto han perjudicado estos elogios á Manuel García!

»Ni el *Espartero* es un *petit* Montes, ni el *Espartero* puede empañar con la más leve sombra la reputación de los matadores que el público de Madrid aplaude, ni el *Espartero* trae, al menos por ahora, y á juzgar por lo que hizo en la corrida del miércoles, esas inmensas cualidades que se le han atribuido.

»¿Qué es el *Espartero*? Pues es pura y simplemente un niño de 19 años, desprovisto de facultades físicas y dotado del desatinado valor que presta una ignorancia absoluta del peligro, y un desconocimiento total de las reglas más elementales del toreo. Ni más ni menos.

»El muchacho lidia las reses en la plaza como los chicos juegan al toro en calles y plazuelas. Para él, los toros no son animales fieros, cuyas intenciones hay que conocer, y cuyas acometidas hay que evitar de una manera conveniente y razonada.

»Para el *Espartero* el toro es una masa que se mueve y cornea, y con la cual debe andar el torero á puñetazo limpio, ya con el capote, ya con la muleta, ya con las mismas manos del torero, como si lo que se tratase de demostrar fuese que el hombre es tan animal ó más que el toro.

»Esto dá á entender, sin grán esfuerzo, que el joven matador debe estar siempre en la misma cabeza de la res. Y así es, en efecto; tan en la misma cabeza está el *Espartero*, que el miércoles, al dar un recorte con el capote al brazo, recibió en la espalda una tremenda bofetada con el testuz del toro, y fué á parar, despedido violentísimamente, á dos metros de distancia.

» En otra ocasión se salió de la cuna apoyando las dos
» manos en el testuz; y dos veces á la terminación de una
» media verónica, dió un fuerte puñetazo al toro entre los
» dos cuernos.

» Con la muleta en la mano el toro y el matador se con-
» funden en un solo objeto, en cuanto la res se ciñe un poco.
» El *Espartero*, no tiene, puede decirse, más que dos pases,
» el pase por alto y el cambiado. Con el primero, que es
» sesgado y muy en corto, hace que el toro se vuelva, no
» al aviso de la muleta, sino á la vista del bulto; y como el
» torero está siempre lindando con el terreno del toro, no
» tiene que hacer sino mover la muñeca de derecha á iz-
» quierda, para que el toro tome el terreno del hombre, y se
» verifique el cambio, en un palmo de terreno.

» Con estos dos pases, el *Espartero*, marca al toro, en
» un bullir continuo, sin separarse un ápice de la cabeza y
» moviendo los piés en todas direcciones sin tregua ni repo-
» so, hasta que la res se para zarandeada y descompuesta,
» sin igualar casi nunca las manos.

» Esto de que los toros no se igualen, importa poco al
» *Espartero*. Aquí la decoración cambia y el valor desapa-
» rece. Vamos á explicarlo. Mientras el *Espartero* vé su de-
» fensa, sea muleta ó sea capote, se muestra desahogadísimo,
» porque mueve con libertad y coloca el engaño á la distan-
» cia y en la dirección que esti na convenientes.

» Pero al liar para dar la estocada, el matador tiene que
» fijar los ojos en el morrillo del toro y dar la salida al tra-
» po, *sin mirarlo*, porque no es posible. En este momento
» hacen falta el valor para meter el brazo y la habilidad
» para salir ileso de la reunión por medio del quiebro de
» muleta.

» Y como el *Espartero* no tiene habilidad alguna, y en
» el lance de la muerte es indispensable la habilidad, el mu-

»chacho ha conocido que corre un peligro inminente y sale
»tranquilamente del paso, colocándose para arrancar, fuera
»de la cabeza, é hiriendo por medio de un cuarteo claro, evidente y sin disfraz alguno, es decir, esquivando el peligro.

»Añádase á esto, que arquea extremadamente el brazo
»y se comprenderá que la mayoría de las estocadas tienen
»que resultar perpendiculares y muy poco rectas, y que
»además, en cuanto un toro se aplome ó vuelva mansu-
»rrón, hay exposición segura á pinchar repetidas veces y á
»que los toros se queden vivos, como sucedió al *Espartero*
»en el segundo que mató el miércoles.

»El *Espartero*, pues, no sabe colocarse para matar, y
»nos alegraremos equivocarnos, al creer que es muy difícil
»que se coloque alguna vez como deben perfilarse los matadores de toros. Abonan nuestra creencia, la escasez de
»facultades físicas del novel diestro, y la circunstancia importantísima que hemos apuntado antes, es á saber; que
»el valor intrínseco es absolutamente inútil para despegarse
»al toro del embroque, porque hace falta serenidad y arte,
»ya que la vista no está en la muleta, sino en la punta del
»estoque y en el morrillo del toro, y el *Espartero* necesita
»hoy medir perfectamente con los ojos la distancia que media entre la defensa que lleva en las manos y las astas del
»toro.

»¿Qué es en suma el *Espartero*? Una criatura de 19
»años dotada de un valor asombroso, pero que proviene de
»una ignorancia más asombrosa aún; una criatura de 19
»años que, con la sonrisa en los labios, inocente, cándido y
»con la inconsciencia natural del peligro, se acerca á los
»toros de la misma manera siempre, sean cualesquiera sus
»condiciones, y se lia con ellos como si fuera de cartón, seguro de que cuando más cerca se halla de los cuernos, es
»menor el riesgo que corre.

»Ahora bien: ¿se puede pedir más á una criatura de 19 años? Nosotros creemos firmemente que nó, y por eso estimamos crueldad excesiva, en general, la opinión que la prensa ha formulado del nuevo espada, tratándolo con un rigor á todas luces inmerecido.

»Santo y bueno que los desmesurados elogios de la prensa de Sevilla, molestaran á los aficionados, por las censuras que implícitamente contenían esos elogios contra diestros que el público madrileño aplaude y admira; pero ¿es acaso responsable el *Espartero*, de la fanática admiración que en sus amigos y en los aficionados sevillanos ha despertado?

»¿A qué juzgar al muchacho desde un punto de vista absoluto y no ponerse en relación con su poca edad, con su inexperiencia y el temerario arrojo natural á estas mismas circunstancias?

»Díganle en buen hora que todo lo que tienda á engreírle le llevará seguramente á una desgracia; pero formar un juicio definitivo por una sola corrida y despojarle, por lo que en esa corrida ha hecho, de toda condición para arrancar legítimamente aplausos; decirle que sea soldado de fila si quiere obtener mayor graduación, nos parece injusto.

»El *Espartero* es un niño ignorante, pero es un niño valiente; un torero en estado de feto, un torero que necesita la lactancia del arte, pero que se presenta con una economía sana y robusta para que esa lactancia caiga en buen terreno, y haga del niño de hoy, el hombre de mañana.

»Lo que hace falta al *Espartero*, es torear al lado de los que pueden enseñarle y ponerle en camino de hacer mejor uso de su admirable temeridad. Con ellos podrá hacer mucho; con los que le adulan y le cantan al oído diti-rambos insensatos, no conseguirá sino malograrse y malo-

»grar las esperanzas, de los que ven una en él, y le muestran el camino de la salvación.

»Mucho más podríamos decir del diestro sevillano; pero »no todo se ha de decir de una vez, y no será tampoco esta la única ocasión que tendremos de juzgarle. No hemos »hecho sino generalizar nuestras ideas acerca del *Espartero*. Cuando le veamos torear más, diremos lo que hoy »callamos. Téngase en cuenta que apreciamos el trabajo de »Manuel García, por las condiciones que demostró en la »corrida del miércoles. Y como no nos parece bastante una »corrida para emitir juicios definitivos, esperamos tener »nuevos motivos de ver al *Espartero* en la plaza de Madrid, y de asistir á una victoria, ya que su estreno ha sido, »¿para qué negarlo? una verdadera decepción para la inmensa mayoría del público.

»Cuanto á nosotros, no tenemos por qué ocultar que »no estamos al lado de los que han tratado al *Espartero* »con despeggo horrible ó con injusta saña. Creemos que no »puede pedirse más á un niño de 19 años y esto nos basta »para que nuestras simpatías estén, por hoy, cordialmente, »por el apreciable diestro sevillano.»

No fué más benévolo, el juicio de *El Enano*, ni más acertado en sus profecías: «Dicho diestro, escribía, tiene en »resumen valor, agilidad, inocencia é ignorancia. Se mueve »mucho y dentro de 10 años, banderilleando mucho, será »un matador, si vive.»

Las opiniones más favorables á *Maoliyo*, fueron indudablemente las de *Sentimientos y Pirracas*.

El primero de dichos escritores, decía, con la autoridad, competencia y *chispa* (digámoslo así), que le caracterizan:

*Espartero es un torero
Que sin ser banderillero
Sa metido á mataor;
Tiene corazón, es fiero
Si señor*

*Ayer le vide matar
Y manque no he de juzgar
Fasta verlo varias vese
Vi que al redor de la rese
Sabe andar*

*Tiene vista, y es sereno
Como que pisa el terreno
Que corresponde á la res
Esto manque paesca güeno
No lo es.*

El severo crítico que se nombra *Pirracas*, se expresó así en *La Nueva Lidia*.—«Precedido de una fama digna de
»un maestro consumado y después de muchos días de es-
»pera, en que naturalmente crecían el afán y la curiosidad
»de los aficionados madrileños, se presentó en el redondel
»la tarde del miércoles, el que podemos llamar *niño mima-
»do de los sevillanos*.

»Difícil no es formar un juicio definitivo de las cualida-
»des del nuevo torero en la corrida de su *debut*, pero procu-
»raremos ser imparciales al exponer nuestra modesta opi-
»nión.

»¿Es el *Espartero* un maestro? ¿es un aficionado aven-
»tajado? ¿Es fin una realidad ó una esperanza?

»En nuestro concepto no se trata de un maestro porque
»le falta mucho que aprender; no es un mero aficionado,
»porque sabe más que muchos de los que injustamente han
»alcanzado el título de maestro; no es una realidad, porque
»tiene muchos defectos que corregir; pero es una gran es-
»peranza, porque posee, lo que no se estudia ni se aprende;
»afición, agilidad y un gran corazón.»

Después de analizar su trabajo en aquella corrida, agre-
ga: «Resumiendo: El *Espartero* principia ahora; y si como

»esperamos, procura corregir los defectos de escuela y de
»experiencia que se descubren en sus primeros vuelos, si
»adquiere el aplomo que tan fácil ha de serle á quien posee
»tanta serenidad y tanto arrojo; si consigue oportunidad en
»los quites y seguridad en las suertes, y economiza el ca-
»peo innecesario, no dudamos, sino que tenemos la casi
»evidencia de que su nombre llegará pronto á figurar entre
»los de los grandes maestros, á quien no debe intentar os-
»curecer, sino modestamente imitar.

»Nosotros nos daremos la enhorabuena de no habernos
»equivocados, y de que lo que hoy es una fundada espe-
»ranza, sea mañana una tangible realidad.»

Estós son, sin comentarios, los artículos que acerca de nuestro biografiado publicó la prensa madrileña, á raíz de su presentación en aquella plaza; por su parte la de Sevilla, entendió ofensivas para su ídolo, aquellas apreciaciones, y desatose en insultos contra sus colegas de la Corte, en especialidad contra *El Toreo*. La discusión se agrió sobremanera y en manifiestos, hojas sueltas, comunicados, folletos y anónimos, se vomitaron sátiras é historietas, contra los colegas matritenses, y solo la acción del tiempo concilió los ánimos, y todo volvió á su punto, terminando las discordias y despejándose el horizonte.



VIII.

Notas finales. — Manuel García y Cuesta.



QUÍ debíamos poner término á la biografía del *Espartero*, porque la gran popularidad, que desde esta época adquiere, hace que los acontecimientos que con él se relacionan, sean referidos por todos los periódicos tau-rinos, y lleguen á conocimiento de los aficionados; pero como datos curiosos, apuntaremos los siguientes: en los días 29 de Octubre y 15 de Noviembre del 85 toreó en Sevilla, cediéndole *Frascuero* en aquél, la muerte de *Zapatero*, de Saltillo, negro zaino, de libras, y en éste *Bocanegra* la del primero, de Benjumea, castaño, bien puesto.

En 21 de Febrero de 1886, alterna en Sevilla con *Chicorro*, que le cedió á *Laminito*, de D. Francisco Pacheco, cárdeno, lucero, bragado, número 72; siendo objeto de igual galantería, por parte de *Lagartija*, el 9 de Mayo en la plaza de Bilbao, donde mató al primero, perteneciente al Sr. Conde de Espoz y Mina, llamado *Escribano*, retinto oscuro, albardado, bien puesto; el día 20 del mes de Junio, mata en Málaga toros de Barrionuevo, alternando por primera vez con *Guerrita*, sin haber cesión del primero, apesar de no tener este último alternativa. En el mismo mes y en los días 6, 13 y 23 juega: en Valencia toros de Puente

López, alternando con *Punteret*, en el Puerto de Santa María con *Cuatro-dedos*, que le cede el primero de los de don Angel González Nandín, llamado *Bolichero*, negro lombardo, bien puesto, y en Murcia, mata el que ocupó el primer lugar, de la ganadería de Saltillo, por cesión de *Lagartijo*. En 11 de Julio, alterna con Hermosilla, en el Puerto de Santa María, y mata al que rompió plaza, llamado *Culebro*, entrepelado en cárdeno, meano y corni-abierto, perteneciente á la ganadería de D. Rafael Surga; y en 5 de Septiembre del mismo año, hace su *debut* en Barcelona, agradando tanto su trabajo, que á instancias del público, le cedieron tres orejas, de otros tantos toros de Carriquiri.

Del año 87 recordaremos: su presentación (Mayo 20), en el circo de la tierra de los Romero's, y el entusiasmo que despertó; su faena con el famoso toro *Provincial*, de Ripamillán, que tomó 20 varas, y mató 9 caballos; este animalito se lidió en Tarragona el 19 de Agosto; y por último la relación del siguiente hecho, que copiamos de un periódico de Sevilla, (Septiembre 29): «A tal extremo llegó el entusiasmo de algunos esparteristas, concurrentes al café de París, que acordaron, como lo llevaron á efecto en la noche de ese día, colocar en la pared de dicho establecimiento, un gran cuadro con el retrato de el *Espartero*, el cual ostentaba sobre la montera una corona real: á la llegada de cualquier individuo le manifestaban, que al pasar por aquel sitio, era un deber taurino descubrirse ante el rey de los toreros, obteniendo los que accedían á sus comedidas súplicas, una salva de aplausos de la concurrencia.»

En 31 de Mayo de 1888, alterna por vez primera, y en la plaza de Sevilla con José Centeno, que sustituía á *Frasquito*, lidiando reses de D. Felipe de Pablo Romero, y cumpliendo con la deferente costumbre, cedió al dicho Centeno la muerte del primer cornúpeto; y el día 5 de igual mes de

1889, descabella Manuel en el callejón de la plaza de Bilbao, á *Sardino*, retinto, bien puesto; este toro pertenecía á la Sra. Viuda de Díaz, y habiendo saltado la barrera no quiso volver al ruedo, en vista de lo cual, el *Espartero* penetró en su busca, y allí dió fin del animalito. En 10 de Noviembre del año últimamente citado, cedió en Sevilla al *Zocato* el primer toro, de Orozco, negro, zaino, bien puesto y cornicorto.

Aunque conocido por todos, el episodio ocurrido con el toro *Religioso*, de la ganadería de Ibarra, lidiado en sexto lugar en la plaza de Alicante, el 2 de Agosto de 1890, permítasenos que lo traslademos aquí, tomando su relación de un artículo del popular escritor y chispeante epigramista, D. Mariano del Todo y Herrero: «Tal y como apareció »*Religioso* en los corrales de la Plaza de Alicante, hizo sospechar á los aficionados asistentes, á esas operaciones preliminares de las corridas, que no daría el resultado apetecido. Instalado en uno de ellos, se posesionó de un rincón, »entre dos burladeros, y en aquel sitio, huyen lo de la compañía de sus demás hermanos, se mantuvo solo, por espacio de tres días. Alegrado é inquietado de continuo, por »los concurrentes, ni una sola vez demostró intenciones de embestir y arrancarse, soportando pacíficamente que le »dieran palmadas en el lomo, le rascasen el testuz, le ofrecieran pan y azúcar en la mano y le arrancaran algunas astillas de los cuernos, llegando hasta el punto de que en »vista de su mansedumbre, algún atrevido se aventurase »en medio del corral, y después de citarle, retirándose paso á paso á lugar seguro, el animal le siguiese pausadamente, sin señal de causarle el menor daño. En vista de »esto, empezó á dominar la creencia de que se trataba de »un respetable buey, adquiriendo tal opinión más consistencia al notársele una cornada en la paletilla izquierda;

»por más que en el reconocimiento los veterinarios no le
»dieron importancia. Las dudas y controversias aumenta-
»ron todavía cuando se supo que *Religioso* era uno de los
»toros de confianza del ganadero Ibarra, y todas estas re-
»ferencias contribuyeron á sostener cierta expectación y
»curiosidad que reinaba al aproximarse el instante de apa-
»recer en la arena.

»Se abrieron por sexta vez los chiqueros, y asomó nues-
»tro bicho, grande, cárdeno, casi negro, apretado y adelan-
»tado de cuerna, quedándose parado á la puerta del toril.
»Flameó el capote uno de los chicos, se encampanó la fie-
»ra, arrancó detrás de él, y fijándose en los picadores, cam-
»bió el viaje, y liándose con ellos tomó 12 varas recargan-
»do, propinó una caída por vara y se cebó en los caballos,
»matando 4, y mal hiriendo otros dos, llegando noble á
»banderillas y muerte que se la dió el *Espartero*, de dos
»medias estocadas aceptables.»

En la temporada del 91, la más gloriosa y notable, sin disputa alguna de cuantas ha toreado, consigue señalados y repetidos triunfos, de los que solo dos referiremos, después de apuntar los detalles de haber cedido el primer toro á *Minuto* y *Jarana*, en las tardes del 26 de Abril (en Barcelona), y 23 de Mayo en Sevilla, respectivamente, jugándose en la primera toros de la Sra. Viuda de Concha y Sierra, y en la segunda de D. Anastasio Martín.

El día 7 de Mayo tomó parte en Sevilla en una corrida, en la que se lidió ganado, de D. Francisco Pacheco. Salió el cuarto toro, *Cabrales*, negro zaino, cornicorto y marcado con el número 44; arremete con furia á los varilargueros, demostrando mucho poder, y al ponerle una puya Manuel Moreno, romanea ginete y caballo, y se los tira al cuarto trasero, con tanta violencia, que su golpe derrengó al toro, y le cortó el rabo, por sitio próximo al nacimiento. Este su-

ceso extraño descompuso á *Cabrales*, que pasó á banderillas con muchos piés, incierto y receloso en demasía, por cierto que mientras se efectuaba dicho tercio, un *mono sabio* exhibía al público, la cola del animalito. Cuando hecha la señal, Manuel abrió la muleta, y notó las inmensas dificultades, que para dar cima á su obra había de vencer, hizo prodigios de habilidad é inteligencia, hasta preparar al cornúpeto y recetarle una soberbia estocada, que le valió nutridísima salva de aplausos.

Y el día 7 de Junio en Madrid, toreando con Mazzantini reses de D. Agustín Solís, añade un nuevo florón á su corona, y de tal brillantez, que merece nos detengamos algo en su narración. Solo pudieron lidiarse cuatro bichos, porque una lluvia torrencial, impidió la continuación de la corrida; y de ellos, los dos que murieron á manos del *Espartero*, proporcionándole sendas ovaciones, llevaban los nombres de *Velonero* y *Grajito*, y tenían por señas respectivas, las de negro, bragado, girón, delantero, y numerado con el 8, y las de retinto, albardado, corni-delantero, fino y de kilos, y marcado con el número 20. Dejemos á *El Toreo*, la comisión de describir la faena que empleó con el cuarto, pues, su severidad con el diestro sevillano, hace aparecer aún más imparcial el relato: «El Almirante, dice, hace una »nueva señal, y el *Espartero*, calándose hasta los huesos »una vez despojado de las zapatillas, sale á entendérselas »con el anfibio, y parando y desde cerca, dá un pase natural, tres con la derecha, uno cambiado, uno de pecho y »seis altos, se arranca á matar con mucha guapeza, en corte y por derecho, dejando una estocada superiorísima. La »mejor que ha dado seguramente, desde que es matador de »toros. De esas estocadas que entran pocas en temporada.

»Hubo palmas de los espectadores que estaban libres »de agua y cayeron al barro algunos cigarrros.»

En la apreciación añade: «*Espartero* movido en los pa-
ses al segundo toro; pero muy cerca de la res. Hiriendo
muy bien.

»En el cuarto pasó de muleta, como si el piso estuviera
»en perfecto estado, cuando tuvo que tirar las zapatillas pa-
»ra torear, y entró á matar con una valentía y arte que
»nunca hemos visto en este matador.

»Creemos que el toro cuarto de la corrida de ayer, es
»el mejor estoqueado por *Espartero* en toda su vida to-
»rera.»]

La Lidia por su parte, decía: «Superior de verdad y
»desde luego aseguramos que es la mejor tarde que ha te-
»nido en su vida torera. En su primero ya pasó con desaho-
»go y con calma, cuadró pronto y entró con coraje, aunque
»un poco más lejos que suele; pero en el segundo hay que
»considerar lo peligroso del terreno para comprender la
»valentía con que el muchacho se metió, clavando una es-
»tocada incomensurable. En estos casos, es cuando se aqui-
»lata la levadura del torero y Manolo demostró ayer que
»la tiene.»

En 27 de Mayo de 1892, cedió á *Bonarillo* en la plaza
sevillana, el primer toro, de la ganadería de D. Francisco
Pacheco, y antes, el día 10 á Reverte en Ecija, el que rom-
pió plaza perteneciente á la Sra. Viuda del Saltillo.

Por último, el 23 de Abril del 93 mata *Faico* por cesión
del *Espartero*, al toro *Chinelo*, de la Sra. Viuda de Con-
cha, lidiado en Barcelona en primer lugar, y el 29 de Sep-
tiembre dá la alternativa en Sevilla, á Emilio Torres (a)
Bombita, única que Manuel ha concedido; el toro se llama-
ba *Grillito*, y era de la vacada de D. Anastasio Martín.

Aquí terminamos nuestra tarea, y dejamos reposar la
pluma, aunque no sin procurar hacer toscamente el bosque-
jo de la figura de Manuel García Cuesta,

Si hubiésemos de sacar al torero por su aspecto exterior, con Manuel llevaríamos chasco. Ni su modo de hablar ni su manera de vestir, revelan en él al lidiador de reses bravas: á la clásica chaqueta corta, substituyó la amplia y holgada americana; á la gruesa cadena, de colosal tamaño y relumbrantes y múltiples dijes, el modesto colgante y sencilla leontina, de reducidas dimensiones, y para que todo en él sea original, ni aún siquiera lleva el distintivo especial de los de su clase, desde algún tiempo á esta parte, no *gasta* coleta, y más de una vez le ha ocurrido, señalarle alguna persona, su gran parecido con el diestro *Espartero*, y una sonrisa característica asomó á sus labios, al oír semejante candidez.

No le obsequies con *juergas* ruidosas, en las que Baco asiente su trono; acompáñale mejor, paciente y amigo lector, á jugar una partida de palos á repetir, (pero no le ganes), ofrécele un cigarro de 15 céntimos de la *Tabacalera*, ó regálale en fin, un galgo que compita ventajosamente con *Carcto* y *Tomate*. Estas son sus aficiones, y su continúa ocupación; los guardas de cartijo, como conocedores de las *camas* de las liebres, absorven con sus relatos la atención del joven, que con infantil alegría, busca solícito su campaña.

Todos sus compañeros de profesión, les merecen elogios, sintiendo por algunos verdadera idolatría; jamás abre la boca para censurar á ninguno, y siempre encuentra disculpables sus defectos: los principiantes hallan en él un protector decidido, que les facilita medios para darse á conocer, y solo á los sombreros, á los inofensivos sombreros, ha declarado una guerra á muerte, y tan sin cuartel, que pudiera decirse, que en los ratos de broma, le aconete la *sombrero-fobia*.

Estas son las cualidades que concurren en Manuel Gar-

cía y le hacen acreedor al aprecio y cariño de cuantos le tratan. Es el diestro que tiene más verdaderos y desinteresados amigos.





PARTE SEGUNDA.



MANUEL GARCÍA (a) EL ESPARTERO.—JUICIO DE SU TRABAJO

IX.

Un ruego, una anécdota y varias consideraciones. — Catálogo taurino-esparterista. — Suerte de capa. — Defectos varios. — Cierta exhumación agradable.

COSTUMBRE es, y costumbre plausible, acudir á la benevolencia del auditorio ó de los lectores, pedirle nos traten con bondad, rogarle perdonen nuestras faltas, y recomendarnos á su atención, y si en la mayor parte de las veces, este exordio y esta súplica es pura fórmula, y aún desco solo de ocupar unas cuartillas, siempre es digno de seguirse, y mucho más en el presente caso, en que tan

necesarias nos son la benevolencia y bondad del lector dada nuestra inexperiencia y las dificultades que estos capítulos de la obra nos presentan.

Vamos á esbozar la figura artística de Manuel García, y lo difícil de formar acertados juicios por un lado, y el deseo de conservar la mayor imparcialidad por otro, hacen que el terreno, de suyo resbaladizo, esté erizado de los mayores escollos. Con tu vénia, caro y paciente lector, trataremos de vencerlos: contamos con ella y comenzamos.

Las cogidas que ha sufrido el *Espartero*, determinarían en cualquier hombre que no fuese él, un miedo cerval á los brutos astados y un horror grandísimo á todo aquello que con nuestra fiesta nacional se relaciona más ó menos directamente; pero Manolo tiene férrea constitución, y su corazón de bronce le presta valor para desechar temores y sobreponerse á los recelos que tuvieran seres menos varoniles.

El mismo diestro, con unas cuantas palabras, nos dá su retrato más acabado y perfecto, y puesto que, hábiles plumas dieron atractivo á la escena, cedámosle la palabra. Los Sres. Mínguez y Berned, en su libro *Curiosidades taurinas*, cuentan la siguiente anécdota:

«Se celebraba una corrida de toros en Cazalla, y el *Espartero* herido en la función anterior, presenciaba el espectáculo entre barreras.

»El *Valencia*, banderillero de la cuadrilla del diestro sevillano, no había estado muy bien en uno de los toros anteriores, y el maestro deseaba que el chico se luciese....
»Tocaron á banderillear, y José tomó los palos.

»*Espartero* púsose enfrente al *Valencia*, que andaba un poquito receloso y con razón, porque el toro se traía las de Caín.

»—Oye,—le gritó Manolo—á ver si *tives vergüenza*.
»Ese por lo pones cambiando, y sereno.

»—Pero Sr. Manuel, ¡si el toro es muy malo, y me vá á coger!...

»*Espartero* se encogió de hombros, y con una sangre fría pasmosa, dijo:

»—¿Y eso qué importa?»

Hé aquí una frase que revela el temperamento de quien la pronuncia: hé ahí encerrada en 14 letras, toda una explicación elocuentísima de la interesante vida de los lidiadores de reses bravas, ídolos del pueblo español. Ese «¿qué importa?» con su pasmosa frialdad explica una existencia ya agitada y triste, ya tranquila y gloriosa, y siempre digna de estudio para el observador. Ese «¿qué importa?» nos hace el retrato moral del *Espartero*, y nos releva de hacerlo nosotros. Conocido el hombre, estudiémosle en sus relaciones, con el arte que profesa.

Manuel no descende de torero, ni cuenta ningún protector de pelo trenzado. Desde pequeño se ejercita en el oficio de sus padres, y la aguja y la tijera absorben su existencia; cierta afición á las lides taurómacas le lleva á la plaza, y de espectador reposado, pasa á poco á diligente actor. Emprende la difícil profesión sin Mecenás ni maestro, y con el desconocimiento más absoluto de sus vulgares principios; disposición natural, valor indomable y la más loca de las aficiones, le auguran su progreso, y le predicen días de gloria. ¡Qué extraño, pues, que lo veamos figurar en primera línea!

Entremos de lleno en materia. ¿Qué suertes ejecuta el *Espartero*? A continuación vá el catálogo, y perdone el lector el parecido que tenga, con la lista que formara la lavandera de más robustos puños.

Manuel García ha dado el cambio de rodillas (Játiva, Agosto 15-1888-*Fogonero*, de Baillo, lidiado en tercer lugar), lancea al natural, de farol, á la navarra, de costado y

de frente por detrás, ejecuta quites á media verónica, punta de capote, con largas, con el capote plegado en una mano, al brazo y por las afueras, banderillea al quiebro y de frente, torea de muleta de todos modos, y mata al volapié y precibíendol; no exajeramos; el diestro sevillano ha recibido dos toros, por lo menos, y buena prueba de ello son las reseñas de las corridas de 29 de Agosto de 1886 en el Puerto de Santa María, y 8 de Septiembre de 1892, en Murcia, los toros sexto y cuarto, respectivamente de dichas fiestas, pusieron muy alto el nombre del nuevo representante de la escuela rondeña.

Vamos á examinar por separado, cada una de las suertes en que luce sus aptitudes el joven de la Alfalfa.

Pasaremos por alto lo del cambio de rodillas, para que no se moleste Fernando Gómez poseedor de su patente, y veamos lo que Manuel hace con la capa.

En sus verónicas, navarras y lances de frente por detrás, vemos al diestro de corazón y de felices disposiciones, que ejecuta lo que ensayó en capeas y tentaderos, sin que los perfiles de escuela, que suponen inteligente dirección, adornen sus lances. Propiamente hablando, Manuel en este momento de la lidia, es, lo que en otra sazón decía un periódico de la Corte: *un brillante sin pulimento*, un diestro susceptible de perfección, que podría llevar las suertes á su mayor esplendor.

Para él, el lance de frente por detrás, es más lucido que la navarra, y ésta más que la verónica, en la que el aficionado menos inteligente encontraría varios defectos. El primero, sin duda alguna, consiste en la supresión del segundo momento del lance al natural; hoy todos los diestros, con la excepción de *Cara-ancha*, ven venir al toro, y le dan salida, sin cargar la suerte, lo cual hace que la verónica resulte *magdalena*, y carezca del atractivo, que su-

pieron darle los maestros del arte: puede señalarse como el segundo, la falta de presencia en el diestro para revestir la verónica de aquella magestad, que requiere el más primitivo de los lances; quizá se crea por alguien que el defecto apuntado es trivial; pero á poco medite el objetante comprenderá que los lidiadores que alcanzaron justo renombre en la ejecución de esta suerte, unían á su valor y conocimientos, una complexión abultada y robusta, que favorecía el efecto escénico é indispensable en todo aquello que á la lidia de reses bravas se refiera.

Verdad es, que los lunares apuntados, disminuyen considerablemente en la navarra, y desaparecen casi por completo en el lance de frente por detrás: verdad también, que tales defectos no son imputables al *Espartero*, que desde su presentación en la plaza de Sevilla, ha venido lanceando á su manera, sin maestro severo que corrija aquello que forma como su segunda naturaleza, y sin haber visto á nadie ejecutarlo con mayor perfección: esto en cuanto atañe á la supresión del segundo momento de la verónica; que respecto á la falta de tipo conveniente, nada más lejos de nuestro ánimo que exigirle modificaciones. Tenga presente el antiguo adagio que dice: «lo que no vá en lágrimas, vá en suspiros», y agradezca á la providencia el enorme corazón de que le dotó para vencer con él mayores dificultades, y obtener triunfos más señalados, que los que pudiera proporcionarle una arrogante figura.

Del farol nada decimos, porque como no lo emplea con frecuencia y el poco uso que de él hace, no le presta gran soltura.

En síntesis, lanceando de capa es Manuel García, un torero de vista y frescura, que sabe vaciar las reses é imprimirles con los vuelos de su capote, direcciones señaladas de antemano: fáltanle sí, la presencia de los clásicos y ciertos

detalles que revelen la carencia de ejemplos, y de maestros inteligentes.

Antes de continuar debemos advertir que, no hace mucho tiempo, en 28 de Septiembre de 1889, sorprendió agradablemente el *Espartero* al público sevillano con la ejecución de una suerte no vista en los tiempos modernos. Lidiábanse toros de don José Clemente, y al salir el tercero, Manuel acude presuroso á la cara de *Sonajero*, que así se llamaba el bicho, y cinco lances, tres de ellos no acostumbrados le proporcionaron ruidosa ovacion. Calentáronse los cascos algunos revisteros, para calificar la suerte que presenciaron, y poco conocedores sin duda del «Arte de torear á piés y á caballo», de Francisco Montes, bautizáronla con el nombre de *verónicas de tijerilla*, sin comprender que la obra del célebre maestro en el capítulo XXIV, define y explica una suerte que llama, la *suerte al costado* por delante, de la manera siguiente: «Para hacerla se pondrá el diestro »en suerte de costado al toro, y mirando hacia el terreno »de adentro: tendrá la capa agarrada con la mayor parte »del vuelo en el lado del toro, cuyo brazo estará perfecta- »mente extendido, y la mano del otro por delante del pe- »cho: esta posición es muy airosa, y se debe tener mucho »cuidado en guardarla hasta que el toro llegue á jurisdic- »ción é igualmente en perfilarse mucho con la capa, para »que no pueda absolutamente ver más que un objeto sin »distinguir el cuerpo: esto no es indiferente pues de ello »depende el buen éxito de la suerte. Puesto el diestro de »este modo, lo citará dejándolo venir por su terreno y »conforme llegue á jurisdicción, le cargará la suerte, dando »dos ó tres pasos, para ocupar la parte del terreno de aden- »tro que vá el toro dejando, con lo cual se le presenta de »una vez toda la capa, se le echa del todo fuera, y se le dá »el mismo remate que en la verónica.»

Esta, tal y como queda explicada, fué la suerte que con tan buenos auspicios ejecutó el *Espartero*, por primera vez en la plaza de Sevilla. ¿Lo copió de algún diestro ó llevó á cumplida realización lo escrito por Montes? Pregunta es esta á la que no podemos contestar, ni aún siquiera valiéndonos de conjeturas, pero sea de ello lo que fuese, enviamos nuestro cordial parabién al *Espartero*, y aguardamos impacientes, la repetición del capeo del 28 de Septiembre de 1889.



X.

La moda en los quites.—Valor temerario.—Suerte á medio capote.—Monotonía y explicación auténtica de la misma.—Exigencia injusta y error que la motiva.—Manuel banderillero —Causas de esta novedad.

DESDE algún tiempo acá los quites han de hacerse con mucho adorno y empleando las suertes más vistosas del repertorio taurino. Sucede también, y esto es lo más lamentable, que el público fija con preferencia su atención en el quite, que en la suerte de varas, tolerando, por consiguiente, que se saquen los toros antes de tiempo, y se supla con mil capotazos, lo que pronto y con resultado más seguro haría la garrocha.

A esto se debe la infinita variedad de suertes, que los diestros utilizan para obtener el aplauso popular, las más de ellas en desacuerdo con las reglas fundamentales de la lidia y en abierta oposición con sus intereses particulares. Por ello no parecerá extraño que se censure la monotonía del *Espartero* en este momento del primer tercio, en que generalmente usa de la media verónica.

Hubo un tiempo, en que el adalid sevillano, hacía los quites á punta de capote, llevando éste al brazo, ó plegado en una mano, y dando en ocasiones una vuelta en la cabeza,

que pudiera con razón llamarse *molinete* con la *capa*, ó empleando en fin, distintos lances para conseguir el mismo propósito. Los años 85, 86 y 87 constituyen el espacio de tiempo á que nos referimos y durante ellos, Manuel ejecuta toda clase de quites, con excepción de aquellos que requieren suma ligereza de piés, ó veloces movimientos incompatibles con la pobreza de sus facultades. En esa época, y cuando tenía que competir con un adversario esforzado, derrochaba su valor incommensurable colocándose en los sitios de mayor peligro y realizando temeridades, cuya ejecución se repite en la actualidad tan pronto como un rival le incita á ello.

Ya propina á la res un tremendo puñetazo en el testuz, ya le desafía hincado de rodillas y vuelto de espalda, ó ya deja caer el capote y se acuesta sobre él, en la misma cara de la fiera, que asustada contempla aquellos locos alardes de bravura. Repase el lector las reseñas de las dos corridas que toreó con *Guerrita* el 20 de Junio del 86, en Málaga, y el 17 de Julio del 87, en Cabra, y verá el fundamento de nuestras aseveraciones, y si esto no fuera suficiente para adquirir pleno convencimiento, examine con detención las de 20 de Mayo y 5 de Septiembre del 87, verificadas en Ronda y Barcelona, en las que el público entusiasmado, se transportó al más loco frenesí con aquellos rasgos del diestro sevillano.

Por fortuna, estas, que pudiéramos llamar salidas de tono, no se repiten hoy con frecuencia y Manuel García se nos presenta en el primer tercio de la lidia, como el diestro pundonoroso que ocupa su puesto, sin extralimitarse, más llenando á conciencia su cometido.

Hoy la media verónica constituye si nó el único quite, el que más prodiga nuestro héroe. Repitiendo tanto la ejecución, adquirió en él cierta *difícil facilidad* que lo hace

inimitable, verificándolo con tanta precisión y soltura que parece algo matemático. Tomar al toro, recogerlo en los vuelos de su capote, darle salida con los piés quietos, mientras en momentos que pudieran contarse, plega el percal sobre la cadera, es el quite predilecto de Manuel, y á pesar de las ligeras desventajas que ofrece para las reses, bien puede calificarse de aceptable y aún de bueno.

«La media verónica quebranta mucho las facultades de las fieras y solo debe admitirse á novilleros principiantes»; así dicen ciertos aficionados; pero nosotros menos exigentes las admitimos en quites y les tributamos nuestro aplauso, cuando vemos ejecutarlas con la perfección con que las ejecuta el torero de la Alfalfa, *item* si el toro queda en suerte y preparado sin necesidad de nuevos capotazos, que son los que realmente merman las facultades á las reses.

A muchos aficionados extrañaba que el *Espartero* no emplease otra suerte para quitar, que la media verónica, y como les constaba con evidencia que tenía para ello un repertorio completo, le preguntaron por qué razón no daba más variedad á su toreo en el primer tercio, y la respuesta categórica del diestro disipó todas las dudas. «Entiendo, »decía éste, que á los toros debe toreárseles lo menos posible, y por eso recurro á la media verónica por ser el quite »más franco y que menos enseña á las reses. Como mi »creencia la he visto confirmada en la práctica, no salgo de »la regla propuesta, y continuaré empleándola como hasta »hoy.»

Respetamos la opinión de Manuel y le concedemos todo el valor que tiene; pero ha de saber el joven, que el público prefiere una razonada variedad á una monotonía sistemática que puede desechar facilmente usando otras suertes de su olvidado repertorio; ejecute algunos á punta de capote, y ensíyese en las largas, seguro de que practi-

cadras con orden, en nada contribuyen á empeorar á los toros, antes al contrario, estas suertes pueden muy bien servirle para hacerse cargo de las condiciones de los animales que debe estoquear.

Naba diremos del afán con que acude el diestro sevillano, en los momentos de peligro, cuando vé expuesta la vida de un compañero: conocidos de todos son los medios que emplea en ocasiones para evitar cogidas: unas veces se agarró á los pitones, otras envolvió la cabeza de la res en los vuelos de su capote, y en algunas tendió éste sobre el bulto del picador, y sacó al toro á favor de su natural querencia. Su gran corazón le llevó más de una vez á terrenos de donde no pudieron sacarlo los recursos físicos, y en estos críticos instantes, luchó cara á cara y á brazo partido con el bruto.

Con razón puede decirse que los picadores á su lado no sufrirán más cogidas que las inevitables, bien porque el toro derrote alto, bien porque caigan en la misma cara. En estos casos, nadie puede retirar el peligro; en los demás el ánimo del *Espartero* y su diestro capote ejercen de salvadora providencia.

No falta alguno que llevado por visible espíritu de parcialidad ataque la reputación de Manuel echándole en cara su falta de pericia como banderillero, defecto que para nosotros es enteramente disculpable y tachamos de ilógico al que considere que el no banderillar, es un lunar en el matador. Comprendemos perfectamente que tal razonamiento se aplicara á otras manifestaciones de la actividad humana que implican en sus diversos grados un progresivo desarrollo, porque dentro de ellos tendría cabida el argumento; pero llevarlo al toreo, es, á nuestro modo de ver, completamente erróneo.

Una ojeada sobre la historia del toreo convencerá al

más apasionado y le hará ver que todos aquellos diestros que gozaron de justa fama como matadores de primera fuerza, sobresalieron poco ó nada con las banderillas, y por el contrario, otros de gran reputación como banderilleros no llegaron á la meta como estoqueadores, y la razón es obvia: el que adquiere el hábito de banderillar, no puede prescindir de los movimientos indeterminados, quiebro y recortes que usaba al parcar, y lo que en esta suerte le resultaba muy lucido en la suprema raya en lo cómico, ya que nó en lo ridículo. Las excepciones contadas que pudieran citarse, son la confirmación más absoluta de la regla.

No quiere esto decir, que vayamos al extremo opuesto: el buen matador que sea también banderillero notable, será un torero más completo en la acepción lata de esta palabra, y contará á su favor un medio más para proporcionarse palmas en tardes de desgracia con el estoque; pero conste siempre, que la palabra *matador* debe tener, y en realidad tiene, un valor propio y distinto de la de *banderillero*.

A nuestro parecer proviene el error de que el torero de á pié, de no ser matador, no puede ejercitarse en su difícil profesión como no sea de banderillero, dado que en la actualidad han desaparecido los antiguos chulillos. La suerte de matar es sin duda la más arriesgada y difícil de cuantas la tauromaquia menciona, y puede ocurrir que al practicarla, se malogren en flor jóvenes de grandes esperanzas.

Para prevenir este incidente desagradable, sería lo mejor que el que aspire á matador dé los primeros pasos de su carrera ante becerros inofensivos, y á medida que vaya progresando, practicar con reses de más edad y respeto. De otro modo puede acontecer que el aprendiz de matador, que comenzó de banderillero, llegue á dominar por completo esta suerte, y al empuñar el estoque sufra la más terrible de las decepciones.

Dejando aparte estas consideraciones generales, continuemos nuestro estudio.

Exigir á Manuel García que sea buen banderillero, es como pedir peras al olmo: jamás practicó la suerte, ni su complexión orgánica se presta á cosa que requiera suma ligereza. Nada tan difícil para un aficionado como poner por primera vez un par de rehiletes, y nada tan hacedero para el que lleva larga práctica, como banderillar una ganadería completa. Muchos ejemplos pudiéramos citar en confirmación de lo que acabamos de decir, pero creemos tan indudable lo expuesto, que ofenderíamos el buen sentido del lector si procurásemos demostrarlo.

Seis ú ocho novillos mansurroneos banderilleados por Manuel en su vida nómada, no pueden darle patente de banderillero, y si como es verdad, á esto se reducen sus ensayos, excusada es toda investigación histórica.

Ocorre que aquellos diestros que alcanzaron universal renombre como rehileteros, al adquirir la categoría de espadas se ven continuamente solicitados por los públicos para que banderilleen algunos toros; y esto, que al principio fué, si se nos permite la frase, acontecimiento de los días de gala, se ha convertido en el pan nuestro de cada día. Rara vez se asiste á una corrida de toros, en que al cambiar el primer tercio no se oigan las voces de «matadores», «matadores», y como el uso se convirtió en ley, y todos los espadas han tenido necesidad de ejercitarse en la suerte de banderillas, Manuel García que figura en primera línea, se ha visto precisado á coger los palos muchas veces.

El quiebro, las de frente, y al cuarteo, han sido su recurso para salir del paso, y por cierto que la falta de práctica no se notó en ocasiones. Con valor y cierta facilidad para asimilarse las reglas del toreo, todo se consigue dentro

de él, y por ello á Manuel le hemos vi to parear con bastante aceptación, pero siempre de un modo particular y característico; pareo, porque tiene alma para aguardar á un bicho, ó llegarse á su cabeza, pero ni mete los brazos como el arte manda, ni cuadra como se debe, ni está libre de un mal encuentro con toros recelosos ó cobardes.

El crítico severo no puede juzgarle porque no hay materia sobre que recaiga su crítica; el aficionado debe aplaudir los buenos deseos y el justo amor propio que lleva á Manuel á todos los *terrenos*. Basta solo observar al *Espartero* con los palos en la mano para comprender que se dispone á ejecutar una suerte que no domina; no hay en él aquel desembarazo que delata al banderillero práctico y avezado á estas contiendas; sus movimientos revelan pesadez característica de su gran corazón y falta de hábito en aquella suerte.

Pundonoroso, y con deseos de complacer, coge los rehiletes cuando á ello le incitan y los coloca bien generalmente, pero siempre con gran peligro por su poca costumbre y escasas facultades.



XI.

Un ejemplo tentador.—Realidad no soñada.—Cuadro histórico.—Explicación de un gitano.—Apreciaciones diversas.—Calidades reconocidas.—Formación del torero.—Una idiosincrasia.

HEMOS llegado al punto más culminante de la crítica del artista taurómaco que lleva el apodo del *Espartero*. Manuel García se dá á conocer á los públicos como matador, cuando su nombre no había ocupado un hueco en las más modestas publicaciones taurinas. Antes del 85 no figura en ninguna parte y si por casualidad se lee en algún periódico, ni aquél que lo escribió daría noticias de él.

Puede asegurarse que el *Espartero* permaneció en la obscuridad hasta que se formó dentro del arte, y una vez desarrollado su toreo, lo presenta á los públicos y el éxito más lisongero corona la primera exhibicion. Aquel desconocido media hora antes en la corrida de Sevilla, asegura su porvenir al terminar ésta. Una sola tarde fué bastante para que la veleidosa fortuna le agraciara con sus favores.

Ayer ignorado y careciendo de amigos y de bienes, y hoy suena su nombre en todas partes, disfruta de las mayores comodidades y le vemos obsequiado aquí, solicitado allá,

y rodeado de altos personajes que no se desdeñaban en estrechar su mano. ¡Misterios de la suerte! A esto se debe la aparición en nuestros circos de el *Ecijano*, *Reverte*, *Bombita*, *Litri*, *Gavira*, *Quinito* y *Gorete*, y otros muchos que sin haber sido banderilleros ni ocupado puesto en cuadrilla, los vemos figurar al frente de ella: todos fueron influído por la celebridad que alcanzó el *Espartero* con la sola práctica de tentaderos, capeas y encerronas. Y no se diga que este último obró influído, á su vez, por el tentador ejemplo de *Mazzantini*, porque la figura de Luis dentro de la tauromaquia moderna, ocupa sitio independiente, separado y distinto del que se adjudica á cada lidiador; Luis es un torero improvisado indudablemente; pero es un hombre en el que la voluntad ejerce dominio absoluto, y si juzga conveniente una cosa, á ella encamina todos sus actos.

Lo que ocurrió á Manuel García no pudo soñarlo siquiera; parece inverosímil que dos novillos estoqueados con arte sean suficientes á despertar el entusiasmo que produjo y mantuvo por mucho tiempo, reproduciéndose en cierto modo, con este diestro aquellas escenas de que nos hablan los anales taurinos de la época de *Pepe-Hillo* y que solo se comprenden cuando el protagonista es un héroe popular á quien se profesa cariño rayano en idolatría.

Verdad es que Manuel fué solo el ídolo de los sevillanos; pero este círculo angosto de su popularidad no es obstáculo para concedérsela, si se tiene en cuenta que el público de Sevilla no le dejó salir á ninguna parte y su empresa organizaba corridas que le impedían torear en otras plazas. Si Manuel se hubiera presentado ante el público madrileño tan desconocido como se presentó *Reverte*, á buen seguro que hubiera causado la misma agradable impresión que causó á los sevillanos, porque el entusiasmo que produjo el último en la Villa y Corte fué indescriptible, y no tiene punto

de comparación lo que en sus comienzos hicieron ambos diestros.

Manuel enseña en la corrida de su *debut* una muleta hábilmente manejada por un joven de corta edad que posee el valor necesario para vencer las dificultades de la lidia: en la segunda y posteriores un valor exuberante que admira y causa asombro al aficionado más cachazudo é impertérrito.

Trasladémonos con la imaginación al grandioso circo de Sevilla, y presenciaremos una faena de las que cierto novillero ejecuta en el año 85.... Los tradicionales clarines anuncian que es llegada la hora de matar aquel hermoso *novillo* de seis años para siete: un joven delgado de risueño semblante y *modales andaluces*, se acerca con espada y muleta ante el palco presidencial y tras corta y respetuosa peroración, gira sobre los talones al mismo tiempo que con desenvoltura arroja la airosa montera á larga distancia: vedle con qué serenidad se encamina hacia la fiera, que sola y asendereada le aguarda en los tercios: ya se prepara para comenzar la pelea el bisoño torero, y al efecto, con la espada en la mano derecha, y con una diminuta muleta plegada en la izquierda, se acerca á la cabeza del cornúpeto: en la misma cara y con cierto desenfado despliega el rojo trapo que concentra la vista del *novillo* y le incita al arranque; pronto se verifica éste, y un pequeño movimiento del brazo izquierdo es suficiente á esquivar el embroque, revuélvese airada la fiera, lanza el concurso un grito precursor de funesta cogida, y el temerario diestro con la risa en los labios, mueve la muleta de izquierda á derecha, consumando el soberbio pase de pecho, perfecta reproducción de los de Juan León, con el que logra engañar al bruto: un nutrido ¡olé! resuena en la plaza, y varias veces se repiten los pases, risas y exclamaciones, hasta que cuadrado el

animal, aquel matador que parece un pigmeo, se perfila envasa el estoque hasta la cruz y por las mismas agujas. ¿Qué es esto? se preguntan todos, al ver caer la inmensa mole de carne como herida por el rayo. ¿Con tan escasas fuerzas se puede vencer á una fiera? Tal es la admiración que despierta aquel niño que aparenta desconocer el peligro y que indudablemente tiene la intuición del arte. Ese joven es el *Espartero*, y la faena descrita una de las muchas que ejecutó en Sevilla el verano del 85. Nada tiene de extraño, pues, que el *Espartero* y su toreo compartieran la atención de los sevillanos, juntamente con la ocupación de las Carolinas por los alemanes y la supresión del lazareto en la Ciudad del Betis.

Cada tarde un triunfo más para el *Espartero* y un rato de continuo entusiasmo para el público que llenaba las localidades ávido de presenciar las faenas del barbilampiño diestro. Su toreo, que según la frase de un ocurrente zíngaro, podía denominarse «el del ¡ay! y el ¡olé!», agrada á la muchedumbre, porque pone de relieve el peligro y los eficaces medios con que cuenta el lidiador para esquivarlo; es el toreo de emociones que jamás produce en el espectador el tedio que le ocasiona el de *recursos y defensas*, al descartar toda lícita emulación y convertir la corrida en espectáculo extranjero exento de los atractivos de nuestra fiesta nacional, ruda sí, pero varonil y apropiada á las vehemencias del carácter español.

Hasta que toma la alternativa Manuel no escucha más que aplausos, elogios de la prensa, y felicitaciones entusiastas de los aficionados entendidos. Desde esa fecha en adelante empiezan las discusiones, se oyen censuras y algunas muestras de desaprobación, viniendo á ser, como antes dijimos, el diestro más discutido del último tercio del siglo XIX. Sirvan de ejemplo las siguientes opiniones: «El

Espartero, dice uno, es un idiota que se acerca á las reses porque no comprende el peligro.» «Manuel García, afirman otros, es el regenerador de la tauromaquia», quien asegura que «su toreo es divino, hermoso y celestial», quién «que es el mejor torero de la época, pero un matador adocenado», otro en cambio asegura «que es matador consumado, pero un torero endeble», éste juzga que «su mano izquierda no tiene rival conocido», aquél «que arranca corto y por derecho», el de más allá «que se perfila fuera, y cuarteá»: y no han faltado algunos que, con absoluto desconocimiento del Código penal, estimasen las faenas del *Espartero* como delitos cometidos por imprudencia temeraria, y por consiguiente penados por la ley.

Tal diversidad de opiniones hace imposible una apreciación que satisfaga á todos: no pocos han de ser, los que queden disgustados á la conclusión de este trabajo. Lo sentiremos, pero no será óbice á que expongamos franca y lealmente nuestra opinión con la imparcialidad é independencia que preside todos nuestros actos.

Sentemos aquello que aparece reconocido unánimemente, y que por referirse á cualidades que se patentizan en todos los momentos de la lidia, debe concedérsele sitio aparte.

El *Espartero* es el diestro más valiente que se ha presentado á los públicos en estos últimos años y el que menos sintió las heridas por dolorosas y graves que hayan sido. El efecto natural de la cogida es el *miedo* á su repetición, y tal efecto no fué nunca para Manuel consecuencia de su causa productora. En pocas palabras: *Espartero* no conoce el temor, y las innumerables cornadas que ha recibido no le intimidaron nunca; por consiguiente, posee la primera de las condiciones indispensables al lidiador, según escribió Montes, y concurre de tal modo que puede asegurarse, sin

pecar de exagerados, que no lo hubo más valiente al lado de los toros: su serenidad y sangre fría admiran, causan asombro y excitan la fibra sensible al de temperamento más linfático.

Y esta cualidad que adorna al diestro sevillano, es tanto más de admirar cuanto que, llevado de los impulsos de su corazón, pisa terrenos de donde solo puede salir airoso merced á su habilidad é inteligencia, pues, *por piés* (como se dice en la mecánica fraseología taurina), no podrá evitar una cornada en un arranque imprevisto ó en un violento extraño. Medite el lector sobre esto, y verá como el mérito del *Espartero* sube de punto, y al mismo tiempo, y como de paso, aquilatará las excepcionales condiciones de torero que reúne el diestro de la Alfalfa.

Hay otra serie de consideraciones que se pudieran aducir en corroboración de lo expuesto. Manuel García no *toma el olivo* nunca y transcurren temporadas enteras sin que salte la barrera: en un momento de pánico y desorden, se acerca á un burladero, si lo encuentra próximo, cosa que acontece pocas veces, y en la generalidad de las ocasiones no pierde la cara del bruto que le acosa y abre su capote en los momentos críticos. Si el piso del redondel está en malas condiciones á consecuencia de la lluvia, entonces aparece el *Espartero* más hábil que nunca, y si por la circunstancia apuntada, el espanto se enseñoorea de los diestros haciéndoles tomar mil precauciones y acudir á todos los recursos imaginables, Manuel hace entonces gala de su valor exuberante, que derrocha, luce su toreo serio y aplomado, y aparece gigante al lado de los demás.

¡Y cómo no ha de ser así! Para el diestro que solo y en el silencio de la noche salta la valla de un cerrado y burla repetidas veces al primer cornúpeto que se le presenta, para el que penetra en el río y con el agua á la cintura trata

de lidiar un torazo, ¿qué ha de importarle un redondel encharcado? El que tales proezas ejecuta en la soledad con el fin de satisfacer los anhelos de loca afición, ¿cómo ha de rehusar el cumplimiento de un deber ante concurso numeroso? Pensar otra cosa, sería desconocer la sangre torera de Manuel García y negarle el pundonor que tanto le distingue y realza.

Cada diestro desarrolla un sistema especial dentro de la escuela á que pertenece: el ágil confía á sus facultades la ejecución de suertes arriesgadas; guiado por el valor y contando con sus movimientos fáciles intenta cuanto quiere, y si la habilidad no basta, ó la res no obedece á sus combinaciones, un salto resuelve el conflicto: el torero pobre en recursos físicos, intenta un lance, y para las contrariedades debe valerse de otro porque la salida *por piés*, solo le acarrearía una cornada. Conocedor cada cual de los medios de que puede valerse, los desarrolla y fomenta desde el principio de su carrera, y Manuel García al darse á conocer tenía completamente definido su toreo, y practicadas en más de una ocasión sus defensas, que no son más que ceñidos quiebros de cintura, y una mano izquierda que ejecuta con pasmosa rapidez cuanto la mente concibe en evitación del peligro que su vista torera le advierte.

Cuando el público observa que la paleta roza los alambres del traje de Manuel, éste, impávido, se recrea en su obra y con el semblante sereno y el alma tranquila, contempla al fiero bruto que obedece ciegamente los movimientos de su flámula. Un arrollo, una colada terrible, levantan de sus asientos á los espectadores arrancándoles gritos de terror, y el diestro corresponde á esta prueba de cariño con una *sourisa angelical*.

Los escritores se han esforzado por pintar esta idiosincrasia del diestro sevillano, valiéndose al efecto de compa-

raciones que expliquen su tranquilidad: unos han dicho que se acerca al toro como el que vá á saludar á un amigo, otro que está como el que reposa en blando y mullido lecho, y algunos que al *Espartero* infunde el cornúpeto el mismo respeto que á un niño el amigo que hace de toro en sus juegos y parodias de corrida. Todo es pálido ante la realidad: no hay palabras que expresen el concepto con la viveza que fuera de desear. Montes decía de Juan León: «Es mucho hombre ese. Bebe la noche antes de torear y duerme como si tal cosa le aguardara». Parodiando su frase, diremos nosotros del *Espartero*: «Es mucho hombre ese. Muletea un toro con la misma tranquilidad que tira un doblete ó una barra limpia.»



XII.

Epocas de la vida taurina del *Espartero*.—Estudio de la primera.—Idem de la segunda. Defectos varios.—Causas que los motivan.—Desigualdad notoria.

ENTREMOS de lleno en el análisis del trabajo del *Espartero* como matador, para lo cual puede dividirse su historia en cuatro épocas: primera, desde Julio del 85, en que se presenta en la plaza de Sevilla, hasta Septiembre del mismo año, cuando fué cogido en Zalamea: segunda, desde Octubre del 85, hasta el comienzo de la temporada de 1890; tercera, desde este año á fines del 91, y cuarta, hasta concluir la temporada de 1893.

PRIMERA ÉPOCA.—Durante el lapso de tiempo que comprende, solo oyó ovaciones de cuantos públicos presenciaron su trabajo; intenta con lucimiento todas las suertes, maneja la muleta con tanta precisión y soltura que causa admiración á los aficionados más recalcitrantes, y para dar el golpe de gracia, entra corto y derecho cobrando estocadas monumentales. Entonces aparece como torero excepcional y matador notabilísimo digno del mayor encomio, si se tenían en cuenta su corta edad, débil contextura, y muleta de exiguas dimensiones con la que castigaba á los toros hasta la saciedad.

Así lo considera unánimemente la opinión de cuantos le vieron, haciéndole objeto de las más afectuosas muestras de entusiasmo. El trabajo de Manuel se compara con el de todos los novilleros aventajados, y su supremacía es evidente, ya no cabe en el estrecho círculo de los aprendices del arte, y se le concede la alternativa para verlo torear al lado de las primeras figuras, pudiendo decirse con propiedad que el *Espartero* empieza su vida de matador de toros, cuando termina la convalecencia de la cogida que sufrió en Zalamea.

SEGUNDA ÉPOCA.—En los cuatro años que abarca, se apagan algún tanto los ardores de Manuel y descubre faltas que no reveló á su aparición: el arqueo de brazo, la escasez de facultades y recursos para estoquear los toros quedados, y los continuos y peligrosos embroques en el supremo momento, son los defectos principales de que adolece, y á nuestro entender hay consideraciones poderosas que determinaron aquellos vicios en su toreo.

El difícil papel de jefe de cuadrilla encomendado á un joven inexperto que ha de vencer árduas dificultades con sus escasos recursos, sin la protección de un cariñoso maestro que le enseñara las querencias de los bichos, las suertes apropiadas á las condiciones de éstos, los poderosos recursos del arte para los momentos decisivos, y todas aquellas defensas que, una atenta observación alimentada por larga práctica ha traído al arte taurino, ese puesto, era demasiado para Manuel García que modesto y decidido á aprender, aceptaba lecciones de todos, aunque la incompetencia del mentor, las hiciera perjudiciales en muchas ocasiones. Esto le obligaba á crearse poco á poco un toreo empírico cuyos pequeños errores se traducían en graves cornadas, cuando si su inteligencia hubiera sido sometida á una enseñanza

formal, los resabios se hubieran corregido sin detrimento para su persona.

La escitación natural que experimenta el diestro cuando está ejecutando alguna suerte, le impide observarse y notarse los propios defectos, y aunque en Manuel se advierta aquella menos que en los demás, no por eso puede estudiar con frescura sus actos. Esta es la primera causa que debe señalarse como influyente en la decadencia del *Espartero* durante la época que venimos relatando. La segunda y más principal es, que al novillero se le juzga con benevolencia y al matador de toros con severidad; faenas que á aquél se aplauden, á éste se le censuran; el uno fácilmente vence á sus compañeros y sobre ellos se eleva: el otro se halla en sus primeros tiempos, como gallina en corral ajeno, lucha á diario con las eminencias de fama acrisolada en ruda y larga pelea y le ocurre lo que al lapón de más elevada talla cuando se mira entre los corpulentos habitantes de la Patagonia: el primero que sobresalía al lado de los de su clase, junto á los de cartel solo logra demostrar su crasa ignorancia y los defectos de su escuela; pero alcabo de cierto tiempo de presenciar las faenas de las estrellas de primera magnitud, aprende y copia lo que armoniza con sus aptitudes. Esto ocurre á cuantos, faltos de precedentes, toman la alternativa: el febril entusiasmo que despertaron al principio conviértese en friodesdén ó se cae en la más acerba y hostil censura. El fenómeno se observa siempre y cesa tan pronto como el diestro modifica su toreo con los adelantos que de cada cual toma, reformándolos á su capricho, ó imprimiéndoles su modo peculiar de ser.

Hubo también otra tercera causa generadora de los lunares apuntados. Casi todas las cogidas que durante este período sufrió el *Espartero*, tuvieron lugar al meter el brazo para herir, y tan serias contrariedades ocasionaron necé-

sariamente dudas é incertidumbres que trató de vencer con medios ineficaces. Ocurría que el *Espartero*, colocándose en el centro de la suerte y arrancando por derecho, se encontraba á los toros con la cabeza alta al clavar el estoque, y para conseguir su propósito, ó había de acostarse en la cuna, y en este caso la cogida era inevitable, ó tenía precisión de arquear el brazo para herir, dando por resultado estocadas cortas y perpendiculares insuficientes para volcar la res, y tras ello venía el prolongar la faena haciendo penosa la situación del diestro que á cada momento empeoraba las condiciones del toro.

Este arqueo de brazo motivo de tantas censuras para el torero de la Alfalfa, fué un defecto inevitable en su modo de entrar y necesario de todo punto si no había de pasarse sin herir: dependía de un hecho anterior, á saber; que cuando Manuel arrancaba, sin darse cuenta de ello, elevaba la muleta casi á la misma altura que el estoque, en vez de bajarla hasta el suelo para conseguir que humillara la res y entonces clavar el acero; más como no hacía esto último, se encontraba la cabeza de aquélla por las *nubes* y era de todo punto indispensable el arqueo de brazo, con lo cual se deshacía la reunión, cambiaba visiblemente la puntería y el golpe era de muñeca.

Una y otra tarde observábamos en Manuel García cuanto venimos relacionando, haciéndose el defecto más visible si el toro por su perversa condición desarmaba ó estaba quedado: en estos casos, el diestro, pundonoroso siempre y exacto cumplidor de sus deberes, se ataca del sistema nervioso en cuanto oye las primeras muestras de desagrado, y ellas fueron en más de una ocasión, las causas de que azarado y ciego, entrase á matar en condiciones peligrosísimas que produjeron sus legítimas consecuencias.

Sin embargo, á fuer de veraces, hemos de consignar,

que dentro de esta época se nota en nuestro héroe una gran desigualdad en el resultado de las diversas corridas y aún, si queremos ser más fieles, de un toro á otro. Tardes gloriosas preceden á otras de triste recuerdo, y á laboriosa y pesada faena para derribar un cornúpeto, sigue excelente trasteo y soberana estocada que parte la herradura á codicioso bruto.



XIII.

Tercera época.—Metamórfosis.—Apogeo.—El Manuel por excelencia.—Lunares que se observan.—Tranquillos: sus clases.—Trenzado de piés.—Explicación razonada del mismo.—¿Por qué no descabella?—Epoca cuarta y última.

TERCERA ÉPOCA.—Ya comienza Manuel á definir claramente su escuela y á cultivar con preferencia otras determinadas suertes de la tauromaquia. A la pequeña muleta de sus primeros tiempos, notable por las reducidas dimensiones, reemplaza otra que, sin pecar de exagerada, tiene mayor tamaño: amplía su repertorio de pases; el cambio en la cabeza sustituye en ocasiones al natural, el cambiado al de pecho, y el derecho y el alto dan variedad á sus faenas, intentando también con algún fruto la asimilación del cambiado de salida contraria.

Los lances de capa que ensayó en tentaderos, encerro-
nas, intrusiones nocturnas en cerrados y capeas de villorrios,
se perfeccionan en sus detalles desapareciendo la rusticidad
para rodearlos de aquellos adornos que aficionados inteli-
gentes exigen del artista: la media verónica, el lance cam-
biando y el quite de vuelta, adquieren un sello característico
que los separa de los ejecutados por los demás diestros, y

por último, desarrolla su *tranquillo* para estoquear los toros que se *vienen*, á los que propina soberbias estocadas. Tal es la transformación que sufre el diestro sevillano, durante el espacio que abarca esta época, la más gloriosa sin duda de su vida torera, y en la que alcanza puesto de matador de primera línea dentro de la tauromaquia moderna, época, llena de agradables recuerdos, en sus dos temporadas, en las que adquiere gloria, renombre y popularidad generales, basados en el reconocimiento de sus excepcionales dotes, y tan fecundas en resultados prácticos como en singulares muestras de simpatía y consideración.

Ya de aquí en adelante, para nombrarlo, no se dice su apodo, ni Manuel García, se le llama por todos Manuel á secas, es el Manuel por antonomasia, y ello solo basta para darle á conocer. Quizá ningún dato hay tan elocuente para designar las vicisitudes de la vida azarosa de un torero. En la vida nómada, en la que todo son contratiempos y persecuciones, se les distingue por una cualidad que denota su aspecto exterior: nada más corriente en capeas y tentaderos que oír para llamar la atención sobre alguno de los jóvenes aprendices del arte de Montes, las siguientes frases: «Aquel morenillo torea bien, el de la blusa negra se acerca, el de la gorrilla maneja el capote con soltura, el chiquitín es muy arrojado, etc.», y estos diestros, penetrados de las circunstancias, cuando escriben á los pueblos para que los dejen torear, invocan con preferencia á sus apellidos aquellas cualidades externas que los distinguen de los demás.

La presentación en plazas de importancia, requiere un apodo, porque España, no es solo el país de los viceversas, sino el de los motes, y con ese apodo se les conoce hasta que descuellan como matadores de alternativa; entonces el nombre y el apellido les dan carta de naturaleza, y al llegar á la meta desaparece el apellido y queda el nombre so-

lo y escueto. ¿Quién ignoraba hace cinco años cuáles eran las personas aludidas al pronunciar los nombres de Rafael y Salvador? ¿Quién dudará de la referencia al decir hoy Manuel y Rafael? Ni el más profano en la materia; el que tal hiciera sería reo del delito de lesa tauromaquia.

Disimula, lector, la digresión si te ha cansado, y vamos adelante.

En la época que estudiamos alcanza el *Espartero*, como dicen los andaluces, *toda su fuga*, y sin embargo, se advierten en él algunos de los defectos que señalamos en la anterior: pinchar mucho en sus toros quedados, reducir considerablemente el número de quites y sobre todo el defecto (en el momento supremo de algún toro) tan debatido como fácil de explicar, que ya empieza á ser marcado desde fines del 91, consistente en el trenzado de piés, el *tipitipiti*, el bailete inglés, pues, con los tres nombres lo hemos oído designar.

Nos ocuparemos de todos estos lunares por el orden con que van expuestos.

Los matadores de toros luchan algún tiempo para adquirir una manera especial de estoquear que les distingue de todos sus demás compañeros; á esto se viene llamando por la afición con bastante impropiedad *tranquillo*, y en suma no es más que el modo con que el torero ejecuta y practica las suertes amoldándolas á su toreo y acomodándolas á sus peculiares condiciones. De ser lógicos hay que admitir que el *tranquillo* existe para todas las suertes; pero como quiera que la más difícil de la tauromaquia es el acto de estoquear, de aquí que la afición concentre sus apreciaciones en ese momento, y ni repare, ni hable de él en ningún otro.

Algunos diestros afortunados dan con el *tranquillo* de matar á las primeras de cambio, y si aquél implica un buen

sistema de estoquear, ya su reputación está hecha: otros por el contrario luchan toda su vida y descienden á la lobreguez del sepulcro, sin formarse dentro del arte, malográndose las fundadas esperanzas que hicieron concebir, por no hacerse del tan repetido *tranquillo*, que aficionados de seso y reconocida competencia explican con esta frase: «dar con la muerte de los toros.»

Los *tranquillos* pueden ser buenos, malos y peores según se ajusten al arte, se separen de él, ó estén con el mismo en abierta oposición. Algunos matadores, entrando corto y derecho, dan salida á la res é hieren con lucimiento; estos son los que llegan al pináculo de la celebridad.

Otros se arrancan de largo, pero por derecho, y llegan con la mano al morrillo, ó bien, entran en corto pero se echan fuera, ó entrando de largo y cuarteando, hieren bien: aquí tenemos á las medianías con sus variados matices.

Por último, los hay que ni se colocan sobre corto, ni arrancan por derecho, ni señalan bien y estos son los matadores calamidades, verdaderos siniestros en el arte, de los cuales algunos descuellan por la facilidad con que derriban las reses á golletazo limpio.

El grupo de principiantes que entran en corto y por derecho, pero que no salen, es el vivero que alimenta á los grupos anteriores, ingresando en el primero, segundo ó tercero, según el *tranquillo* que llegan á coger.

Deslindados los diversos *tranquillos* veamos cuál eligió Manuel García. Este se presenta con un excelente modo de estoquear, entra en corto y por derecho, hiere bien y sale limpio: nada hay que merezca censuras, antes al contrario, todo es digno de los plácemes más expresivos.

A poco, contrariedades de grueso calibre influyen en él y le hacen cambiar de estilo, y entonces arquea el brazo, sale por la cara y señala mal; su grande afición y desmedi-

do valor son garantías de enmienda y la reacción no tarda: desaparece el arqueo de brazo, coloca mejor el acero, sin embargo de que prefiera, á partir de este *momento histórico*, un toro que *se venga* á otro que *se quede*, y ya tenemos aquí descubierta la causa eficiente del trezado de piés.

Analizando á Manuel García como matador de toros en sus diversas épocas, vamos observando sus correcciones de estilo y la fisonomía particular que dentro del arte adquiere: por este proceso lógico vamos indagando sus defectos y descubriendo las causas próximas y remotas de cada uno. Algunas cogidas en el momento supremo, originadas por atender más al morrillo de la res que al manejo de la mula, dan margen á cierta indecisión que ofrece como resultado la falta de juego de la flámula, sin el cual el toro no se descubre, y al llegar á la cara se lo encuentra el diestro tapado, en cuyo caso, si no ha de pasarse sin herir, es indispensable el arqueo de brazo: cuando la fiera en vez de ver llegar al matador, se adelanta hacia él, humilla y se descubre, aquél hiere perfectamente y sale airoso. El éxito diverso que obtenía, según se tratara de toro quedado ó de toro que se viniese, no podía ocultarse á Manuel, y claro es, que había de preferir esto último; ¡mire el lector cómo surge el dichoso trezado de piés!

Mucho se ha discutido en todos los tonos y por tanto no poco se ha desbarrado sobre el tan cacareado bailoteo, llegando algunos hasta á considerarlo como un artificio buscado de propósito por el diestro para esquivar el peligro echándose fuera; pero los sostenedores de tal opinión, inconsecuentes como ellos solos, no se fijaron en que la precisión de los terrenos hace que con un pequeño avance se salga el diestro del embroque y quede *libre de cacho*; y si tal fuera el intento de Manuel, no repetiría los movimientos de piés que tanto le censuran, ni los dirigiría de atrás

adelante, cuando con solo un paso hacia la izquierda se consigue tan cobarde propósito. Semejante explicación del bailoteo demuestra en quien la sostiene crasa ignorancia de lo que es un volapié y marcado encono é injustificada saña contra el diestro sevillano.

No oficiaremos de panegiristas del *Espartero* ni de nadie, pero nuestra obligación, nos mueve á explicar los defectos de escuela de éste, con los principios que informan la razonada crítica, y dentro de las circunstancias de lugar y momento, de cuyas influencias, saludables ó perniciosas, no se puede prescindir sin manifiesto error.

El *Espartero*, como antes dijimos, comprendió fácilmente que estoqueaba mejor los toros que *se venían* que aquéllos que *se quedaban*: en su afán de agradar procura que la mayoría de los toros *se le vengan*, y casi sin darse cuenta los incita con esas evoluciones ó movimientos indeterminados, especie de envite con los piés, que atrayendo la vista de los toros, les obliga á arrancarse. Este es el origen del bailoteo, explicado racionalmente, y si tal explicación no fuese todo lo persuasiva que á nuestro modo de ver es, fijémonos en los resultados y quedará convencido el más obsecado.

Cuando diestro y toro se arranca al mismo tiempo, Manuel prescinde en absoluto del trenzado y sale limpio del empeño: si no ocurre así y la res permanece quieta hasta que el matador le incita con el baile, tan pronto como se inicia la acometida, cesa aquél, y continúa el espada su viaje; y por último, si aquélla no acude, Manuel queda en la cara cerniéndose durante algunos segundos, hasta que dá el golpe de gracia, que por lo regular maldita la que tiene.

Si, apurando la cuestión, queremos aquilatar todos los detalles, observaremos que en todas aquellas faenas en que el éxito más envidiable corona los esfuerzos del espada, en

todas, repetimos, prescindió del baile consabido, y por el contrario, cuando pinchó mucho, se notó más exagerado que nunca.

Podemos, pues, condensar cuanto llevamos dicho en las siguientes palabras: Manuel ha descubierto el modo de matar al encuentro, y aún no ha dado con el *tranquillo* de matar lucidamente á los toros quedados, y de ahí las vacilaciones en los arranques y en las salidas.

Algo parecido á esto, aunque en menor escala, ocurría al rey de los modernos matadores, al bravo y sin igual *Frascuero*; éste no descubrió en la muerte de los toros quedados ningún defecto digno de censura, porque sus facultades físicas eran grandes; pero ni los embroques eran tan formidables, ni el resultado tan estupendo como cuando mataba en su encuentro favorito.

De propósito hemos englobado en los párrafos anteriores la explicación de todos los defectos que por esta época se notan en el *Espartero*, resta solo que nos ocupemos de aquel que significábamos con estas palabras: mostrar gran aversión al descabello, defecto que consignamos como propio de esta época, cuando en realidad es común á todas.

No somos partidarios de que se prodiguen en circunstancias normales aquellos recursos que el arte menciona para momentos difíciles, y por consiguiente, en ningún caso aprobamos que aprovechando el lidiador sus especiales condiciones, trastee un toro que no está herido de muerte, y consiga descabellarlo. El descabello se ha prestado á muchos abusos, y para evitarlos, algunos escritores abogaron por su reglamentación; pero prescindiendo de esto, debe considerársele como un recurso conveniente en ocasiones dadas, y necesario en otras para evitar faenas deslucidas.

Cuando una estocada por ligerísimo defecto no hace doblar instantáneamente al toro, éste, según dicen los aficiona-

dos, se *amorcilla*, vá en busca de los tableros y con semejante apoyo, retarda considerablemente aquel suceso: en tales circunstancias, es imposible que el matador vuelva á herir, y un descabello oportuno corona la faena; por lo contrario, la falta de su empleo, desluce la más primorosa, y si la situación se prolonga pueden salir los mansos de su encierro para buscar al toro, y los espectadores de quicio para execrar al torero. Estos inconvenientes se evitan descabellando, bien con el verdugillo, ó ya con el cachete, y así se complace á los aficionados, y se entusiasma á la muchedumbre que siempre aplaude á rabiar la violenta caída del cornúpeto.

Manuel García rara vez intenta el descabello, prefiriendo entrar á herir segunda y tercera vez, cuando ya el toro no puede con la cola, cual se suele decir. Este sistema trae consigo faenas laboriosas, avisos repetidos y protestas del público, que se molesta con la tardanza, y en más de una ocasión, las censuras han reemplazado á los aplausos que le prodigara al principio.

Algunos fracasos le ha costado este raro propósito; privado el toro de movimiento, sin poder para acudir á los envites, permanece apoyado en las tablas con la cabeza en el suelo, bastándole para recoger al diestro, cuando en vez de descabellar entra á matar, un ligero movimiento de testuz: en tal situación, ni la fiera acude al engaño, ni es posible por tanto ejecutar ninguna suerte en que sea necesaria su cooperación. Un descabello entonces resuelve el conflicto, anima al público, evitándole el hastío de pesada faena, y evidencia en el diestro la posesión de un recurso más.

En las contadas veces que descabella se le nota gran timidez y como falta de confianza en lo que intenta, apesar de que se coloque bien y á la distancia conveniente.

Procure, pues, adaptarse el recurso, que en su gran sencillez resuelve muchos problemas, porque no siempre las es-

tocadas que se cobran producen efectos instantáneos, ni la paciencia de todos los públicos es la misma: siga nuestro consejo el esforzado diestro y se ahorrará muchos quebrantos y sinsabores.

CUARTA ÉPOCA.—Asentado Manuel García en el más alto puesto de la tauromaquia contemporánea por sugloriosa campaña del 91, viene desde entonces siendo objeto de la pública atención y diestro querido y mimado de los públicos más inteligentes de España: nada indica en él cambio trascendental en esta última época y con ligeras alternativas se presenta como en la anterior, aunque nunca haya tenido temporada tan completa como la de 1891.



XIV.

Rasgos comunes á todas las épocas.—Marca de fábrica.

—Sus toros favoritos.—Juan León habla.—Oposición manifiesta.—Manuel como peón y como director de lidia.

S EÑALADOS los defectos de que adolece en cada época, veamos ciertos rasgos comunes á todas ellas, que en realidad constituyen otras tantas excelencias: es el único torero, de los que existen en la actualidad, que al empezar la faena se coloque en la rectitud del toro, inicie el envite con el palo, y nó con la muleta, y presenta ésta, por regla general, en la mano izquierda para dar comienzo con el pase natural: se ciñe en el trasteo á lo prescrito por el arte, y si de algo peca, será de exceso de voluntad, pues intenta con toros huídos, cobardes y recelosos, faenas apropiadas para los bravos y boyantes. Infringe con ello aquel preceptado consagrado por larga práctica, atribuído á *Cúchares*, y que encierra tanta verdad como tosca es su forma: «*Pá esos pavos que juyen desarman ó se cuelan no se ha jecho el arpiste.*» Quiere decir, que á los toros que carecen de condiciones de lidia se les debe matar sin adornos, sin exposición y valiéndose únicamente de recursos. Manuel emplea con estas reses el mismo toreo que con las boyantes, y aunque en ocasiones el éxito corona sus increíbles

esfuerzos, las más de las veces se prolonga el último tercio y algún que otro percance le acarrearán sus propósitos.

El apogeo de Manuel García se debió sin duda á su mano izquierda que utiliza como defensa y engendra y remata con ella pases de verdadero mérito: incansable, desenvuelto y mañoso adquirió gran confianza y pisa de ordinario terrenos que los demás invaden solo en casos extraordinarios.

Colocado muy cerca, y procurando en vez de rehuir el embroque, ceñirse más, imprime á los toros veloces movimientos en distintas direcciones, que quebrantan las facultades de las reses consentidas de cerca por el engaño. Manuel prefiere, como hemos dicho antes, aquellos cornúpetos que á la hora de la muerte conservan muchas *patas* y gran codicia: nada le importa que siembren el terror en la cuadrilla ni que los banderilleros pasen mil fatigas para cumplir su cometido. Ante esos toros acude diligente, abre la muleta en la misma cara, recoge al bicho, le dá poca salida con el pase natural y al revolverse la fiera, el diestro engendra un pase de pecho, característico, peculiar, *sui generis* «del *Espartero*», que quebranta extraordinariamente á la bestia. El ligero defecto que se le nota en el pase natural procedente de no jugar la muleta en forma de abanico, lejos de perjudicarle, cede en su beneficio de un modo notable, pues, deja cerca á la res que acude y presta con su veloz acometida nuevo realce al pase de pecho. No temais por Manuel cuando adelanta la muleta para ejecutar su suerte favorita; ha llegado á poseer y dominar suerte tan difícil, rechazando toda imitación, á la manera que Fernando Gómez vinculó para sí el cambio de rodillas que ejecuta con garbo y limpieza difíciles de explicar.

Hoy ya no puede censurarse á Manolillo el empleo de una misma faena para todas las reses, y aunque por regla general tantea como manda el arte, con la mano izquierda,

tan pronto como se apercibe de las condiciones del bruto, aplica las faenas más apropiadas. Los toros que no humillen, se tapen ó se queden le son difíciles de matar; para los que se le vengan, tanto para torearlos como para matarlos.... que le busquen pareja, según dicen los aficionados á las riñas de gallos.

Juan León dijo: «De cada cien toros, mata un gallego los noventa con solo advertirle de donde ha de ponerse y de donde ha de quitarse. De los otros diez, cinco saben como el que más; cuatro vienen por el dinero de la temporada y uno se lo lleva». Pues bien: Manuel García sobresale en esos cinco toros que saben tanto; sube de punto su mérito en los cuatro que vienen por el dinero de la temporada, y se lleva éste cualquier becerrote noblón y quedado que le quepa en suerte, el cual proporcionaría un triunfo al aficionado más inexperto.

Hé aquí el fenómeno: los toros de Palha, Solís, Pérez de la Concha, Díez de la Cortina, Miura, etc.; terror de la gente de pelo trenzado, por las facultades que conservan á la hora de la muerte unos, y otros por la mucha alzada con que sus dueños los presentan, consituyen para Manuel el más sabroso bocado, y son, según dijo un periódico de la Corte con respecto á los de Solís, los encargados de mantener enhiesta la gloriosa bandera esparterista. Y es, que esos toros son como otros cualesquiera, con la diferencia de que el respeto que infunden hace que los diestros tomen mil inútiles precauciones en vez de acercarse y consentirlos como manda el arte y como ejecuta el matador sevillano. Aquellos novillos que á consecuencia de su poca edad pierden las facultades, aún cuando lleguen al último tercio nobles y bravos, no sirven para el *Espartero*, que prefieren reses granadas, de gran empuje y mucha resistencia en todos los tercios de la lidia.

Pasemos á otro punto, que éste está suficientemente explanado. Entre el fin que se propone el diestro de que nos ocupamos, y los medios que emplea, hay cierta oposición que realmente cede en su perjuicio. Digan otros lo que quieran, es indudable que la flámula de este matador castiga mucho á las reses, y si á este dato unimos, otro, á saber, que á Manuel le agrada sobremanera pasar de muleta, resultará que prodigando los pases, tendrán los toros cada vez condiciones menos apropiadas para el momento supremo, dado que él las quiere enteras, por decirlo así, y que se arranquen. No es esto señalar un nuevo defecto, sino advertirle con solicitud cariñosa que mientras menos pase á los toros, mayores ovaciones conseguirá al estoquearlos.

Manuel García no se ha ensayado como peón y creemos que su falta de agilidad sería siempre grave obstáculo para figurar en este sentido. Con su valor é inteligencia ayuda al compañero, favorece al banderillero y ocupa siempre un lugar próximo al sitio del peligro, habiendo evitado con su intervención oportuna innumerables desgracias.

Y si lo consideramos como director de lidia habremos de experimentar gran decepción, porque, comedido con exceso, jamás corrige desaciertos que conoce, ni se atreve á recordar sus obligaciones á cada cual: si todos los que toreasen con él imitanse se conducta, el orden en el redondel sería prodigioso, porque jamás vemos al *Espartero* fuera de su sitio. Pero como con el ejemplo no basta y se hace preciso tener energía para reprimir abusos y carácter para hacerse respetar, y Manuel es de suyo bondadoso y está desprovisto del dón de mando, ni corrige severamente ni previene con autoridad.

XV.

¿Á qué escuela pertenece el "Espartero,,?—Caracteres de la sevillana.—Idem de la rondeña.—Escuela moderna.—Manuel I.—"Guerrita,, crítico.

RANDE sería nuestro aprieto si después de cuanto llevamos dicho se nos preguntara ¿á qué escuela pertenece el *Espartero*? De los antiguos campeones del arte taurómico, ¿puede señalarse alguna figura con la que guarde relación de semejanza ó de identidad? y decimos que sería grande nuestro aprieto, porque la contestación á estas preguntas es punto menos que imposible.

Los Palomos, *Costillares*, *Pepe-Hillo*, Curro Guillén, Juan León, *Cúchares* y *Tato*, representantes genuínos de la llamada escuela sevillana, *tan abundante en recursos, como en mañas y felices ocurrencias*, lucharon con Bellón, Juan y Pedro Romero, Gerónimo José Cándido, Antonio Ruiz y Manuel Domínguez, discípulos de la escuela rondeña, *caracterizada por sus arranques decisivos, suertes marcadas, sobriedad en los lances y observación rigurosa de los preceptos del arte*, y esta emulación era alimentada por los partidarios de una y otra escuela.

Retirado Manuel Domínguez, puede decirse, que quedó tan solo un recuerdo de la gloriosa escuela rondeña, *Bo-*

canegra, y muerto éste, se acabó el último resplandor de la enseñanza de los Romeros, viniendo á apoderarse del rondel la de *Costillares*, falseada cada vez más y desfigurada en su primitiva forma (1).

De aquí se infiere que habiendo desaparecido por completo la escuela rondeña, no hemos de pensar siquiera en señalar los predecesores que dentro de ella tenga Manuel García, porque aun cuando éste es sevillano, no pertenece como torero á la escuela de Costillares. Pocas consideraciones bastaran á justificar la negación.

Un valor exuberante, mucha sangre fría, sobriedad en los lances y cierta observación de los preceptos del arte, son las cualidades que distinguen al *Espartero* á no dudarlo, y si con estas condiciones á la vista tratamos de asignarle escuela, necesariamente rechazaremos la sevillana y lo habremos de colocar en la rondeña ó en otra cualquiera que no se nos alcanza. ¿Habeis visto en Manuel García, floreos, juguetes, combinaciones mañosas, recursos improvisados, ó tácticas habilidosas? De seguro que no; pues, si esto es así, indudablemente no cabe dentro de los amplios moldes de la escuela de Sevilla, y al buscarle su filiación hemos de acudir á la otra escuela, ya que se nos pone en el trance apurado de optar por una.

Quizá se objete por alguno que el *Espartero* no recibe toros, y que este era uno de los caracteres más salientes de los discípulos de Romero: así es ciertamente, pero ha de concedérsenos que ni la suerte de recibir fué patrimonio

(1) No admitimos la existencia de otras escuelas, ni por consiguiente las mal llamadas escuelas cordobesa y chiclanera, por las razones siguientes:

En Córdoba hubo siempre toreros de verdadero mérito; pero los antiguos descollaron más por su valor temerario que por su trabajo artístico, y los modernos son discípulos directos de la escuela sevillana.

También en Chiclana existían en cierta época, crecido número de diestros apreciables, pero los que dieron más esplendor al arte, fueron continuadores de los Romeros, y secuaces por tanto de la rondeña.

exclusivo de los secuaces de Romero, aunque fueran los que más sobresalieran en la ejecución de la misma, ni este detalle es bastante, dadas las costumbres actuales, para separar de dicha escuela al que conviene en los demás caracteres distintivos.

Si lo dicho no es suficiente para considerar á Manuel García como continuador de las tradiciones de la escuela rondeña, no podemos llevarle á ninguna otra parte y habríamos de calificarle como torero de la moderna escuela que con sus propios esfuerzos desarrolla un toreo especial en el que predomina el valor.

Esta es precisamente la grave dificultad con que tropezamos al querer contestar la segunda pregunta. Manuel conviene tan solo en algunos puntos con las celebridades de tiempos anteriores pero con ninguna de esas figuras guarda exacta semejanza ó perfecto parecido.

Viene á las taurinas lides falto de precedentes, como Montes; alcanza, como Hillo, asombrosa popularidad, aunque en círculo más limitado; sus arranques de valor temerario pueden compararse á los de Panchón y Pepete; el juego de su fiámula recuerda al inolvidable Juan León y sus graves y numerosas cogidas traen á la memoria al infortunado Juan Lucas Blanco. Manuel García es un torero especial, que si no guarda relación con ninguno de sus predecesores en el arte, puede en cambio ser señalado como primer monarca y fundador de esa larga serie de toreros sevillanos que sin un continuado aprendizaje, sin haber figurado como banderilleros, y ni aun siquiera con valiosa protección, han salido al redondel á estoquear reses con más ó menos fortuna, y de los cuales es el presente y quizá el porvenir de nuestra decadente fiesta nacional.

Algunas palabras para terminar. Considerando como el testimonio más imparcial, competente y digno de crédito

el de Rafael Guerra (Guerrita), nos acercamos á este diestro pidiéndole nos diese escrita, en pocas palabras, una apreciación del trabajo de Manuel García, y complaciente y solícito, nos entregó el autógrafo que conservamos en nuestro poder, y se copia á continuación:

«El *Espartero* es el torero de menos facultades físicas »que yo he conocido, pero también el más valiente de los »de mi época.»

»Buen amigo y excelente compañero, resulta agradable »torear con él.»

Cuevas-Bajas 28 de Enero de 1894.

RAFAEL GUERRA
GUERRITA.





PARTE TERCERA.



BIOGRAFÍA DE RAFAEL GUERRA (GUERRITA)

XVI.

Partida bautismal de Rafael Guerra Bejarano.—Primeros años del mismo.—Sus aficiones.—Sus ardides.—Sombras chinescas.—Punto y aparte.

EN el libro 33 de bautismos de la Iglesia Parroquial de Santa Marina de Aguas Santas de la Ciudad de Córdoba, y al folio ciento veinte se halla la siguiente «Partida:»

«En la Ciudad de Córdoba capital de su provincia, en ocho de Marzo de mil ochocientos sesenta y dos; yo el infrascrito Rector y Cura propio de esta Iglesia parroquial de Santa Marina de Aguas Santas, bautizé en ella solemnemente á un niño que nació el día seis de dicho mes á las cuatro

y media de la madrugada y le puse por nombre *Rafael de Santa Dorotea*, hijo legítimo de José Guerra, jornalero y de Juana Bejarano, bautizados en esta parroquia donde se casaron habrá trece años. Abuelos paternos Tomás Guerra y Maria Paez, y maternos Mariano Bejarano, jornalero, y Maria Martinez, su difunta mujer, todos naturales de esta Ciudad. Fueron sus padrinos, Mariano Bejarano, su abuelo materno y Rafaela Bejarano, su hija, de estado casada, naturales y vecinos de esta Ciudad, á quienes advertí el parentesco espiritual y obligacion que contrajeron, y testigos José Rodriguez y Tomás Ruiz, ministros de esta parroquia. Y para que conste extendí y autorizé la presente partida que firmo en Córdoba fecha ut retro.—Ldo. D. Juan José Aguado.»

José Guerra desempeñaba el cargo de llavero ó encargado del matadero público de Córdoba y Juana Bejarano, su mujer, aumentaba los ingresos de la sociedad conyugal con los productos de una tenería ó fábrica de curtidos, con lo que la posición de la familia era desahogada, no conociendo por consiguiente Rafael la miseria con su séquito de horrores y desdichas.

Nada más lejos, pues, del ánimo de aquéllos, que la idea de dedicarle á la arriesgada profesión de lidiador de toros; ya tenían á su hijo mayor llamado José, en la fábrica de curtidos, y pensaron llevar á *Rafaelito* por otro rumbo, á cuyo fin le hicieron estudiar las primeras letras, y después, le agregaron al padre para que le ayudase en su cargo del matadero. Quizá fué esto lo que decidió de su porvenir.

Travieso en demasía, mostrose desde los ocho años aficionado cual ninguno á la lidia de reses bravas, procurando siempre asegurarse el papel de protagonista, y aprovechando todas las ocasiones que se le ofrecían de lancear cuantos moruchos se ponían á su alcance, acompañándole en-

tonces, como ahora, el *Mojino*, verdadero compañero de glorias y fatigas de nuestro biografiado, hasta el punto de poder decirse con propiedad, que los episodios de la infancia del uno, son los episodios de la niñez del otro.

Guerriya, que por el cargo del padre, y por la contrata que la madre tenía, del aprovechamiento de las pieles, ejercía verdadera influencia entre el personal del matadero, se valía de ella para conseguir de los *matarifes* que aún á costa de las simpatías, que con los *entradores* pudiesen perder, diesen muerte á las reses mansas ingresadas en el establecimiento, y dejaran para el día siguiente las más bravucanas, que le aseguraban un rato de solaz y de ejercicio por la noche. A fin de conseguir su objeto, empleaba cuantos recursos le sugería su imaginación de meridional entusiasta y entusiasta por el toreo. Ya con el pretexto de recojer las pieles, ó cuidar las caballerías, ya dejando la puerta falsa del edificio, abierta pero entornada, ya forzando, en unión del *Mojino* y otros cuantos apasionados que le acompañaban la de la *guifa* que separa el corral donde se encierran las reses que han de ser sacrificadas al día siguiente, ya deslizándose por debajo de ella, cuando bien atrancada por dentro resistía á sus esfuerzos y oponía dique á sus anhelos, imprimiendo á su cuerpo los movimientos del reptil, y á riesgo de dejar en las tablas tiras de su piel ó girones de su ropa; unas veces en pleno día, con los piés descalzos sobre las losetas del piso del patio principal, convertidas en planchas abrasadoras por la acción directa del sol, olvidándose del suplicio que sufría, y otras durante las noches, á obscuras en aquel corral de mal piso, y aislado de todo auxilio exterior, se entregaba á su diversión favorita, siendo á la vez actor y espectador de aquella extraordinaria función, que nunca tuvo cronista. Estos nocturnos y arriesgados ensayos, eran alegres y divertidos, para los inexpertos jóve-

nes y mucho más, si la luna con sus argentados y poéticos rayos alumbraba el improvisado circo; aquellas sombras chinescas que se dibujaban en el corral á altas horas de la noche, semejando descomunal batalla de gnomos y gigantes, ó diabólica y desordenada danza macraba de trasgos y de brujas en aquelarre, hubieran causado en quien ignorase las circunstancias, el desconsolador efecto que producen al niño los ensueños de destrucción y las terribles apariciones de seres que dejaron de existir; por el contrario, el lector comprenderá cuánta alegría encerraba para sus protagonistas aquel cuadro, que hubiese despertado la curiosidad de cualquier buen aficionado.

Dos años transcurrieron, próximamente, sin que nadie, excepto los propios interesados, tuviera noticias de estas escenas, y durante ellas no llegó el padre de Guerra á sospechar que su hijo se introducía todas las noches en el matadero, ni conoció los ardides de que para ello se valía, teniendo las llaves en sus bolsillos y juzgando las puertas cerradas; pero no por esto permanecieron ignoradas las aficiones de Rafael; antes al contrario, eran conocidas de todos, incluso de sus padres, quienes las combatían por cuantos medios estaban á su alcance.

Un funesto suceso, que llena triste página de la historia de las lides taurinas, fué la causa de la oposición que siempre encontró *Guerrita* en sus padres: más por tratarse de un acontecimiento que tan estrecha relación guarda con la vida torera de nuestro héroe, permítase que nos ocupemos de él con cierto detenimiento, y en párrafo aparte.

XVII.

Muerte de Pepete.—Vocación contrariada.—Guerra militar en ciernes y cortidor efectivo.—Vuelta al matadero.—Prueba decisiva.—Consejos de amigos.

JOSÉ Rodríguez *Pepete*, el torero cordobés más valiente de cuantos se han conocido, que por su valor, más que por su arte, compitió con los Carmonas, Domínguez, *Cúchares*, Sanz y el *Tato*, había llegado á consentirse tanto en su toreo de «poder á poder» según la gráfica frase de Juan León, que se vió en graves aprietos, no tanto en la muerte de los toros, cuanto en la brega, quites, capeos, quiebros y juguetes, que ejecutaban con gran facilidad, los tres últimos: «En 1862 fué contratado por la empresa de Madrid, para primera temporada con Cayetano Sanz y Pablo Herráiz de sobresaliente, siendo los picadores Calderón (Antonio), Cortés, Arce, Bruno, Osuna y Alvarez, y banderilleros Domingo, Torres, Yust, Garrido y *Caniqui*; debiendo romper el campo en la tarde del domingo, veinte de Abril, con tres toros de Salido y tres de Miura. El segundo toro, llamado en la ganadería de Miura *Tocinero* (1), be-rrando ensabanado, seco, duro y de recarga, acudió al envite de Calderón con tanta furia y presteza que, suspendien-

(1) Así dicen los Anales; pero el verdadero nombre de este toro es *Tocinero*.

do al caballo y derribándole con las ansias de la agonía, dejó en descubierto al jinete, á corta distancia del animal, cebado en el destrozo de su víctima. José Rodríguez, que hablaba con los del tendido número 13, apercibiéndose de la situación extrema del picador, y avezado á seguir sus primeros impulsos, entró al quite por la salida del toro cabalmente, encontrándose con él, y siendo inútil el capote; pues *Tocinero* le recogió con el asta izquierda, sobre una costilla, lo levantó para darle otra cornada mortal, partiéndole el corazón, y despidiéndole de la cabeza. El desgraciado *Pepete* se levantó con algún trabajo (según el *Boletín de loterías y toros*), llevándose la mano al rostro como para limpiarse el sudor ó quitarse la arena, pero á los diez pasos, y cerca de la puerta de Alguaciles, cayó exánime, arrojando bocanadas de sangre y causándose una herida en la frente contra los tableros. Esta catástrofe produjo honda impresión en Madrid, comunicada á toda la península por periódicos y particulares correspondencias, vendiéndose millares de retratos fotográficos del bizarro espada cordobés y de la tremenda cabeza de *Tocinero*.

El drama que se desarrollaba en Madrid, tuvo extraña resonancia en un modesto hogar de Córdoba.

Juana Bejarano amó desde la infancia con sin igual ternura á aquella de sus hermanas que más tarde casó con el infortunado *Pepete*; ésta por su parte, y en justa correspondencia, quería la entrañablemente, pudiendo decirse que se habían convertido en una sola criatura, siendo las alegrías ó las penas de la una, las venturas ó desdichas de la otra. La triste nueva llevó la desolación y la ruina á casa de *Pepete* y las lágrimas, el desconsuelo á la de Guerra; la fiesta nacional desde entonces, no tuvo para la madre de *Guerrita* el carácter alegre y expansivo que la distingue;

(1) *Anales del Torero* por Velázquez y Sánchez. —Pag. 282.

para ella ser torero y tener el fin desastroso de *Pepete*, ser madre ó mujer de un torero y tener constantemente suspendida sobre su corazón una nueva y más temible espada de Damócles, era una misma cosa; ¿qué extraño, pues, que lejos de autorizar la afición de su hijo la combatiese con verdadera saña?

Tan pronto como ella y su marido vinieron en conocimiento de los propósitos que abrigaba Rafael, decidieron apartarlo de Córdoba y llevarle á un colegio de Archidona, para que á la vez que olvidaba aquéllos, se instruyese y preparase convenientemente á fin de ingresar luego en una academia militar; pero estos deseos no se cumplieron, y *Guerrita*, que en efecto había nacido para esgrimir la espada, optó más tarde por aquélla que tantas ovaciones había de proporcionarle en las plazas de toros, y con verdadero regocijo, cedió su puesto en las filas militares á quien tuviese mayor vocación é inclinación hacia ellas.

Habiendo desistido, por razones que no son del caso, de este proyecto, el niño continuó en Córdoba auxiliando al padre y acarreado las pieles á la tenería ó fábrica de curtidos de la madre. Por esta época, contaba apenas doce años, una travesura propia de joven le cerró las aulas taurinas que en el matadero había establecido para su aprendizaje; ligero rozamiento con otro de su misma edad, determinó sangrienta colisión y Rafael, voluntarioso siempre, administró á su contrincante soberbia paliza; las reclamaciones entre ambas potencias, dieron por resultado la resolución de la familia de aquél de apartar del palenque al joven adalid, y trasladarlo á la fábrica de curtidos para aprender el oficio.

Su permanencia en este industrial establecimiento duró un mes á lo sumo; sus súplicas constantes y sus promesas reiteradas de mejorar de conducta, decidieron su vuelta á Córdoba; en realidad el anhelo de continuar sus prácticas

y nocturnas encerronas, y si no se nos tachara de fatalistas, diríamos que su hado, le llevó á la antigua corte de los califas porque Guerra no había nacido para militar ni para curtidor; su fortuna estaba en el toreo.

Ya en el hogar paterno, Rafael hizo públicos sus vehementes deseos de dedicarse al arte de Montes y *Pepe-Hillo* y encaminó todos sus actos á conseguir el permiso de sus padres, alcanzando solo rotundas negativas. Hijo respetuoso, sin él, nunca hubiera sido torero; obtenido por una feliz casualidad, abrazó á los amigos de profesión con sin igual alegría.

En cierta ocasión toreaban en el matadero el malogrado *Manene*, *Orejitas* y otros varios aficionados en presencia de D. José de Guzmán, sobrino del inolvidable matador del mismo apellido y de Rafael Molina (a) *Lagartijo*. El padre de *Guerrita* presenciaba la lidia desde uno de los portalones inmediatos que sujetaba para evitar la salida de la res; á su lado estaba *Rafaeliyo* rojo de emoción y de entusiasmo, con los ojos empañados por ese vaho de lágrimas que el deseo y el anhelo hacen salir, nervioso, excitado, violento, siguiendo con pasión los incidentes de la lidia, envidioso de sus amigos, y contenido solo por la presencia y falta de permiso de su padre. Este por su parte, más que en la capea improvisada, fijábase en el desasosiego de su hijo, y en su rostro, cual en libro abierto, leía los pensamientos desordenados que le agitaban. Tal vez sin darse cuenta, tal vez en el deseo de que el competente público que observaba le desengañase, tal vez por un movimiento instintivo contrario á sus propósitos, le dirigió las siguientes palabras: «muchacho ¿te atreves á torear?» Rafael no contesta, aprovecha la autorización que se le concede, corre, vuela como el rayo, se lanza al corral, se coloca á la cabeza de un utrero castaño de ganadería desconocida,

burla sus acometidas, lo recorta y quiebra, salta y bulle y una salva de aplausos entusiastas saluda al diestro del porvenir, como ténue preludio de las estruendosas ovaciones que luego había de obtener.

José Guerra, que presencia las proezas de su hijo, vé las excepcionales aptitudes que le adornan; tales condiciones le hacen concebir fundadas esperanzas; el inteligente aficionado D. José de Guzmán y el notable espada *Lagartijo*, le vaticinan los señalados triunfos que en la difícil profesión del toreo había aquél de alcanzar; en su casa coméntase el suceso; la idea de que el joven sea torero, no es yá tan repulsiva; el recuerdo de *Pepete*, con su sangriento fin, vá esfumándose y desvaneciéndose; cesa la oposición tenaz y es sustituida por una benevolencia marcada y, por último, las reiteradas instancias del hijo, y los repetidos consejos de los amigos son causas, que en unión de otras, determinan la situación del aficionado y lo colocan en camino de llegar á ser el renombrado espada Rafael Guerra (a) *Guerrita*.



XVIII.

Cuadrilla de niños cordobeses bajo la dirección de "Caniqui".—Sus dos primeras corridas.—Temporada completa.—Competencia con la de Sevilla.—Un cuarto á filosofía y reflexiones.—Carácter de Guerra.—Tres estocadas y dos capeas.

GUERRA, desde la edad de catorce años, en que se dedica al toreo, encuentra protectores. *Caniqui*, el célebre banderillero cordobés, organizó el año mil ochocientos setenta y seis una cuadrilla de jóvenes en la que figuraron como matador Rafael Luque (a) el *Camará* y como banderilleros *Manene*, el *Torerito*, *Mojino* (hijo de *Caniqui*), y el *Llavérito*, sobrenombre que toma nuestro biografiado por el cargo que su padre ejercía en el matadero.

La entrada en esta cuadrilla le benefició grandemente y le ahorró el gran número de privaciones y contratiempos que lleva consigo el noviciado de torero en la vida nómada. De aquí la carencia absoluta de anécdotas y episodios de esta primera época de su vida torera, porque nuestro héroe, comenzó por donde muchos acaban, por ser miembro de una cuadrilla y quizá á esto se debió el que tardase en sobresalir; era uno de los niños cordobeses y nada más; pero al lado de tal inconveniente encuentra inapreciables venta-

jas que ceden en beneficio de su pronto aprendizaje y de sus particulares intereses.

Durante el mes de Septiembre del año en que se organiza la cuadrilla de niños cordobeses, toreó ésta dos corridas en las plazas de Andújar y Bujalance, bajo la dirección de *Caniqui*, obteniendo grandes aplausos (1).

Estas dos corridas proporcionaron nuevas contratas á la cuadrilla en el siguiente año, y en ellas cumplieron como buenos, aumentando y extendiendo su faena. La facilidad con que banderilleaban, el cite en corto y la extraordinaria valentía que desplegaban en la cara de los utrerros, fueron causas bastantes para conquistarles nacional renombre.

La Empresa de Sevilla fué una de las primeras en contratarlos, y para el quince de Julio de mil ochocientos setenta y siete, anunciase la lidia de cuatro toros, pertenecientes á dos ganaderías en competencia, que serían estoqueados por José Sánchez Laborda é Hipólito Sánchez, y de dos novillos del Sr. Marqués de Villavelviestre, que lo serían por Francisco Avilés, el cual llevaba como banderilleros á Rafael Rodríguez *Mojino*, hijo del banderillero *Caniqui*; *JOSÉ* Guerra *Llaverito*, sobrino del malogrado *Pepete* y Rafael Bejarano *Torerito*, sobrino de *Lajartijo*; así decía el cartel literalmente. Verificóse el día señalado

(1) En estas dos corridas Rafael Guerra (a) *Llaverito*, lució (sic) un traje azul y negro, que vistió en su *debut* y que por ser el primero profesional, merece le dediquemos d s palabras. Era de tela de punto adornada con ligeras guarniciones que le daban extraño aspecto, más que traje de lidiador parecía, según la expresión del propio interesado, «un traje de bolero». Costó catorce duros, y de seguro que el inteligente aficionado madrileño D. José Romero, que posee la chaquetilla en la actualidad, no la vendería por ese precio: este recuerdo original perteneció primeramente al constante admirador y apoderado de *Guerrita* D. Juan de Aguilar, y por su muerte pasó al que hoy la posee; las taleguillas dejaron de existir y no se sabe su paradero. Para la segunda temporada *Guerrita* encargó á Sevilla un precioso traje verde y negro que fué confeccionado por la madre del picador *Llaverito*, y costó quinientas pesetas; con gran copia de datos, recuerda hoy el diestro las peripecias ocurridas en la compra de este traje y las personas que mediaron en su adquisición. Basta de trajes y pase esta nota á título de curiosidad.

la corrida, presentose la cuadrilla de cordobeses en la arena, y habiendo agradado mucho su trabajo al público, la empresa se apresuró á escriturarlos nuevamente para el 5 de Agosto, en unión de ciertos jóvenes sevillanos, para que compitieran con ellos, y diesen de ese modo más atractivos al espectáculo.

Los carteles contenían el siguiente programa: dos toros de la ganadería de D. Ramón Larraz estoqueados por José Giraldez *Faqueta* y cuatro novillos de D. Pedro Moreno para ser muertos por José Román *Lagartijillo* y José Malaver, el de la Macarena. Decía la empresa que había contratado «á los aventajados Niños de Córdoba que tan aplaudidos fueron en esta plaza en la corrida del 15 de Julio de este año para que banderilleasen en *competencia* con los del Matadero de esta Ciudad, saliendo en clase de auxiliador de la cuadrilla de niños el antiguo y famoso banderillero Francisco Rodríguez *Caniqui*.» Los niños del Matadero de Sevilla eran Juan Pisoto *El Compadrito*, Manuel Domínguez *El Loquillo* y Francisco Carrasco *El Gato*. Los de Córdoba se anunciaron del mismo modo que en la anterior corrida, incurriendo en las propias inexactitudes.

La competencia produjo el resultado apetecido, y en ella tomaron parte algunos diestros no comprendidos en el programa, logrando todos rayar á buena altura. Ocúrrenos al llegar á este punto una observación; todos los niños cordobeses han logrado sobresalir en las lides taurinas mientras que los sevillanos, que con ellos compitieron, permanecen envueltos en la obscuridad y no consiguieron jamás tomar parte en corridas de toros, lo cual prueba que las felices disposiciones para el toreo, como para cualquiera profesión, se marchitan en germen cuando falta una buena dirección, á menos que el individuo reuna condiciones extraordinarias y excepcionales.

La cuadrilla se presentó en muchas plazas, viajaba en tren, se hospedaba en fondas y estaba rodeada de todas aquellas comodidades compatibles con la cuantía de los ajustes; el importe de éstos los cobraba *Caniqui* y después de pagar todos los gastos de sus pequeños discípulos, repartía entre ellos los restos, á menos que lo exiguo de aquéllos no permitieran ni diesen lugar á estos dividendos activos.

Ya desde esta época manifestose *Guerrita*, cómo había de ser después, á la vez que hijo sumiso, hombre de mundo y previsor, llevando íntegros á su casa los cortes productos de las primeras excursiones, para invertirlos en el fomento de la fábrica de curtidos que poseía la madre, con lo cual causaba verdadera extrañeza á *Caniqui* que decía á Juana Bejarano al narrarle las costumbres de su hijo «El niño no gasta nada; todos sus compañeros compran en las poblaciones á donde vamos á torear algunas chucherías, y á él nunca se le ocurre malgastar en ninguna.» Ignoraba el maestro, que al obrar así Rafael seguía los consejos de su madre, la cual de este modo formaba los rasgos principales de su carácter: la ambición sin llegar á la avaricia, la economía armonizada con la esplendidez para no tocar en la mezquindad y el amor á pasatiempos y diversiones ordenados rechazando la orgía y el vicio que extragan y consumen; y solo así, siguiendo esta línea de conducta sin separarse de ella, ni en un ápice, se comprende que en tan poco tiempo haya llegado á reunir el gran caudal que hoy posee.

En la época á que venimos refiriéndonos, ó sea durante la primera temporada completa que lidió *Guerrita*, menudearon las corridas y por tanto los ingresos: como banderilleros, los niños cordobeses lograron interesar á la afición, alcanzar gran celebridad y verse solicitados por todos los

públicos que deseaban admirar sus faenas, siendo á veces escriturados solos los banderilleros cuando las combinaciones de las empresas, por compromisos anteriores con otros diestros, no permitían se presentasen en los ruedos llevando á la cabeza á su matador Rafael Luque (a) *Camará*.

En esta temporada, empuñó Guerra por primera vez la muleta y la espada para consumir la suerte suprema, y aunque no podemos precisar ni la fecha, ni las condiciones de la lidia, recordamos que fué en la plaza de Alcoy, donde mató un novillo (de ganadería desconocida) por cesión del *Camará*, á su instancia y con autorización de *Caniqui*. El éxito lisongero de este primer ensayo, le animó á repetir y habiéndose indispuerto *Manene*, cuando tenía que estoquear en Cabra un novillo de Barrionuevo, de tres años de edad, brindose aquél á sustituirle como lo hizo, sacando airoso á *Caniqui* del conflicto en que la citada indisposición le colocó.

Durante la estancia de *Guerrita* en Córdoba en 1887, celebrese una becerrada en la plaza de dicha población, lidiada por jóvenes de la más alta clase social. Rafael desde la barrera dirigía á los aficionados y como éstos conociesen los grandes deseos que tenía el diestro de tomar parte activa en la fiesta, le cedieron la muerte de uno de los becerros. El simpático banderillero toreó fresco y ceñido propinando al eral media estocada que no fué suficiente para hacerlo doblar; tomó la puntilla y se propuso descabellarlo, recibiendo terrible revolcón y el consiguiente vapuleo, extraviándoseles en la caída las monedas que llevaba, sin que desistiera de su empeño que al fin realizó ante el vocerío general.

En solo dos capeas ha tomado parte *Guerrita* y á ello le obligaron compromisos de amistad que no pudo eludir, y no el interés propio. Se verificaron en el pueblo de Hornachuelos (Córdoba) durante las fiestas del patrón San

Abundio, en dos tardes consecutivas, lidiándose por el *Mojino* y nuestro biografiado crecido número de bueyes y dando muerte á dos novillos uno en cada día.

Al terminar esta temporada acaba para los niños cordobeses la dirección de *Caniqui*.



XIX.

Segunda campaña bajo la dirección del «Lavi.» — Salidas con «Bocanegra,» Valentín Martín y Manuel Molina. — Juicio y telegrama del Gallo. — Ingreso de Guerra en su cuadrilla.

EL célebre novillero gaditano Manuel Díaz (a) *Lavi*, residente á la sazón en Córdoba, se constituyó en jefe de aquellos valientes aficionados en la segunda temporada y continuó bajo su jefatura la campaña (emprendida é iniciada por *Caniqui*), hasta 1882, y formando parte de la cuadrilla los picadores *Juanerito* y *Vizcaya* y los banderilleros *Mojino*, *Llaverito* y *Torerito*, apesar de lo cual Guerra hizo algunas salidas para figurar momentáneamente al lado de otros matadores, aunque en realidad puede decirse, que al salir de la cuadrilla del *Lavi*, ingresó en la del *Gallito*.

Entretanto llega á esta situación, continuaremos la historia de la campaña de nuestro héroe, en la dicha cuadrilla que en el año 1879 y en los días 26 y 30 de Junio hizo su presentación en Madrid en la hoy destruída plaza de los Campos Elíseos, agradando extraordinariamente á los aficionados madrileños el trabajo de toda ella, llenando los banderilleros su hueco y procurando, llevados por digna

emulación, sobreponerse unos á otros, sin que ninguno obtuviera el triunfo; en el año 1880 (Septiembre 8) torearon en Córdoba una novillada, en la que ejercieron de matadores *Pescadero* y *Marinero*. Guerra, Rodríguez y Bejarano, decía un periódico, «parearon con el lucimiento que saben hacerlo estando muy afortunados en quites. *Guerrita* mató el último toro á petición del público y «nos dejó ver uno de los primeros espadas del porvenir.»

Hasta el año 1881 no empezó Rafael á demostrar sus excepcionales condiciones rebasando el nivel de sus compañeros, y así lo juzgó el público bilbaino, que le hizo objeto de distinciones especiales en la corrida que, con toros de D. Raimundo Díaz, se celebró el 2 de Mayo, prodigándole extraordinaria ovación que comenzó con cariñosas muestras de agrado, siguió en *crescendo*, y terminó con estruendosos aplausos mientras era conducido en hombros al coche el novel banderillero, siendo el que reseña esta corrida el primer escritor que tal vez vió con claridad el risueño porvenir del *Llaverito*.

El día 13 de Diciembre de 1880 publicó *El Toreo* de Madrid, un suelto que decía: «Los banderilleros conocidos por los niños de Córdoba Rafael Rodríguez *Mojino*, Rafael Bejarano *Torerito* y Rafael Guerra *Llaverito*, que tantos aplausos han sabido conquistarse en cuantas plazas se han presentado por su arrojo y conocimiento, formarán parte en la próxima temporada de la cuadrilla del reputado matador Manuel Fuentes *Bocanegra*, y empezarán su tarea en la plaza de Granada»; y en efecto, en la corrida celebrada en ésta el 19 de Junio de 1881, logró el *Llaverito* que el público premiara sus buenos deseos con aplausos, y que la prensa taurina le concediera puesto preferente en sus reseñas y apreciaciones; pero como el 2 de Octubre toreó en Valencia como banderillero de novillos, el 18 en la plaza

de Jaén, donde estoqueó con acierto uno de D. Andrés Estéban, y el 17 de Diciembre en Granada formando parte de la cuadrilla del *Lavi*, no puede decirse dejara de pertenecer á ésta en absoluto; por cierto que corrobora nuestra opinión lo dicho por un revistero de aquella localidad haciendo el resumen de la última corrida citada, en que se jugó ganado de Adalid y fué *Llaverito* alcanzado por el primer toro (llamado *Calesero*), sin consecuencias que lamentar. «De los bandeilleros el Guerra y el *Torerito*, en particular el primero que es una lástima que no le recoja un matador de toros, pues promete mucho.»

A partir de esta fecha, usó indistintamente los mote de *Llaverito* y *Guerrita*, si bien, no desecha por completo el primero, hasta fines de 1882. Al empezar esta temporada, acompañó á *Bocanegra* en sus excursiones á Linares, Baeza y otras plazas; toreó dos corridas en Madrid los días 17 y 20 de Abril á las órdenes de Valentín Martín y de Manuel Molina, y por último, el día 14 de Agosto asistió con aquél á la inauguración de la plaza de Vista Alegre, en Bilbao, proporcionándole estas fiestas su ingreso en la cuadrilla de Fernando Gómez (a) *Gallo*.

Reconocidos son por todos la inteligencia de este acreditado diestro en las lides taurinas y el claro criterio, ó mejor dicho, la clarividencia, con que sabe distinguir entre la *turba multa* de aprendices del toreo, á los que en él pueden conquistar un puesto envidiable: habiendo sido Fernando por su participación en aquellas corridas, testigo presencial de las faenas de *Guerrita* y deseando llenar el puesto que la alternativa de *Cuatro dedos* dejaba en su cuadrilla, desde luego pensó en hacerle proposiciones dado el juicio que le merecía y que expresó en la siguiente frase: «había yo reparado una limpieza en la ejecución de aquel chiquillo, una prontitud en los recortes, una serenidad, sobre todo en la

hora de la brega, un valor sobre toda pnderación al *arrancarse*, que aunque *los palos* no siempre le salían iguales, debían con el tiempo resultarles, por fuerza, admirando aquella ciega temeridad que se crecía por momentos (1).

Consecuente *Gallo* en sus propósitos, dirigió á aquél después de haber madurado su pensamiento, el siguiente telegrama:—«Rafael Guerra, Córdoba.—Dígame si quiere torear conmigo todas las corridas que tenga; dígaselo *Bocanegra*; espero contestación telegráfica. Le espero domingo Madrid—*Gallito*.» La contestación no se hizo esperar. *Guerrita*, con la oportuna venia de *Bocanegra*, aceptó la incondicional oferta de Fernando, aguardó impaciente el momento de tomar el tren para Madrid, y convenidas las condiciones á su llegada á la Corte, que lo admitido en la cuadrilla é hizo su *debut* en la primera plaza de España el día 24 de Septiembre de 1882. ¡Coincidencia extraña! El mismo día y mes de 1885 dejó *Guerrita* de pertenecer á ella á consecuencia de disgustos surgidos entre él y su matador.

(1) Palabras publicadas en el núm 17 de *La Lidia*, correspondiente al año de 1883, de don 'e también tomamos el telegrama que después se inserta.



XX.

«Guerrita» al lado del «Gallo.»—Emulación.—«Debut» y juicio sobre él.—Campana de Madrid.—Guerra quiebra.—Aplausos y ovaciones.—Un abrazo del «Gordo».—Más ovaciones.—Defectos que no lo son.

LA entrada de *Guerrita* en la cuadrilla del *Gallo*, dió motivo á cierta emulación honrosa entre los banderilleros que la componían, emulación que fué creciendo á medida que aquél se aseguraba en su modo peculiar de practicar las suertes y que al trascender á todas las cuadrillas, rebasando su primer estrecho círculo, produjo generales y beneficiosos resultados.

Debutó Guerra, como antes indicamos, en la plaza de Madrid el 24 de Septiembre del año citado, en que se corrieron para la 14 de abono toros de D. Anastasio Martín, y formando pareja con el Almendro banderilleó los toros 3.º y 6.º, llamados *Picudo* (negro bragao bien puesto), y *Caravuco* (negro meano bizco del derecho), y aunque sus faenas no fueron sobresalientes, mereció buena opinión de la prensa y de los aficionados, según se desprende de las palabras que en el excelente semanario *La Lidia* le dedicó el notable escritor *Alegrías*: «el muchacho *Guerrita* se trae guerra; es posible que lo aplaudamos mucho en tardes sucesivas.»

Guerrita era una esperanza del arte y todos se apresuraron á reconocerlo. Aquella interesante y delicada figura del joven banderillero, sus grandes facultades, su valor imponderable y más que nada el insaciable deseo de aplausos que manifestaba, eran indicios, suficientes, para augurarle un buen puesto entre las principales figuras del toreo.

Poco á poco fué conquistándose el primer lugar en la cuadrilla y consiguiendo que todas las miradas se fijasen en él; en la corrida 19 de abono del propio año alcanzó un envidiable triunfo, cuyas consecuencias favorables aminoró el cercano fin de la temporada.

Y aquí, y á manera de paréntesis, consignaremos un curioso dato ofrecido por nuestro biografiado. Éste, que como poco aficionado á ser espectador de las fiestas taurinas, no había visto parear á los grandes maestros, ni por consiguiente parear al quiebro, que por entonces estaba relegado en su práctica á aquellas gloriosas figuras, se limitó á realizar, en las primeras corridas que lidió al lado del *Gallo* en la corte, las faenas que desde su niñez venía efectuando; mas comprendiendo los amigos de Fernando que la manera de banderillear del airoso cordobés, llamada *recibiendo* por algunos revisteros, tenía grandísimas semejanzas con el quiebro y observando las condiciones que el joven poseía, le aconsejaron constantemente la ejecución de tan difícil y lucida suerte, dándole lecciones teóricas y alentándole por todos los medios imaginables. No depositaron su semilla y consejos en tierra estéril; antes al contrario, pronto dió copiosos frutos, pues, el novel banderillero practicó la arriesgada suerte con habilidad y lucimiento tan pronto como un toro *se le vino*; no era su ánimo quebrar á aquel cornúpeto; preparaba la suerte para entrar de frente y el bicho se le arrancó en las alegrías, en cuyo momento concibió la idea de quebrar y fué su tentativa coronada por

el éxito y premiada por una entusiasta y prolongada ovación.

La primera temporada de 1883 consolidó la fama de *Guerrita* y le puso de moda; sus faenas fueron de lo más perfecto y acabado que hasta entonces se le había visto y el entusiasmo que desde un principio despertó, fué en aumento *sin decaer nunca*, y como entre amigos, con verlo basta, permítasenos que entresaquemos algunos párrafos del artículo que en el número 5 de *La Lidia*, correspondiente á dicho año, se publicó en elogio del diestro:

«El simpático banderillero de Fernando Gómez, es uno de los toreritos de salón, que al trasplantarlos á la plaza, se atraen las simpatías de los espectadores. Si á un alma juvenil que se transparenta por un flexible y delicado cuerpo, añadimos un gran valor, todo aquel que se necesita para ponerse frente á frente de la fiera, citarla, saberla esperar y cumplir gallardamente con su cometido; si al lado de su delicadeza, repetimos, colócase la fuerza del campeón, el público se entusiasma y anima con estos contrastes.

Fijaos, queridos aficionados, en aquel cuerpo que se cimbrea junto al feroz testuz de la fiera; aquel rostro casi barbilampiño, en donde un poeta contaría sus años por Abriles, en aquel conjunto, en fin, que si refleja elegancia, es la elegancia propia de luchas no tan reñidas como las sostenidas con los cornúpetos.»

Este período no solo consolida la fama de *Guerrita* sino que es sin disputa el más glorioso de su vida torera; en él, no se hace incompatible con nadie y no tiene adversarios, desempeña su papel con modestia y entusiasmo, procura agradar hasta á los más exigentes, intenta nuevos floreos, perfecciona las suertes que ya conoce y aspira á practicar las nuevas; su excelente deseo hace que el público, en su parte más vehemente y más impresionable, solicite que

el joven banderillero actúe como tal en toros que no le correspondan y le exija suertes que otros no practican; el muchacho, por su parte, corresponde á todas las exigencias, se prepara los toros sin auxilio de capotes y los desafia á un palmo de la cuna luciendo sus gallardas formas en mil diversos cites y creciéndose ante las dificultades que ofrecen los moruchos, y los espectadores que nunca se satisfacen aplauden cada aparición suya con entusiasmo delirante. Cierta día (Mayo 31), que tomaba parte en una corrida en Madrid el Rey de los banderilleros, Antonio Carmona *el Gordito*, correspondió á Guerra banderillar el cuarto toro, *Renegao*, de Benjumea, colorado, ojinegro, corniveleto, de muchos piés y gran alzada; sin el auxilio de nadie se dirigió á la cabeza del bicho y colocó un par chinesco superior y otro muy bueno, saliendo apurado. El *Gordo* abrazó con efusión á *Guerrita*, y el decano de la prensa taurina madrileña calificó en su apreciación el primero de los pares citados, como el mejor que había colocado desde que toreaba en Madrid.

En 24 de Junio alcanzó otro nuevo triunfo con los toros de los Sres. Atribas hermanos, banderilleando al lidiado en el 6.º lugar (llamado *Ojinegro*, retinto, listón, bragado y corto de cuernos), de un modo soberbio al quiebro, cuarteo y de frente, rayando el entusiasmo del público en verdadero frenesí.

Tan señalados triunfos hacían exclamar al notable revistero *Paco Media-Luna*: «De los banderilleros, *Guerrita*, que es un fenómeno y que ha llegado á donde parecía ilusorio poder llegar»; y arrancaban á *La Lidia* en su número 13 las siguientes palabras: «No cabe acercarse ya á la cara de las reses con más elegancia, con más desembarazo, con más arte y valor, digámoslo así, que lo que usted hace y practica todas las tardes ante los absortos aficionados.»

Había en *Guerrita* tanta seguridad que causaba la admiración de todos; los ligeros defectos que escritores y amigos trataron de corregir con sus desinteresados consejos, eran los únicos que hacían presagiar funestas consecuencias; podían reducirse al deseo vehementísimo de ejecutar suertes arriesgadas con todos los toros y á la dificultad de salir desahogado de los embroques por lo corto y derecho que tomaba las reses; mas estos defectos, de seguro habían de desaparecer con el conocimiento de los toros adquirido por el ejercicio continuado, y el transcurso del tiempo había de moderar los excesos de su temperamento ardiente.



XXI.

Guerra ante los públicos fuera de Madrid.—Percances que le ocasionan los elogios.—Lección que no aprovecha.—Rumores.—Apogeo.—Entusiasmo en Pamplona.—Revés en Valladolid.—Primera estocada en Madrid.—Reincidencia

HASTA entonces solo la afición madrileña había presenciado las faenas de *Guerrita*; para los demás públicos era un héroe casi legendario, conocido por relatos más ó menos apasionados, y cada cual en su imaginación se forjaba un tipo de torero al que adornaba con éstos ó las otras cualidades según su modo de ser é inclinaciones; pero todos, sin excepción, convenían en que era *algo* superior á sus compañeros, que traía *algo* extraordinario, y ese *algo* desconocido, acrecentaba la curiosidad y los deseos generales de admirar al joven; y si el lector reflexiona un momento sobre esto, comprenderá perfectamente la causa de algunos contratiempos que por aquella temporada sobrevinieron á *Guerrita*.

El considerable número de corridas que se jugaron en Madrid con toros de famosas ganaderías, le proporcionó infinitas ocasiones de lucir su mérito extraordinario; pero algunas plazas de provincias en una ó dos corridas de toros

con ganado endeble, quisieron exigir de Rafael la práctica de suertes difícilísimas que había referido la prensa madrileña, sin tener en cuenta la disparidad de circunstancias, y más de una vez, las verídicas versiones de dicha prensa, proporcionaron á aquél sendos disgustos y en alguna población se le negó el mérito que había demostrado en horribles luchas. Exactamente lo mismo ocurrió al *Espartero* con los justos y entusiastas aplausos de la prensa sevillana en la época de su aparición.

Demuestra el anterior aserto lo acaecido en la corrida que en 25 de Julio del propio año 1883 se celebró en Santander y en la que se jugaron toros de Portillo, sufriendo Guerra un percance desagradable, cuya relación tomamos de un periódico de aquella localidad, aunque descartando los severos epítetos con que califica al diestro. Lidiábase el 4.º toro, negro, listón, bien puesto; nuestro héroe le colocó un par al cuarteo algo pasado y otro al sesgo que no clavó, por cuya razón fué silbado, continuando la silba todo el resto de la corrida sin otra causa que lo justificase más que *la opinión que tenían los aficionados de que Guerra iba á causar asombro por su trabajo*; como no resultó esto ni mucho menos á causa de las condiciones de las reses, elemento indispensable y principalísimo para que pueda lucirse un diestro, tuvo lugar aquella *pita* que ocasionó un accidente más sensible, porque cansado Guerra de silba parece contestó con un ademán poco culto y el público que lo observó siguió insultándole por lo que fué llamado el *Gallo* á la Presidencia y terminando el *interview* apareció en ésta un encérado que decía: «Queda á disposición de la autoridad» á pesar de lo cual continuó el escándalo por creer los espectadores que ésta no era satisfacción bastante, y el Presidente se vió en la necesidad de dar órdenes para que lo condujeran inmediatamente á la cárcel. Cualquier

banderillero que hubiese ejecutado la faena de *Guerrita* hubiera pasado desapercibido, ya que no hubiera oído aplausos; pero el público santanderino esperaba de él *algo* en que superase á los demás, y al verse burlado en sus esperanzas, se desahogó con insultos y protestas; fué quizá esta la primera vez que el atrevido *Llaverito* oyó continuas muestras de desagrado, y en un momento de arrebató cometió la falta apuntada que purgó suficientemente. ¡Buena lección que no quiso aprovechar en lo futuro!

En el mes de Junio de 1883, circuló la noticia de que *Guerrita* dejaba de formar parte de la cuadrilla del *Gallo* para entrar en la de *Lagartijo*. Pareció sin duda á ciertos oficiosos aficionados, que no estaba en su puesto, y trataban de indicarle aquel que debiera ocupar. El periódico *La Lidia*, en su núm. 18, autorizado suficientemente por el propio interesado, desmintió el rumor, y cada cual se quedó en su sitio. ¿Tenía algún fundamento la noticia propagada, ó era hija del deseo de aficionados ilusos? El lector juzgará.

Guerrita fué poco á poco adquiriendo soltura en el capote, y conocimiento de las condiciones de las reses; en un principio se limitaba á desempeñar su cometido, pero el público hizo extensivos los aplausos que le prodigaba en la suerte de banderillas, á sus trabajos en la brega, y constantemente le animaba en las dificultades; su naturaleza de hierro le permite bullir toda la tarde y algunos matadores le conceden carta blanca para entrar en quites, y para que les prepare los toros á recibir la estocada. Las continuas ovaciones de que es objeto, aumentan su popularidad, y en el año 1884 su apodo sirve de denominación á algunas sociedades (1), varios cosecheros de vinos le adoptan, para

(1) Por esta época había en Madrid una sociedad taurina titulada «La Guerrita», que daba becerradas en la Plaza del Puente de Vallecas. Sus anuncios comenzaban así:

designar sus productos más celebrados, y el maestro don Isídoro Hernández lo aprovecha para titular un paso doble, que dedicó al gran banderillero, pudiendo afirmarse que llegó á ser el diestro mimado y solicitado de los públicos: las ovaciones de que fué objeto, no son para referidas, y los continuos regalos y constantes pruebas de cariño que recibió, demuestran claramente que era el hombre de moda.

Cuando aspiró á ser matador, el contento del público que deseaba verle ejecutar todas las suertes, le sirvió de coyuntura adecuada para conseguir su deseo, y aunque el día 8 de Junio, al celebrarse en Madrid una corrida extraordinaria y ser herido el *Gallo*, no mató el toro que ocupaba el último lugar (*Pimiento-de Veragua-jabonero*), haciéndolo *Lagartijo*, el público pedía que lo ejecutase *Guerrita* y con esto se dió el primer paso.

Las fiestas de San Fermín, de Pamplona, proporcionaron á los moradores de aquella comarca la ocasión de admirar sus faenas que ejecutó con gran acierto, pareando de un modo admirable en las corridas celebradas los días 7, 8, 9 y 10 de Julio, y siendo tan calurosamente aplaudido, que el joven cordobés adquirió la evidencia de que su recuerdo sería siempre grato á los aficionados de aquella localidad, al ver aparecer durante la última, en uno de los tendidos de la plaza, un letrero que decía: «*Guerrita* para siempre.»

En cambio la veleidosa fortuna le volvió la espalda, lo mismo que á su maestro, en la corrida que se celebró en Valladolid el 25 del propio mes, en que mataron alternando seis toros de don Juan Manuel Sánchez. Díjose por entonces que Rafael había tomado la alternativa, y el inteligente escritor *D. Gerónimo* formuló y contestó negati-

*Esta sociedad cuyos miembros son todos comerciantes en el gremio de comestibles, darán una becerra^a, etc.» (Véase *El Tío Findama*).

vamente la pregunta. *¿Sirve, es decir, será válida esta alternativa?* No hubo necesidad de debatir la cuestión, dada la conducta del interesado, que ocupó mucho tiempo después su puesto de banderillero, aunque cuando las combinaciones de las Empresas lo exigían, actuaba de matador alternando con el *Gallo*.

El 5 de Octubre por primera vez ejecutó la suprema suerte ante el público de Madrid; se lidiaban toros de don Julio Laffitte; al anunciar los clarines la muerte del sexto toro, pide el público con insistencia que mate su ídolo; el *Gallo* accede, el presidente dá su venia á la cesión, y aquél coge los trastos y marcha solo á la cabeza de *Mojoso*, be-rrendo en cárdeno, botinero, careto, cornicorto, coliblanco y de libras: desde cerca, parando, con arte y con valentía le dá cuatro pases naturales, uno con la derecha, dos preparados de pecho y uno de molinete, y como fin de esta faena, larga una estocada hasta la mano trasera é ida, y el animalucho cae á sus piés; los aplausos aturden sus oídos, los sombreros ruedan por el circo, y la prensa aprueba la faena, y vaticina al diestro porvenir brillante si aminora su demasiada energía, modera sus ímpetus irreflexiblos y su loca afición, lunares pequeños que el tiempo y el aplomo habían de borrar y convertir en buenas cualidades, que unidas á sus envidiables aptitudes, le constituirían en un buen jefe de cuadrilla; y aunque todavía Guerra no pensaba en ello, no dejó desde entonces pasar sin aprovecharlas, las ocasiones que se le presentaban, para ejecutar la más difícil suerte entre las de la tauromaquia.

Vuelve á estoquear en la misma plaza el 16 de igual mes, pero no por sorpresa, como en la vez anterior, sino previo anuncio, en los carteles, de su nombre como matador para el sexto toro, que pertenecía á la vacada de Muruve. Las desgraciadas faenas que ejecutó, tanto en banderi-

llas como en la muerte de *Jerezano*, que así se llamaba el bicho, hicieron decaer algún tanto el entusiasmo que pasados triunfos despertaran.



XXII.

Temporada del 85.—¿Se va Guerra con «Lagartijo»?—
Noticias del 7 de Junio.—Guerra rectifica.—Ruptura
inexperada.—Tiene la palabra «La Lidia.»—Habla
«El Toreo Sevillano.»—Último toro que banderillea
con el «Gallo.»—Perdona, lector.

LA temporada de 1885 fué abundante en sucesos relacionados con el joven cordobés que quizá había decaído algo como banderillero, pero como estoqueador obtuvo muchos triunfos por el sinnúmero de toros á que dió muerte durante ella. En su principio, circuló otra vez el rumor de que *Guerrita* abandonaba la cuadrilla del *Gallo* para ingresar en la de *Lagartijo*, y este rumor fué poco á poco tomando cuerpo y consistencia, hasta que lo ocurrido en 11 de Junio último motivó algunas explicaciones por parte de Rafael, y como la cuestión revistió gran importancia y de ella partieron acerbas censuras para los interesados, vamos á tratarla detenidamente utilizando solo aquellos documentos que fueron del dominio público, sin calificar de modo alguno la conducta de los protagonistas de esta comedia.

La sorda enemistad que existía entre *Lagartijo* y *Gallito* y la protección decidida que á *Guerrita* dispensaba el

primero, alimentaron siempre la idea de qué al fin ingresaría en la cuadrilla del maestro cordobés, por la incompatibilidad moral que resultaba entre Fernando y su banderillero. Esta causa, apuntada por *La Lidia*, fué quizá la palanca que engendró el movimiento: el fuego permaneció en estado latente, sin hacer sospechar el cambio, y lo ocurrido en la fecha antes referida fué una ligera llamarada que preparó el camino á la ruptura definitiva.

Al terminar el resumen de la reseña de la corrida de toros celebrada el 7 de Junio en la corte, decía: *El Enano de Madrid (Gaceta de Loterías y Toros)*. «Conque hasta el »jueves que torea *Lagartijo* y saca de banderillero á *Guerrita* (sin consultar con el *Gallo*)» y efectivamente, el jueves 11 se lidiaron 6 toros de Muruve, estoqueados por *Lagartijo*, banderilleando Guerra los que se jugaron en 2.º, 6.º y 7.º lugar, este último en sustitución del señalado para ocupar el núm. 4.º que estaba derrengado del cuarto trasero. El semanario citado, al reseñar la corrida, añadió: «Dice un colega que el simpático banderillero *Guerrita* deja »de pertenecer á la cuadrilla del *Gallo* ingresando en la de »*Lagartijo*. Algo de eso hemos oído también nosotros, pero »no para el momento, sino para la próxima temporada, »puesto que hoy le retienea en su puesto los compromisos »contraídos con algunas empresas.»

Comentóse la noticia entre los aficionados y crueles censuras y comentarios desagradables llovieron sobre *Guerrita*, que creyó indispensable justificar su conducta, y á este fin dirigió al Director de *El Globo* el siguiente comunicado: «Muy señor mío y de mi más distinguida consideración. He visto en varios periódicos que se publican »en esta corte, la noticia de que dejo de pertenecer en breve »plazo á la cuadrilla de mi matador de toros Fernando Gómez *Gallito*, y como esto no es cierto, y tal noticia dá lugar

»á hablillas y á perjudicar intereses sagrados, debo manifiestar que no he pensado ni pienso separarme de él, y si continuar á su lado, siendo, como hasta hoy, un subordinado de su cuadrilla, según costumbre.—De usted afectísimo seguro servidor Q. B. S. M.—Rafael Guerra.» De este comunicado se hizo eco *El Enano* y así lo dió á entender al anunciar en sus columnas el 18 de Junio la corrida que el 21 habían de estoquear en Madrid el *Gallo* y su banderillero, y que al fin fué suspendida por la autoridad que entendió no reunía el cartel las condiciones debidas.

Así continuaron las cosas. Guerra acompañó á su maestro unas veces como banderillero y otras como matador, y todo parecía concluído cuando *El Adalid*, de Córdoba, dió la noticia de haber remitido aquél á éste, en la noche del 24 de Septiembre, un telegrama participándole que dejaba de pertenecer á su cuadrilla.

Meros expositores de los hechos, no hemos de imponer el juicio que los mismos nos merecen, y para que el lector paciente y curioso lo forme propio, después de reflexionar acerca del inexperado despacho, lea las dos versiones que corrieron explicando los sucesos de aquel día.

Tiene la palabra *La Lidia*: «La empresa de la Plaza de toros de Caravaca escrituró al *Gallo* para dos corridas de toros, con la condición expresa de que *Guerrita* figurase en la cuadrilla. Parece ser que Fernando ofreció á su banderillero la muerte de los dos últimos toros, á lo cual se negó *Guerrita* diciendo que solo figuraría como banderillero. Aceptadas por la empresa de Caravaca estas condiciones, cerrado el trato y arregladas las cosas con las formalidades debidas, hubo, según cuentan, de avistarse con el *Gallo*, persona muy allegada á *Guerrita*, la cual persona declaró á Fernando que su banderillero no estaba

»dispuesto á ir á Caravaca, por ningún concepto, y que de
»lo estipulado anteriormente no había nada.»

«Diz que la que allí se armó fué de las de San Quintín,
»que hubo expresiones muy agrias, y que últimamente sa-
»lieron á relucir los argumentos que los latinos llaman *ad*
»*hominem*, lo decimos en latín para que no se ofenda
»nadie.»

«La consecuencia de esta violentísima entrevista fué
»un aviso urgente del *Gallo* á la empresa de Madrid, para
»que el nombre de *Guerrita* se borrara inmediatamente de
»los carteles, como así se efectuó, dejando de formar parte
»Guerra de la cuadrilla de Fernando, y quedando en ex-
»pectación de destino hasta el año que viene, en que ingre-
»saré como sobresaliente en la cuadrilla de *Lagartijo*, mien-
»tras Rafael le dá la alternativa en plazo muy breve.»

«¿Qué hay de verdad en cuanto llevamos escrito? Lo
»ignoramos; el tiempo se encargará de aclarar el misterio,
»si es que lo hay. En si *Guerrita* hace bien ó mal, no nos
»metemos. Allá él; nosotros deploramos que un chico que
»vale mucho deje la plaza de Madrid, y nos prive de aplau-
»dirle como lo hemos hecho tantas veces. Si obra con cor-
»dura ó mal acuerdo; si es ingrato ó agradecido, cosas son
»que no nos importan, ni importan á nadie. Vamos á la
»plaza á juzgar al torero, y no al hombre; y si desgraciada-
»mente hay quienes tienen más en cuenta las cualidades
»del hombre que el valor real del torero, nosotros no nos
»contaremos jamás en ese número.»

«*Guerrita* habrá obrado con su cuenta y razón. Si le
»sale el tiro por la culata, con su pan se lo coma, y si le
»sale bien nos alegraremos todos.»

Otros periódicos, entre ellos *El Toreo Sevillano*, dieron
la siguiente explicación: «Rafael Guerra, exigió al *Gallo*,
»por medio de otra persona, llevar á Caravaca á torear las

»corridas del 28 y 29 á varios diestros de Córdoba, entre ellos Antonio Guerra, y como Fernando, tuviese conocimiento de esta pretensión cuando ya tenía contraídos otros compromisos, no pudo complacer á su banderillero, y vino el rompimiento.»

Consecuencia de todo ello fué dejar Guerra de pertenecer á la cuadrilla del *Gallito* y entrar á sustituirle *Lobito* y *Saleri*, siendo la última faena que ejecutó al lado de Fernando, la del toro que se jugó en 6.º lugar en la plaza de Madrid el 20 de Septiembre, clavando dos pares al cuarteo, á *Sacristán*, perteneciente á la ganadería de Núñez de Prado, castaño chorreado, sacudido de carnes y acapachado.

Perdona, lector, que nos hayamos detenido en la relación de las causas que motivaron el cambio de cuadrilla en nuestro historiado, y dispensa también, te encarguemos el trabajo de formar juicio sobre ello, merced á esos documentos que antes leiste. Ten la seguridad de que al hacerlo así solo nos movieron nuestros deberes de cronista, y sigue siendo además de pío y discreto, como le llamaría el padre Coloma, benévolo y consecuente con este pobre librejo: perdona, repito, nuestra pesadez y la confianza con que te tratamos, en uso de lo cual y mientras pasas al siguiente capítulo, encenderemos, y si tienes la desgracia de ser fumador, imita nuestro ejemplo, uno de esos cantonales, conque la Tabacalera nos destroza garganta y estómago.



XXIII.

¿Qué hará Guerra?—Opiniones.—Realidad.—Campanías de fines del 85 y del 86 con «Lagartijo.»—Inteligencia y valor.—Se decide á tomar la alternativa —Cartel.—Corrida de San Miguel.

UÉ haría *Guerrita* una vez fuera de la *troupe* de Fernando? Unos dijeron que pensaba formar cuadrilla, para lo cual, á la mayor brevedad, tomaría la alternativa: otros llegaron hasta señalarle el personal que había de componer aquélla, el mes de Abril del 86 y la plaza de Córdoba, para recibir la investidura de matador: éstos afirmaban que nada haría por entonces y que quedaría tranquilo en su ciudad natal en espera de la temporada del 86; aquéllos daban como seguro la entrada de *Rafaeliyo* en la cuadrilla de *Lagartijo*, agregando que el Califa, con la eficaz ayuda de su nuevo banderillero, pensaba emprender gloriosa campaña en dicho año, y unos y otros salieron pronto de dudas, pues, *Guerrita* figuró al instante como banderillero del clásico *torerazo* que brilló bajo el apodo de *Lagartijo*, y quizá las célebres corridas con que los zaragozanos festejan á su Patrona, fueron las primeras en que como tal actuó.

Apesar de que personas bien informadas aseguraron

que hasta el 86 no se presentaría en Madrid, es lo cierto, que en 23 de Octubre de 1885, pareó en esta plaza, como subordinado de Rafael Molina, un toro de Veragua, llamado *Cuervo*, y otro de Castrillón, ambos de poca edad y respeto, negro bragado, meano, meleno y de cuernos cortos y abiertos el primero, y castaño bragado, ojinegro el segundo, y á petición del público le cedió *Frascuelo* el 6.º de la corrida, de la ganadería del Duque, designado con el nombre de *Arriero*, que lo cogió sin consecuencias.

Rafael Guerra aprovecha durante este año cuantas combinaciones le presentan las empresas; tan pronto se limita á banderillar, como le vemos alternar con *Lagartijo*, ó matar como novillero jefe de cuadrilla, no dejando de torear hasta el 27 de Diciembre que mató en Córdoba un novillo de desecho de la ganadería de D. Rafael Molina (el primero que se lidió después de la cruz) cuya cabeza adquirió un aficionado madrileño.

Igual marcha siguió durante el año 86 acompañando á *Lagartijo* á sus excursiones, alternando en algunas con él y matando por cesión muchos toros en otras, y como los excelentes peones y notables banderilleros que formaban en la cuadrilla de aquél, le servían de estímulo constante, de esta especie de competencia resultó un lucido trabajo.

Terminaremos con este año narrando dos sucesos que á nuestros ojos son dignos de mención especial y honorífica; el uno ocurrido en Málaga el 20 de Junio y el otro en San Sebastián el 15 de Agosto.

En 20 de Junio alternó por vez primera con el *Espartero*, y el público que asistió á la corrida salió absorto y admirado de los derroches incalculables de valor temerario que en ella hubo, y en la segunda fecha, el toro lidiado en 6.º lugar, de Aleas, llamado *Polvorillo*, negro albardado, de libras, hondo y apretado y algo cubeto de defensas, infirió al des-

graciado *Manene*, que por cesión de *Lagartijo* debía estoquearle, una cornada en el muslo estando oportunísimo al quite nuestro héroe. Hé aquí cómo *D. Ferónimo* describe el incidente de que fué testigo presencial: «El bravo *Guerrita* sacó el toro desde los medios en que se verificó la cogida y se lo llevó junto á las tablas del 4, y allí y mientras la cuadrilla acompañaba á la enfermería á *Manene*, se lió el muchacho con *Polverillo*, á capotazo limpio, dejándose materialmente coger (porque el animal estaba bravísimo) con tal de quitarle piernas y entregárselo quebrantado de facultades á *Lagartijo*. Fué aquella una faena de valiente y de buen compañero, que reveló en *Guerrita* inteligencia y valor. El público de aquella parte de la plaza aplaudió entusiasmado al muchacho, y yo le grito desde aquí con toda mi alma: ¡Bravo, *Guerrita*!»

Durante el año 1887 el cordobés continúa al lado de su paisano y último maestro, estoquea más toros que la generalidad de los matadores de cartel, y las lecciones prácticas y consejos de teóricos de Molina, van poco á poco encauzando aquella naturaleza excepcional de abundante savia y vigorosa vida: en dicho año la empresa de la Habana le hace proposiciones ventajosas, que le inclinan á tomar la alternativa, señalando para tal acontecimiento el día de San Miguel y encargándose de conferirle la borla de *Doctor* en la plaza de Madrid, el que guió sus últimos pasos de banderillero.

La noticia fué recibida con general aplauso, y si nuestra memoria no nos es infiel, el cartel anunciándola contenía una nota (copiada á lo que creemos, del en que se anunció la alternativa de *Lagartijo*), en que se decía que el neófito se presentaba confiado más bien en la indulgencia del público que en sus propios merecimientos, y procuraría desempeñar su cometido con el mayor lucimiento posible.

Los cornúpetos preparados eran seis de Saltillo, que luego se cambiaron por cinco de D. Juan Vázquez y uno de Gallardo (D. Francisco), que fué el que mató *Guerrita* en el acto del *doctorado*.

La animación que reinaba en la plaza durante esta corrida estuvo á punto de convertirse en honda tristeza, y las alegres notas con que la banda saludó la aparición del *graduando* en el redondel, quizá hubieran sido las últimas que Guerra oyera, á no haber intervenido en aquel lamentable incidente el benéfico auxilio de la Providencia primero, y el oportuno capote de *Lagartijo* después. ¡Extraña coincidencia! El mismo día en que *Guerrita* veía realizados sus ensueños de niño, pudo ser el último de su vida y la imagen sangrienta de *Pepete*, apareció durante él por el circo de la villa y corte, como para confirmar los melancólicos presagios y funestos temores de Juana Bejarano; pero no adelantemos los sucesos, que diría un novelista por entregas.

Suena el clarín anunciando la muerte de *Arrecio* (de Gallardo, como antes indicamos), negro mulato, bien puesto, sacudido de carnes y marcado con el núm. 55. El Califa coge los trastos, y entre atronadores aplausos, los entrega á *Rafaeliyo*, que descubierto los espera, á cambio del capote de brega. Brinda el neófito, y con mesurado paso, reflejando en su rostro la alegría y el entusiasmo, halagado por el áura popular, busca á su adversario y principia con lucimiento la faena, pero al engendrar un pase por alto es cogido y volteado, y una vez en el suelo es hocicado varias veces, sin que el pegajoso animal abandonara el bulto, hasta que *Lagartijo* se lleva el toro, levantándose entonces el joven con la camisa hecha girones y los pasadores e-tropeados de un modo indecible: repuesto del susto, concluye con su adversario y libra á los espectadores de la

penosa impresión que les abrumaba. Aparte de los destrozos del traje que estrenaba (tórtola y oro), las consecuencias de esta cogida, la más peligrosa de las sufridas por *Guerrita*, fueron insignificantes para el diestro; ligeros varretazos en el pecho y el susto consiguiente, no fueron bastantes para hacer decaer las felices disposiciones del joven, que en toda la tarde fué objeto de continuadas ovaciones y singulares muestras de cariño.

En el cuarto de la corrida, segundo de los que correspondieron estoquear al nuevo espada, intentó efectuar la suerte de recibir, repitiendo el cite hasta tres veces y dando en la última una buena estocada *recibiendo*. Llamábase *Tinajero*, era de Vázquez, y lucía pelo cárdeno oscuro y el núm. 32 en los faldones de la casaca.

Para matar al último (*Romanito*, cárdeno, bragado, gacho y delantero, núm. 25), empleó el diestro una faena endeble, que no empañó, sin embargo, las anteriores, ni el triunfo conseguido, siendo al final sacado en hombros de la plaza, entre vivas á Córdoba y gritos de entusiasmo. La prensa formó buen juicio del nuevo matador, y si no escribió extensas apreciaciones, esto obedeció á que ya lo habían hecho con anterioridad y en ocasiones diversas.



XXIV.

A la Habana me voy....—Corrida inaugural.—Resultado de la temporada.—Vuelta á España.—Corrida en Sevilla.—Incidentes desagradables.—Guardias walo-nas.—Feria de Abril.—Reflexiones.

DESPUÉS de tomar parte en algunas corridas más en la Península, el 30 de Octubre embarcó en Cádiz con rumbo á la Habana, acompañado de los picadores *Chato y Pegote*, y de los banderilleros *Mojino*, Almendro y Antonio Guerra, que además llevaba la comisión de dar la puntilla, arribando á dicha población el 15 de Noviembre. El público que llenaba el muelle, le hizo un brillante recibimiento, vitoreándole hasta la fonda donde se instaló. Durante su permanencia en aquel punto, recibió innumerables pruebas de admiración y entusiasmo; sus faenas con los toros, fueron aplaudidas estrepitosamente, y cuando las heridas le postraron en el lecho, la opinión pública le consagró su atención, prodigándole toda clase de cuidados.

En 20 de Noviembre se verificó la corrida inaugural: en ella le cedió *Currito* el primer toro llamado *Lagartijo* (negro, zaino y de libras), perteneciente á la ganadería de don Angel González Nandín. La muerte que Guerra dió al ho-

monimo de su maestro fué perfecta, proporcionándole el primer eslabón de la cadena de ovaciones que había de conseguir, y desde ese momento puede asegurarse que se apoderó de aquel público de tal manera, que el nombre de *Guerrita* en los carteles, aseguraba un lleno en la plaza, y á no haber sufrido las dos cogidas, de que en lugar oportuno hablaremos, la empresa hubiera realizado un negocio loco.

Si grandes fueron los triunfos del antiguo *Llaverito* en esta expedición, no fueron menores los resultados prácticos de la misma: 18,000 duros, una corrida de beneficio é innumerables regalos, recibió como premio de su trabajo: en cambio las angustias de su ánimo fueron grandes; la despedida de la familia para un hijo tan amante como Rafael, los peligros de largo viaje, las inclemencias del mareo, que le acometió durante la navegación, y dos cornadas graves, bien pueden servir de contrapeso á los beneficios que este ajuste le reportó.

A principios de Marzo de 1888, zarpó de la Habana para Cádiz, donde tocó el 21 del mismo mes, y desde entonces es el matador que más corridas torea, y el que obtiene con menos peligro más productos de su profesión, sin que ningún año bajen de 70 el número de aquéllas, y sin que entorpezcan su veloz carrera de progreso, más que pequeños contratiempos.

Bien sabida es la importancia que la plaza de Sevilla tiene en la tauromaquia; y desde que sus fiestas de Abril alcanzaron universal renombre, solo han tomado parte en las corridas, que durante ellas se celebran, matadores de mérito acrisolado en larga campaña, no habiéndose dado nunca el caso de que ocupasen estos puestos lidiadores de reciente alternativa; pues bien, la empresa de dicha plaza escrituró á Guerra, siendo, por tanto, él, y antes el *Espar-*

tero, las únicas honrosas excepciones de aquella costumbre.

El anuncio de las corridas de 15 de Abril y de Feria, fué admirablemente recibido, y objeto á la vez de comentarios variados.

Para los partidarios de *Maoliyo* revestía grandísimo interés, pues venía á luchar con su ídolo, el joven más valiente y entendido de los que peinaban coleta: para los secuaces del cordobés, la lucha era interesante y prometía felices episodios; y para los desapasionados, pero amantes de la fiesta nacional, la competencia de ambos diestros, levantaría la postrada afición, haciéndola salir de su letargo, y proporcionando á todos, alegres momentos de diversión ruidosa.

Llegó, como todo en este mundo, el día 15 de Abril, en que por primera vez habían de torear juntos en la plaza de Sevilla los dos jóvenes y valientes matadores, y la afición entera acudió ansiosa de verlos y aplaudirlos. Lidiáronse toros de D. José Orozco. Manuel toreó bien aquella tarde y estoqueó mejor. Rafael empleó en su primero una faena de muleta, de las que no se pueden calificar, por ser todo el diccionario pobre para ello; serenidad, vista torera, valentía extraordinaria y adorno completo, hicieron de aquel trasteo una prueba acabada, que el público, de pié y ébrio de entusiasmo, premió con una ovación, solo comprensible en esta bendita tierra de los arrebatos ardientes y delirantes entusiasmos (1).

Terminada la corrida, ocurrió en el arrastradero uno de esos conflictos que no tienen explicación racional, y que dió por resultado agrias disputas é innumerables choques. Cuentan, los que dicen estar bien informados, que uno de esos aficionados locos, que tantos perjuicios irrogan al dies-

(1) En los otros dos toros no hizo más que cumplir: bien es verdad, que las condiciones de los mismos, á nada se prestaron.

tro á quien admiran, hubo de reconvenir á *Guerrita* por el resultado de sus faenas, presentándole como modelo acabado á Manuel García; parece que Guerra contestó como creyó oportuno á aquel impertinente, y la intervención del *Espartero* y de algunos amigos, evitaron que el lance pasara á mayores. Por todas partes se dijo que habían querido asesinar á *Guerrita*, y no faltó algún periódico, que calificase á los cultos sevillanos de cómplices del frustrado crimen. Tales comentarios, hicieron su efecto, y en cuantas corridas toreaba *Guerrita* en Sevilla, después era escoltado á su salida por la policía, la cual exageró la precaución, hasta tal extremo, que bastaba que un diestro fuese cordobés, para que el cuerpo de seguridad le acompañase al coche; depresiva costumbre y precaución innecesaria, rechazada más tarde por el *Torerito*, en justo desagravio de este pueblo leal, cuyos nobles sentimientos se ofendían con semejantes temores y hacían inútil aquella previsión (1).

Ansioso estaba el público de ver de nuevo á los dos matadores y juzgarlos con más garantías de acierto durante las tardes de los días 18, 19 y 20 de Abril, en las cuales se jugarían sendas corridas de ocho toros, pertenecientes á las vacadas de D. Anastasio Martín, del Excmo. Sr. don Antonio Miura y de la Excma. Sra. Marquesa Viuda del Saltillo, que estoquearían *Frascuelo*, *Mazzantini*, *Espartero* y *Guerrita* (2). Este último, puede decirse, mantuvo el en-

(1) Llegó la exageración á un punto inconcebible, y buena prueba de ello fué lo que nos ocurrió con un extremeño, amigo nuestro, crédulo y bonachón. Acompañámonle á una corrida, durante la cual aplaudimos con entusiasmo al diestro cordobés, pues la imparcialidad que en el libro nos guía, guiábanos en la plaza, y al salir de ella, con verdadera emoción, nos decía: «Vayamos con cuidado que puede tropezarnos algún esparterista que nos haya visto aplaudir á Guerra y darnos un disgusto.»

(2) El entusiasmo que despertaron en Sevilla estas corridas, fué indecible: hacía tiempo que la plaza no se veía tan llena ni el público tan satisfecho: baste recordar que en la tarde del 20 la avalancha de espectadores rompió la cancela del Palco Real, que llenó por completo, invadió también el de la presidencia y desparramándose por los pasillos y callejones de barrera, los dejó intransitables. Cuando la autoridad ordenó á la

tusiasmo, pues las seis faenas que ejecutó pertenecen á la categoría de las que no se olvidan y jamás se borrarán de la memoria de los sevillanos: resultó admirable con la muleta, colosal con la espada, saliendo á estocada por toro, y en cuantos quites y juguetes intentó, rayó á envidiable altura, pudiendo afirmarse, sin temor de errar, que nunca tuvo tardes tan completas, y que á partir de ellas, cambió radicalmente el joven matador, y mientras el *Espartero* vió el santo de espalda y nada aventajó, *Guerrita* lo halló de cara y conquistó al público sevillano, para el cual es desde entonces el diestro predilecto y al que más aplausos prodiga. Verdad es que el muchacho corresponde á estos extremos y en ninguna plaza trabaja con mejores deseos que en la de Sevilla: si quieres ver, lector amable á *Guerrita* á la altura de su reputación, ven á verlo cuando toree en Sevilla; si quieres ver á un diestro codicioso de palmas, vé á presenciar las faenas del *Espartero* cuando actúe en Córdoba, y á poco que reflexiones tendrás la explicación de este fenómeno: desde el principio comprendieron los dos rivales que sus paisanos respectivos eran los llamados, en primer lugar, á presenciar la competencia; para el uno las dificultades eran mayores en Sevilla, donde contaba, no con un público hostil, sino con un público decidido por el *Espartero*; para el otro, Córdoba, amante de sus hijos como ninguna población de España, se mostraba reservada en otorgar al *Espartero* la patente de matador y adoraba á su *Guerrita*; y estas dificultades fueron vencidas por dos corazones decididos, marchando identificados ante el peligro.

empresa devolviese al que lo solicitara, el importe de su entrada, no hubo uno que usara de este derecho, antes al contrario, todos optaron por presenciar la corrida rodeados de mil incomodidades.

XXV.

Relación de algunas corridas.—Cuadro final.

DURANTE el año 88 continúa su camino nuestro héroe, mereciendo recordarse dos episodios: en 5 de Agosto dió muerte en la plaza de Cartagena á *Cimbarito* (de Saltillo, negro, mulato, meano y cornigacho, lidiado en quinto lugar), que causó á Rafael Sánchez *Bebe*, la herida que lo retiró del torec; este toro debió ser estoqueado por *Frascuero*, pero habiéndose inutilizado le substituyó *Guerrita*. En 18 de Octubre, toreando en Jaén, realizó un acto de valor y de impaciencia que merece lo recordemos; habíase anunciado que mataría cuatro toros y *Mojino* dos; cumplió Guerra en los suyos, y al salir el quinto de la tarde, primero de los que correspondía estoquear á *Mojino*, protestó el público y pidió que la res volviese al corral; el presidente accedió, y como no salieran los mansos, Guerra intentó encerrarlo con el capote, y viendo que no lo conseguía, se asió á los cuernos, y ayudado por la cuadrilla, logró su objeto á viva fuerza. Pertenecía este animal á la ganadería titulada *La Fomentadora*.

Nada digno de especial mención le ocurrió durante el año 89. En 12 de Mayo del 90 banderilleó en Madrid los tres toros que estoqueó el inolvidable *Frascuero* en su des-

pedida colocando ocho pares y medio de banderillas á los indicados tres toros, conocidos por *Pregonero* (ensabanado), *Perinolo* (negro) y *Regalón* (jabonero), que pertenecían á la ganadería del Excmo. Sr. Duque de Veragua. El 22 del propio mes dió la alternativa en Madrid á Juan Jiménez (*el Ecijano*): el 5 de Junio mató en Sevilla el primer toro de Benjumea, negro zaíno, cornalón veleta y numerado con el 77, sustituyendo al *Gallo*, cogido por este animal; el 7 de Septiembre torea en Murcia en unión del *Espartero* ganado de D. Juan Vázquez, siendo esta fiesta memorable por lo inmensamente.... malos que estuvieron ambos espadas; en cambio se cubre de gloria el 5 de Octubre, toreando en Barcelona, donde estoqueó admirablemente seis reses de Saltillo; y en el mes de Noviembre tiene un disgusto con *Lagartijo*, acontecimiento que, aunque de índole privada, consignamos aquí, porque, según verá el lector en otro lugar, influyó en gran manera en la vida pública de *Guerrita*.

Las fechas de 1891 más dignas de recuerdo, son las de 20 de Abril en que mató en Sevilla con gran lucimiento y extraordinaria valentía á *Judio*, de Miura, negro, meano y bien puesto, lidiado en tercer lugar: las de 4 y 17 de Septiembre en las que dá la alternativa en la plaza de Madrid á *Pepete* y *Reverte*, respectivamente, lidiándose en aquella toros de Bañuelos, y en ésta de Saltillo.

Al llegar á este punto, terminamos la biografía de *Guerrita*, con ligerísimas noticias de su vida privada.

Adornado de excelentes cualidades, amante sincero de su familia, á cuyas necesidades atiende con solícito desvelo, se ha constituido en protector y providencia de cuantos á él están unidos por los vínculos del parentesco, y recoge el fruto de sus afanes, teniendo un hogar donde la antorcha de la felicidad no se apagará jamás, y allí se muestra hijo sumiso, hermano cariñoso y marido modelo. Apoyado

confiadamente en la que el cielo plugo darle por dulce compañera, prodiga sus caricias á sus propios hijos y á los de su hermano, y con sin igual amor, atiende á la delicada salud de su anciana madre, cuyo único placer consiste en oír con religioso silencio la narración de las proezas que aquél realiza en las plazas de toros y que ella nunca ha presenciado.

En las tardes que Rafael torea en Córdoba, á poco de salir éste de su casa vestido con seda y oro, en su carruaje, acompañado de la cuadrilla, entre el vocerío y la algazara y las más ruidosas pruebas de alegría, mostrando en su semblante la ansiedad del lidiador que espera confiadamente la victoria, á poco de salir, decimos, traspone los umbrales de aquella morada una mujer que sencillamente vestida y con mesurado paso se dirige á una Iglesia contigua: allí se postra de hinojos y en la oración busca tranquilidad y sosiego, y con sus preces pide al Todopoderoso libre á Rafael de cualquier desgracia, y que aparte del hijo de sus entrañas el sangriento fin de *Pepete*, cuyo recuerdo nunca se borró de la imaginación de Juana Bejarano. A veces el mismo rayo de sol que se quebró en el oro del traje de Guerra; el mismo que presenció los frenéticos aplausos que á aquél prodigaba el pueblo entusiasmado, penetra con temor y respeto en el grandioso templo donde se rinde culto al Dios de los cielos y la tierra, y atenuado y revestido de los mil colores de la vidriera, va á posarse sobre la madre que á otra Madre ruega. Y cuando el sol se esconde, y la Iglesia queda sumida en pavorosa sombra, aquella mujer se alza del suelo, y haciendo una humilde genuflexión, sale fuera, y corre presurosa á estrechar en sus amantes brazos al hijo adorado que viene de luchar con las fieras y de obtener un triunfo más.

Un detalle para acabar. En el año 83, decía *La Lidia*,

hablando de *Guerrita*: «El día que queráis obsequiarle de
»veras en el redondel arrojadle una caja de caramelos de
»Roldán ó unas yemas de coco de la *Dulce Alianza*. En
»esas dos casas comerciales deposita él semanalmente sus
»ahorros.»

En el '94, agregamos nosotros: ¿Quereis obsequiar de
veras á Guerra? Regaladle un buen reclamo de perdiz, con-
vidadle á una cacería de liebres ó jugad con él un partido
de pelota. Vereis cómo goza en la última diversión, sobre
todo, si no le devuelveis un saque raso.





PARTE CUARTA.



RAFAEL GUERRA (a) GUERRITA.—JUICIO DE SU TRABAJO.

XXVI.

Predecesores de «Guerrita.»—«Caniquí.»—«Lavi.»—«Gallo.»—«Lagartijo.»—Historias y reflexiones.—Un pequeño revolucionario.—Suertes que ejecuta.—Banderillero-matador.

DIFÍCIL de todo punto es señalar los diestros cuyo toreo haya influido en el de *Guerrita*. *Caniquí*, *Lavi*, *Gallito* y *Lagartijo*; hé aquí los nombres que acuden á nuestra memoria, cuando queremos fijar los maestros del joven cordobés; pero sin que podamos afirmar de un modo categórico, que el toreo del discípulo sea en sus detalles exacta reproducción de la escuela de sus maestros; porque *Guerrita* es un torero genial en cuyas manifestacio-

nes, dentro del arte, se advierten *influencias* de sus tres últimos jefes.

Rafael Guerra pertenece, durante algún tiempo, á la cuadrilla que dirige *Caniqui*, y bajo la dirección de éste, se inicia en los primeros pasos de la escabrosa profesión que abraza: en ella vislumbra los albores de la aureola de gloria que hoy le rodea, y ensaya todas las suertes del toreo en novillos á propósito, ante públicos benévolos y guiado por cariñoso director, que al prodigar sus lecciones, fomenta intereses comunes. Bajo la jefatura de *Caniqui* banderillea y mata, adquiere las nociones indispensables, que bien pudiéramos llamar intrucción primaria taurina, para desarrollar sus principios con los toros. *Caniqui* le enseña los peligros, le indica las suertes más apropiadas para cada novillo, según sus particulares condiciones, y le dá á conocer las reglas de disciplina que deben gobernar toda cuadrilla.

Manuel Díaz *Lavi*, se encarga del primer puesto de la cuadrilla de niños cordobeses. El hábil torero gaditano, impulsa y fomenta las enseñanzas que *Caniqui* inculcó á sus discípulos, y su travesura, gallardía y conocimiento de las reses, parecen copiados por *Guerrita*.

La edad de éste era la más adecuada para recibir enseñanzas, y el *Lavi*, es sin duda, el novillero más diestro de su tiempo. No recuerdeis de Manuel Díaz el momento supremo, pues ni su corta estatura ni sus cualidades personales eran las más apropiadas para conseguir triunfos con el estoque; pero fijaos en sus pases, recortes, quiebros, galleos y juguetes, y observad que aquel novillero modesto, que tantos años lidió, puede señalarse como predecesor de *Guerrita*, en la derivación natural que dentro de un arte cualquiera se llama escuela.

El *Lavi* ejercitaba á diario primores con el trapo y en

la plaza ocupaba su puesto, desempeñaba su misión, ayudaba al compañero y entretenía al público con floreos de su particular invento. Este último es el carácter distintivo de *Guerrita*: como buen representante de la escuela sevillana, Rafael se viste de torero para ejecutar lo que es de su obligación; pero deseoso de palmas y sobrado de facultades, emplea su actividad en mil lances inesperados, que solo en el momento resuelve y ejecuta. Tal es el carácter distintivo de la escuela de los *Costillares* y *Cúchares*: la variedad, en oposición á la sobriedad de los Romeros y Domínguez.

Del toreo alegre y divertido del *Lavi*, que contemplaba *Guerrita* mientras perteneció á la cuadrilla de aquél, se trasporta al lado de *Bocanegra*, á observar un toreo serio y encerrado en los moldes de la escuela rondeña. Lo que aprendió con aquél, ha de olvidarlo con éste. Manuel Fuentes, no es el modelo que Guerra debe copiar, y la protección, que su nuevo jefe le concede, resulta completamente estéril para el apuesto joven. Rafael y Fuentes son términos antitéticos, y en constante pugna.

La Providencia, que dotó al *petit* banderillero de tan salientes condiciones, le depara pronto una escuela de aprendizaje en perfecta armonía con las necesidades del inquieto peón, y esta ocasión favorable se le presenta en la inauguración de la plaza de Vista-Alegre, en Bilbao. Ante el *Gallo*, el *Llaverito* luce sus privilegiadas dotes y el efecto próximo de dicha exhibición, fué el ingreso de éste en la cuadrilla de Fernando. Dos artistas con la misma derivación, con parecidas aptitudes y acérrimos partidarios del adorno en los lances de la tauromaquia. ¿Qué habían de hacer? Dios los cría y ellos se juntan. Hé aquí explicada la fuerza atractiva que los impulsa para asimilarse más tarde y confundirse en una sola personalidad.

Rafael entra en la cuadrilla del *Gallo* en la época de formación, y cuando es materia dispuesta á recibir la forma que imprimirle quisiera una mano inteligente; no se limitó, sin embargo, á observar el toreo de su jefe, sino que apartando lo suyo, por decirlo así, ejecuta la suerte de banderillas de modo distinto al usado por los buenos rehileteros. Audaz cual ningún otro, cita en corto á los toros, los alegra y prepara con el cuerpo, cuadra en la misma cabeza y sale limpio y airoso de la suerte. Estos son sus principios y con ellos logra darse á conocer, se hace luego el niño mimado de los públicos y despierta en todos sus compañeros noble emulación, que les hace dejar la rutina y aventurarse á trances más arriegados. El novel revolucionario fija la atención de los aficionados, recoge los primeros aplausos como estímulos que le obligan á esforzarse más y más, y de los pares de frente y al cuarteo (á su modo especial) pasa al quiebro difícil, que ejecuta con gran corazón y vista torera.

En las primeras corridas, las palmas premian sus buenos deseos, y á poco sus posturas académicas, arranques varoniles y conocimiento de las reglas del arte, lo presentan como un consumado banderillero.

Causa á los espectadores verdadera sensación, cuando toma los palos; dá realce al segundo tercio de la lidia que la falta de estímulo había desprovisto de interés, y altera su presencia la práctica de costumbres, siempre observadas, por todos los miembros de cuadrilla. Dos pares que á lo sumo debe poner en cada toro, no son suficientes para admirarle, se arrebatan los palos á buenos banderilleros, y se confía á Rafael la ejecución de todo el tercio. Así sucedió con *Corderito*, de Ibarra, lidiado en tercer lugar en Écija (8 Mayo 1885), con *Castillejo*, de Saltillo, que ocupó el mismo lugar en la corrida que se jugó en Granada el día 9

de Junio de este mismo año, y con el lidiado en cuarto puesto, también de Saltillo, el 29 de Septiembre de 1884 en Sevilla.

Este suceso se repitió varias veces, y *Guerrita* escuchaba por sus deseos de complacer, ovaciones imponentes. Aquella figura elegante, gallarda y vigorosa, experimentaba mil transformaciones en las plazas: tan pronto se le veía pausado y sereno en el quiebro, como alegre y bullidor en el cuarteo: ya recorta al toro en un palmo de terreno, ya le corre por todo el circo. Su superioridad indiscutible justifica las intrusiones, y en vez de rechazar al intruso, se le solicita, se pide que banderillee reses que no le tocan, se aplauden sus quites de caballo y se clama por verle esto-quear.

No hay que darle vueltas: la fama de *Guerrita* proporciona infinidad de contratas al *Gallo*, que en el apogeo de sus facultades aprovecha y cumple con general satisfacción: las empresas se disputan las contratas de Fernando Gómez para admirar á su banderillero, y el nombre de éste se anuncia con caracteres de descomunal tamaño, que atraen preferentemente la atención. *Guerrita* es el niño de moda y en todas partes consigue atenciones reservadas antes para los matadores de primera línea. En el año 83 era desconocido; en el 84 su nombre circula de boca en boca, y el Almanaque de *La Lidia*, interpretando los sentimientos generales, publica la siguiente semblanza:

Niño aun, está toreando
En las plazas principales
Y entre hombres magistrales
Se distingue pareando;
Nunca el peligro esquivando
con una brega exquisita;

Cuando á los berrendos cita
Al quiebro con banderillas
Es la octava maravilla
Rafael Guerra (*Guerrita*).

El *Gallo* le cede la muerte de algunos toros y le escritura de matador para alternar con él en muchas plazas, premiando los públicos sus faenas con señaladas muestras de simpatía. Durante su permanencia en la cuadrilla, llegó la fama de *Guerrita* á su mayor altura, sobre todo en el año 84, que fué el de su gran popularidad. En el 85 se lamentaban amargamente *La Lidia*, *El Enano* y *La Nueva Lidia* de que *Guerrita* bulliese demasiado, de que con los palos dejaba pasar la cabeza y de que con frecuencia realizaba intrusiones en campo vedado.

Era también que *Guerrita* llegó á donde no podía soñar, mantuvo el entusiasmo de los espectadores por algún tiempo, y mientras descansaba en los laureles conquistados, la atención del público se dirigió á los nuevos diestros que reanimaban la fiesta.

Guerrita, dijimos, era un revolucionario, porque su modo especial de parear, no se estilaba en aquella época, en la que únicamente se banderilleaba al cuarteo, citando de largo y auxiliándose de mil capotes. No es nuestro objeto analizar qué sistema es mejor: solo nos interesa consignar este hecho, sin detenernos á averiguar si la innovación implicaba un adelanto ó un retroceso, cosa que consideramos, aunque clarísima, de todo punto inútil á esta parte de nuestro trabajo.

No fué solamente en la ejecución de esta faena en lo que sobresalió *Guerrita*; peón incansable, ayudaba muy eficazmente á su matador, bregando á todo capote; sus rápidas y ceñidas vueltas prepararon á muchos toros para el

momento supremo, y con poderosos recursos hizo doblar en más de una ocasión á bichos, que aunque heridos por el estoque, no lo estaban de muerte; esto le proporcionaba muchos aplausos de todos los públicos inteligentes, que siempre vieron en él un diestro de inapreciable valor. Su gran afición á las lides taurinas, le llevaba á todos lados y en todas las faenas ocupaba un lugar preferente por razón de su trabajo: su amor propio, y el orgullo legítimo de que no quedara desmentida su fama, le hicieron intentar el quiebro con reses que carecían de condiciones apropiadas, guiado tan solo del vehemente deseo de impresionar en sentido favorable á todos los públicos, y este afán, unido á las exigencias inconsideradas de espectadores ignorantes, le acrearon más de un disgusto.

También por esta época intentó los quiebras á cuerpo limpio, aprovechando los primeros momentos de la estancia del toro en el redondel para practicar tan difícil suerte, en la que, si bien no consiguió una aureola de gloria, mereció plácemes por el hecho de intentarla, rompiendo la rutina que servía de regla de conducta á sus compañeros.

Evocando, quizá, costumbres antiguas, el *Gallito* cedió á su discípulo algunos toros para que se ejercitase en la más difícil de las suertes de la tauromaquia; y si digno de estudio apareció *Guerrita* como banderillero, no menos digno de fijar la atención, aparece como matador. Decimos esto, porque no hay razones suficientes á explicar el cambio operado en el diestro, á partir del momento en que se graduó de *doctor*; hecho es este que, por su capital importancia, merece ser tratado con separación, y así lo haremos en otro capítulo.

Por ahora, y para terminar la materia presente, debemos manifestar que en los toros que por cesión de su maestro estoquea nuestro héroe, no sobresale al meter el brazo,

sino al pasar el toro de muleta, pues lo hace adornándose, desde cerca y con perfección y limpieza extraordinarias.

Una vez fuera de la cuadrilla del *Gallo*, por circunstancias de todos conocidas, entró en la de *Lagartijo*, en la que si bien como banderillero, ocupa el primer puesto, no le sucede lo mismo como peón, porque tenía á su lado al que con razón puede llamarse *inimitable* en la brega.

La mayor autoridad de *Lagartijo*, y el ciego respeto que el subordinado le profesaba, influyen beneficiosamente en la educación profesional de éste, haciéndole entrar en caja y ocupar su puesto. Ya no es, como antes, el peón entretenido que jamás se separa de la cabeza de la res, á la que aburre con su continuo ir y venir; hoy es el diestro que brega cuando debe, y en muy raras ocasiones se extralimita. Sin embargo, no despierta en el público aquel loco entusiasmo que causaba su trabajo en el año 84, y no es porque el diestro haya decaído, ó porque se frustraran las esperanzas que hizo concebir; nada de esto; Rafael conserva las salientes cualidades que desde un principio mostró para el arte de Hillo, pero la coqueta y tornadiza opinión retira su vista de él, para ir á otros puntos, refrendando antes de marchar con su sello, la patente de buen lidiador que justamente le concedió.

En la cuadrilla de *Lagartijo* ensaya también *Guerrita* las aptitudes de matador, estoqueando por cesión de su maestro muchos toros, y alternando con él en infinidad de corridas, hasta tal punto, que en aquellos años, dió muerte á más cornúpetos que la generalidad de los matadores de cartel. Obsérvase también el mismo fenómeno que apuntamos al hablar de *Rafaeliyo* en la cuadrilla de Fernando: un trasteo variado, fino y ceñido sirve de preludio á estocadas casi siempre defectuosas, á pinchazos sin ton ni son, que censuraban á voz en grito todos los revisteros de la época.

En Septiembre del 87, creyéndolo ya en sazón, le concede *Lagartijo* la alternativa, y desde esta época, vemos en *Guerrita* al jefe de cuadrilla más solicitado de todos los públicos y más á propósito para satisfacer los compromisos de las empresas. Con sus defectos y excelencias, el cartel de Rafael Guerra no baja ni sube; ocupa puesto preferente y no se le mira como halagüeña esperanza, sino como alegre realidad de mérito conocido, extraña á las veleidades de los públicos, y toreando por lo menos al año 70 corridas, lo cual dará por resultado que, de no sobrevenir una desgracia, á la vuelta de pocos años será el matador que más reses haya estoqueado con menos alternativas en su reputación de artista. Podemos decir de Guerra lo que decía un notabilísimo escritor de Jerónimo J. Cándido, «Rafael Guerra es el astro de curso fijo y ordenado en su zénit.»



XXVII.

Continuación.—Predecesores de «Guerrita».—Enseñanzas gallo-lagartijistas.—Examen de las mismas.—Justicia á los maestros.—Un discípulo aprovechado.

SEÑALEMOS de una vez la influencia que en el toreo de *Rafaeli* ejercieron sus dos últimos jefes. Estu liando un caso análogo decía en sus *Anales del Toreo* el insigne escritor Sr. Velázquez y Sánchez: «Así como »acontece con harta repetición en el trato social darse el título de amigo á quien se conoce y frecuente, aunque no »existan los estrechos lazos que la verdadera amistad supone, ocurre en las profesiones artes é industrias llamar discípulos de los hombres eminentes en dichas especialidades »á cuantos resulta que trabajaron bajo su dirección algún »tiempo, sin embargo de que las instrucciones no tuviesen »el carácter distintivo de la formal enseñanza. Pero cuando »llega el punto crítico de marcar las situaciones, lo mismo »en el trato social que en materia de ciencias, artes y ejercicios, ante la precisión de reducir las cosas á sus efectivos »términos, se restituyen ciertos vocablos á su acepción propia, y amigo es entonces el hermano por el afecto y la confianza, y discípulo el iniciado en tales ó cuales conocimientos, elementales ó superiores, por un maestro celoso »de sus adelantos.»

A *Guerrita* le ha ocurrido algo de esto: el hecho de haber pertenecido á las cuadrillas de *Gallo* y *Lagartijo*, fué suficiente á adjudicarle el título de discípulo de ambos, sobre todo, del último, para proceder con mayor inconsecuencia, y decimos esto, porque si bien Rafael Guerra aprendió algo de los dos espadas, puede asegurarse sin temor, que, el ejemplo del primero, fué más eficaz que el del segundo, y más provechosas las enseñanzas para el joven. Cuando éste entró en la cuadrilla del primero de dichos diestros, traía en germen (valga la frase) su toreo, y al lado de él lo fomenta y desarrolla; cuando va á la del segundo, su sistema está completo y solo le falta corregir pequeños defectos que la inteligencia de Molina enmienda cuidadosamente.

Para probar la tesis sustentada, basta fijarse en las faenas que con las reses ejecuta *Guerriya*. Nada pudo copiar de Fernando Gómez en lo que hace relación á verónicas, navarras, farolillos y lances de frente por detrás, porque el toreo del maestro poco tuvo que imitar en este punto, en el que nunca brilló, y á veces sus faenas fueron interrumpidas por fatales desgracias, hijas de circunstancias imprevisitas ó descuidos disculpables. En cuanto á *Lagartijo*, se puede decir lo mismo; si este diestro ejecutó á la perfección y en ocasiones dadas verónicas y navarras, no fué ciertamente á la vista de *Guerrita* cuando más las prodigara. Por eso en otro sitio decimos que *Guerrita* se ha creado él solo lo poco que ejecuta.

Respecto á los quites, no copió de Fernando aquella soltura y admirable perfección con que hacía los quites que unos aficionados llaman dobles por constar de dos medias verónicas de las que la primera sirve de preparación á la segunda, y otros aficionados apellidan *por las afueras*, porque se dá al toro un terreno distinto del que pisa en

los demás quites. Tampoco copió aquella finura con que el *Gallo* toreaba á punta de capote con la mano izquierda á la derecha indistintamente, pegándose al costillar y dejando á la fiera sujeta, cuando se retiraba de la cara recogiendo los aplausos que le tributaba el entusiasmado concurso.

Lagartijo se apartó de las taurinas lides, llevándose, por decirlo así, sus inimitables largas, y más que esto, los recortes á punta de capote, ejecutados con la limpieza y perfección sumas que le caracterizaban. El aplauso, gallardía, vista é inteligencia del que llamaron Califa, no admite rivalidad en esta suerte. Mucho se deploró la retirada del maestro por lo primero, pero más sensible fué por lo segundo. *Guerrita* ejecuta largas y recortes á punta de capote, pero no son aquéllos que bordó *Lagartijo*: los imita, pero no los reproduce exactamente.

Si es en banderillas, Rafael II lo hace siempre con estilo propio, basado en sus facultades y gran corazón: en ambas cuadrillas, es el mismo rehiletero, sobresaliendo más en la de Fernando, pues, su permanencia en ella, coincide con la época de su mayor apogeo. Algo, sin duda, pudo aprender respecto á adornos, pero no adquiere por entero los hábitos de ninguno de sus dos preceptores. Rafael Molina alcanzó extraordinarias ovaciones banderilleando al quiebro y cambio y colocando al cuarteo ó de frente magníficos pares de paso entre paso, que rara vez ó nunca volverán á clavarse con la seguridad que él tenía, y mucho menos por Guerra, cuyo estilo está en abierta oposición del de Rafael Molina. Respecto al *Gallito* diremos que jamás alcanzó en la segunda suerte el nivel de su discípulo, limitándose, en todo caso, el aprendizaje de éste, á alguna que otra postura académica de las muchas que tenía Fernando.

En lo que hace relación al último tercio de la lidia, pun-

to más delicado que los anteriores, debemos distinguir el manejo de muleta y el momento decisivo y supremo de dar el golpe de gracia.

El modo de mover de rojo trapo ha sido, sin duda alguna, la cualidad más saliente del lucido torero que se apoda *Gallito*: sus faenas de muleta, finas y precisas, le hacen rayar á la altura del mejor de los maestros; gran conocimiento del arte de lidiar reses bravas, cierta confianza en su propia defensa y un tipo acabado andaluz y garboso, contribuyen á tal resultado. Cita al toro, y cuando éste acude al envite, lo aguanta y recoge en su flámula, marca la salida, y moviéndola con calma en unas ocasiones y con la celeridad del rayo en otras, pero siempre llevando amarrado al cornúpeto, le hace obedecer ciegamente á sus caprichosos movimientos. El *Gallo*, cuando se confía en un toro, cambia de semblante y su pequeño cuerpo sufre extraordinarias transformaciones según cree oportuno.

Tal era el diestro sevillano en la corta época de su apogeo, cuando aparecía en el mundo taurino como estrella de primera magnitud; sus faenas, de filigrana pura, causaban la admiración de todos: su escuela era la del adorno y la defensa llevada á sus últimos límites. Entonces no había más intervalo entre sus pases que el indispensable para separar uno de otro; pero la entrada del toro y sus movimientos eran de tal naturaleza que parecían motivados por cierta atracción irresistible de la muleta: tras el pase natural ó en redondo con que daba principio, venía el monumental de pecho, ceñido y de cabeza á rabo, volvía luego al regular ó al en redondo, enmendando ligeramente el cuerpo, y se repetía más tarde el de pecho, intercalando á veces un vistoso molinete que ejecutado por él resultaba adorno de buen gusto y por los demás ridiculez insoportable.

El *Gallo* bordaba estos primores con más frecuencia

que nunca, cuando *Guerrita* formaba parte de su cuadrilla.

En el momento supremo, Fernando Gómez carecía de decisión para entrar á matar, y aunque tuvo gran facilidad para cruzar los brazos, esta cualidad con aquel defecto, daban por resultado un matador endeble. *Guerrita*, en tal momento, es superior á su maestro.

En la cuadrilla de *Lagartijo* aprende *Rafaeliyo* el pase cambiado de salida contraria que á la perfección ejecutaba aquél, y lo imita con lucimiento, aunque sin darle todo el realce que le daba el maestro.

Las faenas de *Lagartijo* notabilísimas y de inolvidable recuerdo para los aficionados, tenían aquellas condiciones que notábamos en los de Fernando, sustituyendo la figura de éste por un cuerpo gallardo y elegante, que aumentaba la parte estética de aquellos trabajos que con sin igual desembarazo ejecutaba el cordobés, y como lo feo se asimila con facilidad, *Guerrita* prodiga como *Lagartijo* para tantear los toros al comenzar la faena, el pase derecha, en vez del regular como prescribe el arte: el cuerpo encorvado en el trasteo de muleta, es vicio en que cae también con lamentable frecuencia, y al paso atrás de Rafael y á su certero golpe, ha sustituido el balanceo del cuerpo para arrancarse y la entrada veloz y rápida como el relámpago.

De ambas espadas aprende *Guerrita* esa desenvoltura que revela costumbre y naturaleza en el ejercicio de una cosa, cierta identificación con la cosa misma, que es causa de la mayor tranquilidad en el agente: en el teatro se dice de un actor á quien tal suceda, que *tiene tablas* en el redondel, diremos del diestro que *tiene plaza*.

Al lado de los dos aprendió á conocer al público y los resortes para moverlo. *Gallo* y *Lagartijo* tenían hecho un estudio especial de esos recursos, y de su eficacia se valieron en muchas ocasiones para captarse las simpatías de

públicos hostiles ó indiferentes: un juguete, cualquier adorno, ó cierta frase dirigida á los espectadores en tiempo oportuno, causan alegría, excitan la hilaridad y se convierten en ruidosas y espontáneas ovaciones. A veces un volapié soberbio, cobrado con guapeza, no produce en las muchedumbres el loco entusiasmo que despierta sentarse en el estribo á la vista de un toro abanto, abanicarlo, torearlo á la puente arrojándole arena al terminar, quitar la banderilla que estorba para estoquearlo, sacar la espada con la mano y corriéndola hasta el sitio descabellar, amenazarlo cuando achucha así que es pasado el peligro, y otros mil y mil floreos, agradables á las masas más que el toreo seco, por decirlo así, acomodado á las severas reglas del arte.

Por último, Guerra, joven experto en todo aquello que se relaciona con su profesión, aprende de sus maestros el conocimiento de las condiciones de las reses, las faenas más apropiadas á las mismas, sus entradas y salidas, querencias y resabios, y de ello saca deducciones que modifica á su modo y adapta á sus peculiares aptitudes.

Examinados los precedentes que pudieron contribuir á la formación del toreo de Rafael Guerra, entremos de lleno en el estudio de su trabajo, asignándole el puesto que de derecho le corresponde en la hispana tauromaquia, y para ello, á semejanza de lo que hicimos al estudiar á Manuel García, dividiremos la apreciación en las mismas partes que allí señalamos.



XXVIII.

Suerte de capa.—Defectos de que adolece.—Quites de caballo.—Torero general.—Otro «Gordito».—Lucha y victoria.—Cualidades que caracterizan al banderillero «Guerrita».

RAFAEL Guerra, que es un gran torero, cumple como bueno lanceando al natural, navarra, farol y de frente por detrás, prodigando con más frecuencia las verónicas. Su vista torera y confianza en los propios recursos, le hacen ejecutar con lucimiento cuanto intenta; pero el menor lince descubrirá en él, cuando se abre de capa, algunos defectos. En primer lugar, le ocurre lo propio que á Manuel García cuando suelta una verónica, á saber; que no carga la suerte, y en cambio levanta mucho los brazos para marcar la salida, y el resultado natural de esta exageración es que los toros no se revuelven como no tengan demasiada codicia; de modo que su capeo, por regla general, termina pronto. En ocasiones pára extraordinariamente, á veces baila con exceso y cede al toro terrenos de su jurisdicción encerrándose cada vez más, hasta que con un recorte sale del compromiso y abandona su propósito.

Alguna vez ejecuta la verónica clásica con sus envites, aguantes y salidas, pero en la mayor parte de los casos el

inteligente solo aplaude la voluntad del joven y su deseo de exhumar suertes abandonadas casi por completo. En punto á faroles, navarras y lances de frente por detrás, poco hemos de decir: su reputación en el arte no se basa en estas suertes, que parecen vinculadas en escuelas diversas á la de Guerra por sus medios y fines.

En sus quites de caballo resalta más que nunca la cualidad de torero general que se concede á *Guerrita*: desde la sobria media verónica al variado quite á capote cernido coronado por artístico recorte, todo lo cultiva y domina: la elegante larga, el quite á punta de capote, correr el toro por derecho, todas estas suertes alcanzan en sus manos extraordinario mérito y recuerdan tiempos mejores de nuestra fiesta. Examinad detenidamente al diestro cordobés en la suerte de varas y vereis al matador entendido, compañero valeroso, torero de fina escuela y á veces peón infatigable. Ya entra con una vistosa larga, ya recoge al toro en los vuelos de su capa y le imprime mil caprichosas evoluciones, ó ya, recortándole, cimbreo el flexible talle y rasca el meleno testuz, saliendo airoso del empeño y confiado en su inteligencia, ó ya por último le vemos coger la punta del capote, citar al bruto y llevarlo de un lado para otro de la plaza en veloz carrera, para que cese el peligro ó continúe con brios la pelea que amenaza decaer. En todos estos lances los pitones de la fiera persiguen incesantemente el ligero engaño que los provoca, redobla las acometidas y jamás consigue apoderarse de él, ni de su hábil poseedor. Cuando el toro se aburre de aquel jugar continuo, y no consigue atrapar el percal, la aproximación del diestro que roza las caderas por el costillar, le incita á nuevos avances y en todos se vé burlado.

Quizá abuse con relativa frecuencia de los quites rematados á largas distancias. Los prescribe el arte para los to-

ros pegajosos; pero suelen descomponer y recelar á otros; y la fatiga de tantas carreras, muy soportable para el diestro ejercitado y ágil, perjudica á la fiera considerablemente por el tiempo que transcurre de una á otra vara, y por la serie de capotazos que ha de sufrir hasta quedar colocada en suerte. También se le censura ese quite, especie de media verónica, que Rafael termina recogiendo en el suelo los vuelos del capote: indudablemente esta es invención suya que fija á los toros, aunque de dudoso gusto.

Tan diminutos lunares no amenguan en nada el valor inmenso de Guerra en este tercio: si de algo peca, es de exuberancia porque, en momentos dados, el espada olvida su categoría, y se convierte en infatigable peón que prepara el toro para la suerte de varas. Como resumen podemos consignar que el diestro de músculos de acero y de valor sin límites, une en este tercio á la figura artística, gran inteligencia y fino toreo.

El Arte de la Lidia, en su número 28, correspondiente al 16 de Julio de 1883, decía: «Si *Guerrita* no hubiera, como banderillero, llegado á donde ha llegado, su nombre pasaría á la posteridad envuelto en la aureola de gloria que de derecho corresponde á los que consiguen con su ejemplo que los demás cumplan su cometido.» Efectivamente: la suerte de banderillas, venía siendo la que menos interés despertaba en los públicos por su monotonía y languidez; diestros de excelentes cualidades, se limitaban á llenar el papel que su puesto les asignaba, y con marcadísimas excepciones, todos los pares se colocaban con pronunciado cuarteo. Ni una alegría en la suerte, ni una intentona de práctica más difícil y arriesgada, todo se hacía al cuarteo y con largo preámbulo de capotazos. El público se acostumbra á esta atmósfera y con glacial indiferencia acogía el trabajo de los banderilleros. Las pocas exhibiciones de

los niños cordobeses á las órdenes de *Bocanegra*, no son suficientes á prevenir la revolución que amenaza, y *Guerrita*, con su entrada en la cuadrilla del *Gallo*, rompe las tradiciones y pregona la revolución.

Un adolescente demuestra ante los públicos que con voluntad y aptitudes toreras, todo se consigue, y proyecta reformas en el segundo tercio, que si en rigor no son inventos, pueden considerarse como tales en relación á la época y á la habilidad de su ejecutor.

Él con sus solas fuerzas y acortando notablemente las distancias, prepara á los toros, que, engreídos en el cuerpo, parten con extraordinaria codicia; destierra el cuarteo, cuadra en la cabeza y sale airoso de la suerte; el diestro innovador, se atrae la atención pública que afanosa le contempla y aplaude con entusiasmo; animado con los primeros triunfos, lejos de detenerse en su carrera, progresa constantemente, agregando á sus lauros otros nuevos que conquista perseverante en el qu'ebro, al sesgo, de frente y al relance: valor, brevedad, finura, elegancia y perfección: hé aquí el programa del segundo *Gordito*.

Hé ahí explicada su fama y la causa de la predilección que por él muestran los públicos que le solicitan, agasajan y miman como al matador más aplaudido de la época. Naturalmente, esto produjo en los otros banderilleros el deseo vehementísimo de ser objeto de las mismas cariñosas solicitudes, y los más aventajados se preparan para la lid: imitan la conducta del joven adversario, y saliendo de su cómoda rutina, se aventuran á nuevas hazañas, y el resultado, más ó menos lisonjero, de sus tentativas, cede en beneficio del público, que contempla con interés los incidentes de la emulación suscitada. *Guerrita* conquistó primero, y sin gran esfuerzo, el terreno abandonado por la indolencia de todos y ya fué difícil arrojar de sus posi-

ciones al que se defendía con singular denuedo. El bizarro diestro se procuraba triunfos continuos, y con perseverancia, vence á sus competidores y queda como figura más saliente en la numerosa falange de banderilleros. Al principio los aplausos de todos acallan las más leves censuras, pero cuando la efusión de los primeros momentos cesa, empiezan á notársele ligeras deficiencias en justa compensación á las exageradas alabanzas. Ya hay quien cree que supera y aventaja al *Gordo* y á *Lagartijo*, mientras que otros, solo le reconocen un valor indomable más temerario que racional; esta doble reacción produce el efecto de que se aprecien las cosas con la calma y justicia que requiere la crítica razonada.

Veamos al banderillero en sí, ya que lo hemos estudiado como estímulo de los demás.

Es Rafael Guerra, sin duda, un rehiletero habilidoso y fino, que intenta perfiles confiado en su increíble audacia. Su modo especialísimo de parear, *recibiendo*, como le llaman algunos escritores, es el difícil consorcio del arrojo y la sangre fría, con la habilidad y la vista torera. Algunos percances en ésta, su manera favorita, le avisan del peligro que no evitaba y que expresó *Lagartijo* en estos términos: «Cuando ese muchacho dé con un toro de los que alargan el testuz, sufrirá una cogida de esas que no quisiera yo verla.» Escarmentado por triste experiencia y más previsor, corrige la falta y entra en la buena senda.

No había visto ejecutar el quiebro y, aleccionado teóricamente por entendidos aficionados, lo intentó por primera vez en un toro de Núñez de Prado, que se lidió en la plaza de la Villa y Corte, allá por el mes de Mayo de 1883. Debajo del palco presidencial, afirma el mismo diestro, estaba colocado el toro, cuando ensayó esa suerte que tantos aplausos le ha proporcionado. No es el quiebro de

Guerrita tan precioso y definido como el del *Gordito*, ni tan aplomado y gallardo como el de Rafael Molina, ni tan serio y magistral como el de *Cara-ancha*; el marcar la salida antes de tiempo, ó el ser muy pronunciada la inclinación del cuerpo, hicieron muchas veces que no saliera tan ceñido y airoso, como acontecía á aquellos tres diestros. Nosotros, que admitimos distinción especial entre el quiebro y el cambio, no hemos visto ejecutar el último á *Guerrita*, y sí muchas veces el primero, y decimos esto, porque el envite hacia un lado y la salida por el contrario, que á nuestro humilde entender, constituyen el cambio (asimilándolo al de rodillas y al llamado en la cabeza), solo recordamos haberlo observado en Carmona, Molina y Campos. La suerte en que *Guerrita* espera á los toros y con el pié les marca la salida, es, á nuestro juicio, quiebro y no más.

A Guerra, más que *dejar venir*, le gusta *llegar*, y conforme con sus tendencias, pareo de frente, con los terrenos cambiados, de poder á poder, al sesgo, al cuarteo, y cambiando voluntaria ó forzosamente los terrenos, siendo estas suertes sus favoritas, las que practica con más frecuencia y las que más aplausos le producen.

Cuando toma la alternativa, cambia por completo su estilo de banderillero; si el público pide que paree en algún toro, accede complaciente y toma los palos: á dos metros de la cabeza cita al cornúpeto de más piés, retrocede, avanza, sale en falso voluntariamente, en las revueltas apoya los rehiletes sobre el testuz, arranca con los terrenos cambiados y coloca soberbios pares cuadrando en la cabeza. En ocasiones luce sus facultades asombrosas cuando tropieza con un toro codicioso: cita á corta distancia, marca el envite, aguarda el derrote, y con un ceñido quiebro libra el encontronazo y sale á escape: el bruto le persigue, y Rafael, pa-

rándose, quiebra nuevamente y clava los palos en las mismas agujas.

Mil juguetes, adornados profusamente, emplea para burlar las reses, que al fin de la jornada agitan los ijares con acompasado y veloz movimiento, síntoma inequívoco de cansancio. Una parte del público sevillano censuró á *Guerrita* estas faenas, y herido en su amor propio, arrojó con iracundo ademán las banderillas, negándose á continuar la suerte; los aplausos inoportunos de frenéticos apasionados del diestro, no le han desengañado de la injusticia de sus actos, por lo que cayó en odiosa reincidencia, demostrando con ello su poco respeto á los espectadores y excesivo orgullo: sírvale de descargo, la imprudencia de aquellos aficionados que le censuraron, cuando banderilleaba por pura complacencia y galantería.

Sin duda alguna, Rafael Guerra, aparece más notable cuando voluntariamente cambia los terrenos; colocándose, como siempre, á corta distancia, inicia el viaje por un lado como buscando la salida y, al verificarse el arranque del toro, con pausa y arrogancia sumas, muda de dirección y sale por el lado contrario, entusiasmando al pueblo que estático contempla estas evoluciones.

Son, pues, los caracteres distintivos del banderillero conocido por el apodo de *Guerrita*: cites en corto, facilidad para igualar los palos, salida airosa y dominio de todas las suertes, en las que pone de relieve sus excepcionales aptitudes.

En estas pocas palabras encerramos toda la apreciación de su trabajo como rehiletero, advirtiéndole que en la época anterior al año 87, pareaba más veces aguardando á las fieras, que desde este año acá, pues, á partir de su alternativa, se ensaya en su modo especial de banderillear, tan bueno como el anterior, pero en el que juegan más las

facultades, y si se nos admite la expresión es más peculiar de *Guerrita*.



XXIX.

El matador «Guerrita.»—Cambio de fisonomía artística.

—Adquisición de tranquilo.—Pases y medios pases.

—Ejemplo al canto.—Excelencias y defectos.

CUANDO *Guerrita* estoqueaba por cesión del *Gallo* ó *Lagartijo*, aparecía como matador de distinta escuela que en la actualidad: un trasteo parado, fino é inteligente, caracterizaba al joven diestro, que alcanzaba siempre mayores triunfos en la primera, que en la segunda parte de la faena; las estocadas le resultaban defectuosas, bien por dejar pasar la cabeza, bien por herir antes de tiempo.

Si el lector quiere adquirir pleno convencimiento de ello, le bastará pasar la vista por las reseñas, correspondientes á las corridas celebradas el 21 de Septiembre de 1884, en Logroño; el 4 de Junio, 2 y 22 de Julio de 1885, en Madrid; el 16 de Julio del año últimamente citado, en Málaga; el 20 de Junio y 20 de Octubre de 1886, en Málaga y Zaragoza respectivamente; y el 27 de Marzo y 6 de Agosto de 1887, en Madrid y Cartagena; en ellas verá cómo las apreciaciones generales, y los consejos que se dan al antiguo *Llave-*

rito, confirman nuestra opinión en apoyo de la cual citáramos muchas otras, si lo juzgáramos necesario.

En aquellos tiempos era aplaudido Guerra en los pases y censurado al meter el brazo, augurándole los aficionados triste porvenir, tan pronto como se propalaba el rumor de que deseaba tomar la alternativa. Algo corrigió estos defectos al lado de Rafael Molina, pero la reforma, en nuestro concepto, no fué tan radical, que llegase á desvirtuar las anteriores apreciaciones.

La corrida en que tomó la alternativa y las pocas que toreó el año 87, antes de su viaje á la Habana, comprueban una vez más la verdad de nuestro aserto.

De regreso en la Península, muestra nuevo sistema de estoquear, y si hemos de ser más exactos, á partir del 18 de Abril de 1888; pues el día 15 de dicho mes en que lidió en Sevilla con el *Espartero*, aunque lució mucho con la muleta, con el estoque no obtuvo el mismo resultado, ni colocó buenas estocadas á causa de su modo particular de meter el brazo, aunque se colocó en corto y entró por derecho.

Las tres corridas (18, 19 y 20 de Abril) de la tan renombrada feria de Sevilla, fueron otros tantos triunfos para *Rafaeliyo*; en sus faenas de muleta concede al adorno lugar secundario, encaminando todos sus esfuerzos á mejorar las condiciones de los toros para el momento supremo, y seis estocadas de primer orden á otros tantos cornúpetos, coronan sus propósitos, y le convierten en ídolo del pueblo sevillano.

En aquellas memorables fiestas, puede decirse, que el cordobés mantuvo el interés, sin que el numeroso público que llenó completamente las localidades de la plaza, cesara de tributarle sus aplausos. Tres tardes tan felices no tuvo antes *Guerrita*, y desde entonces puede afirmarse que se

aseguró en su modo especial de estoquear, que dió con la muerte de los toros, en una palabra; que se hizo de *tranquillo*.

Si se sigue paso á paso toda la vida de Rafael hasta el año 1887, no se verán tres éxitos tan ruidosos y completos. Desde esta fecha en adelante, define su toreo, adquiere fisonomía particular dentro del arte, y se mantiene á la cabeza de sus compañeros de profesión.

Entendían los aficionados que el muchacho como torero alcanzaría puesto de primer orden, pero que como matador, sería uno de tantos, predicción reputada como lógica dadas las cualidades que revelaba el joven, pero el tiempo, ha venido á desengañarnos y á demostrar que las congeturas, por fundadas que parezcan, no se cumplen siempre, y mucho menos, en materia tan azarosa é incierta como la lidia de reses bravas.

A nuestro modo de ver, *Guerrita* descuella por la facilidad con que despacha á los toros, el poco ruido que éstos le dan y el sinnúmero de tácticas habilidosas que pone á contribución en las circunstancias difíciles. Si hemos de formular juicio, en pocas palabras adoptaremos esta fórmula: «Guerra mata más que torea», y como torea muchísimo, resultará como última expresión «Guerra es un torero general.»

En realidad es este un juicio anticipado que podríamos reservar para más adelante, porque aún no hemos apreciado por completo el trabajo del matador Rafael Guerra (a) *Guerrita*; pero si lees con detenimiento y paciencia, lector querido, lo que á continuación vamos á exponer, te vencerás de que no estamos equivocados.

La muleta del diestro de que nos ocupamos, es completa, aunque de ordinario solo emplee tres ó cuatro pases: el natural, con la derecha, redondo y cambiado con salida

contraria, son los que más generalmente emplea, reservando, para raras ocasiones, los demás que constituyen su repertorio: por regla general, para comenzar el trasteo, usa del pase con la derecha, viene luego el redondo, y lo repite, hasta conseguir cuadra: la fiera: otras veces el natural y el de pecho, son los medios de que se vale para preparar la res, empleando con más frecuencia los primeros que son los que se adaptan á su modo de estoquear.

El pase natural y el dado con la mano derecha, no ofrecen nada digno de fijar la atención; el redondo que dá Rafael, se diferencia del que ejecutan los demás lidiadores; cita como éstos, pero al recoger á los toros con los vuelos de la muleta, la lleva al suelo, y casi arrastrándola toda, termina el pase: naturalmente la postura del diestro no resulta la más airosa, y éste es quizá el motivo de tantas censuras como le han dirigido por ese pase que llaman *por bajo*. No obstante estas censuras, Guerra no lo abandona, y persiste en su propósito, siendo de presumir que siempre hará lo mismo, si se tiene en cuenta que con este pase consigue que los toros humillen, y entra al volapié muy desahogado.

El pase de pecho no es nota saliente de Rafael: algo mejor practica el cambiado de salida contraria, cuya ejecución copia de *Lagartijo* con bastante acierto.

Lo característico del trasteo de *Guerrita*, son ciertos medios pases, algunos movimientos indefinidos de la muleta, y la colocación especial que en algún toro adopta para tantearlo con el engaño.

Escritores entendidos, señalaron en *Guerrita* estos que consideraron defectos indisculpables en un diestro de su talla, y nosotros, menos competentes sin duda, pero también menos severos, creemos procedentes estos recursos cuando no se prodigan, y les reconocemos cierta eficacia en casos dados.

Un ejemplo aclarará la cuestión. Presenciábamos una corrida que lidiaban *Espartero* y *Guerrita*: el diestro sevillano estoqueó con gran perfección el primer cornúpeto, y acto seguido salió á la plaza un toro cárdeno, de libras y de muchos piés. Desde los primeros momentos comenzó á demostrar cobardía en la suerte de varas, y extraordinaria codicia para los capotes, poniendo con sus veloces acometidas en inminente riesgo á los peones. En vista de que el animal no quería caballos, fué fogueado, y el chamuscón le avivó tanto, que era un peligro permanecer en el redondel. Tocaron á matar y *Guerrita*, encargado del último tercio, desplegó en la cabeza el rojo trapo, aguardando la feroz acometida: no le vimos empulear ningún pase de la buena escuela; antes al contrario, movió incesantemente la muleta ya acercándola ya retirándola, y en breves momentos apagó la máquina, quitó del testuz con la mano algunas banderillas y entró á matar con desahogo y valentía. Aquellos pases, indignos del tal nombre, produjeron un resultado increíble, y el éxito más lisonjero coronó la faena del maestro. No sabemos si con los movimientos de la flámula castigó á la res, ó la atolondró momentáneamente; dada la ligereza con que Rafael estoquea, ambas cosas son iguales y le conducen al mismo resultado.

Los defectos principales que podemos apuntar á *Guerrita* en el manejo de la flámula, se reducen á los siguientes: de ordinario los pases son incompletos, y aunque convenientes para el diestro, no se adaptan á los preceptos del arte: entre uno y otro no hay enlace, sino que el torero, enmendándose con el cuerpo, se coloca en suerte; al pase regular, no sucede el de pecho inmediatamente, porque la colocación del espada en el primero, le impide ejecutar el segundo sin cambiar de terrenos; el abuso del pase con la derecha para comenzar el trasteo, y el cuerpo encorvado, son,

sin duda alguna, imperfecciones que se observan en *Guerrita*.

Esto es lo ordinario, lo acostumbrado; pero en ocasiones emplea faenas clásicas, enlaza los pases, se coloca derecho y reunido, y pone, según ahora se dice, cátedra de toreo.



XXX.

Como hiere «Guerrita».—Balanceo y su explicación.—Ligereza censurable—Enmienda que proyecta y resultado de la tentativa.—Derroche de facultades.—¿Recibe ó nó?

EN el momento decisivo confía *Guerrita* más que en ningún otro, y puede decirse, que el modo de estoquear alimenta su reputación. Pocos matadores de los contemporáneos han derribado tantos toros como él de una sola estocada; si el golpe certero y la buena colocación de la espada bastaran para conceder puesto de preferencia dentro del gremio, indudablemente habíamos de adjudicarlo al simpático cordobés; pero el buen aficionado señala con detención y acertado juicio, ciertas imperfecciones, distinguiendo la colocación, arranque, encuentro y salida.

Rafael Guerra se coloca á corta distancia, arranca corto y derecho y sale bien: cualquiera que leyere las anteriores palabras exclamaría y *como esas son las condiciones que el arte exige al buen matador, Guerrita lo es indudablemente*. Ciertó, que hablando en términos generales así es; pero sin que nosotros le neguemos la cualidad de buen matador, se hace preciso distinguir y estudiar cada uno de los momentos que antes decíamos, para otorgar puesto preeminente dentro de la tauromaquia.

Guerra se coloca en corto y cuando lía la muleta tiene las piernas abiertas, la derecha atrás y el cuerpo inclinado hacia adelante; antes de arrancar inicia un balanceo de adelante atrás y de atrás adelante que si bien, como dijo el señor Sánchez Néira, no es antiartístico, porque el movimiento no es de piés, indica por lo menos, poca quietud. Sin gran esfuerzo puede explicarse el origen de ese balanceo que algunos escritores censuran á Rafael; para entrar á matar, desarrolla velocidad increíble y parece que con aquellos movimientos preliminares, se prepara para tan veloz carrera, al modo que el gimnasta para conseguir mayor rapidez en sus evoluciones, se separa del sitio en que ha de ejecutarlas y avanza luego aceleradamente.

La precipitación y ligereza con que estoquea *Guerrita* constituyen, sin duda, el defecto que con más frecuencia se le señala, y con más fundamento. La vista más perspicaz no puede seguirle en la arrancada: aún no ha engendrado el movimiento de avance, cuando ya está en la cola y muerta la res. Este modo peculiar de entrar á herir llamado por los escritores á golpe rápido, es el tranquilo de *Guerrita* que nunca abandona, porque no le sería posible, y cuanto sobre él se diga, sería predicar en desierto. Lidiando en una ocasión en la plaza de Madrid, cúpole en suerte estoquear un cornúpeto de aquéllos que inmortalizaron á *Frascuelo*: recordando Rafael las faenas de este inolvidable héroe, trató de imitarlas, y colocóse tan en corto, que la punta del estoque avanzaba entre los pitones; ya en esta disposición arrancó derecho y marcando los diferentes momentos de la suerte y una horrorosa cogida, que por fortuna no tuvo lamentables consecuencias, fué el desastroso fin del plagio (1).

El resultado harto doloroso del ensayo desengañó á

(1) Datos facilitados por Rafael Guerra.

Guerrita y le hizo comprender que cada matador debe usar su tranquillo propio, siéndole imposible, de todo punto, valerse de otro, cuándo está formado dentro del arte. La experiencia vino á demostrar en aquella ocasión, una vez más, lo que todo aficionado sabe, ó sea que el modo especial que cada diestro usa en sus comienzos, en la época en que su toreo empieza á definirse, es el que empleará siempre aunque perfeccionándolo á medida de sus progresos en la carrera. A los principiantes se les vé ejecutar faenas diversas de una á otra tarde, y aún dentro de una misma corrida, ofrecen estilos distintos, si nó opuestos diametralmente: cuando adelantan, fijan su estilo bueno, y ese es el que en adelante cultivan; si los percances les arredran adquieren un mal tranquillo y siempre se valdrán de él.

Las aptitudes, las enseñanzas y los temperamentos, sirven de norma reguladora en estos cambios, y estas mismas causas engendran las diferencias en todas las suertes. Ejemplo al canto: el mejor volapié de *Lagartijo*, era distinto del más excelente de *Frasuelo*; el que logre consumir el *Espartero* con más feliz éxito, se distinguirá también del que con toda fortuna ejecute Guerra. Todos ellos se ajustaron á los preceptos del arte, pero las circunstancias apuntadas dieron ocasión á marcadas deferencias. Por eso dijimos en otro lugar que los tranquillos son buenos, malos y peores; y al tocar incidentalmente la cuestión, agregamos que dentro de cada uno de esos grupos, hay que hacer tantos apartados como lidiadores pertenecen á él, pudiendo todo el cuadro condensarse en esta frase: «no hay dos diestros que ejecuten de idéntico modo una misma suerte.»

Siendo la variedad tan grande, la tarea del crítico ha de reducirse á determinar cuál de ellos se ajusta más al arte y cuál se separa más de él, entre todos los grupos, y dentro de cada grupo cuál imprime mayor realce á la faena.

Continuando en nuestro empeño diremos que Guerra no puede desechár una costumbre, que, fomentada por espacio de seis años, ha venido á constituir su segunda naturaleza. Aplausos y ganancias exorbitantes, han refrendado aquel hábito y el cambio no ha de intentarlo el que así ve premiado su trabajo y ha conseguido llamar la atención de los públicos, que le aclaman como firmísimo sostén de la moderna tauromaquia.

Al toro aplomado que siga los movimientos de la muleta y fijándose en ella se descubra, lo mata *Guerrita* mejor que nadie. El diestro que conoce esto, antes de engendrar el viaje se asegura de las facultades de la res tocando con la muleta en el hocico diferentes veces, y así consigue también que se le descubra, y entra á matar como por su casa: si el animalucho se tapa, ó aunque sin desparramar la vista, se fija poco en la muleta, no ejecuta el diestro primores ni acabados perfiles.

Para él, no es inconveniente tener que herir con los terrenos cambiados; muy al contrario, le agrada esta colocación y jamás la desperdicia cuando se presenta: en ella luce sus facultades y si de ordinario entra á matar con presteza, en esta suerte, es un relámpago.

Comenzada la faena, rara vez se desconcierta, pero en ocasiones, cualquier observación que hace durante la lidia, en los dos primeros tercios, influyen en él de tal modo, que empieza á trastear desconfiado y así concluye. En muy contados casos le sucede eso que la afición llama con insustituible palabra *aperrear*, porque cuando una res no le agrada, desde que brinda, lleva la intención de concluir pronto, buscando al efecto los bajos. Preocupaciones nimias, hicieron que trabajara con recelo inmotivado ciertos toros, pero á las primeras de cambio, se desengaña, conoce su error, pára, se ciñe y adorna, rematando lucidamente aquel

tercio, que comenzó con marcado desdén ó fría indiferencia.

Rafael posee también el recurso del descabello y lo practica con frecuencia y gran adorno: unas veces saca el estoque del morrillo, y sin levantar la punta, lo corre hasta tocar en el testuz; otras descabella á pulso y también se vale con éxito de la puntilla. Cuando se desconfía por las malas condiciones de una res, es cuando persigue con ahínco el descabello.

Desde el año 87 (Marzo 13—Madrid) viene Guerra matando todas las temporadas algunos toros *recibiendo*, y aunque escritores autorizados aprecian en su justo valor estas intenciones del joven cordobés, la generalidad de los que se dicen inteligentes en materias taurinas, rechazan aquella denominación y aseguran á voz en grito, que la suerte ejecutada ha sido la de *aguantar*, tratando de probar su tesis con argumentos trasnochados, que no demuestran más que la impericia de sus mantenedores.

Se recibe un toro, cuando preparado el matador hace el cite con el pié izquierdo y la muleta, y sin moverse aguarda hasta herir, dando salida al mismo tiempo; se aguanta, cuando sin previo cite, se viene el toro y el matador lo espera. Estas definiciones no serán todo lo perfectas, que fuera de desear, pero á nuestro parecer, explican las dos suertes y sus diferencias.

Pueden también señalarse á *posteriori* como diferencias entre ambas suertes, que la primera se conoce de una manera clara cuando se intenta, cuando quiere el diestro ejercitarla, y la segunda nó. Pues bien, *Guerrita* practica la primera, y en más de una ocasión se la hemos visto ejecutar con bastante acierto; y, si algunas tachas pudieran señalarse á su trabajo, no son, ni podrán nunca ser de tal índole, que convirtieran en estocada aguantando, lo que fué *recibiendo* con más ó menos *perfección*.

Permítanos un consejo el arrojado espada: ensáyese en la suerte de recibir cuantas veces pueda, complazca con ello á los buenos aficionados y escuche con oídos de mercader las críticas de aquellos otros que confunden cosas distintas, ya por su escasa ignorancia, ya por su reprobada mala fé.

Quizá no falte quien yendo más allá del punto á que queremos llegar, entienda que consideramos á Rafael como un nuevo Manuel Domínguez: el que tal creyere, caería en un lamentable error y en una apasionada exageración, hija de la viveza de su ingenio, y esos haría con ello poquísimo favor. Ni las condiciones especiales de *Guerrita* le permiten ejecutur á diario la suerte, ni las contadas veces que la pone en realización ó la intenta, serían bastantes á deducir aquella consecuencia.

Guerra merece plácemes sinceros porque ensaya lo que pocas veces vió, y el ensayo casi parece verdadera representación.



XXXI.

«Guerrita» en todas las suertes.—Dotes relevantes.—
Peón y director de lidia.—Vehemencia.—¿A qué escuela pertenece Rafael?—«Guerrita» y el «Chiclanero.»—El «Espartero» escritor taurino.

EL dictado de torero general que á *Guerrita* se concede, es indudablemente justo, dado el gran número de suertes que le vemos ejecutar. Además de las enumeradas en el transcurso de nuestro trabajo, sabemos que ha intentado el cambio de rodillas en Jerez de la Frontera con el quinto toro de Adalid (24 Junio 1884) y en Aranjuez con el que se lidió en igual lugar, llamado *Zurano*, perteneciente al Duque de Veragua (4 Septiembre 1886), resultándole mejor la primera vez que la segunda.

Ha dado el salto al trascuerno con buen éxito al toro *Espanta-muertos*, de Veragua, lidiado en último puesto en la plaza de Madrid (2 Junio 1890). Torea á *la puente* con habilidad, habiendo sido él y *Lagartijo*, según escribió *La Lidia*, los primeros que practicaron esta suerte en la plaza nueva de la Villa y Corte con el sexto toro de Veragua (12 Mayo 1887).

Ha intentado el quiebro en la silla, aunque desistió de efectuarlo por las malas condiciones del toro llamado *Es-*

partero, de Lozano, lidiado en cuarto lugar en la plaza de Granada (28 Junio 1885). Prodigia la carrera con el capote al brazo, haciendo zig-zag y mil juguetes, recortes y quiebros que siempre son del agrado del público, el cual constantemente premia el toreo alegre y divertido del inquieto y bullidor espada.

Dos cualidades salientes caracterizan á *Guerrita*, hasta tal punto, que su posesión le constituye en torero excepcional. La primera consiste en ser el diestro de la escuela de adorno que estoquea mejor y con más verdad. Los lidiadores que se distinguieron en el manejo del trapo, sobresalieron poco ó nada en el momento supremo; porque para herir utilizaban recursos censurables falseando algún tanto los principios del arte. *Guerrita* entra en corto, muy corto, por derecho, llega con la mano al pelo y sale bien. El balanceo de cuerpo es detalle, si se quiere, de mal gusto, pero no es antiartístico, en la acepción limitada de la palabra. Solo merece censuras *Guerrita*, en opinión de varios escritores, por la celeridad pasmosa con que gana la cabeza de la res y se coloca en el costillar, por lo poco que se entrega al dar el volapié; pero si se nos permite, sentar nuestro parecer, con relación al punto, diremos que este defecto, no es más que una consecuencia directa y necesaria de los principios que sirven de base á su toreo: quien posee tantas facultades, no puede prescindir de ellas en el momento más crítico de la lidia. Conste, por tanto, y sirva esta frase como resumen del párrafo, que *Guerrita*, torero de la fina escuela, estoquea con verdad, con suma guapeza, y de tal manera que puede sostenerse, sin pecar de exagerados, que ninguno de los precursores del joven cordobés tuvo mejor tranquillo.

La segunda cualidad á que aludíamos, es, sin duda, más digna de elogio que la anterior, si se tiene en cuenta la ma-

yor dificultad de poseerla. Podemos afirmar, que Guerra, en su corta edad, ha llegado á conocer todos los preceptos del arte taurómico con tanta perfección como los entendía el más reputado de los maestros. Si repasamos en la historia del toreo, veremos que los lidiadores que llegaron á sobresalir por sus grandes conocimientos, los utilizaron en provecho de sus decadentes facultades y para suplir la falta de recursos físicos y de valor mermados en mil terribles encuentros. Rafael, por sus felices disposiciones y por su continuada práctica, puede vanagloriarse de ser tan conocedor del arte como el que más lo haya sido, y este mérito lo adquirió precisamente en la época de toda su pujanza y cuando hace alardes continuos de valor. Guerra se encuentra hoy en la plenitud de sus facultades, sabiendo lo que sabían sus compañeros de profesión en el momento en que los azares de una vida peligrosa les obligaron á retirarse. Es un diestro joven por su edad, pero viejo por sus conocimientos.

Si le consideramos como peón, nos encontraremos con uno tan entendido como ágil y aficionado: su fino capote ayuda á los compañeros, quita facultades á los toros, cuando es preciso, los prepara para todas las suertes llevándolos de uno á otro lado, los hace cambiar de terrenos y seguir las caprichosas evoluciones que traza, ya con rapidez suma, ya con parsimonia reposada, siendo su nota más saliente el correr con los toros de *dentro á fuera*.

Cuando una garrocha queda envainada en la piel del toro, ó enganchado algún capote en la cornamenta, allá va él á quitarlo; si se hace preciso encerrar á un cornúpeto á fuerza de capotazos, *Guerrita* desempeñará en tal empresa papel importantísimo; y por último, si hay que *enterrar* alguna res, su capote poderoso pronto le hará doblar. Ya corre, ya pára, ya se revuelve ceñido ante el imponente testuz, ó ya salta para librar obstáculos imprevistos; es un

peón tan incansable como conocedor del oficio, y con esto se hace su elogio.

Rafael Guerra, director de lidia, llena bien su cometido: algunas exaltaciones le perjudican, porque en vez de amonestar con severidad, pero con cariño al mismo tiempo, traspasó alguna vez los límites de la prudencia y llegó hasta emplear argumentos contundentes. Verdad es que el público que presencié estas vehemencias, mal reprimidas, le llamó al orden, y la cosa no pasó á mayores.

Como ha toreado tantas corridas, es indudable que posee muchos conocimientos, y con gran amor propio, disculpable en este caso, no puede contenerse al presenciar que un compañero de profesión equivoca la lidia de un toro ó con malas faenas empeora sus condiciones, sin reparar que le corresponda ó nó estoquear aquella res.

Semejantes intrusiones, le han costado más de un disgusto, y aunque se ha propuesto la enmienda, no lo ha conseguido.

Cuando juzga indispensable la rueda de peones para que se eche un toro, nada le importan el vocerío y las protestas del público: su cuadrilla, disciplinada, obedece ciegamente al matador y contribuye á dar mayor realce á las faenas de éste.

¿A qué escuela pertenece? ¿Con qué figura de la hispana tauromaquia guarda similitud?

Rafael Guerra (a) *Guerrita*, es genuíno representante de la escuela sevillana, pero con más habilidad para derribar los toros que los últimos discípulos de la famosa *preservadora*. Su toreo fino, elegante, habilidoso y correcto, sus múltiples ardidés é innumerables tácticas para dominar á las reses, su prontitud y facilidad para banderillear de todas maneras, su ágil y flexible cuerpo que borda con el adorno la ejecución de las suertes, denotan al discípulo de

la escuela sevillana, que continúa sus tradiciones y cuya genealogía dentro del arte pudiéramos establecer del modo siguiente: los Palomos, *Costillares*, Hillo, Guillén, León, *Cúchares*, *Tato*, *Gordito*, *Lagartijo*, *Gallo* y *Guerrita*.

Sin embargo; si tratásemos de buscar un diestro con el cual guarde *Guerrita* identidad ó semejanza, nos apartaríamos de la escuela de *Costillares* para ir á la de Romero, porque en ella hallaremos el personage que más parecido tiene dentro de la tauromaquia antigua con uno de los sostenedores de la moderna; nos referimos al *Chiclanero*.

Desde la analogía de constitución física á la cualidad sobresaliente de torero general; desde la protección decidida de maestros de renombrada competencia hasta el empleo de los mismos recursos en tardes de desgracia; desde la popularidad general hasta la merma considerable de los partidarios por la ruptura de antiguos lazos; y por último, desde la reñida competencia con los adversarios hasta el abrazo fraternal, todos son puntos de contacto entre ambos diestros. No tratamos de compararlo, porque ni este es nuestro objeto, ni tal paralelismo sería fácil; tratamos solo de patentizar la relación en el afán de evocar lo pasado, y ella salta á la vista del más miope.

Concluiremos esta parte de nuestros apuntes del mismo modo que terminamos el juicio de Manuel García. Reconociendo en éste gran imparcialidad, le suplicamos nos diese por escrito una breve apreciación del trabajo de su compañero, y á seguida copiamos, sin alterar la redacción, el manuscrito que, extendido de su puño y letra, tuvo la cortesía de entregarnos:

«Rafael Guerra *Guerrita*, es el torero más completo de todos los que he conocido desde que tomé la alternativa y en la actualidad trabajan: inteligente como el que más, no le falta valor, y como compañero es siempre un peón de-

cidido en favor de todos los que profesamos el mismo arte.
Sevilla 16 de Marzo de 1894.

MANUEL GARCÍA
ESPARTERO.»





PARTE QUINTA.



PARALELISMO.

XXXII.

«Espartero» y «Guerrita.»—«Guerrita» y «Espartero.»—
Ciertos antecedentes para una comparación.—Dispu-
tas acaloradas.—Arte y valor.—Complemento.—El
número 11.—Torero de genio y torero de arte.—Opi-
nión de «Frasculo.»

DIBUJADOS, aunque con imperfección, los retratos de los dos diestros y hecho el juicio de su trabajo, nadie mejor que el lector podrá comparar, acercán-
dolos; así notará el parecido ó la distinción, la armonía ó la disparidad, las excelencias del uno ó las faltas del otro. Cada cual, según sus gustos, juzgará; pero así como el pin-
tor se reserva en su obra y compara las figuras del grupo

que compuso, estudia sus diversas actitudes y relaciona unas con otras, séanos permitido acercar los dos personajes, que con tosco pincel y pobreza de colorido, hemos bosquejado.

Rafael Guerra llegó á la cúspide de la fama como banderillero, y aspira desde el año 85 á la jefatura de cuadrilla para desarrollar nuevas aptitudes: en esa época, un joven desconocido, se presenta en el coso sevillano y causa la admiración de propios y extraños con su *nunca visto* modo de torear. Al principio se le estudia y observa en lucha con las medianías, y á poco sale del palenque luciendo en su cabeza la corona del vencedor. No hay quien puede competir con él en el círculo de novilleros y se busca con ansia otro joven valeroso que, disputando el terreno palmo á palmo al adalid sevillano, proporcionen á los públicos agradables ratos ante los incidentes de la competencia que se entabla. Recórrase con la vista todo el personal, y la empresa de Cádiz, poniendo, como vulgarmente se dice, el dedo en la llaga, solicita el concurso de *Guerrita*, para que en unión del diestro que por entonces absorbía la atención de los sevillanos, lidien en aquella plaza una corrida de don Julio Laffitte el día 16 de Agosto. La sospecha de que la epidemia colérica causaba muchos estragos en la ciudad de los Califas, imposibilitó á Rafael de torear en Cádiz, porque se le exigió entrase en el lazareto para cumplir cuarentena impuesta á los procedentes de puntos sucios. Desbaratada la combinación de la empresa, quedaron ineficaces sus gestiones.

Al fijar la opinión pública su mirada en *Guerrita*, no lo hizo á tontas y á locas, sino porque recorriendo todas las cuadrillas, no encontró joven más apuesto que él, ni que reuniese condiciones tan singulares, como las que concurrían en el sobrino de *Pepete*; los aficionados, se forjaron

en su mente calenturienta mil proyectos de corridas en las que entraban como elementos esenciales estos dos nombres: *Espartero* y *Guerrita*. Sin embargo, hasta el 20 de Junio de 1886, no lidian juntos ambos niños. La plaza de Málaga y toros de Barrionuevo, les proporcionaron ocasión propicia de lucir sus dotes. Quien asegura que estuvieron muy bien, quien dice que Guerra sublime y García mal y quien añade que *Espartero* superior y *Guerrita* infernal: no tuvimos la dicha de presenciar esta corrida, y por consiguiente, ningún dato podemos consignar de nuestra cosecha; para suplir la falta, indagamos largo tiempo, exploramos la opinión de testigos presenciales y examinamos la prensa periódica que refería el suceso, y el resultado de nuestras pesquisas no pudo ser más contradictorio, según antes digimos. Nada, pues, sacamos en claro, y en vista de apreciaciones tan diversas dedugimos, como consecuencia, que el toreo enteramente opuesto de los dos jóvenes, dió lugar á que la opinión del público, retratada por la prensa, mostrase honda división, producida, sin duda alguna, por la diversidad de escuela que representan los diestros que lucharon.

A partir de entonces, los encuentros menudean y los aficionados y la prensa siguen presentándose divididos, conviniendo solo en ligeros particulares. Todos á una decían: «*Espartero* mata más que *Guerrita*, pero éste torea más que aquél.» Este juicio que se formulaba unánimemente, tenía cierto fondo de verdad, y para que así aparezca á los ojos del más reacio, necesitamos dar algunos detalles.

Cuando juzgábamos á *Guerrita*, hicimos notar que en el año 84 alcanzó su mayor preponderancia, decayendo algún tanto como banderillero en los años 85 y 86. *El Enano*, *La Nueva Lidia*, *El Torero* y *La Lidia*, decían que á *Guerrita* le había dado por dejarse pasar los toros y que

las banderillas siempre le resultaban traseras á consecuencia de meter los brazos fuera de tiempo. Semejante defecto, lo llevó Guerra al momento supremo, y cuando mataba algunos toros por cesión del *Gallo* ó de *Lagartijo*, las estocadas resultaban en el lomo, y si cambiaba de *tranquillo* para entrar, experimentaba serias contrariedades. Al competir con el *Espartero*, el defecto adquiría, al parecer, mayores proporciones por el contraste que formaba con la manera característica de que se valía para estoquear en aquella época el matador sevillano. *Guerrita*, al hallarse frente á frente de un enemigo tan formidable, ponía en juego sus infinitos recursos, practicaba toda clase de suertes con el capote, perfilaba los pases, se adornaba mucho y realizaba maravillas con los palos. Manuel, por su parte, atenía al toreo seco, si se nos permite el calificativo, quebrantaba los toros extraordinariamente con su hábil muleta, y entraba al volapié con guapeza. Las diferencias producían, como resultado, que una vez excluidas tardes de infortunio del uno y del otro, en los restantes, el juicio seguía dividido, oyéndose solo afirmar que *Espartero* toreaba menos que *Guerrita*, pero mataba más que éste.

Tal era la consecuencia del juicio comparativo en el período de tiempo que media desde la revelación del *Espartero* á la alternativa de *Guerrita*, y si en la actualidad hubiéramos de emitir nuestro parecer, concretando las apreciaciones, eludiríamos el parangón y solo pronunciaríamos estas frases: *Espartero*, toreaba más que mata; *Guerrita*, mata más que toreaba. Manuel evoluciona en el sentido de aprender á torear con mayor seguridad y fijeza: Rafael se asegura en el tranquilo, y confía más en el momento supremo que en ningún otro para conseguir triunfos. El uno trastea con la izquierda, cuidando brillar con la muleta; el otro se desentiende de las conquistas con el engaño y encamina

sus esfuerzos á cobrar buenas estocadas, que terminen pronto la vida de las fieras.

Su toreo implica la variedad que presta atractivos á la fiesta nacional, y que denomina la afición con la palabra *competencia*. *Espartero* entra al quite, ejecutando suertes marcadas que repite con perfección; *Guerrita* emplea floreos, juguetes y lances varios, cuya amenidad y acabada ejecución, contrastan grandemente con la severidad de Manuel García; el cordobés juega la muleta caprichosamente, sin sugetarse á los preceptos rigurosos del arte, y guiado siempre del deseo de preparar los toros para el golpe de gracia: su mayor certeza está en la espada; el manejo de la muleta es para él cosa secundaria; el sevillano usa de la flámula para defenderse y lograr aplausos, mostrando con ella mayor confianza que en el momento de meter el brazo. A Rafael, un toro quedado, le conviene sobremanera; á Manuel le perjudica grandemente; un cornúpeto que se tape ó desparrame la vista, desluzce á Guerra ante el público; y García se desluzce con una res que desarme ó se quede. Rafael Guerra mata á la perfección los toros aplomados, porque le permiten desarrollar todas las galas de su toreo; y Manuel García ante un toro que se coma el terreno del diestro, lejos de intimidarse, acrecienta y consolida su reputación envidiable de torero pundonoroso.

Son dos figuras perfectamente compatibles dentro del arte y la una sirve de complemento á la otra, sin que jamás puedan ponerse en parangón, á menos que se rebaje considerablemente el mérito de alguno. Este es el origen de la sempiterna discusión *espartero-guerrista* que nunca terminará, porque no hay término de conciliación, donde todo depende del juicio individual. Un espectador se entusiasma con la media verónica del *Espartero*, mientras otro lo censura por la monotonía que envuelve, otorgando sus aplau-

sos más frenéticos á un quite á capote cernido de *Guerrita*. Aquél prefiere algunos pases buenos á la mejor estocada, mientras que éste, se entusiasma al ver morir á un cornúpeto herido por certero golpe, y permanece impávido ante lucida serie de finísimos pases.

Siempre serán acaloradas estas disputas y jamás lograrán convencerse los contrarios: el valor que domina al arte; el arte que domina al valor; hé ahí el origen de tan hondas divisiones, la causa inmediata de tan destempladas controversias y la derivación necesaria de opuestos gustos y temperamentos; cada uno defiende lo que más admira, y su criterio exclusivista rechaza toda observación prudente. El toreo parado es para algunos el único admisible, mientras otros lo juzgan como la mascarilla que encubre tosca incapacidad, concediendo su aprobación al alegre y fecundo en lances, que los primeros consideran propio de temperamentos poco varoniles, cuya falta de valor se disimula por mil ingeniosos recursos, que entretienen al espectador y alejan del artista el riesgo que envuelven las suertes precisas marcadas por el arte.

Las discusiones no cesarán nunca, y si alguna vez terminasen, las fiestas de toros perderían mucho en animación. Ved si nó una corrida jugada por lidiadores del mismo estilo, y por sobresalientes que sean sus cualidades, no despertará el entusiasmo que aquella otra cuyos actores pertenezcan á diversas escuelas, aunque sus condiciones sean menos relevantes. Las opiniones contrarias engendran los partidos, y los partidos mantienen la fiesta nacional.

El *Espartero* ejecuta, ante los públicos, un toreo empírico que tiene por base el aplomo y por defensas la vista torera y el engaño: el limitado número de lances que lo forman, se encaminan á rendir á la fiera con el mayor lucimiento; su mérito principalísimo consiste en la originalidad

que revela la ejecución, y siempre que Manuel García *ofrezca lo suyo*, llamará la atención de los aficionados, y éstos le considerarán y mimarán como á diestro de valía. Rafael Guerra luce un toreo exuberante; para cada toro una faena, para cada faena un lance, y para cada lance un floreó ó un juguete; su estilo es ameno y divertido, variado hasta la exageración y segurísimo en resultados prácticos. A esto agrega un modo peculiar de estoquear, que si no es el volapié neto, por la velocidad inconcebible que desarrolla y por lo poco que el diestro se entrega, puede aceptarse en gracia á la brevedad y seguridad que adquirió en su ejercicio; la base de su toreo, el conocimiento de las reses, sus defensas, las facultades orgánicas y la vista torera. Manuel desconoce á los públicos y muestra gran apego á su escuela, á lo que pudiéramos llamar su rutina; *Guerrita* domina la plaza, todo en él obedece al deseo de ser breve obteniendo aplausos, y consecuente con su propósito, lo mismo recurre á una que otra suerte, con tal de conseguir su objeto.

Sin embargo, á fuer de veraces, hemos de consignar que si estudiamos en globo una temporada cualquiera, veremos que *Guerrita* tuvo en ella mayor número de tardes afortunadas que el *Espartero*, y entre otras muchas, hay dos razones que explican el fenómeno. Rafael es torero más general y de mayor defensa; cuando la fortuna no le sonrió en los pases y estocadas, las banderillas le proporcionan aplausos; si un toro quiere coger, se deshace de él brevemente y con precauciones, evitando el aburrimiento del público, que si no aplaude en estos casos, tampoco censura. Además, y esta es la segunda razón; el ganado que hoy se corre, por regla general, llega al último tercio falto de poder y quedado, ya por la mala lidia, ya por su corta edad, y en esas condiciones, se aviene mejor al toreo de *Guerrita* que llega, que al de García que aguarda.

Las diferencias apuntadas producen el efecto de que se considere por algunos que no hay ni puede haber competencia entre los dos matadores; pero si se reflexiona un poco, ha de concederse la realidad de esta lucha, la existencia del antagonismo, y la casi paridad de méritos que adornan á los espadas *Espartero* y *Guerrita*.

Que la afición aparece dividida cuando se trata de conceder la supremacía á uno de ellos, es cosa fuera de duda; que la masa de público que acude á todas las corridas por pasar el rato, prefiere á *Guerrita*, es cosa también indudable y fácil de explicar, si se tiene en cuenta que su toreo es más variado y numeroso en ardidés, y su presencia en el redondel menos expuesta á sucesos desagradables, que la de cualquier otro diestro. *Guerrita*, por último, se hace aplaudir de todos por su toreo alegre y de adorno, observándose en él, con relación al *Espartero*, el mismo fenómeno que con *Lagartijo* y *Frascuélo*. Dos faenas igualmente notables ejecutadas por *Espartero* y *Guerrita*, deberían ser aplaudidas lo mismo; pero no sucede así. A Guerra lo admiran todos los buenos aficionados, y la masa del público, extraña, por decirlo así, al conocimiento del arte tau-rino; á García le aclaman los buenos aficionados y nada más, porque la sobriedad de su escuela y la continua exposición del diestro, desagrada al grupo de espectadores que asiste á la plaza á observar si el aguacil recoge ó nó la llave; si un lidiador salta bien ó mal la barrera; si la música toca ésta ó la otra composición, á quienes, más que una buena estocada ó un excelente pase, regocija y divierte que el cornúpeto trasponga la valla llevando el pánico á los individuos de policía, operarios y vendedores ambulantes. Esta es la razón que explica la diferencia, que en punto á los aplausos, se nota al comparar faenas que con igual habilidad ejecuten ambos diestros.

Prescindiendo de la masa que aplaude ó censura lo que no entiende, los aficionados sensatos están muy divididos en las apreciaciones, concediendo unos sus simpatías á *Espartero* y otros á *Guerrita*, sin que la división en estos partidos se muestre con las escandalosas alharacas y crueles diatribas que usaron los partidarios de algunos diestros en la antigüedad; hoy todos convienen en que con respecto á matadores, no puede reunirse un cartel que ofrezca mayores atractivos que aquél en que figuren unidos estos dos nombres: *Espartero* y *Guerrita*. Ningún *esparterista* prescinde de Rafael; ningún *guerrista* elimina de la combinación al *Espartero*, y esta conducta de los dos bandos, es el fiel reflejo de la que observan sus jefes ligados por estrecha amistad, que reconoce por base el compañerismo afectuoso y sincero.

Cuando estos adversarios se presentaron en los circos, las discusiones entre los respectivos apasionados fueron violentas, sus perniciosos efectos llegaron al redondel, y por tanto, á oídos de los dos espadas, los cuales, comprendiendo sus intereses, prescindieron en absoluto de la contienda de sus parciales, y la unión más afectuosa cada día determinó la sincera amistad que hoy los relaciona, hasta tal extremo, que Manuel y Guerra constituyen para todos los aficionados una personalidad. Observad cómo se conducen en el redondel ambos diestros: cuando *Guerrita* ordena, Manuel no recava su autoridad de jefe, antes al contrario, contribuye con sus esfuerzos á que se cumplan los mandatos de aquél. Guerra procura no realizar intrusiones, y el reflejo de esta armonía, es el mayor orden; si el uno trabaja, el otro observa á corta distancia para acudir en su auxilio tan pronto como sea preciso; si Manuel se obceca, Rafael le aconseja; si éste se deslucе con un toro, tan pronto como dobla, aquél ordena al *Sargento*, su diestro puntillero,

que funcione para asegurar la res; así dan ejemplo, fomentan intereses comunes y destierran las luchas africanas que sostuvieron en otra época contrarios encarnizados.

Retirado *Frasculo*, sus partidarios vinieron á engrosar las filas *esparteristas*; los de *Lagartijo*, eran á la vez secuaces de *Guerrita*, y allá por el año 91, cuando entre los dos Rafaeles hubo ligeros rozamientos, la fracción *lagartijista* de la Corte, privada de su ídolo en aque'lla temporada, en su mayor parte abandonó á Guerra y vino á sentar plaza en la tropa de Manuel, dando como resultado esta evolución, que *Guerrita* quedó casi solo, y el *Espartero* se vió aclamado como heredero de la doble corona *lagartijo-frascuelista*. Vuelta el agua á su nivel, Guerra reforzó la hueste con los desertores voluntariamente presentados, sucedió en el califato, y desde entonces, pasea triunfante el glorioso pendón *lagartijista*.

Las muestras de simpatías se otorgan por igual á ambos diestros; las empresas ambicionan sus contratas, y los públicos más entendidos procuran reunirlos todos los años en sus renombradas fiestas, para aplaudir el trabajo de los dos. Quizá sea esta la prueba más elocuente de la exactitud de nuestra opinión, y si después de todo cupiese alguna duda sobre el punto, la exploración de la *voluntad nacional* manifestada por el *plesbicito*, nos diría que uno solo no basta, que los dos se complementan.

A *Espartero* y *Guerrita* puede comparárseles con una cantidad formada por dos cifras iguales; son, por ejemplo, el número, 11 y concédase á Manuel el primer lugar, ú otór-guesele á *Guerrita*, siempre tendremos el número 11, que expresará idéntico concepto, dado que el cambio no influye en la totalidad. Además, esa reunión en el guarismo dá realce á los números y les presta valor, que por sí solos no tienen; retirad de la combinación *Espartero-Guerrita* á cual-

quiera de estos diestros, juzgadles por separado, y nunca les concedereis el mérito que cuando trabajan juntos. Ocurre lo mismo que si descomponéis el número 11 en sus dos cifras, tendreis dos unos, sí, pero han perdido considerablemente su valor por desbaratar el todo que formaban, cuya expresión era diferente y superior á la de los números aislados.

Con pocas palabras podíamos hacer el retrato de los dos espadas, y abrigamos la convicción de que con solo repasar sus cualidades los conocerá el menos avisado: valor, vista torera y arte, en el orden que van expuestas, son las notas que individualizan al uno; facultades, arte y valor las que caracterizan al otro; dando cierta elasticidad á los vocablos, podemos decir que *Espartero*, es torero de genio; y *Guerrita*, un diestro de arte; y como decía un célebre escritor taurino, entre dos lidiadores que ofrecen esas cualidades, hay la diferencia de que la vida artística del que posee la segunda es más larga y bastante menos expuesta, que la de aquel otro que sobresale por su genio.

Para concluir esta parte, vamos á copiar ciertos juicios publicados por *El Torero*, de Madrid, y que se atribuyen á *Frasculo*:

«Córdoba tiene un gran torero en toda la extensión de la palabra, uno de los que formarán época, de gran vista, de gran corazón, de muchos conocimientos, incansable y ganoso de palmas: *Guerrita*. Sevilla puede también estar orgullosa con el *Espartero*, uno de los hombres de más corazón que he visto. ¡Lástima que yo tenga tantos años y él tan pocos! Crea usted que si está conmigo dos temporadas *Espartero*, los públicos hubieran visto grandes cosas.... ó estaríamos los dos enseñando tauromaquia á los santos apóstoles,

APÉNDICE Á LA OBRA "ESPARTERO Y GUERRITA" POR SELIPE

CUADRO ESTADÍSTICO DE LAS PRINCIPALES COGIDAS QUE HA SUFRIDO MANUEL GARCÍA (a) EL ESPARTERO

NÚMERO	AÑO	MES	DÍA	PLAZA	SEÑAS DEL TORO	Lugar en que se lidió	NOMBRE DEL GANADERO	MOMENTO DEL PERCANCE Y OBSERVACIONES	NÚMERO	AÑO	MES	DÍA	PLAZA	SEÑAS DEL TORO	Lugar en que se lidió	NOMBRE DEL GANADERO	MOMENTO DEL PERCANCE Y OBSERVACIONES
1	1885	Agosto	2	Sevilla	VELUTO: negro zaino, cornicorto y cornabierto.	3.º	D. Joaquín Pérez de la Concha	Al entrar á matar fué derribado en el encontronazo (1).	39	1889	Abril	26	Sevilla	Negro bragado, bien puesto núm. 43.	4.º	Viuda de Concha y Sierra	Al colocar la montera en el testuz fué volteado.
2	"	Agosto	19	Olivares (Sevilla)	NOVILLO.	1.º		Mientras toreaba de multa, volvió la cara, se le arrancó el bicho y lo volteó, dándole varios varetazos.	40	"	Abril	25	Sevilla	Negro meano, bien puesto.	1.º	D. Antonio Miura	Al dar un pase derecha es cogido sufriendo un fuerte varetazo en el antebrazo derecho y sacando rota la taleguilla.
3	"	Agosto	23	Sevilla	GRULLITO: negro, meano, mogón del derecho.	6.º	Marquesa del Saltillo	Al poner un par de banderillas (2).	41	"	Junio	2	A'geciras	SALTADOR: negro bragado bien puesto y astillado del derecho.	2.º	Viuda de Concha y Sierra	Cogido al dar un pase.
4	"	Agosto	30	Alcalá de Guadaira (Sevilla)	ARRIERO: negro, bien puesto, núm. 92.	1.º	D. Diego y D. Pablo Benjumea	Lo volteó á la salida de un quite, rompiéndole la taleguilla.	42	"	Junio	16	Palma de Mallorca	PROVINCIANO: castaño claro de hermosa lámina.	4.º	Carriquiri	Cogido en el último tercio (16).
5	"	Septiembre	8	Fuente Heridos	MORITO: negro azabache.	1.º	D. José Tinoco	Al hacer el primer quite resbala y es enganchado por la espalda y arrastrado a'gún terreno.	43	"	Junio	30	Barcelona	BEATO: castaño meano número 82.	1.º	Marquesa del Saltillo	Lo volteó sin consecuencias.
6	"	Septiembre	19	Zalamea la Real	TINTORERO: castaño, negro, cornicorto y cornabierto.	1.º	D. Juan J. González Nandín	Al dar un volapié (3).	44	"	Agosto	28	Tarazona de Aragón	VA'ENCIA: negro bragado, bien puesto, núm. 21.	5.º	Gota	Al dar un pase recibe una cornada de consideración en la parte anterior y superior del muslo izquierdo.
7	"	Octubre	11	Sevilla	JAQUETA: negro, bien puesto y C. ANITO, negro bragado, bien puesto.	4.º	D. Antonio Miura Idem	En un quite. Corriéndolo. (4).	45	"	Noviembre	3	Valencia	ARTILLERO.	2.º	Marquesa del Saltillo	Al estoquear (17).
8	"	Octubre	14	Madrid	AVELLANO: colorado, bragado, ojinegro y corniveleto.	2.º	D. Francisco Pacheco	Lo volteo al querer recortarlo capote al brazo.	46	1890	Abril	27	Castellón de la Plana	MORITO: negro bragado, bien puesto, núm. 21.	5.º	Viuda de Concha y Sierra	Cogido sin consecuencias al hacer un quite al picador Ca o.
9	"	Octubre	29	Sevilla	ZAPATERO: negro, zaino de libras y bien puesto.	1.º	Marquesa del Saltillo	Al dar un volapié (5).	47	"	Mayo	26	Córdoba	VIZCAINO: berrendo en negro corniveleto, núm. 65.	1.º	D. Rafael Molina	Al estoquear (18).
10	1886	Feb. ero	21	Sevilla	MONACILLO: negro cornicorto.	5.º	D. Francisco Pacheco	En un quite lo engancha y suspende rompiéndole la taleguilla.	48	"	Agosto	2	Alicante	SEVILLANO: negro bien puesto.	3.º	D. Eduardo Ibarra	Al estoquear (19).
11	"	Mayo	14	Málaga	Negro mulato, astifino, bien puesto.	1.º	Viuda de Muruve	Al terminar un quite (6).	49	"	Agosto	15	San Sebastián	ASESINO: colorado bien puesto.	6.º	Espoz y Mina	Al estoquear fué enganchado por el muslo derecho, recibiendo un fuerte varetazo y sacando deshechas las taleguillas.
12	"	Junio	3	Sevilla	CASTILLEJO: negro isón bien puesto.	5.º	Idem	En un par de banderillas fué enganchado y volteado, sacando rota la taleguilla. Estaba convaleciente de la herida que recibió en Málaga.	50	"	Sep. iembre	16	Aracena	GALGUITO: negro bragado listón bien puesto número 94.	1.º	Viuda de Concha y Sierra	Cogido sin consecuencias al meter el brazo.
13	"	Junio	4	Madrid	VENENO: colorado listón, ojo de perdiz, cornicorto y cornabierto.	3.º	D. Diego y D. Pablo Benjumea	En un pase con la derecha lo coge sin consecuencias.	51	1891	Marzo	22	Madrid	ALBUQUERQUE: negro bragado listón bien puesto número 94.	5.º	Marquesa del Saltillo	Lo coge y derriba al entrar á matar.
14	"	Junio	6	Valencia	VOLANDERO: retinto, negro, bien puesto.	5.º	Puente López	Cuando se preparaba para estoquear se le coló el bicho y le rompió las taleguillas.	52	"	Abril	6	Madrid	GALFOTE: negro bragado bien puesto.	5.º	D. José A. Adalid	Lo alcanza al meter el brazo infiriéndole una contusión en el cuello y clavícula izquierda.
15	"	Junio	10	Madrid	TORTOLILLO: negro bragado meano y cornicorto.	3.º	D. Antonio Miura	En un quite al picador Moreno es derribado, recogido y volteado.	53	"	Abril	20	Sevilla	ABETARDO: castaño bien puesto.	5.º	D. Antonio Miura	Al estoquear recibió dos varetazos en el pecho y otro en la nalga izquierda que le subió á todo lo largo de la espalda.
16	"	Junio	20	Málaga	FINITO: negro, caravaca, núm. 26 y VENENO, castaño lombardo y de 500 libras núm. 17.	5.º	Viuda de Barionuevo Idem	Le engancha y suspende al darle un pase de pecho. Le volteo al intentar un pase de pecho.	54	"	Mayo	10	Madrid	AVELLANITO negro zaino número 60.	2.º	D. Anastasio Martín	Al intentar el descabello, es derribado, sufriendo un pisotón en la parte interna de la pierna derecha.
17	"	Junio	23	Murcia	Negro bien puesto.	7.º	Marquesa del Saltillo	Se estrechó tanto en la reunión, que le arrancó la res parte de la taleguilla de las dos piernas.	55	"	Mayo	25	Córdoba	ALBONDIGUITO: negro bragado corniveleto núm. 3.	1.º	D. Rafael Molina	Al meter el brazo (20).
18	"	Junio	24	Murcia	Cárdeno claro cornabierto.	4.º	D. Antonio Miura	Al entrar á matar lo volteo sin consecuencias.	56	"	Junio	14	Madrid	GATITO: negro bragado, cornipaso.	4.º	D. Antonio Miura	Le suspende y rompe la manga al entrar á matar.
19	"	Julio	2	Madrid	MONTENEGRO: negro bragado albardado, cornicorto y cornabierto.	4.º	D. José Torres y Díez de la Cortina	Le derriba en un pase por alto y le rompe la taleguilla en uno cambiado.	57	"	Junio	28	Vinaroz	JARDINERO: colorado corniapretado.	6.º	Ripamillán	Al correrlo, resbala ante la cara, hace el cornipeto por él y le pisa diferentes veces.
20	"	Julio	11	Puerto de Santa María	AGUARDENTERO: castaño claro, ojinegro, bien puesto.	6.º	D. Rafael Surga	Al dar un volapié (7).	58	"	Agosto	2	Alicante	SALINERO: sardo bien puesto.	1.º	D. Antonio Miura	Al dar un volapié (21).
21	"	Agosto	25	Almagro	Negro meano, caído de la quierda núm. 81.	6.º	D. Diego y D. Pablo Benjumea	Lo volteo sin consecuencias al dar un volapié.	59	"	Agosto	16	Cazalla de la Sierra	RELOJERO: berrendo en colorado capiote bien puesto.	1.º	Viuda de Concha y Sierra	En un quite (22).
22	"	Septiembre	19	Madrid	LOBITO: castaño albardado, cornicorto y recogido de deshechas.	4.º	D. Enrique Salamanca	Lo engancha por la manga y suspende algunos instantes al entrar á matar.	60	"	Septiembre	4	Daimiel	NAVARRO: retinto albardado, cornalón y apretado.	3.º	D. Anastasio Martín	Al terminar un quite (23).
23	"	Septiembre	28	Sevilla	PERCHERO: negro zaino cornicorto, núm. 26.	3.º	D. Anastasio Martín	Al entrar á matar (8).	61	"	Octubre	4	Madrid	VERDUGO: colorado, ojo de perdiz, bien puesto.	1.º	D. Félix Gómez	Al meter el brazo recibió una herida de tres centímetros de largo y de bastante profundidad en la parte superior de la muñeca izquierda. Continuó toreando.
24	"	Diciembre	26	Sevilla	CRISTALINO: negro bragado cornicorto.	3.º	D. Antonio López Plata	Al dar un volapié es enganchado sacando rotos el chaleco, faja, camisa y camiseta.	62	"	Octubre	16	Guadalajara	PAQUETE: berrendo en negro corniapretado, bizzo del izquierdo, núm. 115.	3.º	Ripamillán	En un pase cambiado fué enganchado por la faja y suspendido (24).
25	1887	Julio	17	Cabra	BOTICARIO: retinto, cornicorto y cornabierto.	3.º	D. Atanasio Linares	Al entrar á matar (9).	63	1892	Mayo	1	Madrid	SANGUIJUELO: negro corniapretado.	6.º	D. Antonio Miura	Al estoquear fué enganchado por la manga de la chaquetilla sacándola deshecha.
26	"	Agosto	31	Málaga	FLOR DE JARA: cárdeno entreplado.	6.º	D. Antonio Miura	Le volteo al arrancarse á matar.	64	"	Mayo	8	Madrid	FANDANGUERO: berrendo en negro, bien puesto.	2.º	D. Felipe de Pablo Romero	Se le arrancó cuando se preparaba para el volapié y lo volteó sin consecuencias.
27	"	Septiembre	4	Barcelona	LEON.	4.º	D. Fernando Concha y Sierra	Es cogido sin consecuencias cuando se preparaba para el volapié (10).	65	"	Mayo	27	Córdoba	HERRADOR: castaño oscuro bien puesto.	5.º	Viuda de Barionuevo	Cuando toreaba de muleta lo enganchó y derribó dándole un fuerte pisotón en el vientre y rompiéndole las taleguillas.
28	"	Octubre	10	Barcelona	CONEJITO: negro lombardo, careto meano botinero y cornicorto.	7.º	D. Diego y D. Pablo Benjumea	Cogido y volteado al dar un pase (11).	66	"	Junio	5	Madrid	PAQUETE: berrendo en negro corniapretado, bizzo del izquierdo, núm. 115.	5.º	D. Rafael Molina	Lo coge y derriba al entrar á matar.
29	1888	Abril	15	Sevilla	Negro meano cornicorto.	1.º	D. José Orozco	Al entrar al volapié recibe un fuerte varetazo en el pecho.	67	"	Junio	26	Barcelona	GORDITO: retinto oscuro bragado corto y abierto de pitones, y despitornado del derecho.	3.º	Viuda de Concha y Sierra	Lo encunó y derribó al entrar al volapié (25).
30	"	Abril	20	Sevilla	CARNICERO: negro bien puesto.	7.º	Marquesa del Saltillo	Lo volteo al hacer un quite.	68	"	Julio	9	Pamplona	RUMBOSO: negro bragado corniveleto.	5.º	Zaldondo	Al descabellar con la puntilla (26).
31	"	Mayo	6	Barcelona	GITANITO: colorado, cornigacho.	1.º	D. José Manuel de la Cámara	Lo volteo al entrar á matar.	69	"	Julio	23	Valencia	TESORERO: chorreado en verdugo, bien puesto.	2.º	Duque de Veragua	Toreando de muleta (27).
32	"	Mayo	21	Ronda	CASTAÑITO: castaño oscuro, listón bien puesto, número 105.	1.º	Idem	En un pase natural (12).	70	"	Julio	25	Valencia	NEGRO bien puesto.	5.º	D. Antonio Miura	Toreando de muleta es perseguido y derribado sin consecuencias.
33	"	Junio	10	Madrid	COCINERO: jabonero corniapretado.	3.º	Duque de Veragua	Lo cogió sin consecuencias cuando trataba de arreglarle la cabeza.	71	"	Agosto	7	San Sebastián	TESORERO: chorreado en verdugo, bien puesto.	1.º	D. Jorge Díaz	Lo cogió al entrar á matar (28).
34	"	Julio	8	Castellón de la Plana	CURIOSO: colorado retinto, bien puesto.	1.º	Puente López	Al entrar al volapié (13).	72	"	Agosto	23	Valdepeñas	PELUQUERO.	6.º	Duque de Veragua	Al entrar á matar fué cogido recibiendo un rasguño en el pecho, que no fué cornada mortal por salir el toro muerto de las manos.
35	"	Julio	23	Valencia	CORSARIO: negro lombardo, bragado coliblanco.	6.º	Duque de Veragua	Preparándose para entrar á matar (14).	73	"	Septiembre	7	Murcia	MILAGROSO: negro cornalón.	1.º	Viuda de Concha y Sierra	Al dar un volapié fué enganchado y recibió un tremendo varetazo en el pecho, muriendo el toro instantáneamente.
36	"	Septiembre	24	Barcelona	CORSARIO: negro lombardo, bragado coliblanco.	4.º	Aleas	Lo volteo al dar un pase.	74	"	Octubre	2	Valencia	JARDINERO: colorado, ojo de perdiz, de cornamenta larga y afilada.	5.º	D. José Orozco	Lo engancha por la espalda al entrar á matar.
37	"	Noviembre	18	Sevilla	FLAMENCO: negro bragado y bien puesto.	5.º	Sres. Arribas hermanos	Le rompió las taleguillas al dar un volapié.	75	"	Octubre	17	Zaragoza	TESORERO: cárdeno salinero bien puesto.	7.º	Viuda de López Navarro	Lo cogió sin consecuencias al dar una verónica.
38	1889	Enero	20	Sevilla	Castaño, ojo de perdiz y asilado.	4.º	D. Antonio Miura	Al dar una verónica (15).	76	"	Octubre	23	Sevilla	TESORERO: cárdeno salinero bien puesto.	3.º	Duque de Veragua	Cogido al entrar á matar (29).
									77	1893	Abril	10	Lorca	PANADERO: colorado claro, ojo de perdiz, de cornamenta larga y afilada.	5.º	D. Antonio López Plata	Cogido cuando trasteaba de muleta (30).
									78	"	Junio	5	Algeciras		3.º	D. Eduardo Ibarra	Toreando de muleta es cogido y pisoteado recibiendo varias contusiones.
									79	"	Junio	18	Barcelona		3.º	D. José M. de la Cámara	Toreando de muleta (31).
									80	"	Agosto	15	Badajoz		5.º	Viuda de Concha y Sierra	En un quite es cogido resultando con varias contusiones.
									81	"	Agosto	25	Almagro		6.º	D. Eduardo Miura	Cogido en el primer tercio (32) y (33).

NOTAS.—A—Las llamadas que obran en la última casilla de este cuadro, deben evacuarse consultando al efecto los respectivos apéndices que vienen á continuación. B—En la imposibilidad de adquirir algunos datos, hemos creído preferente consignar ciertas cogidas incompletas, mejor que prescindir de ellas. C—Con el propósito de consignar temporadas enteras, el presente estado solo llega hasta fines de 1893.



COGIDAS DE "EL ESPARTERO"



APÉNDICES.

(1) En esta misma tarde al matar el séptimo toro, llamado *Fantasia*, negro, entrepelado en cárdeno y bizco del izquierdo, se hirió con el estoque la mano derecha, pero continuó trabajando hasta concluir.

(2) Varios espectadores pidieron que banderilleasen los espadas, y *Espartero*, en su afán de complacer, tomó los palos. El bicho conservaba muchos piés y cortaba el terreno, por lo que al colocar Manuel el primer par, fué enganchado y volteado, lastimándose en la caída la muñeca derecha. Esta lesión le tuvo imposibilitado hasta el 10 de Septiembre, y aunque antes de esta fecha tomó parte en dos corridas, desempeñó su cometido con grandes esfuerzos.



COGIDAS DE "EL ESPARTERO"



APÉNDICES.

(1) En esta misma tarde al matar el séptimo toro, llamado *Fantasia*, negro, entrepelado en cárdeno y bizco del izquierdo, se hirió con el estoque la mano derecha, pero continuó trabajando hasta concluir.

(2) Varios espectadores pidieron que banderilleasen los espadas, y *Espanero*, en su afán de complacer, tomó los palos. El bicho conservaba muchos piés y cortaba el terreno, por lo que al colocar Manuel el primer par, fué enganchado y volteado, lastimándose en la caída la muñeca derecha. Esta lesión le tuvo imposibilitado hasta el 10 de Septiembre, y aunque antes de esta fecha tomó parte en dos corridas, desempeñó su cometido con grandes esfuerzos.

(3) La cogida que á continuación relatamos, fué verdaderamente el bautismo de sangre de Manuel García (a) el *Espartero*. Habíase anunciado una media corrida de novillos del Sr. Nandín, lidiada por el *Espartero* y su cuadrilla. A las cuatro en punto comenzó la fiesta, y 35 minutos después, ingresaba en la enfermería Manuel, al mismo tiempo que arrastraban al primer novillo; el hecho ocurrió del modo siguiente: rompió plaza un hermoso toro de seis años y cuatrocientas tres libras y media. Los dos primeros tercios de la lidia transcurrieron sin novedad, y al llegar al último, aprovechando el bicho la figura irregular de la plaza, se colocó en defensa en la puerta del chiquero; cuantos medios se pusieron en práctica, resultaron completamente inútiles, y viendo que pasaba el tiempo sin conseguir que abandonara el toro su querencia, se decidió el *Espartero* á estoquearlo, y en efecto, se dejó caer sobre el morrillo, recibiendo una herida dislacerante de tres á cuatro centímetros de extensión, por otros tantos de profundidad, situada en la unión del tercio medio con el inferior del muslo derecho y en su cara interna. La cogida era inevitable: sólo un aficionado deseoso de palmas se hubiera atrevido á entrar en aquel sitio estando el toro humillado y cargando el espada de salida. La estocada fué hasta la bola y perfecta en su colocación, así es, que tan pronto como el toro volteó al diestro, cayó sin puntilla. Este bien criado animal, se llamaba *Tintorero*, y no *Gallardo*, como equivocadamente se dijo en varios periódicos, y era oriundo de la vacada del Sr. D. Plácido Comesaña.

El *Espartero* fué retirado del redondel y conducido á la enfermería, donde se averiguó que no había facultativos encargados de la asistencia de los heridos, permaneciendo en aquel departamento hasta que vino el médico de un pueblo inmediato, y le practicó la primera cura. A más de

la herida descrita anteriormente, recibió un terrible porrazo en la cabeza, y de no haber sido el toro mogón del cuerno derecho, la cogida hubiera tenido funestas consecuencias.

(4) En la primer cogida fué lanzado contra la barrera, arrollándole los vendajes que llevaba puestos sobre la herida que recibió en Zalamea, y que aún estaba por cicatrizar. En esta disposición, continuó trabajando y al correr al toro cuarto que tenía mucha codicia, le comió este el terreno, lo enganchó por la faja, se lo acostó en los morrillos y le tiró varios derrotes. El diestro cayó al suelo llevando empapadas en sangre las taleguillas color canario y la faja rosa, y no bien pudo levantarse, recogió el capote que estaba delante del toro, citó á éste, le dió un recorte y un puñetazo seco en el testuz, saliendo de la suerte jugueteón, con la alegría retratada en el semblante, é indicando al público por señas que nada le había sucedido. El estupor de los espectadores cesó y *Espartero* recibió una ovación comparable solo en magnitud al susto que hizo pasar. La música prestó con sus acordes animación al suceso, y hasta el fin de la corrida, comentose en la plaza el accidente ocurrido durante la lidia del cuarto toro.

(5) El diestro se acostó materialmente en el morrillo y recibió «una herida de seis centímetros en el tercio inferior de la pared antero-lateral derecha del abdomen, interesando la piel fascia superficial y capa celulosa, y una pequeñaísima rama de la arteria subcutánea abdominal.» Mató este toro por cesión de *Frasculo*.

(6) Recibió una cornada profunda, de bastante extensión, calificada de grave y de pronóstico reservado en la parte media é interna del muslo derecho con dirección de dentro á fuera. El hecho ocurrió del modo siguiente: el

Espartero dió al bicho media verónica, y confiado en que no se le arrancarfa, quedó parado delante de la cara de la res y con el capote sobre la cadera; pero el animalucho se le coló y le ocasionó la herida relatada.

Algunos periódicos aseguraron que el *Espartero* fué cogido al trastear de muleta alcornúpeto cuya muerte le cedió *Lagartijo*; pero esta versión es errónea, y su falsedad se demuestra, con solo fijarse en que Rafael Molina cede á Manuel García la muerte del primer toro lidiado en Murcia el dia 23 de Junio de 1886, prueba evidente de que no había usado antes de esta atención, por impedirlo la prematura cogida del *Espartero* en la suerte de varas del primer toro corrido en Málaga el 14 de Mayo.

(7) Esta cogida es, según manifestación del propio interesado, la más grande de cuantas ha sufrido. Le ocasionó las siguientes heridas: una de siete centímetros de longitud por tres de profundidad, en el tercio medio é interno del muslo izquierdo; otra en el hipogastrio derecho de dos centímetros y medio de longitud, interesando la piel y tejido celular y superficial; y otra circular en el pene, de cuatro centímetros, con pérdida de sustancia y no interesando más que la piel. Según el parte facultativo, emitido por el doctor Barra, todas las heridas fueron consideradas como leves. Además recibió el diestro dos fuertes varetazos que le molestaron muchos días.

Conducido el *Espartero* á la enfermería, promoviose un fuerte altercado sostenido entre los parientes y amigos del diestro y los facultativos que habían de practicar la primera cura. Creían éstos indispensable coser las heridas, y al verificarlo encontraban en aquéllos tenaz resistencia. La oposición llegó al escándalo, y la autoridad intervino mandando detener á varios de los alborotadores, con cuya medida

cesó el conflicto, y los facultativos ejercieron su profesión tranquila y sosegadamente, aplicando al herido los remedios que creyeron más oportunos. A consecuencia de la tardanza en curar, motivada por la disputa, Manuel perdió gran cantidad de sangre, fué acometido de varios síncope y tardó mucho tiempo en restablecerse de tan funesta herida. Sin embargo, la mala estrella no paró aquí. Para esclarecer los sucesos ocurridos en la enfermería, se instruyeron en el Puerto diligencias judiciales, y al cumplimentarse un exhorto dirigido á Sevilla, fué llamado á la judicial presencia Manuel García, el que desconocedor del objeto de la diligencia, hubo de bromear y extralimitarse con palabras inconvenientes ante el señor Juez, dando por resultado tales chanzas, la formación de la oportuna causa y la condena de un mes y un día de arresto mayor, que por el delito cometido, le impuso el Tribunal Supremo, y que Manuel cumplió en la cárcel de Sevilla.

(8) Le ocasionó una herida dislacerante en el tercio medio del muslo derecho, de cinco pulgadas de extensión que interesaba la piel, tejido celular y capa superficial de músculos, de pronóstico reservado. La faena de muleta que empleó en este toro, es sin duda la más notable de cuantas ha ejecutado; llegó su confianza hasta el extremo, de dar un magnífico pase de pecho, teniendo ambas rodillas en tierra.

(9) Recibió una cornada en la parte anterior interna del muslo derecho, de nueve centímetros de longitud por cuatro de profundidad y de pronóstico grave. El toro se hallaba aculado en las tablas y con la cabeza metida entre las manos; la primera estocada produjo su efecto, y la res herida de muerte no acababa de doblar por más esfuerzos que hacía la cuadrilla. Una parte del público comenzó á dar

muestras de desagrado, y para contenerlas se dejó caer Manuel García sobre la cabeza del bruto; el que con un ligero movimiento le causó la herida mencionada. Julián y Malaver llevaron á su matador á la enfermería, colocándole el segundo, durante el trayecto, la mano en la herida para evitar la salida de sangre que manaba á torrentes. La circunstancia de estar escobillado *Boticario*, del pitón derecho, hizo que la cogida revistiera caracteres alarmantes. Manuel quedó aletargado y el toro murió á manos de *Guerrita*.

(10) En esta misma tarde, y durante la lidia del sexto toro que se jugó de noche, fué alcanzado y derribado dos veces cuando toreaba de muleta.

(11) El *Espartero* quedó en el suelo, y Mazzantini, que acudió presuroso al quite, chocó con la espaldilla de la res, cayendo también: ambos espadas resultaron ilesos milagrosamente. Algunos revisteros llaman á este toro *Galguito*, en vez de *Conejito*, como hemos consignado en el cuadro.

(12) Fué enganchado con el pitón izquierdo, zaran-deado y lanzado á gran distancia; la cuadrilla rodeó al espada instándole á que saliera del redondel, pero Manuel mandó retirar á la gente, y con solo dos naturales, se dejó caer sobre corto con una magnífica estocada que hizo doblar al cornúpeto. Retirado á la enfermería, se observó que tenía un fuerte varetazo en el muslo derecho y un puntazo leve en la parte superior externa del mismo muslo, de abajo arriba y de pulgada y media de extensión, que interesaba la piel y una pequeña parte del tejido. Invirtióse en su curación el mismo tiempo que duró la lidia del segundo toro, que murió á manos del sobresaliente *Paco de Oro*, y antes de salir el tercero, se presentó en la plaza Manuel,

que siguió toreando hasta terminar la corrida. Abundantes palmas cosechó en la tarde, pues, estoqueó tres toros y tuvo la fortuna de cobrar tres superiores volapiés y un pinchazo.

(13) Fué enganchado con el pitón derecho, suspendido y volteado por encima de la cabeza y vuelto á recoger y á ser arrojado nuevamente, sacando en la faja ¡19 agujeros! Tan imponente cogida, proporcionó al diestro algunos varetazos, una ovación extraordinaria y la oreja del enemigo. El sexto toro de esta misma tarde, le arrancó los alamares de la chaquetilla al salir de un ceñido volapié.

(14) Esta cogida puso de manifiesto cuán grande es su valor y lo poco que le preocupan las cornadas. Lidiábase el sexto toro, de Veragua, que era grande de veras, de cornamenta ancha y abundante y derrotando muy alto. Después del primer pinchazo, tomó querencia en las tablas, sin que fuera posible sacarle de allí. *Espartero*, en vista de ello, determinó matarlo en las tablas, y cuando se disponía á liar, arrancose el toro, sin darle tiempo ni á volverse, y lo echó al aire dándole dos vueltas completas á bastante altura, viniendo á caer por el rabo.

El animoso diestro se levantó del suelo enseguida y empuñó de nuevo los trastos, pero al primer trasteo, en un derrote del toro, desprendiose una banderilla, viniendo á clavarse en la sien derecha del *Espartero*.

Manuel retirose por su pié á la enfermería, acompañado de dos individuos y sosteniéndose la banderilla con la mano. Una vez extraído el hierro, se le reconocieron las siguientes heridas: «una incisa de dos centímetros de longitud en la sien derecha, que interesa la piel y el tejido celular y ha sido producida por la implantación de una banderilla. Otras tres contusas de forma incisa situadas en la región in-

guinal izquierda; la primera en la parte interior, de tres centímetros; la segunda situada un través de dedo por encima de la anterior, de dos centímetros, y la otra á dos través de dedo por encima de la segunda; las tres solo interesan la piel y tejido celular, comunicando entre sí las dos primeras bajo la piel. Todas estas heridas han sido producidas á la vez por un solo derrote. Pronóstico reservado, y dada la situación de las heridas de la ingle, no puede tomar parte en las restantes corridas.»

La relación de los hechos está tomada de las revistas que escribe el inteligente aficionado *Teorias*, y según ellas, el *Espartero* solo dió á este toro un pinchazo; pero otros revisteros, en nuestro concepto, con más exactitud, afirman que tan pronto como se levantó del suelo, desoyendo las razones de *Lagartijo* y *Frascuelo*, después de varios pases, recetó una estocada hasta la bola. Decimos que esta versión es la más verídica, porque si nó ¿cómo se comprende que para despachar al toro que tantas facultades conservaba, usase Rafael Molina únicamente el descabello? Por esta razón creemos que el percance de la banderilla, no le ocurrió en el primer pase que dió después de estar herido, sino en el primero que siguió á la estocada.

Manuel ocultó á sus compañeros las heridas con el propósito de matar al toro, y lo hubiera conseguido á no ocurrir lo de la banderilla.

(15) Fué cogido y volteado, recibiendo un fuerte varretazo en el pecho, que le produjo ligero rasguño. La corrida se jugaba á beneficio de las huérfanas del célebre picador Juan Román Caro, y el *Espartero* trabajó con grandísimo acierto toda la tarde. El toro que le ocasionó la herida, aunque sacudido de carnes, tenía preciosa lámina y llamaba la atención por su finura. Después de darle muerte

Manuel con gran habilidad, fué arrastrado sobre una estera para no estropear su finísima piel.

Más tarde, apareció disecado con una escultura delante que representaba al *Espartero* en actitud de matar, vestido con el traje grana y oro que llevaba puesto la tarde de la corrida: en esta forma se exhibió en la calle de la Sierpes, de Sevilla, durante algún tiempo, y después llevaron el grupo á la última exposición de París, para cuyo certamen se había preparado. La escultura que representaba á Manuel García, guardaba cierta semejanza con el original, y el toro quedó sumamente encogido.

Sobaquillo, dedica un capítulo de su obra, *De pitón á pitón*, al artístico grupo y ridiculiza la idea con sin igual gracejo.

(16) Un capote inoportuno arrojó al toro sobre el *Espartero*; éste fué enganchado y volteado, cayendo de cabeza; la sangre manaba abundantemente de la herida, cuando lo retiraron á viva fuerza á la enfermería. Reconocido, resultó tener un puntazo en el muslo izquierdo trasversal, de cinco centímetros de longitud y uno de profundidad, interesando la piel y tejido celular, de pronóstico leve; y una fuerte contusión en la parte superior izquierda de la cabeza. El golpe le produjo una especie de congestión que le molestó varios días. En la misma corrida fué inutilizado el sobresaliente *Valencia*, y el último toro murió de siete tiros que le disparó la Guardia civil.

(17) Le dió tan fuerte varetazo en el pecho que le hizo caer dando vueltas. En esta misma tarde, *Dormilero*, lidiado en tercer lugar, lo derribó al entrar á matar y le tiró tres ó cuatro derrotes en el vientre, rompiéndole la faja en varios pedazos. Sin embargo, continuó la lidia, y Manuel mató los seis toros.

(18) Recibió tan terrible varetazo en el brazo derecho que le produjo extraordinaria hinchazón; no quiso retirarse á la enfermería, y durante el arrastre, se rociaba con agua el sitio lastimado. Aquella noche le aplicaron, por prescripción facultativa, docena y media de sanguijuelas, con lo que experimentó algún alivio; *Lagartijo y Guerrita* le aconsejaron no torease al día siguiente, á lo que contestó que se le ofrecía una letra á la vista, y no dejaba de cobrarla. En efecto, el 27, se jugaron reses del Ilmo. Sr. don José Orozco, y Manuel, apesar de las molestias de la lesión, rayó á gran a'tura. Esta cogida, que al principio se estimó de escasa importancia, tardó en curar mucho tiempo, y de ella conserva triste recuerdo en el hueso cúbito. Los toros que mató en la tarde del 26, fueron de gran alzada y mucha romana, tanto que uno pesó 402 kilos.

(19) No pudo vaciar lo necesario por haberse colocado muy cerca, y fué atropellado por el toro, que cayó inmediatamente á sus piés. Le concedieron la oreja. Pasó el diestro á la enfermería á mudarse de camisa, y allí se le vió que tenía del segundo al tercer espacio intercostal, una herida de tres centímetros que interesaba á lo largo la piel, tejido celular y fibras musculares. Después de curado, continuó toreando, y el público no se apercibió de que estaba herido.

(20) Recibió un fuerte varetazo en el brazo derecho que le produjo equimosis grandísima. Entró en la enfermería, donde le vendaron la parte lesionada, y continuó trabajando. Sus faenas, en aquella tarde, jamás se borrarán de la memoria de los buenos aficionados.

(21) Recibió un tremendo palo en el brazo derecho que le produjo derramamiento de sangre. A consecuencia

del golpe, el diestro quedó privado de movimientos en la parte lesionada, y por esta causa la faena se hizo larga; el Presidente, en su vista, le ordenó que descabellara.

¡*Risum teneatis!*

(22) Los detalles de esta cogida los refirió en *El Loro*, de Sevilla, el entusiasta escritor Sr. Gassín y Marín, en un artículo en el cual habla extensamente del entusiasmo que despertó la corrida, de los deseos que había de ver trabajar á Manuel que no toreaba allí desde que tomó la alternativa, y de la fatal coincidencia de que el público, ante el cual mató por primera vez, iba á ser el último que lo viera, pues, la herida puso en grave peligro su vida. Después, agrega: «Por uno de esos accidentes, que no es dado »precaer al diestro más previsor, estuvo á punto de que »tocaran los extremos, convirtiéndose el paroxismo del »gozo, en el paroxismo del dolor, aparte de la defraudación de las risueñas esperanzas acariciadas por los cazallenses de admirar los trabajos taurómacos de Manuel.»

«Efectivamente, sale el primer toro; entra en la primera vara, de cuya suerte sale el animal tan rebosado, que »hace levantar una nube de polvo, en la que se envuelve la »fiera, tropezando con el *Espartero*, que á esta sazón engendraba el quite, y aunque todo ello pasó en un segundo, este brevísimo espacio de tiempo fué bastante para »que el *Espartero* recibiera una cornada, produciéndole una »herida dislacerante en la región mamaria izquierda, de »unos diez centímetros de extensión y dos de profundidad, »en dirección de abajo arriba, por cuya última extremidad »tuvo salida el pitón, por haber tropezado con una de las »costillas.»

«¡Qué situación tan desesperante la del *Espartero*, que »en la primera faena que intenta resulta herido! En la co-

»rrida no había más aliciente que su persona, y complacer
»á sus admiradores y amigos, era, para él, el único interés
»que perseguía prestándose á trabajar esa corrida.»

«¡Cuántos y qué agudos sufrimientos morales y mate-
»riales experimentaba el *Espartero* en aquel momento te-
»rrible! El fracaso era inminente....»

«Para evitarlo, no bastaba el torero valiente, que afron-
»ta el peligro, nó. Era indispensable el valor del héroe que,
»herido en un combate, acomete una empresa superior á
»sus fuerzas, despreciando la sangre que vierte y olvidando
»los dolores que sufre hasta dar cima á su obra.»

«Pues bien; allí estaba ese héroe para conjurar el con-
»flicto provocado por imprevisto accidente; allí estaba el
»*Espartero*.»

»¿Cómo había éste de consentir en la efectividad del
»fracaso, mientras su corazón continuara latiendo y sus
»fuerzas no se negaran á agitar la capa y á esgrimir el esto-
»que? ¡Imposible! Su vida en aquel caso, no la estimaba tan-
»to como la honra que se le dispensaba; y supo correspon-
»der á ella, elevando la suya á una altura incommensurable,
»cimentándola en el heroísmo que durante la corrida ame-
»nazó seriamente su existencia.»

«Así fué realmente: el *Espartero*, que continuó impasi-
»ble tomando parte en la lidia, cuando se dispuso á matar
»el primer toro, después de algunos pases de muleta, cuyas
»evoluciones tuvieron necesariamente que aumentar la he-
»morragia, pidió en el público un pañuelo, lo ciñó á la he-
»rrida y prosiguió su pelea, matando superiormente aquel
»toro y los tres restantes, sin volverse á cuidar más del
»hondo taladro que llevaba en su pecho, no obstante las
»protestas del público.»

«Es más; la muerte de la última res, la cedió al anun-
»ciado sobresaliente *Valencia*, y el piadoso presidente, ape-

»sar de constarle el estado excepcional del *Espartero* por
»el parte facultativo, del que con mucha anterioridad tenía
»conocimiento, estimó conveniente negarse á conceder ese
»alivio al esforzado diestro sevillano, intentando obligarle
»con impiedad notoria á apurar más y más la fecundidad
»de sus fuerzas y á dilatar y acentuar más y más sus dolores
»rosos sufrimientos.»

«Severísima y exigente hasta la exageración fué la conducta de la presidencia, ante la cual el *Espartero*, bañado ya en sangre hasta la pantorrilla izquierda, se apresta á continuar y dar fin con la corrida; y, alentado por titánicos esfuerzos, empuña los trastos que *Valencia* le devuelve, se dirige con increíble serenidad á su último adversario, al que dá muerte con la misma guapeza que á los tres anteriores, haciendo surgir de este modo la cúpula que sirve de digno remate al sólido monumento de gloria imperecedera que dejó erigido en las arenas del taurino circo de Cazalla, como eterno recuerdo que sella su inmortalidad en los fastos de la tauromaquia.»

Como complemento de los párrafos anteriores, debe decirse que el *Espartero* recibió también un fuerte varetazo en la parte superior interna del muslo derecho; que la fiesta se organizó por su propia iniciativa y con el laudable propósito de aumentar los recursos pecuniarios de dos amigos suyos; y por último, que terminada la corrida, los beneficiados y la cuadrilla trataron de proporcionar al herido un vehículo para evitarle las molestias é incomodidades que había de soportar hasta llegar al pueblo, pues, para ello, tenía que subir una larga y pronunciada cuesta. Enterado del proyecto el *Espartero*, lo rechazó, y echándose al hombro el capotillo de paseo, emprendió con celeridad el camino del pueblo á donde llegó á poco. Ya instalado en la fonda, de todo se preocupó, menos de su quebrantada salud, in-

virtiendo la noche en prodigar bromas á uno de los beneficiados, que á consecuencia del susto que le ocasionó la cogida de Manuel, fué acometido de cierta enfermedad, tan dolorosa para el que la sufre, como risible para los demás.

Lástima grande que el sacrificio de Manuel no aliviase en nada la situación de aquellos dos honrados padres de familia; pero el rumor propalado, de que la plaza había sido denunciada por hallarse ruinosa, retrajo á muchos aficionados que pensaban ir á presenciar la fiesta desde las poblaciones inmediatas, y el resultado fué negativo. Tan hermosa obra fué estéril, y sus consecuencias pudieron costar al organizador la vida. El caritativo acto que realizó el *Espartero*, tuvo y tiene compensación hasta cierto punto, en el agradecimiento de aquellos dos modestos amigos, que por todas partes pregonan las condiciones excepcionales que concurren en Manuel García, á quien adoran con ciego entusiasmo.

(23) Fué empitonado por la parte media de la pannerilla izquierda quedando en la cuna del toro en posición horizontal, con la cabeza al costado derecho del bicho, que le tiró cuatro terribles hachazos, arrojándole al suelo como una masa inerte. Reconocido en la enfermería, resultó tener una herida de cinco centímetros de extensión, por uno de profundidad, en la parte superior de los músculos gemelos de la pierna izquierda.

(24) Al derrote extendió el brazo derecho para separarse del bicho, y lo hizo con tan poca fortuna, que se ocasionó una herida en la mano derecha, de la que comenzó á arrojar gran cantidad de sangre. Se lió la mano en un pañuelo y volvió á la cara, concluyendo con su adversario de una estocada, retirándose á la enfermería, donde reconocido resultó tener una herida en la región palmar de la

indicada mano, con dislaceración de los tejidos, interesando los blandos y dejando al descubierto los huesos, lesión que no ofrecía gravedad, pero le impedía seguir trabajando.

(25) Ya en el suelo le acometió el toro, dándole un hocicazo en el hombro y pisoteándolo. Resultó el diestro con varias contusiones y un arañazo en la cara.

(26) Sufrió un acosón y fué lanzado al aire. Reconocido se le observó una contusión de segundo grado en el tendón flexor del dedo medio de la mano izquierda, que le privó de todo movimiento, y le produjo gran hinchazón. Además sacó rota la taleguilla. En esta misma tarde, y con motivo de haberse cambiado la suerte de varas antes de tiempo, arrojó el público al redondel infinidad de objetos, recibiendo el *Espartero* una pedrada en la cabeza que le ocasionó una contusión. La de la mano tardó en curar muchos días.

(27) *Romanero*, que así llaman otros revisteros á este toro, se le arrancó, lo recogió con el testuz, y después de zarandearle, lo arrojó al suelo, ocasionándole algunos varretazos en el pecho y vientre, y un puntazo leve en el cuello, sin que dichas lesiones le impidieran continuar la lidia.

(28) En esta misma tarde al hacer un quite en el toro *Cedacero*, negro, bien puesto, número 7, lidiado en quinto lugar, se le lió el capote á las piernas y cayó en la cara. La oportuna intervención del *Morenilo*, le evitó una cornada.

(29) Le infirió una herida en la región mamaria derecha, dislacerante, de cinco centímetros de extensión y cuatro de profundidad, de pronóstico reservado. El suceso ocurrió del modo siguiente: *Tesorero* llegó á la muerte muy aplomado y desafiando; la faena que empleó el *Espartero*

no fué suficiente para corregir estos defectos, que cada vez iban siendo más pronunciados: algunos *cafres* comenzaron á dar prematuras muestras de desaprobación, las que determinaron en el espada el deseo de terminar su cometido á la mayor brevedad, y entró á matar diferentes veces, sin estar el toro preparado. En una de ellas recibió la cornada, de la que el público no se apercibió, porque Manuel García, al sentir el cuerno, solo experimentó una ligera contracción muscular. A poco, grandes manchas de sangre en la pechera de la camisa, dieron á conocer la herida del diestro, y apercibido *Guerrita*, luchó con su compañero para apoderarse de los trastos, pero todo fué inútil. En este momento, puede decirse, que comenzó el escándalo. La circunstancia de hallarse el toro aculado á las tablas, hacía que el *Espartero* estuviese de cara á la barrera, y próximo, por tanto, á los espectadores, que desde sus localidades veían salir la sangre á torrentes. El público protesta, la presidencia ordena al diestro que abandone el redondel, y éste se vé ocupado por infinidad de agentes de policía, toreros y amigos del herido: todo fué infructuoso. Manuel se estimaba herido en su amor propio, y no quería abandonar la plaza hasta ver muerto á su adversario; la gritería del concurso, los consejos de los amigos, las órdenes de la autoridad, no hacen mella en su ánimo, y firme en su propósito de concluir con la res, marcha en busca de ella cuantas veces logra desasirse de las manos de los agentes de la autoridad y compañeros de profesión. Entretanto, la hemorragia aumenta, algunas señoras que presenciaban la fiesta se desmayan, y la colisión entre la autoridad y los diestros, tiene consecuencias lamentables. Manuel no abandona los trastos, y de cualquier manera, entra á matar en varias ocasiones, hasta que consigue clavar media contraria y perpendicular, que ahondada por el capote del *Morenito*, fué suficiente á hacer

doblar al cornúpeto, que se entregó en manos del puntillero. Entonces el *Espartero* vá á la enfermería, completamente bañado en sangre, y el circo romano, que bien pudo llamarse así á la plaza de Sevilla durante aquellos quince minutos de lucha inconcebible, recobra su peculiar aspecto, sucediendo al vocerío espantoso, roncós murmullos, producidos por los comentarios de unos y de otros.

Algunos vieron en aquel acontecimiento, derrumbado el prestigio de la autoridad; otros, por el contrario, juzgaban que la orden presidencial estaba en pugna con la reputación de un torero, y que nadie mejor que éste, podría juzgar después de una cogida, si se hallaba ó nó en aptitud de continuar la pelea. Aquéllos pedían para el *Espartero* la imposición de duros correctivos; éstos querían recordar al Presidente las costumbres respetadas en todas las plazas, y ciertos artículos, de no sabemos qué reglamento, á los cuales ajustó sus actos el *Espartero*; y los primeros y los segundos discutían con calor, consultaban precedentes y abrían informaciones en la prensa para escuchar el parecer de personas entendidas.

¿Pudo la presidencia ordenar al *Espartero* que se retirase? No vamos á resolver el problema; solo recordaremos un precedente que tiene gran relación con la cuestión propuesta. Repase el lector con detenimiento la narración de la cogida que en 16 de Agosto de 1891, tuvo este mismo diestro en Cazalla de la Sierra, y cuando recuerde bien sus detalles, juzgue y compare, y al momento se le ocurrirá esta pregunta: ¿cuál de los dos presidentes estuvo, como vulgarmente se dice, en la firme? La oposición es manifiesta: el uno niega al *Espartero* la autorización para que estoquee *Valencia*, y exige al herido y fatigado diestro, que dé muerte al toro; el de Sevilla, entiende que el *Espartero*, no debe continuar en la plaza por hallarse herido, y lo manda retirar;

repetimos la pregunta: ¿cuál obró bien? El lector resolverá en vista de los antecedentes suministrados, y su autorizado parecer servirá de norma á Manuel García, para el caso en que desgraciadamente se repitan los sucesos. Por nuestra parte solo añadiremos, que al obrar así la autoridad de Sevilla, trató de evitar, lo que con el mandato de la de Cazalla pudo acontecer, en vista del desfallecimiento que sobrevino al lidiador á consecuencia de la pérdida de sangre. Si el *Espartero* se desmaya ante la cara de la fiera, ¿quién hubiera evitado una desgracia?

Mil opiniones contradictorias se oyeron á raíz del suceso, y á nuestro modo de ver, la cuestión, fué debatida fuera de su terreno, y se adujeron principios de frecuente aplicación en la vida, pero que se avenían mal con la excitación de ánimo y vehemencia de pasiones que despierta nuestro espectáculo nacional; el arrebató y obcecación influyeron mucho en aquellos sucesos, y sabido es, que cuando predominan en las culpas, deben atenuarse las penas. Hagamos punto final sobre este asunto, y relatemos lo que después ocurrió.

El presidente impuso al *Espartero* una multa de 125 pesetas, y al comunicarle la orden al diestro, ofreciose uno de los amigos que estaban presentes, á abonarla de su peculio particular: tal rasgo de desprendimiento fué secundado por varios, y como todos eran gustosos, se convino en abrir una suscripción general donde cada cual inscribiese su nombre y la cantidad con que contribuía, sin que en ningún caso pudiera exceder de *cinco* céntimos. Redactose, acto seguido, una protesta contra la presidencia, y en ella se decía que para solventar la multa se ideó la suscripción; muy poco tiempo transcurrió, y en las listas figuraban 2,600 personas, limitándose la mayoría á escribir su nombre, y los menos reprobaron de paso la conducta de la autoridad y

elogiaban *al más valiente de los toreros*. Casi todas las cuotas fueron de á cinco céntimos, aunque hubo algunas de uno, dos, tres ó cuatro.

(30) Fué volteado, cayó sobre el testuz y recibió una contusión en la cabeza y una herida leve en el vientre, cuya inflamación le molestó hasta fin de mes. El primer toro que mató en esta misma tarde cogió al banderillero Antonio García (a) *El Morenito*, el cual murió al poco tiempo, de resultas de la herida.

(31) Toreaba de muleta y se le coló el toro, sin que consiguiera echarlo fuera con un cambio que intentó. Enganchado y volteado, cae ante la cara y el animal le tira un derrote, sin alcanzarle, rebrincando y marchando de donde estaba el diestro, en cuyo momento llegó la cuadrilla que se llevó al toro. *Espartero* se levanta y coge la muleta; pero la suelta al ver que chorrea sangre del muslo, y que le flojea la pierna.

Reconocido resultó tener una herida de doce á catorce centímetros de profundidad, situada en la región infero-interna del muslo derecho, dirigiéndose hacia arriba y afuera en su primera mitad, y adentro en la parte superior, interesando el tejido adiposo y la fascia-lata, deslizándose por los planos musculares. Pronóstico reservado.

Panadero murió á manos de *Guerrita*.

(32) Preparándose el picador *Cantares*, para poner la cuarta vara, se arrancó el toro á un grupo que formaban *Gallo*, *Malaver* y *Espartero*, cogiendo descuidadamente á este último, que no tuvo tiempo de saltar, ni echarse fuera y se encunó cayendo de espaldas al suelo. En esta posición, le metió el toro dos veces la cabeza, enganchándole la primera, é infiriéndole una herida grande en el muslo derecho,

en dirección atravesada, de pronóstico reservado. El público creyó lo había matado, y mucho más, al verlo conducido en brazos de un mono sabio, con la cabeza inclinada. Todo fué cuestión de segundos, y nadie pudo evitarlo. Manuel trató de echárselo fuera con el capote, pero el toro no hizo caso del engaño. Cuando la cuadrilla acudió estaba el *Espartero* levantándose como si estuviera ébrio y apretándose el muslo derecho y bajo vientre. Sufrió las siguientes heridas: una en el muslo derecho, de seis centímetros de profundidad; varias erosiones en la espalda y en la parte superior del pié izquierdo; otra contusión en la frente y magullamiento general del cuerpo.

(33) Merece también recordarse los siguientes sucesos: En 24 de Octubre de 1885, fué cogido dos veces, sin consecuencias, en la plaza de Valladolid, lidiando reses de Mazpule. Por cierto que uno de los cornúpetos que lo cogió tenía extraordinario tamaño, y murió á sus manos de una manera admirable. El diestro conserva con esmero la enorme cabeza de este animal.

En 14 de Mayo de 1893 toreó en Cadiz reses de Saltillo en unión de *Minuto*: al estoquear éste el sexto toro, recibió un golpe en la cintura con el palo de la muleta, y se retiró á la enfermería. *Espartero* cogió los trastos, y al dar el primer pase, un espectador de sol le tiró medio ladrillo, dándole tan fuerte golpe en el vientre, que le imposibilitó lidiar por un buen rato. Entretanto se repuso *Minuto*, volvió á la plaza y acabó con el toro.

Fatigado y rendido quedará el lector al concluir el relato de las cogidas del *Espartero*; y si tales congojas le ocasiona la simple lectura, imagínese los sufrimientos de Ma-

nuel García, que fué el blanco á donde llegaron tantos proyectiles.

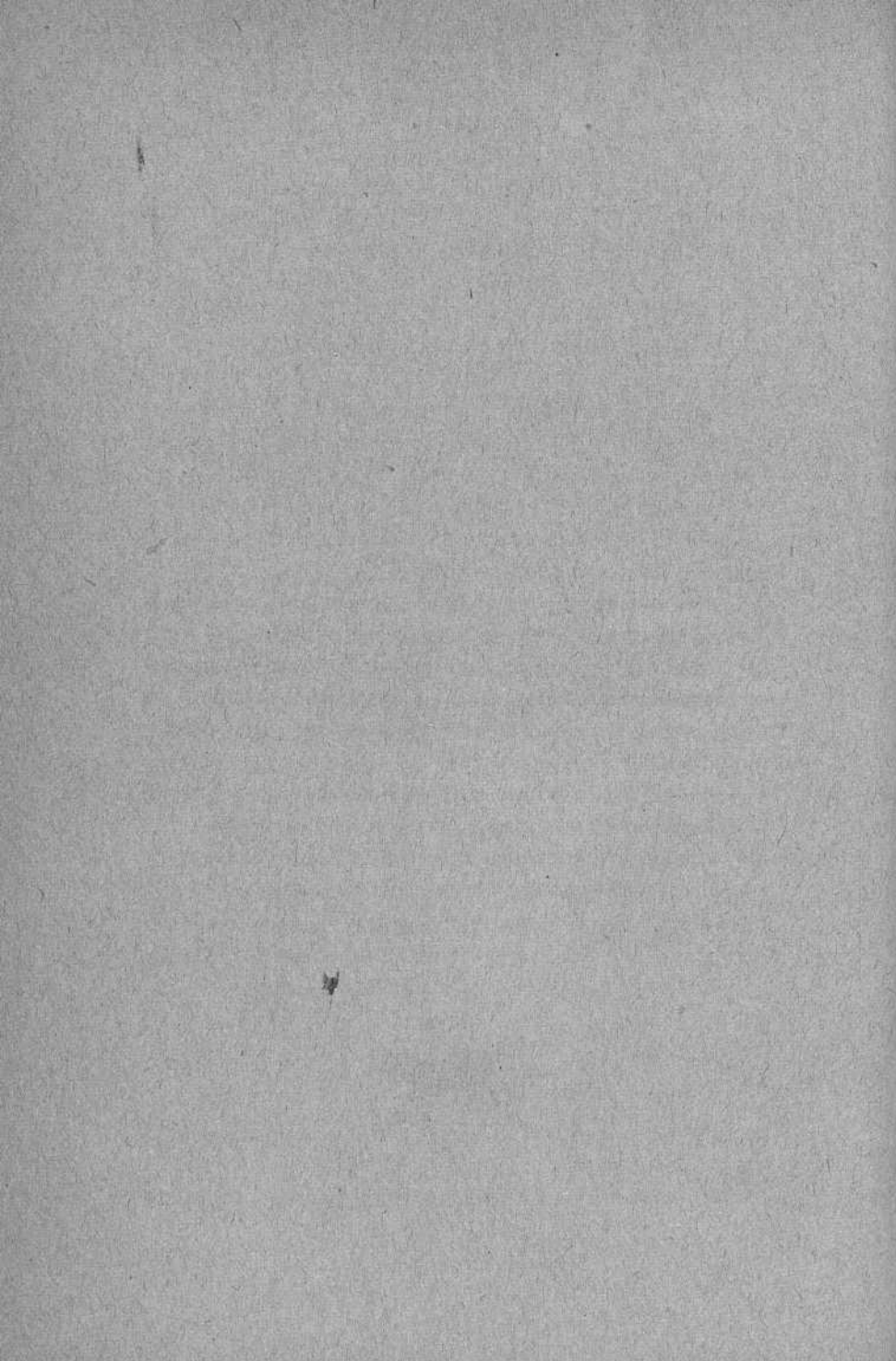
¡Cuántas veces ha salido de la plaza con el cuerpo taladrado! A 25 ascendieron, según los escritores antiguos, las heridas que recibió *Pepe-Hillo*, pero ya vé el lector que Manuel, sin diminutivo, dió ciento y raya en este punto al famoso torero.

Nada extraño parecerá, por consiguiente, la afirmación de que *Espartero* ha llegado á poseer un caudal de conocimientos prácticos para la curación de las cornadas, y que en ocasiones advierta al facultativo, valiéndose de términos técnicos, la presencia de algunos síntomas indicadores de avance ó retroceso en la curación.

A veces él mismo, valiéndose de un espejo, se ha curado sus heridas, sin que jamás se hayan traducido al exterior los horribles sufrimientos que le torturaron. Con imperturbable serenidad y sangre fría, soporta las más dolorosas curas y entre los agudos dolores, intercala bromas dirigidas á los amigos presentes.

¿Quereis saber cuándo está próxima la lluvia? Preguntádselo al *Espartero*, y os lo dirá con entera certeza. Las mil cicatrices de su cuerpo le sirven de barómetro, anunciándole con molesto escozor la caída de las aguas.





APÉNDICE A LA OBRA "ESPARTERO Y GUERRITA" POR SELIPE

CUADRO ESTADÍSTICO DE LAS PRINCIPALES COGIDAS QUE HA SUFRIDO RAFAEL GUERRA (a) GUERRITA

NÚMERO	AÑO	MES	DÍA	PLAZA	SEÑAS DEL TORO	Lugar en que se lidió	NOMBRE DEL GANADERO	MOMENTO DEL PERCANCE Y OBSERVACIONES	NÚMERO	AÑO	MES	DÍA	PLAZA	SEÑAS DEL TORO	Lugar en que se lidió	NOMBRE DEL GANADERO	MOMENTO DEL PERCANCE Y OBSERVACIONES
1	1882	Agosto	16	Vista Alegre (Bilbao)	Berrendo en colorado.	7.º de gracia	D. Vicente Martínez	Fué cogido y volteado resultando con fuertes varetazos.	26	1889	Julio	14	Madrid	GALGUITO: berrendo en colorado, capirote botinero y de cornamenta caída y delantera.	5.º	D. José Manuel de la Cámara	Al banderillear, recibe un fuerte varetazo y saca deshecha la taleguilla.
2	"	Octubre	12	Madrid	LEÓN: negro listón.	4.º	D. Ildefonso Sánchez	Al banderillear recibió un varetazo de consideración.	27	"	Julio	25	Valencia	ROTEÑO.	3.º	D. Eduardo Ibarra	Al intentar el descabello con la puntilla, lo suspende por la ingle durante algunos segundos, sacando rota la taleguilla.
3	1883	Agosto	15	Orihuela	MALOS-PELOS: castaño listón, bien puesto.	3.º	Conde de la Patilla	Al tomar la barrera (1).	28	"	Septiembre	11	Salamanca	Negro, bragado, corniveleto.	5.º	Carreros	Al saltar la barrera (12).
4	1884	Mayo	11	Madrid	CERRAJERO: colorado, ojo de perdiz, bragado meano y cornigacho.	6.º	Duque de Veragua	A la salida de la suerte de banderillas (2).	29	"	Diciembre	26	Córdoba	NOVILLO.	5.º	D. Rafael Molina	En la brega (13).
5	"	Junio	12	Sevilla	GANGUITO: berrendo negro, alunarado, bien puesto y con el número 100.	3.º	D. José A. Adalid	En una salida en falso (3).	30	1890	Abril	20	Sevilla	FAROLITO: cárdeno, de libras y bien puesto.	5.º	D. Faustino Udaeta	A la terminación de un quite (14).
6	"	Julio	25	Valladolid	Negro.	4.º	D. Juan Manuel Sánchez	Al entrar al volapié (4).	31	"	Abril	24	Madrid	LIMETO: cárdeno claro, careto, nevado por los cuartos traseros y por los pechos, corniapretado, núm. 119.	2.º	D. Juan Vázquez	Al dar un volapié fué enganchado y suspendido, sacando rotos el traje y camisa.
7	"	Agosto	17	Bilbao	HERRADOR: castaño albardado.	4.º	D. Diego y D. Pablo Benjumea	Intenta dar el quiebro y es cogido y volteado, resultando con algunas contusiones a consecuencia de la pateadura.	32	"	Mayo	4	Madrid	GRANADILLO: cárdeno, bragado, bien puesto.	3.º	D. Eduardo Ibarra	Le dió un fuerte varetazo al entrar a matar.
8	"	Octubre	5	Madrid	FINITO: negro listón.	3.º	D. Julio Lafitte	Es cogido por el sobaco al poner banderillas y arrojado al suelo.	33	"	Mayo	17	Madrid	PANDITO: colorado meleno, carinegro, corniabierta, veleta, bizco del izquierdo, núm. 3.	6.º	D. Juan Antonio Mazpule	A la salida de un par de banderillas (15).
9	1885	Abril	8	Córdoba		4.º		Al saltar la barrera es alcanzado, sufriendo un derrote que no le produjo consecuencias.	34	"	Junio	24	Jerez de la Frontera	CONOCEDOR: jabonero, corniabierta, caído del izquierdo y de mucha alzada.	6.º	D. Joaquín Pérez de la Concha	Lo cogió a la salida de un gran par de frente (16).
10	"	Mayo	24	Madrid	TIZNADILLO: negro corniabierta, delantero, de muchos piés y buena estampa.	3.º	Doña Teresa Núñez de Prado	Al banderillear fué alcanzado y volteado (5).	35	"	Julio	6	Madrid	GORRIÓN: colorado, listón, ojo de perdiz y corniabierta.	2.º	D. José Orozco	Al dar un volapié lo engancha y suspende, sacando hechas polvo las chorreras de la camisa y un ligero varetazo. La cosa no pasó a mayores, por salir el toro muerto de la mano.
11	"	Septiembre	6	Madrid	FEO: castaño cornigacho.	1.º	Duque de Veragua	Al querer descabellar Lagartijo, arranca el toro, y en la carrera, arrolla y derriba a Guerrita, pasando por encima de él.	36	"	Septiembre	8	Murcia			D. Anastasio Martín	Al entrar a matar (17).
12	"	Octubre	23	Madrid	ARRIERO: castaño negro, bragado, cornicorto y delantero.		Duque de Veragua	Guerrita mató este toro a petición del público y por cesión de Frascuelo, y al entrar al volapié, fué volteado sin consecuencias.	37	"	Octubre	5	Barcelona	GRANADINO: colorado, bragado, rabicano, calcetero, corniabierta, núm. 76.	1.º	Marquesa del Saltillo	Al dar un volapié le infirió en la cara un ligerísimo rasguño, a consecuencia de un fuerte varetazo.
13	1886	Mayo	2	Cádiz	JUMERO: castaño oscuro, meano y bien puesto.	3.º	D. Antonio Miura	Al entrar a matar fué enganchado y volteado.	38	"	Octubre	13	Zaragoza	Colorado listón, ojaleado y corniabierta.	4.º	Viuda de Zaldueño	Estoqueando (18).
14	"	Julio	9	Pamplona	NOVILLO.	1.º	Lizaso	Al dar un volapié (6).	39	"	Noviembre	23	Valencia	MANZANITO: negro cornalón.	5.º	D. Francisco Pacheco	En un pase le suspende por el chaleco y derriba con gran violencia.
15	"	Agosto	2	San Roque		1.º	Castrillón	Cogido tres veces al entrar a matar (7).	40	1891	Marzo	22	Madrid	COTORRITO: castaño entrepelado, salpicado, listón lucero, bragado, cornigacho núm. 13.	6.º	Marquesa del Saltillo	Derribado en el centro de la suerte del volapié.
16	1887	Septiembre	29	Madrid	ARRECÍO: negro mulato bien puesto, núm. 55.	1.º	D. Francisco Gallardo	Derribado al dar un pase por alto (8).	41	"	Mayo	14	Madrid	COMETO: retinto bien puesto.	8.º	D. Esteban Hernández	Entra a matar y fué derribado ante la cara en el encontronazo.
17	"	Octubre	5	Ubeda		5.º	Marquesa del Saltillo	Al banderillear es cogido y volteado; ya en el suelo le acometió nuevamente, librándole el Gallo de una cornada.	42	"	Mayo	17	Valencia	GUITARRITO: negro, bien puesto.	2.º	D. José Orozco	Resbala ante la cara, y ya en el suelo, sufre un derrote que le parte la chaquetilla en dos mitades.
18	"	Noviembre	20	La Habana	CALDERERO: negro lombardo, capacho, escobillado y con el número 36.	4.º	D. Angel González Nandín	En un quite al picador Morenito (9).	43	"	Julio	27	Valencia	Negro, bien puesto.	3.º	D. Eduardo Ibarra	Al estoquear es enganchado y derribado, sacando rota la taleguilla.
19	1888	Enero	1.º	La Habana	BOTICARIO: negro, albardado, listón, bien puesto, núm. 52.	1.º	Marquesa del Saltillo	En un quite al picador Molina (10).	44	1892	Agosto	28	San Sebastián		6.º	Marquesa del Saltillo	Cogido al saltar la barrera, recibiendo un fuerte golpe en la cadera izquierda.
20	"	Abril	22	Madrid	CODORNIZ: corniabierito.	3.º	D. Juan Vázquez	Al salir de un pase (11).	45	"	Septiembre	2	Daimiel		6.º	D. José M. de la Cámara	A la salida de un quite (19).
21	"	Abril	29	Jerez de la Frontera	PESEOLITO: castaño corniveleto número 16.	4.º	D. Rafael Lafitte	Al dar un pase con la derecha, es cogido, resultando con un fuerte varetazo en el pecho.	46	"	Septiembre	22	Logroño	Colorado, bien puesto.	4.º	D. Vicente Martínez	Al estoquear fué enganchado sufriendo un varetazo en el pecho y una ligerísima herida.
22	"	Mayo	6	Zaragoza	POLVORÍN: negro listón bien puesto.	7.º	Ripamillán	En un farol es volteado, recibiendo un puntazo leve en el muslo derecho y una contusión en la frente.	47	1893	Agosto	20	Bilbao		3.º	D. José M. de la Cámara	Al correrlo fué enganchado y derribado.
23	"	Mayo	21	Córdoba	ROMITO: castaño corniveleto, núm. 28.	4.º	D. Anastasio Martín	Lo engancha por la manga al entrar al volapié, y la rotura de la chaquetilla le libró de una cornada.	48	"	Septiembre	7	Murcia	BRAGADITO: negro entrepelado, marcado con el número 18.	2.º	D. Agustín Solís	Al dar un volapié (20) y (21).
24	"	Junio	15	Alicante	LAGARTIJO: retinto bien puesto.	3.º	Duque de Veragua	Al consumir un magnífico volapié, es cogido sin consecuencias.									
25	"	Agosto	15	Gijón	NAVARRO.		D. Gregorio Medrano	A la conclusión de un pase derecha, lo engancha y volteando varios pisotones y rompiéndole la ropa.									

NOTAS.—A—Las llamadas que obran en la última casilla de este cuadro, deben evacuarse consultando al efecto los respectivos apéndices que vienen a continuación. B—En la imposibilidad de adquirir algunos datos, hemos creído preferente consignar ciertas cogidas incompletas, mejor que prescindir de ellas. C—Con el propósito de consignar temporadas enteras, el presente estado solo llega hasta fines de 1893.



COGIDAS DE "GUERRITA"



APÉNDICES.

(1) Según los facultativos de la localidad, le ocasionó la fractura del cúbito izquierdo, pero reconocido en Madrid dos días después, dijeron varios profesores médicos «que su estado era satisfactorio. No se ha podido reconocer la fractura completa del cuerpo del cúbito, á causa sin duda de la perfecta coaptación de los fragmentos, por lo cual puede asegurarse, que no existiendo ninguna complicación, y si solo un pequeño edema en el dorso de la mano, no se hará esperar la curación mucho tiempo.» Las consecuencias de esta lesión, que fué la primera de importancia que padeció *Guerrita*, le duraron mucho tiempo.



COGIDAS DE "GUERRITA"



APÉNDICES.

(1) Según los facultativos de la localidad, le ocasionó la fractura del cúbito izquierdo, pero reconocido en Madrid dos días después, dijeron varios profesores médicos «que su estado era satisfactorio. No se ha podido reconocer la fractura completa del cuerpo del cúbito, á causa sin duda de la perfecta coaptación de los fragmentos, por lo cual puede asegurarse, que no existiendo ninguna complicación, y sí solo un pequeño edema en el dorso de la mano, no se hará esperar la curación mucho tiempo.» Las consecuencias de esta lesión, que fué la primera de importancia que padeció *Guerrita*, le duraron mucho tiempo.

(2) Tocolé en turno banderillear é hizo una salida en falso y tomando el terreno de a.lentro, puso un par al cuarteo saliendo embrocado y perseguido; al verse alcanzado se arrojó al suelo y recibió un hocicaze, librándole del segundo derrote Hipólito Sánchez. De resultas del porrazo, guardó cama varios días.

(3) En esa tarde se presentó por vez primera en la plaza de Sevilla, formando parte de la cuadrilla del *Gallo*. En su deseo de ejecutar algo extraordinario y que guardase relación con la fama de que venía precedido, trató de quebrar, pero las condiciones del bicho le obligaron á salir en falso y entonces fué cogido y volteado, recibiendo una fuerte contusión en el brazo derecho que le impidió continuar la lidia.

(4) Alternaba con el *Gallito*.—Fué cogido y volteado, y al caer de cabeza al suelo se clavó una piedra, de resultas de cuya herida perdió el tupé, que no volvió á recuperar, y su pérdida determinó la calvicie que ha ido en aumento.

(5) Sacó rota la taleguilla por la parte superior del muslo izquierdo, se lió un pañuelo y continuó trabajando hasta que el *Gallo* dió muerte al animalito; entonces se retiró Guerra á la enfermería, dándose por los facultativos que le reconocieron, el siguiente parte: «El diestro Rafael Guerra *Guerrita* ha sufrido durante la lidia del tercer toro una contusión de segundo grado con erosiones de la piel, en la parte interna y superior del muslo izquierdo, que le imposibilita continuar la lidia.»

(6) Al matar el primer novillo rejoneado por *Tabardillo*, fué enganchado por el muslo derecho recibiendo un puntazo; ya en el suelo fué recogido y recibió otra herida

en la cara interna del mismo muslo, y una fuerte contusión en el brazo derecho.

(7) El segundo toro lo cogió dos veces; en la primera le rompió la taleguilla; en la segunda, le hizo dar un salto mortal. El cuarto lo enganchó por un pié llevándose la zapatilla.

(8) Con este toro recibió la alternativa. Una vez en el suelo, sufrió dos hocicazos, evitando *Lagartijo* con un quite oportuno nuevas acometidas; recibió varios arañazos y contusiones, y sacó completamente deshecha la pechera de la camisa.

(9) El parte facultativo decía: «que Rafael Guerra *Guerrita* había recibido una cornada en la parte media posterior é interna del muslo izquierdo, de nueve á diez centímetros de profundidad, sin interesar nada importante, y sin ofrecer gravedad por el momento.»

(10) En el parte facultativo se dijo: que á causa del mal piso de la plaza resbaló, siendo empuntado por el toro antes de caer, por el cuello, recibiendo una herida irregular de forma angulosa, que comenzando en la cara externa y derecha de la parte inferior de la laringe, corrió hacia arriba y atrás hasta el nivel del ángulo de la mandíbula, después tomó la dirección hacia arriba y adelante para terminar al nivel del punto cigomático desgarrando en forma irregular los tejidos de esta región. En su trayecto desgarró la parte anterior del esterno cleídeo mastoideo y puso al descubierto la glándula sub-maxilar y el músculo masetero algo desgarrado también y la glándula parótida, salvándose casi milagrosamente los grandes vasos del cuello. Es de pronóstico reservado y le impide continuar la lidia. D. Anastasio Saaverio. Esta herida es la más peligrosa de cuantas

ha sufrido *Guerrita*, y una gran cicatriz le recuerda constantemente las angustias pasadas.

(11) Fué cogido sin consecuencias. *D. Jerónimo* describe esta cogida en los términos siguientes: «Al salir de un pase, descubrió el aire al matador, lo acosó el toro, y con la pala del cuerno le dió un golpe en la corva que le hizo caer al suelo, despedido con bastante violencia. Pues bien; al recibir el golpe, *Guerrita* tenía en la mano la espada y la muleta. Y con ellas cayó y con ellas se levantó del suelo, sin haber soltado ni la una ni la otra.

»Ya se sabe lo que son los efectos del miedo, que dilata todo lo dilatable y hace soltar en el acto todo lo soltable. ¿Puede darse mayor ejemplo de serenidad y de valor que el que dió el joven espada cordobés en ese pequeño incidente, insignificante al parecer, pero que tiene en realidad suma importancia?»

(12) El cuarto toro de esta corrida fué devuelto al corral á poco de salir, y la súbita presentación del quinto en la plaza, sorprendió á Rafael Guerra que trató de ganar la barrera; pero en el momento de saltar fué alcanzado y sufrió una cogida de mala índole, pues el toro lo volteó varias veces y lo tuvo algunos segundos en los pitones, arrojándolo después al suelo y saltando por encima de él. Sufrió la dislocación del brazo izquierdo y un fuerte varetazo en el pecho.

(13) En ese día asistió como espectador á una corrida de novillos de la ganadería de *Lagartijo*, verificada en Córdoba, y en la que figuraban como matadores *Pegote*, *Torerito*, *Almendo*, *Manene*, *Mojino* y *Melo*; el cuarto toro que era negro meano, mogón del derecho, cogió á *Manene* al rematar una larga y le ocasiona una herida de cuyas

resultas murió. La gravedad de la cogida se supo en los primeros momentos, apoderándose del público gran pánico, y abandonando el redondel muchos diestros para ir á la enfermería. *Guerrita* entonces abandona su asiento para calmar la inquietud del público, coge un capote, y torea al bicho con arte y frescura, hasta conseguir que pierda facultades y sea más fácil su lidia.

El *Torerito* mató al novillo, que ocasionó la desgracia, auxiliado eficazmente por Guerra. Éste, permaneció en la plaza trabajando hasta que terminó la corrida y auxiliando á *Mojino*, que mató el quinto novillo, resbala, hace el toro por él, y le alcanza y derriba. Una vez en el suelo, el toro busca el bulto y le atiza un derrote, del que se libró el valiente diestro, gracias á su habilidad y sangre fría. Solo recibió un varetazo.

(14) Fué atropellado por un caballo que venía suelto y lanzado con violencia sobre la cabeza del toro que lo recogió y arrojó á bastante altura. Resultó lastimado en la pierna derecha, de tal modo, que le fué imposible continuar la lidia.

(15) A la salida resbala y cae al lado del toro; éste hizo por él, y Guerra, con gran serenidad, se metió entre las manos, librándose de las acometidas. Al quite acudió toda la cuadrilla, pero consiguió llevarse el toro un *mono sabio*. Repuesto del susto, continúa banderilleando, y es enganchado otra vez en el último par.

En esta misma tarde, el quinto toro, le rompió la taleguilla por el lado derecho. Ninguno de los tres acosones tuvo consecuencias para el diestro.

(16) Le infirió una herida en la parte superior é interna del muslo derecho con dirección de dentro á fuera y

de abajo arriba, de cuatro centímetros de extensión por dos de profundidad, de pronóstico reservado. El diestro se retiró por su pie á la enfermería.

Un conocido escritor refirió en *El Torero Cómico*, los antecedentes de esta cogida en un extenso artículo, del que merecen copiarse los siguientes párrafos: «Salió, pues, el sexto toro, correspondiente en turno á Rafael Guerra. Este diestro, consiguiente á sus propósitos, se obstina en que el toro no tome vara alguna; y acaso, presintiendo que no iba á tener que tomarse el trabajo de matarlo, compensó este tercio de la lidia matando el tiempo con la ejecución de un simulacro ridículo de la suerte de varas. El público, hecho cargo del asunto, protesta. El presidente trasmite órdenes al espada, que éste discute y desobedece. El público, acentúa su protesta. El presidente reitera sus órdenes al matador, conminándole con una multa. El espada desprecia los intereses, reincidiendo en la desobediencia, y es conducido con ese motivo, ante la presencia de la autoridad. Mientras todo esto ocurría, el *Espartero*, director de la lidia, permanece inactivo é indiferente. El público, ya delirante, toca al paroxismo su indignación ante aquella anarquía escandalosa, y expresa de obra su justa protesta arrojando al redondel centenares de botellas, en tanto que el toro, ya libre de su *piadoso cirineo*, arremetiendo con furia á las plazas montadas, reivindicó el buen nombre de ganadero que distingue á su propietario el Sr. D. Joaquín Pérez de la Concha. Poco después desciende del palco presidencial el autor del motín, cuando ya había tocado á banderillas, y al colocar un par en su deseo de calmar la excitación de los ánimos, sufrió la cogida que ya sabemos; y, por último, la actitud hostil del público, por una parte, y por otra, lo accidentado del redondel por las botellas que á él se lanzaron, motivó que

»el presidente ordenara la retirada del toro al corral.»

Conocedor alcanzó también al *Espartero*, dándole un fuerte varetazo en el pecho. El cuerno con que causó la herida á *Guerrita*, lo adquirió el Sr. Duque de San Lorenzo.

(17) Toreaba en plaza partida, y como al oír aplausos en la otra mitad donde lidiaba el *Espartero*, creyese que éste había concluido, se tiró estando el toro con la cabeza por el suelo, resultándole una baja y recibiendo varetazos en la mano y en el pecho, sin que tuviera peores consecuencias por salir la res muerta de la mano. Así logró acabar antes que el *Espartero*.

(18) Fué enganchado por el brazo derecho y derribado junto al estribo. Retirado á la enfermería, se dió el siguiente parte facultativo: «El espada Rafael Guerra *Guerrita*, recibió durante la muerte del cuarto toro, un varetazo en el antebrazo derecho y una fuerte contusión en el izquierdo, de pronóstico leve, impidiéndole continuar la lidia.»

(19) Fué perseguido y alcanzado cuando se proponía tomar la barrera, haciéndole un fuerte derrote caer de cabeza al callejón, donde se infirió una herida en la mano derecha con un clavo que había en aquel sitio.

(20) Esta cogida revistió caracteres alarmantes que asustaron grandemente á todos los lidiadores; tanto, que uno de ellos aseguró que el toro lo había matado. *Guerrita* oyó esta afirmación del compañero, y una fuerte congoja se apoderó de su ánimo; pero, por fortuna, tan angustioso estado duró poco tiempo, porque al ser practicada la primera cura, se dió el siguiente parte facultativo: *Guerrita* ha sufrido un puntazo de cuatro centímetros de extensión por tres de profundidad en la parte inferior de la mandíbula

derecha, sin que interese arterias, ni ofrezca gravedad.

(21) Merecen también recordarse los acontecimientos siguientes: en 18 de Mayo de 1889, en la plaza de Baeza, al poner un par de banderillas, fué cogido y volteado varias veces. En 9 de Agosto de 1891, en Cartagena, al muletear al cuarto toro de D. José Torres y Díez de la Cortina, un fuerte remolino le arrojó la flámula sobre la pierna, y como en ella llevaba envuelto el estoque, se hirió con éste el pié derecho; mató aquel toro muy bien, pero tuvo que retirarse á la enfermería. En 17 del mismo mes y año, promoviose un fuerte alboroto en la Plaza de Ciudad Real, y el público arrojó al redondel cuanto encontró á mano, dando un ladrillazo en el vientre á *Guerrita*.

Por último, no mencionamos en esta estadística las cogidas de 15 de Agosto de 1886, en Pamplona, 1.º de Marzo de 1887 en la Habana y 17 de Septiembre de 1883 en Lisboa, porque la primera, aunque anunciada por un periódico, no tuvo comprobación; la segunda no fué cierta, y en la tercera el lastimado fué Antonio Guerra, al cual se confundió con su hermano, por ir vestidos del mismo modo y ser acompañado por Rafael á la enfermería.



NOTA

Ya muy adelantada la impresión de nuestra obra, ocurrió la muerte de Manuel García *El Espartero*, siendo, por tanto, completamente imposible, modificarla de manera que al ocuparnos de este diestro, todo lo refiriéramos al pasado; pero como quiera que el libro había de ver la luz pública algún tiempo después de tan fatal acontecimiento, creímos oportuno escribir un artículo necrológico y hacer el resumen de la temporada del 94 con relación al *Espartero*, ya que por desgracia, terminó su vida. Por consiguiente, los dos artículos que vienen á continuación, pueden estimarse como complemento de los juicios y biografía del infortunado torero.



¡EL ESPARTERO HA MUERTO!

NOCHE DEL 27 DE MAYO DE 1894.

LA noticia es cierta. Ha muerto Manuel García. El que comenzó su vida entusiasmado á los aficionados y llevándolos al paroxismo del más loco delirio, la ha terminado de igual manera, arrancando ayes de dolor, é imprecaciones de rabia. El que comenzó riéndose de la muerte, la ha sufrido del mismo modo y con la misma impavidez.

¡Pobre Manuel! Joven, en la plenitud de su vida y de sus facultades, hecho un maestro en inteligencia, conociendo de su profesión todos los riesgos, cuando los triunfos eran continuos y enlazados uno á otro, cuando los públicos admiraban su trabajo, sus afilegranadas faenas de muleta y sus certeras estocadas, cuando había escalado por su valor y su arte el más alto puesto de la tauromaquia, ha dejado de existir.

Ya no veremos más á aquel torero genial, gallardo y erguido, tranquilo y sereno, serio y reposado, que impávido sufría los reveses de la fortuna, sonriente las cornadas, y con sentimiento inexplicable las censuras. Ya no le vere-

finos exponer su vida por salvar la del compañero, ofrecer su cuerpo para recibir el derrote que á otro iba dirigido. Ya no veremos aquella magestuosa manera de quitar los toros con sus acabadas medias verónicas.

¿Dónde encontraremos ahora el que lo lleve todo por delante, todo lo exponga y lo dé todo, para complacer á los que aplaudan? ¿Dónde iremos hoy que veamos entrar siempre por derecho, pinchar siempre en lo alto y procurar dar á los toros asesinos y cobardes, la muerte que solo los nobles merecían?

¿Cuándo contemplaremos aquellos pases naturales y de pecho en que el traje del torero era rozado por la piel del bruto, aquellos piés fijos en el suelo, inmóviles, sintiendo á su lado el trepidar furioso de la ruda acometida, aquella sonrisa con que contestaba á los ayes de temor del público y aquel desprecio con que miraba el peligro? ¿dónde, en fin, hallaremos otro *Espartero*?

El telégrafo con su laconismo, la prensa con sus detalles, los amigos con sus presentimientos y relaciones, han reconstituido la escena.

¿Quién nos había de decir que tan pronto veríamos realizada la profecía del prólogo, cuando presentía nuestro amigo que en no lejana época sería necesaria una adición á la obra? ¡Y cuán distinta, cuán diferente!

Todo se podía esperar, menos la realidad dolorosa que hoy contemplamos.

No tratamos de hacer un artículo necrológico. ¿Para qué? Solo queremos expresar el dolor que á nosotros, amigos, admiradores y entusiastas de Manuel García, nos ha producido su trágico fin.

Ni galas de estilo, ni arrebatos de elocuencia, ni nada pensado y trabajado hallarás, lector amigo, en este trabajo. No escribimos, lanzamos gritos de sentimiento y de pena,

y los ayes del dolor son incoherentes, desligados, mezcla de rabia y de sentimientos, de queja y de resignación.

Cuando llegaron á nuestros oídos las primeras nuevas, voceadas por los vendedores de periódicos, sonaron en ellos como palabras sin sentido, vacías, inarticuladas, incomprensibles; algo semejante al rún rún aterrador de las olas que se estrellan en la playa, á los bramidos del huracán entre las ramas de los árboles, á los gritos de las turbas en días de rebelión. ¡La cogida y muerte del *Espartero*! ¿Qué es eso? ¿Qué quiere decir? ¿Qué significan esas palabras? ¿Quién es el que ha muerto?

Y á todo esto el rún-rún crece, la marejada aumenta, los rostros de los transeuntes se hacen más expresivos, y aquellas voces y aquellas palabras, van agrandándose y aturdiéndonos, á la par que la triste idea, la horrible desgracia, la sangrienta escena, vá esbozándose en nuestra mente, confusa al principio como roja mancha de la que á poco surgen figuras espantosas, arranques sublimes, una catástrofe inmensa.

Por último, alguien que nó recordamos, nos dá la infausta nueva, y aun no la creemos, como no damos crédito á aquellas voces.

El gentío crece, fórmanse grupos, en todas partes la misma ansiedad y la misma pregunta: ¿es cierta la noticia? ¿sabe usted algo? ¿hay detalles?

Cuando Manuel toreó por primera vez en Madrid, una muchedumbre compacta y apretada, alegre y decidora, se impacienta por saber el resultado de la corrida y llena la oficina de telégrafos y se desborda por las calles adyacentes, ríe y aplaude los mil incidentes de la escena, forma cálculos, hace suposiciones, interroga gritando, gesticulando, aturdiendo.

Hoy la misma muchedumbre, la misma ansiedad, las

mismas preguntas, pero ¡qué diferencia! Los rostros apenados y cejijuntos, las voces bajas, sin impacencias, sin alegría, sin fuerzas para lo que no sea sentir y sentir hondo, dudar creyendo y maldiciendo la verdad.

En aquella ocasión sentíase algo en la atmósfera vigorizador, lleno de alientos y alegrías, de esperanzas y ternuras. En ésta, el frío de la muerte, sin alientos, sin esperanzas, sin temor, insensibles, abatidos.

Y no median más que nueve años entre una época y otra, pero ¡qué nueve años! Durante ellos, aquella figura pálida de niño enfermizo, se agranda, se agiganta, llega á la cumbre de la popularidad y la gloria, hace latir de entusiasmo el corazón de España entera, lo hace estremecer de horror con sus desastres y enloquecer con sus triunfos.

Todo es notable en Manuel García, todo sorprendente y maravilloso. Niño aun, desconocido de todos, sin protectores ni amigos, tras una larga odisea llena de humillaciones, consigue aparecer en los carteles de la plaza de toros de Sevilla y ¡en qué condiciones!

Apenas sale á la arena, lucha y vence; apenas dá el primer paso en la carrera, se encuentra al fin de la misma, conquista un pueblo entero, pone en conmoción á una ciudad como la capital de Andalucía y se hace dueño de su cariño de un modo tan incondicional, tan absoluto, que no le dejan salir de ésta hasta que toma puesto en primera fila de los de su arte, y armado de todas las armas, entra en el palenque donde lidian *Lagartijo*, *Frascuelo*, *Gallo*, *Cara-ancha* y otros muchos diestros de largo aprendizaje y vida torera.

Comienza por donde todos acaban; con su inmenso corazón, su pundonor nunca desmentido y su vergüenza torera se hace lugar entre ellos.

Sin que nadie lo haya enseñado, juega la muleta como nadie y sin que nada le arredre ni le imponga continúa su camino erizado de escollos y contratiempos. Se levanta del lecho del dolor donde ha estado postrado por sangrienta cogida, más animoso que nunca. Vuelve á caer y vuelve á levantarse, sin jamás volver la cara, sin jamás sentir ni manifestar la más pequeña muestra de dolor ni de miedo. Las cornadas no le hacen mella. ¡Adelante! es su divisa, y allá vá impulsado por su suerte, por su destino.

Ningún torero ha recibido tantas heridas como él; ninguno se ha manifestado tan confiado después de una de ellas. No es insensible, pero lo parece; sufre, pero no lo dá á conocer; con las heridas abiertas y los vendajes puestos, se apresta al combate y nunca se reserva, donde lo llaman vá. Compromiso que contrae lo cumple, ó perece en la demanda.

Y por cumplir uno, ha muerto. Ya lo presentían sus amigos. Acabado de torear en Córdoba el día 26, y cuando se disponía á dirigirse á Madrid, uno de aquéllos le rogaba encarecidamente suspendiese el viaje. «¡No vayas, Manuel, no vayas! ¡que mañana vas á tener una desgracia! No nos tienen preparado coche-cama en el ferrocarril; quédate, pierde, si es preciso, el valor de ese ajuste.»

Pero Manuel no le atiende, monta en un coche de primera y se dirige á Madrid á cumplir sus compromisos, porque sabe que, si no vá, será censurado duramente, satirizado, mordido sin piedad en su reputación.

Porque en estos últimos tiempos se habían desatado algunas pasiones contra él, de un modo, que dá grima recordarlo. En este último año se ha hecho gala de censurar al *Espartero*; parecía depresivo, propio de ignorantes, hablar bien de aquel gran corazón de hombre y de torero; se le ha tratado con un rigor, con una injusticia que espanta. Y

¿quién sabe lo que esta injusticia ha hecho sufrir su ánimo, ha herido su buena fé, su decoro?

En verdad que es triste y extraño, que al mismo torero á quien un día y otro se han cantado alabanzas justas y se han tributado plácemes, y se le ha considerado como la encarnación de algo que parecía no poder revivir, de algo que había pasado, del arte serio, sobrio, elegante, inimitable y sin rival, cuando comienza una temporada con más brío y con más vigor que nunca, cuando procura dar á cada toro su faena y á cada faena lo suyo, lo necesario, cuando de veinte ó veinte y cinco toros se tumban quince sin puntilla; en Sevilla, donde ya asombra con una faena hermosa y acabada á un toro noble y boyante, ya sorprende con otra magistral, concienzuda, seria, á otro animal huído, receloso, descompuesto; en Figueras, donde propina á cinco toros cinco volapiés que no mejorarían el propio *Costillares* y el *Tato*; en Barcelona, donde entusiasma, más que nunca, á aquel público que le adoraba y donde salva tres veces la vida á otro matador; en Córdoba, donde repite las faenas de Sevilla, y en Madrid, donde estoquea dos toros de Salas de un modo sorprendente, y pone su vida en gran peligro para librar la de dos picadores. Cuando se realizan éstas y las otras faenas, se trata del modo que se ha tratado al *Espartero*, porque en dos corridas ha estado frío y apático, nunca cobardel y en una desgraciado al herir, pero trabajador y ansioso de palmas.

A Manuel, por ese pecado, se le ha dicho que no sirve, que se corte la coleta, que no torea, que no mata, que huye, y se le han censurado faenas que á otros se han aplaudido, y se le han prodigado silbas por lo mismo que á otros, videntes y palmas.

Y no es esto solo. Hasta ha habido quien en las tardes de fortuna y de gloria ha descrito su trabajo como lleno de

lunares y vacilaciones, sus soberbios y acabados pases, como bailados y de pitón á pitón, sus estocadas perfectas y en lo rubio, como golletazos inícuos.

¿Por qué esta saña? ¿Por qué cuando se ha dado cuenta de su trasteo, se ha usado de esa severidad, de esa falaz manera de decir achicando lo bueno y exagerando lo malo? ¡Qué sorpresa nos causó leer algunas reseñas de las corridas de Córdoba! ¡Qué inexactitudes! ¡Qué manera de ver y de juzgar! Clava á un toro el estoque en las propias agujas, produciéndole muerte instantánea por partirle el corazón, y se califica esa estocada de baja ¡porque el toro echaba sangre por la boca!

Hace una inteligente faena de muleta con un toro que se acostaba del lado izquierdo, por donde le hizo siete salidas un banderillero, entra á matar sobre corto y por derecho y se queda sin toro, casi, clava el estoque en los bajos por no serle posible la pasada sin herir y se afirma que propinó un golletazo infame.

Y.... ¿para qué más? Era necesario que ejecutase una faena tan soberbia y magistral, como pudiera soñarse, con el cuerpo airosamente derecho, con los piés clavados por completo en el suelo, con aquella soltura y limpieza sumas que le caracterizaban, para que sonasen palmas y éstas tibias y, como dadas de limosna, y en cambio, atronaban sus oídos las estruendosas ovaciones que se tributaban á una estocada afortunada, á cuatro desplantes que á nada conducen, y que son el verdadero torreo lo que el *doublé* al oro.

A Manuel, si estaba superior, superiorísimo, se le aplaudía, pero solo por algunos; por los que no se consolarán jamás, por los que ya no sentirán los entusiasmos y emociones que el gran torero despertaba.

En los demás casos, no solo no se le aplaudía, sino que

se le censuraba; hasta sus propios adoradores, porque Manuel despertó en muchos idolatría y adoración, se manifestaban disgustados cuando la fortuna no le era propicia, sin considerar que todos, y en todas las profesiones, tenemos días malos y aciagos.

¡Pobre torero y pobre afición! Fáltale ya á ésta el diestro de más verdad que ha existido, fáltale uno de los sostenes sobre que descansaban todo su esplendor, toda su gloria.

Guerrita, sin *Espartero*, es lo que *Lagartijo* sin Salvador, lo que Salvador hubiera sido sin *Lagartijo*, y *Espartero* sin Guerra.

¡Pobre Manuel! Cuán ajenos nos hallábamos al señalar sus comienzos semejantes á los de *Pepe-Hillo*, su popularidad sorprendente, análoga á la de éste, que tendría el mismo fin y en la misma población. Como él, en poco tiempo, vé volar su nombre de un extremo á otro de la Península, como él despierta locos entusiasmos, exaltados cariños, tiernas amistades y como él vé, que junto á estos sentimientos brotan otros arteros, traidores, sordos que le acechan para herirle por la espalda y cebarse en su honra y reputación. Como aquel diestro sevillano, el simpár *Espartero* baña con su sangre la plaza de Madrid, y pródigo siempre la dá de una vez, por completo, toda, sin conservar ni una gota.

A Manuel lo habían colocado sus sistemáticos detractores en un terrible dilema, ó derrochar á manos llenas su vida y su salud, ó recibir mil injurias, mil denuestos, mil muestras de desagrado y desprecio; y Manuel, pundonoroso hasta el exceso, con verdadera vergüenza, con simpár dignidad, aceptó el dilema, acudió al terreno donde éste se proponía, no rehusó la lucha, y como de él era de esperar y detemer, optó por lo primero y se expuso arregantemente

á ser destrozado antes que á ser escarnecido, á morir gloriosamente antes que á vivir sin prestigio, á ganar el dinero á ley, combatiendo palmo á palmo, antes que valerse de arterias y recursos, y el desenlace no se hizo esperar, y hoy le tocamos palpitantes de pena y de entusiasmo. Porque no es solo dolor el que su muerte causa, es también asombro, es admiración, que siempre impresiona más y es más duradero el recuerdo del que muere sobre el campo de batalla, que el del que termina su vida en el tranquilo lecho. Y Manuel ha llegado al fin de sus días como bueno y como héroe, porque héroe se necesita ser, después de tanta cornada grave, para continuar poniéndose delante de los toros como si nunca le hubieran rozado con sus astas, y después de ser volteado por una res, entrar á darle muerte por derecho y tan á ley, que á la vez que recibía el golpe mortal, el bruto rodaba sobre la arena como una pelota.

¡Y qué terrible momento debió ser aquél! El pueblo todo, el verdadero pueblo español, tan fácil de engañar y seducir, pero tan leal como propenso á reconocer su error, lanzó gritos de rabia, imprecaciones de ira y ayes de dolor. Conoció que las injusticias de algunos, las desatentadas muestras de reprobación, habían influido en aquel severo carácter, le habían, tal vez, impulsado á la desesperación, á lanzarse al peligro, y perder la vida, si era preciso, antes de sentir en sus oídos repercutir las silbas y las censuras.

Manuel, que toreaba con gran inteligencia, con verdadera inteligencia, digan lo que quieran aquellos que no le concedieron otra cualidad que la de valiente, Manuel, que á pié firme y con el solo juego de su capote y de su muleta, burlaba á las reses con maestría y sin otro peligro que el proveniente de un caso fortuito, no supo nunca sortear los riesgos á que la impresionabilidad de los públicos dá lugar.

Cuando sonaba un pito, se descomponía de una manera incomprensible; su exagerada modestia, le hacía creerlo justo; su competencia, le indicaba que no lo merecía; de ésto, brotaba la duda; aquélla le aconsejaba acercarse más, exponerse más; ésta, le hería en su justo amor propio y en algo le cegaba; y en tales momentos, Manuel no era hombre, era un gigante, un titán, un coloso dispuesto á escalar el cielo del triunfo á trueque de perecer, y entonces venían sus arranques de temerario valor, sus embroques, sus desdichados percances. Como nunca ha podido sacar palmas más que de la verdad, se entregaba por completo. El mayor número, casi todas las cogidas del *Espartero*, han reconocido como causa la que apuntamos. Una faena, algo laboriosa, ha dado margen á que sus enemigos le censuraran, y entonces Manuel, se ha arrojado á morir ó matar.

Manuel fué á Madrid decidido á jugarse el todo por el todo, antes que volver á oír los pitos, que en tardes anteriores, se le prodigaran. Hubo quien no juzgó su trabajo y sus triunfos en la corrida de toros de Salas, mérito bastante para levantarle el sambenito que le habían puesto en tardes anteriores, y temía, con razón, que al menor desliz, se le maltratase de modo despiadado.

Con su decisión digna y su propósito firme de demostrar que nunca pudieron hacerle temblar los riesgos de su profesión, llegó al circo de la Villa y Corte, donde había de lidiar seis toros de Miura.

Más adelante, cuando nuestro ánimo se tranquilice algo, cuando se despeje nuestra mente y desaparezcan de ella los vapores de sangre y los estremecimientos de horror, describiremos la labor de dicha corrida; aquí cúplenos solo manifestar, que después de ser volteado por el primer cornúpeto, entra nuevamente á matar y sale herido en el vientre.

El gran *Maoliyo* cae á la arena, víctima de su valentía y queda en ella encogido y sin articular un grito. En cambio, el pueblo lo lanza horrible, aterrador, álzase de su asiento, y mientras aquél es llevado á la enfermería, corre presuroso á esta dependencia como un solo hombre, con el semblante yerto, acongojado, arremolínase á la puerta, ¡y qué cuadro se presenta á su vista! En medio de la modesta sala hay una cama y sobre ella el cuerpo del infeliz torero, pálido, pero sonriente aun, con aquella sonrisa que, al aparecer por primera vez ante los públicos, grabó en su semblante y que estereotipada en él, le acompaña á la tumba, al mundo de lo desconocido; por enorme herida, se escapa la sangre, y con ella la vida, empapa las ropas, se desliza por entre el oro del traje y corre generosa como pregonando, á voz en grito, la inmensa valentía de aquél á quien dió vida. La gente llora, sus banderilleros sollozan entre barreras, alguno se arroja sobre el cuerpo del infortunado jefe y mezcla sus lágrimas, sangre del alma dolorida, con la del cuerpo de su maestro. En tanto, en la plaza, continúa la corrida, ¡espectáculo cruel!, sin que nada aparte la impresión penosa que, como losa de plomo, pesa sobre los espectadores y los diestros.

¡Manuel ha fallecido! gritan todos, y por un momento la muerte, con aliento fétido y afilada guadaña, ciérnese sobre la plaza de Madrid. ¡Manuel ha muerto! Y al señalar el reloj del tiempo, su última hora, ha señalado la de los elogios, la de la justicia, la de las alabanzas.

El diestro afamado, el compañero cariñoso, el rico desprendido y caritativo, ha permanecido durante varias horas en la enfermería de la plaza de toros, convertida en capilla ardiente. Su vida efímera, sembrada de terribles fracasos y de estruendosas manifestaciones de cariño y de entusiasmo, ha tenido por remate una tremenda cornada que,

al derribarle, ha hecho bambolearse al edificio de la afición.

El que niño aun, asaltaba los cerrados sin más compañía que su valor, el que entraba en el agua para desafiar una fiera, el que llevaba su agradecimiento y su cariño hasta la exageración, el que más tarde fué el torero de los arranques de valor imponderable, célebre por su sangre fría ante la cara de los brutos, el que nació para la fama en una plaza de toros, ha venido á morir en la más fatídica dependencia de otro circo taurino; allí le velan algunos de sus deudos, amigos y subordinados, y allí llegan los lamentos de España entera conmovida.

Manuel se ha llevado al sepulcro el último resplandor de la escuela rondeña, el toreo serio, el toreo verdad, sin tranquillos, y el corazón de bronce que con estóica indiferencia sufría los fracasos, y con modestia incomprensible oía las palmas y las aclamaciones; el corazón que, con sus heroicos latidos, movía á los públicos, como poderoso resorte. ¡Qué pocas veces vimos á Manuel recoger palmas! ¡cuántas, en cambio, mientras los espectadores aplaudían electrizados, le contemplamos achicarse y cohibirse y como rehuir el premio que legítimamente había ganado.

¡Descansa en paz! Dios haya recogido tu alma, infortunado amigo. Nosotros, entusiastas decididos de tu escuela, admiradores de tu valor y arrogancia, nosotros que conocimos y apreciamos tu corazón de oro herido por tristes engaños, y desconocido de todos, nosotros que sabemos la injusticia con que como hombre y como torero se te ha juzgado, te rendimos aquí un homenaje de cariño, una muestra de admiración.

¡Dios haya recogido tu alma en su seno! Nunca olvidaremos tu memoria.

Como torero y como hombre te echaremos de menos,

porque dejas en la tauromaquia un puesto imposible de llenar y multitud de desgraciados, que con pródiga mano socorrías, sin amparo y á la clemencia de Dios.

¡DESCANSA EN PAZ!

*Sevilla 28 de Mayo á las cuatro y
media de la madrugada (1).*



(1) Pensamos hacer un artículo necrológico, y para ello dejamos correr la pluma sobre el papel, para que quedaran fijos los sentimientos é impresiones del momento. Al tratar hoy de realizar el trabajo, hemos preferido copiar íntegro todo cuanto sentimos en la noche de infausto día, porque son espontáneas manifestaciones de nuestro corazón. Con sus defectos y errores, constituyen la expresión de la verdad, y claro es, que nuestra intención no fué suponer que Manuel García Cuesta tuviera enemigos personales ¡era imposible esto!, sino que el torero *Espartaco*, tuvo siempre sistemáticos detractores á quienes su toro no agradaba. Hacemos esta salvedad, para que no se interpreten mal nuestras palabras, pues, la exaltación de los primeros instantes, tal vez, no nos permitiera explicarnos con toda claridad.



MANUEL GARCÍA (a) EL ESPARTERO

TEMPORADA DE 1894

Marzo, Abril y Mayo.—Antecedentes de la cogida.—

Muerte de «El Espartero.»—Embalsamamiento.—Manifestaciones.—Traslación á Sevilla.—El toro «Perdígón.»—Opinión de los escritores.

EN 25 de Marzo toreó la primera corrida de la temporada en la Plaza de Madrid, con reses de D. Manuel Bañuelos, en unión de *Guerrita* y Reverte. Al siguiente día, debió lidiar de nuevo en la misma Plaza y con idénticos compañeros, seis toros de D. Esteban Hernández, pero se suspendió la corrida á causa de la lluvia, jugándose el 1.º de Abril en la forma anunciada.

Para la segunda de abono (8 de Abril), se anunciaron toros de D. Joaquín Muruve, estoqueados por *Espartero*, *Guerrita* y Reverte, y también se suspendió la fiesta por el temporal, sufriendo igual suerte el día 15 del repetido mes. En el último programa salió *Guerrita* y entraba Fuente.

En los días 18, 19 y 20 de Abril, lidió en Sevilla reses de Ibarra, Viuda de Concha y Sierra y Miura, alternando

en las dos primeras con *Guerrita* y en la tercera con éste y *Bombita*.

El 22 debió lidiar en Madrid toros de D. Juan Vázquez, en unión de *Guerrita* y Reverte; pero no tomó parte en esta corrida por hallarse enfermo.

El 29 estoqueó en Barcelona, alternando con Reverte, seis toros de la Viuda de Concha y Sierra. A esta vacada pertenecieron también los seis toros que estoqueó el día 3 de Mayo en la inauguración de la Plaza de Figueras; y al siguiente día, volvió á lidiar en la misma plaza, acompañado de *Quinito*, seis cornúpetos de Benjumea.

El día 6 toreó en Barcelona reses de Clemente, con *Cacheta* y *Quinito*.

El 13 de Mayo lidió en Madrid seis de Udaeta, alternando con *Guerrita* y Fuentes, y el 17 en la misma plaza toreó ganado de D. Félix Gómez, en unión de los citados espadas.

El 24 estuvo anunciado en Sevilla para estoquear, con *Jarana*, bichos de Moreno Santa María y se suspendió la corrida por el mal tiempo.

De aquí marchó á Córdoba, toreando en los días 25 y 26 con Mazzantini y Guerra reses de Ibarra y Campos (antes Barrionuevo) y el 27 se presentó en la plaza de Madrid á jugar una corrida de Miura, en la que fué cogido y muerto.

Antes de ocuparnos de esta fiesta, permitásenos algunas observaciones sobre ciertas faenas de la temporada.

Nunca se había presentado el *Espartero* ante los públicos con mayor soltura y desembarazo, con mayor confianza que en la presente temporada; sus faenas precisas, sóbrias y acabadas le elevaban á la categoría de verdadero maestro. Véase, si nó, lo que decía el revistero *El Comendador*, apreciando las corridas de feria de Sevilla:

«El trabajo de los diestros *Espartero*, Guerra y *Bombita*, todo en general, muy bueno; mereciendo especial mención el magistral toreo de muleta que empleó el *Espartero* para estoquear el quinto toro de la segunda tarde, al que aseguró de un volapié, digno de ser apuntado en todas partes, para que no pueda olvidarse jamás á la afición.»

El Diario del Comercio, de Barcelona, decía de su trabajo en aquella plaza el día 29 de Abril:

«*Espartero*.—La corrida de ayer fué un triunfo continuado para este diestro. Verdad es, que desde que viene á torear á Barcelona, nunca había tenido una tarde tan afortunada como en la de la corrida que nos ocupa.

Baste saber, para formarse idea de cómo estuvo este diestro, que empleó para despachar á los tres toros que le correspondieron, ocho minutos de tiempo; *uno* en la muerte del primero; *dos* en la del quinto y *cinco* en la del tercero, habiéndolos despachado de tres volapiés y un pinchazo á un tiempo.

Le han concedido la oreja de los tres toros.

Con la muleta hizo primores: toreó en corto y parando é hizo bueno aquello de: «En la cabeza se cuadra; la muleta se agranda para que los toros vean; el giro de los ojos se tiene muy presente para prevenir las coladas; se los deja llegar para que se *desengañen*, se les pasa poco y se procura dejarlos lo más corto posible y lo más *derecho*, y con todos estos elementos, hábilmente combinados, se les *hiere* avisándolos, para *vaciarlos* sin que hagan *enmiendas* y, por último, se recoge en palmas el fruto de esta buena faena.»

En la brega, oportuno.»

Otro periódico, reseñando la corrida inaugural de la plaza de Figueras, decía:

«Las faenas del *Espartero* en sus cinco toros, fueron lucidísimas, y dió cuenta de ellos de cinco buenas estocadas, que le valieron otras tantas ovaciones y la oreja de los dos primeros.»

Por último, véanse las apreciaciones que de su trabajo hicieron algunos de los periódicos de la Corte, al reseñar la corrida de 20 de Mayo en la plaza de Madrid:

El Liberal:

«El *Espartero* volvió ayer por la honra de sus espartos.

Trasteó con quietud y confianza al primer toro, despa-chándolo de media á volapié en lo alto, que no necesitó sino de un golpe de puntilla (al quinto acertó el hombre del puñal) y valió justas palmas al diestro sevillano.

Mayores las oyó, y más merecidas también, toreando al cuarto de cerca y parado, con quince pases buenos, hasta que se dejó caer con un excelente volapié, que hizo innecesaria la puntilla.

En la dirección, nulo.

En quites, hizo uno al *Cano* en el cuarto toro, salvando al piquero de un percance inminente, que fué premiado por el público en masa con una gran ovación.

¡A ver, hombre, á ver si vuelve usted de sus apoteosis, ó de lo que sea eso!»

El Imparcial:

«—¿Qué tiene usted que decirme del *Espartero*?

—Que volvió por su nombre y demostró que cuando quiere sabe ser duque de la Victoria, y no sencillamente progresista. Los dos únicos quites de la tarde los hizo él, y los dos con vista, oportunidad y arrojo; uno á *Pegote* y otro á *Cano*, que, gracias á Manuel, podrán contarle. Con la mu-

leta estuvo el diestro como ya no se ve, fresco, cerca y *parando*, que es lo esencial; la estocada que dió á su primero fué una mijita caída, por entrar, aunque por derecho, con ese *horniguillo* que deslució tanto la suerte; en su segundo, enmendó este defecto y dió un magnífico volapié, del que murió el bicho sin necesidad de puntilla. La faena que hizo con el trapo en este toro fué magistral, particularmente en dos pases cambiados y uno de pecho. Hubo aplausos, cigarros y todas las generales de la ley.»

El Enano:

«Parado y ceñido al pasar al primer toro, volviendo á hacer alarde de esa elegancia y esa seguridad que posee al manejar la mano izquierda, tomó buen terreno al prepararse á herir y con entera rectitud y mirando el sitio á que dirigía el estoque, cogió todos los altos en una estocada de esas que se aplauden y se aplaudirán siempre.

Y todavía resultó con su trabajo más lucido en el cuarto. Recordando con su trasteo aquella hermosísima faena empleada con un toro de la misma ganadería la tarde aquella del año 92 en que la plaza se hallaba convertida en un lago, se perfiló desde corto, pero desde muy corto, y consumando á toda ley la suerte del volapié, acabó en tres minutos con la vida del toro de una superiorísima estocada que produjo una tempestad de aplausos tan ruidosa como merecida.

Hasta en la brega, el que había estado apático y como achicado en las corridas anteriores, en ésta se le ha visto activo y celoso, haciendo quites de tanta vista como arrojo y ganándose unas simpatías que un torero de sus condiciones no ha debido enajenarse nunca.

Siga así siempre; muestre un poco más de carácter como director de plaza y créanos, nadie le escatimará unos

aplausos que todos estamos siempre ávidos de tributarle.»

Heraldo de Madrid:

«Como más arriba decimos, Manuel fué ayer el encargado de despertar el entusiasmo y lo logró en toda la línea. Está visto que los toros de Salas traen siempre aparejadas las ovaciones para el diestro sevillano.

Al primero, que tenía su tendencia á la fuga muy marcada, le toreó de cerca, sujetándole; y comprendiendo, sin duda, que era preciso aprovechar, se arrancó pronto y con fortuna, colocando el estoque en los altos, arrancando los primeros aplausos.

La faena del cuarto no tuvo distingos, y todos, tirios y troyanos, blancos y negros, se entregaron al aplauso estruendo, al ver que desaparecía el *Espartero* de domingos anteriores, y ocupaba su lugar el bravo espada que tanto ruido armó por esas plazas en los comienzos de su vida torera.

Hubo pases sobre la izquierda con la marca de fábrica *esparterista*; hubo serenidad y frescura; hubo no más que ligero asomo de movimiento de piés, y hubo, por fin, un colosal volapié, que minutos después dió en tierra con el toro sin el auxilio de la puntilla.

Júntese á esto un trabajo excelentísimo, por lo oportuno y valiente en quites, y algunos conatos de buena dirección, y se comprenderá la justicia de las ovaciones que ayer escuchó el espada sevillano.

Nuestra enhorabuena imparcial, y que dure la racha.»

Podríamos citar otras corridas, pero creemos que con las relacionadas basta para comprender que el *Espartero* ha muerto en la época más brillante de su vida artística, cuando más confiado se mostraba, y precisamente en la suerte que tantos aplausos venía proporcionándole.

A nuestro modo de ver, su nota más saliente en esta temporada, su trabajo más primoroso y concienzudo, fué el que empleó para acabar con el cuarto toro de la ganadería de Miura, lidiado el 20 de Abril en la plaza de Sevilla. Encontró al animalito en condiciones muy semejantes á las del tristemente célebre *Perdigón*, y con una labor de muleta inteligente y fina, lo preparó para recibir una corta superior, partiéndose el estoque al derrote, y un descabello á la primera. El público le premió con nutrida salva de aplausos, y el *Gallo*, testigo de la hazaña exclamaba: «*Este es el único torero que empezó con 40 quilates de valentía y acabará con los mismos.*» ¡Cuán inspirado estuvo Fernando Gómez al pronunciaresta frasel

Terminadas las corridas de Córdoba, Manuel se disponía á tomar el expreso de Madrid, y según refirió *El Noticiero Sevillano* en un suelto que tituló «*Anécdotas*», ocurrió lo siguiente:

«Nos consta la certeza del siguiente episodio que nos han referido testigos presenciales, y que sirven de argumentación poderosa á los que afirman que el *Espartero* estaba predestinado á morir en la corrida del día 27.

El 26 por la noche hallábanse comiendo en el restaurant de la estación de Córdoba, el *Espartero*, su íntimo amigo D. Félix Urcola, que lo seguía á todas partes, *Guerrita* y otros individuos de las cuadrillas de ambos diestros y aficionados cordobeses.

Urcola empezó á mostrar decidido empeño porque Manuel no fuera á Madrid y se quedara en Córdoba, para asistir á una pelea de magníficos gallos ingleses de la propiedad de el *Espartero*, y por los que pensaba apostar el rico bilbaino gruesas sumas.

Apesar de que *Maoliyo* tenía la obligación de torear en Madrid, tanto insistió con él Urcola, que se decidió á com-

placerle y en un arranque de energía, dijo: *¡Ea! pues no voy.*

A poco llegó el expreso de Sevilla, en el que debería Manuel marchar á Madrid. Del tren bajó Bartolo, el empresario de la plaza de toros de la corte, encontrose con el *Espartero*, y éste le dijo terminantemente que no iba. Urcola, Guerra y las demás personas que habían comido con éstos apoyaban la resolución del espada sevillano, y ya Bartolo, mareado por tanta gente alegre, se consideraba impotente para vencer aquella resistencia.

En un momento en que el *Espartero* separase de sus amigos llevóselo Bartolo aparte y comenzó á rogarle que se fuera con él. Había tiempo para suplicar, porque la máquina del tren se había descompuesto y tuvo que detenerse el convoy media hora en Córdoba. Sin esta circunstancia el expreso hubiera partido sin el *Espartero*.

Bartolo habló á éste del mal efecto que su ausencia produciría en la plaza de Madrid, de lo mutilado que quedaría el cartel con el *Zocato* y Fuentes por únicos espadas, y Manuel, bueno y complaciente, se dejó vencer. Púsole Bartolo un vagón-cama.

Iba á partir el tren cuando Urcola, Guerra, todos, vieron que el *Espartero* estaba ya en su departamento.

Lo de súplicas, lo de instancias que llovieron entonces sobre Manuel para que no se marchara. Urcola se echó sobre él y á rastras quería sacarlo del vagón. El Guerra hacía lo propio.

—*¡No te vayas, no te vayas!*—le decían—*¡Que te van á matar!* Y lo repetían con lágrimas en los ojos.

La máquina tiró del convoy. Ya no había remedio. Urcola, á tropezones, dió con su cuerpo en el furgón, de una manera inverosímil. Y allá fueron ambos camino de Madrid. El *Espartero* á encontrar la muerte, Urcola á recoger su último suspiro.»

El *Espartero* estaba muy prevenido con el público madrileño por las continuas muestras de desaprobación que de él recibía, y así se lo manifestó á sus banderilleros pocos días antes del de la desgracia.

«No sé, decía, qué tiene el público de Madrid conmigo, y precisamente creo yo que nunca he toreado más de cerca de los toros que ahora y con más confianza.»

(*Heraldo de Madrid*·Mayo 28.)

Ya en Madrid, y «poco antes de las cuatro, tomó asiento el *Espartero* con su cuadrilla en un carruaje, y cuando éste salía de la calle de la Gorguera para entrar en la de Sevilla, vieron pasar un entierro.

Como los toreros son, por lo general, supersticiosos y se fijan hasta en los más insignificantes detalles, al ver el fúnebre cortejo, exclamó Antolín:

—¡*Mala pata!*

—¡Cá, hombre!—repuso Julián.—Esto es señal de buena suerte.

—Allá veremos.

Maoliyo se fijó, como los demás, en la fúnebre comitiva, oyó el diálogo de sus compañeros, movió ligeramente la cabeza, como haciendo un signo de asentimiento á las palabras de Antolín, y calló.

Largo rato siguió sin articular palabra, como si fuera recordando las últimas de Antolín, y como si estuviera conforme con la significación de aquella frase supersticiosa:

—¡*Mala pata!*»

(*El Liberal*·Mayo 28.)

Una vez en la plaza, algunos amigos del *Espartero*, que comprendían lo contrariado que éste se hallaba, y los grandes deseos que tenía de agradar al público, le dijeron: «Manuel, hoy puedes desquitarte de lo pasado, pues hay una

corrida encerrada de las que á tí te gustan, de Miura y muy apañadita.

—A mí me gustan todas las corridas— respondió Manuel—y quiera Dios que la cosa venga derecha.

Llegado el aviso de que era la hora de empezar, el diestro dijo á sus compañeros:

¡Vamos *pa* allá?»

(*Heraldo de Madrid-Mayo 28.*)

«El día se presentaba con todos los elementos anhelados por Manuel, para dar un mentís á los que dudaban de su valor. Toros de renombre por lo duros y por lo temibles en determinadas faenas; escaso reposo por haber toreado recientemente dos corridas; ausencia de una gran figura taurina, lo que duplicaba el trabajo de Manuel García.... Todo, en fin, como lo deseaba aquel corazón de gigante encerrado en el pecho de un niño....»

(*El Enano.*)

Pasemos á reseñar la corrida, utilizando al efecto algunos trozos de diferentes publicaciones que ven la luz en Madrid:

«NOVENA CORRIDA DE ABONO

TOROS

Seis, del Sr. D. Eduardo
Miura.

ESPADAS

Espartero, Zocato y
Fuentes.

Con una tarde apacible y bajo la presidencia del señor don Leopoldo Gálvez Holguín, se cumplió con el ritual y apareció en el coso el

Primero

de los seis Miuras que se hallaban enchiquerados. El cual, según sus documentos personales, se llamaba *Perdigón*, era colorado, ojo de perdiz no muy grande, cortito de cuerna,

la cual tenía bien puesta y el animalito era fino y bien cortado.

Después de tomar, no sin alguna codicia, una vara de *Cantares*, se abrió de capa el *Zocato* para darle dos lances de los que salió un poco entablado, sacándole del apuro *Espartero*.

El animalillo siguió la pelea con voluntad, pero ya con menos poder y mientras Fuentes se embarulló un poquito al llevarse una vez al Miura, *Espartero* hizo un buen quite.

El tercio por lo demás no tuvo mucho de particular como no fuera una buena vara que quebrando el astil puso *Agujetas* y á consecuencia de la cual perdió el jaco llevando un porrazo mayúsculo.

Perdigón cumplió, mostrándose al final tardo y dolido. El total de varas fué cinco, con cuatro caídas y tres caballos.

Valencia, de carmesí y plata, tuvo que tomar algunas medidas porque el animal se defendía que era un primor, y entrando superiormente de poder á poder, metió un soberbio par, que le valió tan ruidosas como merecidas palmas.

Antolín de morado y la propia guarnición que su compañero, aprovechó bien para sobaquillar el suyo un tanto pasado.

Y mientras, *Valencia* se ganaba otra ovación por la valentía con que casi sesgó el tercer par.

Manuel que iba vestido
de verde y oro,
tirando la montera
se fué hacia el toro,
que estaba bueno
para dar un disgusto
á cualquier diestro.

Porque, aparte de que había ido acentuando el resabio

de la defensa, se arrancaba sobre seguro, echaba la cara por el suelo, se acostaba mucho del lado de la muerte y conservaba mucha facultades.

No obstante esto, Manuel, muy sobre corto y apretándose lo debido, le tomó con seis pases con la derecha, tres ayudados, dos altos y uno cambiado, en los que se defendió con mucha vista y valentía de una colada y frente al 9 se metió al volapié para dar un pinchazo en buen lugar del que por cortarle la salida el toro salió enganchado por la entrepierna y volteado á gran altura.

Por suerte, y también gracias á un oportuno quite de *Valencia*, no hubo por entonces más que el susto consiguiendo.

Después de esto se fué inmediatamente hasta la misma cara de su adversario y previos otros tres pases sobre la derecha, se volvió á arrancar al volapié un poco fuera de los tercios delante del 10, dando hasta la mano una estocada algo contraria de la que por cortarle como la otra vez la salida el miura salió empitonado por el vientre.

El diestro al caer se encogió completamente con esa contracción propia de las cornadas mortales y ya en el suelo derrotó de nuevo el toro en él.

Todas las cuadrillas acudieron enseguida y el herido al querer incorporarse cayó en brazos de los toreros y los dependientes de la plaza que le condujeron á la enfermería entre la profundísima y triste emoción de todos los espectadores.

El toro en tanto se rendía á manos del puntillero.»
(*El Enano*·Mayo 27)

«Manoliyo, con coraje y desde cerca, comenzó á torear, dando algunos muletaos aplaudidos, y luego, con valentía, con mucha valentía, entró á volapié, saliendo empitonado y volteado á gran altura.

Sereno como nadie volvió á armarse, y con la guapeza anterior entró nuevamente á herir, saliendo cogido por el vientre.

Levantose, y en brazos de los dependientes de la plaza, fué trasladado á la enfermería.

(Sensación general de lástima en el público.)»

(*Heraldo de Madrid*-Mayo 27.)

«Sonaron los clarines, y Manuel, que vestía lujoso ter-
no verde y oro, cogió los trastos, brindó á la presidencia y
fué hacia *Perdigón*.

A los primeros pases que dió el espada, fresco y de cerca, viose que el toro era miureño de la antigua casta, difícil y de cuidado para la muerte. Sobre las malas condiciones que reveló en banderillas, tenía la de alargar mucho la cabeza, y—como dicen los toreros—*se ponía por delante*.

Manuel toreó de muleta dando pases por alto, con la derecha, cambiados y uno de pecho, colándosele el de Miura en algunos de ellos.

Cuadrado el animal, lió *Espartero* la muleta junto á las tablas del tendido 9, entró á matar con coraje, pinchando en hueso y siendo encunado y volteado á la salida de la suerte, sin otras consecuencias.

Rehízose en seguida, y volviendo á empuñar los avíos tomó al toro de muleta cinco veces, y á favor de la querencia de un caballo muerto, en los tercios de la plaza, frente á la puerta llamada de Madrid, se arrancó otra vez á matar por derecho con temerario arrojo, dando una estocada contraria y siendo nuevamente enganchado y corneado después de caer sobre la arena.

Manuel llevóse las manos al estómago y se contrajo violentamente hasta unir las rodillas con la cara; cogiéronlo en hombros, estiró brazos y piernas con horrible estremeci-

miento y cubriose su semblante, sin expresión alguna de dolor, de cadavérica lividez.

Público, toreros, la plaza entera, prorrumpió en un solo grito:

—Está muerto.

Y así era, por más que los partes facultativos le concedieran aún veinte minutos, el tiempo sin duda necesario para morir científicamente.»

(*El Imparcial*-Mayo 28.)

«Manuel García *Espartero*, á quien correspondía matarlo, luciendo traje verde con oro y cabos negros, salió á cumplir su misión, encontrando á su enemigo con la cabeza descompuesta, desparramando la vista y ganando el terreno. Le dió tres pases altos, uno cambiado, uno de pecho y siete con la derecha, y una vez cuadrado lía, y entrando con valentía mete una estocada, siendo enganchado á la salida, volteado y despedido al alto unos dos metros, sin consecuencias. Se levanta, coge de nuevo espada y muleta, y después de darle siete pases con la derecha, entra de nuevo á favor de la querencia de un caballo, y mete una estocada contraria, siendo enganchado á la salida por la faja, y en la parte anterior al vientre, despedido á corta distancia. El diestro, al caer, contrajo todo el cuerpo, y en esta posición fué corneado de nuevo por la res, que le hizo rodar unos pasos.»

(*El Toreo*-Mayo 28).

«Cuando el miureño había cogido por primera vez al *Espartero* y hallándose éste en la arena, acercósele el *Zocato* y le preguntó:

—¿*Ta pasao* algo?

Al principio no contestó Manuel, lo cual aumentó los temores de su compañero; pero aquél dijo momentos des-

pués, con voz fatigosa, como si no fuera exacto lo que contestó:

— Nada.

No era verdad.

El *Espartero* tenía un fuerte varetazo en la parte superior del pecho, lo cual, sin duda, le había producido el efecto que pudo apreciar el *Zocato*, al no contestar aquél en el primer momento.

Indudablemente, el golpe sufrido por Manuel, le había quitado en aquellos instantes el uso de la palabra.

Todos los compañeros creen que entonces debió retirarse Manuel á la enfermería; pero su arrojo le llevó poco después á encontrar la muerte.»

(*El Liberal*-Mayo 28).

«Lirismo aparte, creo que desde que el toreo existe no se había dado el caso de caer muertos el toro y el matador, casi simultáneamente. Y esto fué lo que ocurrió en la corrida de ayer.»

(*Peña y Goñi*).

«Instantes después de hallarse el *Espartero* en el suelo, á muy pocos pasos del toro, acudieron á recoger al infortunado diestro *Valencia*, Malaver y varios mozos de la plaza. Al levantar á *Manoliyo*, éste procuró ponerse en pié, pero no pudo y cayó en brazos de los que habían acudido á socorrerle.

Malaver y cuatro mozos del servicio de la plaza condujeron al *Espartero* á la enfermería, atravesando el circo desde las inmediaciones de la barrera frente á la puerta de Madrid. Algunos espectadores notaron que al llegar frente al tendido número 5 el diestro hizo un movimiento muy vivo y se quedó rígido.»

(*El Imparcial*-Mayo 28).

«Refiriendo los lances de la catástrofe, decía esta mañana *Valencia á Mazzantini*:

—Valiente hasta última hora. Cuando lo cogimos, por encima de los hombros, fué mirando al toro hasta que le vió doblar. Todo esto sin hablar nada. Y luego, cuando llegábamnos con él por frente al 4, se estiró de pronto, y nada más.»

(*Heraldo de Madrid* Mayo 29).

«Cuando llegó á la enfermería hallábanse en ella los médicos Sres. Fuertes y Ortiz, el farmacéutico del Hospital Provincial Sr. Dueñas y el ayudante Sr. Reboredo.

Al ingresar Manuel en la enfermería sufría un colapso tremendo por consecuencia de la caída.

La herida es en la región hipogástrica y tiene cuatro centímetros de abertura.

Se trató de hacerle volver en sí por medio de la respiración artificial, en la cual se emplearon veinte minutos.

Después se le hizo una sangría por el Dr. Ortiz de la Torre, sin resultado tampoco.»

(*El Imparcial* Mayo 28).

«Después de veinte minutos de inútiles tentativas para hacer desaparecer el colapso, empleando hasta el agua helada, la ciencia reclamó los auxilios de la religión.

El señor teniente cura de la parroquia del Pilar (Guindalera), D. Samuel Nievas, administró la Extremaunción al desdichado espada.

En la enfermería, durante tan imponente acto, todos los que lo presenciaron lleváronse el pañuelo á los ojos.»

(*El Enano* Mayo 27).

«PARTE FACULTATIVO.

PLAZA DE TOROS DE MADRID.—*Enfermería*.—Función del 27 de Mayo de 1894.—El profesor de medicina y

cirujía que suscribe, encargado del servicio facultativo de la plaza en el día de hoy, dá parte al Sr. Presidente que durante la lidia del primer toro, ha sido conducido á esta enfermería el diestro Manuel García *Espartero*, en un estado de profundo colapso. Reconocido detenidamente, resultó presentar una herida penetrante en la región hipogástrica con hernia visceral, una contusión en la región external y clavicular izquierda.

Prestados los auxilios de la ciencia para el caso más alarmante que era el de colapso, y reconocido al cabo como ineficaces, se le administraron los últimos Sacramentos, falleciendo el herido á las cinco y cinco minutos de la tarde, y á los veinte minutos de su ingreso en la enfermería.

Todo lo cual tengo el sentimiento de participar á V. S. —El jefe de servicio, *Marcelino Fuertes.*»

«Y mientras el tropel de amigos y admiradores de *Mao-liyo* se agolpaba á la puerta de la enfermería, dando vivas muestras de dolor; mientras los compañeros del bravo lidiador entraban en aquel local, y después de saludar los yertos despojos del *Espartero*, salían de nuevo á la Plaza enjugándose el llanto; mientras el cadáver de aquel hombre, lleno de brío, vida y juventud minutos antes, yacía sobre el siniestro *hule* cubierto por una sábana y custodiado por dos parejas de orden público, que aguardaban la llegada del juez de guardia, la temperatura continuaba tan apacible, el público tan impávido, el presidente en su puesto, y la función su curso.

Sí; la función SIGUIÓ.

Pena y vergüenza dá tener que consignarlo. Lo menos que por humanidad, por piedad, por simple tributo de consideración á un torero de tan brillante historia y valor probado hasta en el último instante de su vida, una de las columnas del toreo actual y primer espada en la función de

ayer, debía de haberse hecho en cuanto corrió por la Plaza la infausta nueva—que fué al lidiarse el segundo toro—era suspender en el acto la fiesta.»

(*Sobaquillo-El Liberal-Mayo* 28).

«Manuel estaba en la cama central de la enfermería. Fué cubierto con una de las sábanas.

Su semblante, pálido como la cera, no ha perdido su sonrisa.»

(*La Correspondencia de España* 28 Mayo).

El juez de guardia, Sr. Cabezas, acompañado del actuario Sr. González Rivero, del oficial D. Antonio Aillón y el alguacil D. León Cabrero, se constituyó en la capilla de la Plaza de Toros, en donde se hallaba el cadáver del infortunado diestro.

Las diligencias que el juzgado practicó fueron la de ratificarse en su declaración el facultativo, Sr. Fuertes, declarando también los médicos que asistieron al diestro, don Ignacio de Torres Ferreiro y D. Emilio Granados González.»

(*El Liberal-Mayo* 28).

«Procedieron á levantar acta de la certificación facultativa, haciendo entrega del cadáver á un tío del *Espartero* y á los toreros *Cantares* y Trigo.

Probablemente se prescindirá de la autopsia por ser evidente la causa que ha determinado la muerte del diestro.»

(*El Imparcial-Mayo* 28).

«El cadáver del *Espartero* fué trasladado á la capilla y allí se le colocó en una cama delante del altar de la Virgen. Desnudo de medio cuerpo arriba y cubierto con un paño blanco el sitio de la herida, yacía el infeliz velado en su lecho de muerte por sus picadores *Cantares* y Trigo.

Estos dos amigos y compañeros de glorias y fatigas de Manuel, lloraban la pérdida del gran torero.

El Malaver entró un momento á ver al que había sido su compañero y su maestro, y dominando una emoción profundísima, tuvo que volver al ruedo, sin poder ocultar las lágrimas que aun corrían por su rostro cuando al echar su capote al segundo toro, *Cordón*, tomó la barrera por el tendido núm. 8.»

(*El Imparcial*-Mayo 28).

«A las ocho menos diez minutos y á hombros de los toreros de la cuadrilla del *Espartero*, fué conducido el cadáver de éste, después de la corrida, desde la enfermería de la plaza á la casa número 10 de la calle de la Gorguera, piso segundo, que es la habitación de *Cantares*.

Condujeron la camilla Saturnino Aransáez, *Valencia*, *Cantares* y Antolin.

Le subieron hasta la habitación *Cantares* y Saturnino, y éstos mismos desnudaron el cuerpo inerte de aquella ropa de alegres colores, con la que conquistó tantos aplausos y que contrastaba con la frialdad de la muerte.»

(*El Liberal*-Mayo 28).

«Fué colocado el cadáver sobre una mesa. Allí yacía desnudo; y se colocó sobre la herida un tubo por el que caía una irrigación de agua sublimada para evitar la rápida descomposición y poner el cadáver en buenas condiciones para el embalsamamiento. Estas operaciones las dirigió el médico Sr. Castillo.»

(*El Imparcial*-Mayo 28).

«Agentes de Orden público de los distritos del Congreso y de Buenavista impedían que el público penetrase en la casa donde el cadáver del *Espartero* se hallaba.